

Shani Boianjiu

La gente como nosotros no tiene miedo



Lectulandia

Una provocadora novela sobre las chicas soldado en el Ejército israelí.

La premiada autora israelí Shani Boianjiu desvela una realidad desconocida, al tiempo que capta la energía sexual y la efervescente angustia de la adolescencia.

Lea, Avishag y Yael son amigas de la escuela en un pequeño pueblo al norte de Israel. Durante las clases sueñan despiertas con los chicos que les gustan. Cuando cumplen los dieciocho años, son reclutadas por el Ejército y su vida cambia de forma inesperada.

Yael se acuesta con un chico al que entrena como tirador. Avishag hace guardias y observa a los refugiados que se abalanzan sobre la alambrada. Lea, destinada en un puesto de control, imagina las historias que se ocultan tras los rostros familiares que pasan ante ella día tras día. Las tres viven al filo de la muerte, en la intensidad de ese instante eterno antes de que el peligro estalle.

Lectulandia

Shani Boianjiu

La gente como nosotros no tiene miedo

ePub r1.0

Titivillus 05.01.15

Título original: *The People of Forever Are Not Afraid*
Shani Boianjiu, 2012
Traducción: Eugenia Vázquez Nacarino
Imagen de cubierta: Sam Barker

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Los hijos de los otros

La historia está a punto de acabar

Hay polvo en el módulo prefabricado donde damos clase, y Mira, la profesora, tiene el pelo teñido de naranja y quemado en las puntas. Estamos en último curso de secundaria, tenemos diecisiete años, casi hemos terminado la historia de Israel. Terminamos la historia del mundo en primero. Hay páginas en el libro de texto donde se habla de 1982, apenas unos años antes de que nacióramos, solo un año antes de que construyeran este pueblo, cuando aquí en la frontera con el Líbano no había más que pinos y montañas de basura. Las palabras de Mira, la profesora, no se alejan mucho de las que nuestros padres dicen las noches de borrachera. Y además Mira es la madre de Avishag.

La historia está a punto de acabar.

—Habrán ocho definiciones en el examen sobre la guerra de la Paz en Galilea del próximo viernes, y no hay nada que no hayamos visto. La OLP. Los MTA. La FAI. Los hijos de los RPG —dice Mira. Creo que conozco todos los términos, salvo quizá la de los hijos de los RPG. No se me dan tan bien las definiciones en las que hay palabras de verdad. Me asustan un poco.

Aunque el examen me da igual. Casi lo juraría; no me importa nada.

Todavía tengo el sándwich en la mochila, esperándome. Lleva tomate, mayonesa, mostaza, sal y nada más. Lo mejor de todo es que mi madre lo mete en una bolsa de plástico envuelto en servilletas azules y tardas como dos minutos en desenvolverlo. Así, incluso un día que no tengo hambre, sé que me espera algo. Eso es algo y me ayuda a no ponerme a gritar.

Hace ocho años que descubrí la combinación mostaza-mayonesa-tomate.

Chasqueo los dedos bajo la barbilla. Pongo los ojos en blanco. Rechino los dientes. Hago esas cosas en clase desde pequeña. No puedo seguir así mucho más. Me duelen los dientes.

Cuarenta minutos para el recreo, pero no puedo quedarme aquí sentada, no puedo, no pienso hacerlo, no me da la gana y no voy a c...

Cómo se hacen los aviones

—La OLP. Los MTA. La FAI. Los hijos de los RPG —dice Mira, la profesora—. ¿Quién quiere leer algunas definiciones en voz alta, para practicar antes del examen?

Los MTA son un tipo de submarinos sirios. Y la FAI es la Fuerza Aérea Israelí. Sé lo que son «hijos», y que los hijos de los RPG eran niños que intentaban disparar con lanzamisiles a nuestros soldados y acababan quemándose unos a otros, por ignorancia y porque eran niños, pero puede que eso sea una definición redundante. La última vez la muy bruja me quitó cinco puntos porque decía que había usado la palabra «muy» siete veces en la misma definición, y además en sitios en que no se puede usar «muy».

Me está mirando, o igual mira a Avishag, que se sienta a mi lado, o a Lea, que se sienta al lado de Avishag. Deja escapar un suspiro. Creo que le hace falta una cirugía ocular muy correctiva. Lea le sostiene la mirada, como si estuviera convencida de que la mira a ella. Siempre cree que todo el mundo la mira.

—¿Podrías por lo menos fingir que escribes, Yael? —me pregunta Mira y se sienta tras su escritorio.

Aparto la mirada de Lea. Cojo el bolígrafo y escribo:

¿cuándo vamos a dejar de pensar en cosas que no importan para empezar a pensar en cosas que importan? fóllame duro

Tengo que ir al baño. Saliendo del barracón de la clase está la caseta de los lavabos. Cuando me subo encima de la tapa del váter y pego la nariz a la ventana minúscula alcanzo a ver el final del pueblo y huelo la lejía que usan para limpiar el maldito cristal hasta que me mareo. Veo casas, jardines, madres con bebés sentadas en los bancos, todo desperdigado como piezas de Lego que un niño gigante hubiera abandonado junto a la carretera de cemento que lleva a las montañas de arenisca dormidas del fondo. Al otro lado de las puertas del colegio veo a un muchacho. Lleva una camisa marrón y tiene la piel bronceada, podría desaparecer en esta montaña si no fuera por sus ojos verdes, dos hojas en medio de la nada.

Es Dan. Mi Dan. El hermano de Avishag.

Estoy casi segura.

Al volver a clase del lavabo veo que alguien ha escrito en el cuaderno, una libreta vieja y gruesa, justo debajo de mi pregunta. Avishag y yo nos escribimos en cuadernos desde segundo de primaria. Durante un tiempo continuamos las historias que escribíamos con Lea cuando jugábamos juntas a Cadáver Exquisito, también en un cuaderno, hasta que en séptimo Lea dejó de jugar con nosotras o con cualquiera de sus amigas de antes. Empezó a coleccionar niñas, mascotas que hacían lo que ella quería. Avishag pensó que nosotras dos debíamos seguir escribiendo un cuaderno, aunque dos personas solas no pudieran jugar a Cadáver Exquisito. Dijo que los cuadernos duran más que las notas en hojas sueltas y que así, cuando tuviéramos dieciocho años, podríamos mirar atrás y recordar a toda la gente que nos quería de

pequeñas. Y de paso también podría poner allí sus dibujos y sabría que yo los vería. Cuando cumplimos catorce años dijo que además podíamos poner la palabra «follar» en todas las frases cuando quisiéramos sin que nos pillaran. Y queremos, porque nos da la gana y porque sí. Es una regla.

fóllame más duro

De un tiempo a esta parte es como si Avishag no existiera. Todo lo que digo, lo repite un poco más fuerte. Luego se queda callada. Juega con la cadena de oro que le cuelga sobre la piel oscura del pecho. Se ajusta la tira del sujetador. Se queda ensimismada mirándose el pelo sin decir nada. Supongo que yo también hago esas cosas.

Pero la cuestión es que, por primera vez en la historia del mundo, alguien que no es Avishag ha escrito en el cuaderno mientras yo no estaba.

Estoy casi segura. Hay una línea que no encaja, y tampoco dice «follar».

siempre estamos solos. solos, incluso ahora

Cierro el cuaderno.

Me dan ganas de preguntarle a Avishag si su hermano Dan ha entrado en clase mientras yo no estaba, pero no lo hago. Mira, la madre de Avishag y Dan, es una madre especial porque es profesora. Es profesora porque tuvo que venir y ser profesora en un pueblo en lugar de en Jerusalén. El padre de Avishag los abandonó, así que no les llegaba el dinero para vivir en Jerusalén. Mi madre trabaja en el pueblo, en la fábrica de componentes para las máquinas con las que se hacen los aviones. La madre de Lea también trabaja en el pueblo, en la fábrica de componentes para las máquinas con las que se hacen las máquinas que sirven para hacer aviones. Siempre estoy sola.

Se me ocurre una idea.

Voy a hacer una fiesta aunque me cueste la vida. Aún no sé dónde será la fiesta, y no puedo saberlo ni sabré nada en los próximos veinte minutos porque estoy en clase pero, que Dios me ayude, Dan va a venir a esa fiesta. Vendrá si lo llamo para invitarlo, aunque sea por educación, y esa es la idea genial que se me acaba de ocurrir de buenas a primeras, una fiesta, y si una sola persona más me dice que a veces se está bien solo, chillaré y será una situación incómoda.

—Paz —digo, y me levanto a buscar mi mochila. Cuando Avishag se levanta, arrastra la silla por el suelo de linóleo y a Mira se le fruncen los labios como si acabara de comerse un limón entero del árbol de la familia Levy.

—Aún quedan veinte minutos de clase —dice Mira, la profesora. Igual cree que nos quedaremos, pero nos vamos.

—A la mierda. Paz —dice Avishag. Qué raro. Avishag no soporta que se digan palabrotas en voz alta. Solo le gustan por escrito, así que es raro. Cuatro chicos se levantan también. En cuarto uno de ellos se comió un limón entero del árbol de la familia Levy porque lo desafiaron, pero después no pasó nada.

No se puede hablar con nadie

Avishag y yo vamos subiendo la avenida sin asfaltar que lleva al pueblo desde la escuela. Cuando abro la boca siento el sabor del polvo que levantan las pisadas de los compañeros de clase que van delante, y de las nuestras del día anterior. Apenas puedo hablar, con tanto polvo en la boca.

—Siento, no sé, como que estoy muriendo. Vamos a montar una fiesta esta noche. Tenemos que hacer unas llamadas —digo.

—Noam y Emuna me dijeron que Yochai les dijo que su hermano se ha enterado por Sarit, la hermana de Lea, de dónde hay cobertura —dice Avishag, entrecerrando sus ojos negros.

Los teléfonos móviles no funcionan en el pueblo. Al principio solo fallaba la cobertura en el colegio, pero desde el miércoles no pillamos señal ni cuando saltamos la valla de madera y pasamos de la clase de matemáticas. A Avishag le aparecieron dos rayitas en la pantalla pero solo diez segundos, así que no dio tiempo de llamar a nadie. Luego solo quedó una rayita y ya no pasó de ahí.

Fuimos hasta la tienda de comestibles, pero allí tampoco había cobertura, así que compramos un paquete de Marlboro y ositos de gominola, y fuimos hasta el cajero automático, pero tampoco había cobertura, y alguien había vomitado en el único columpio donde caben dos, así que ni nos quedamos, y ya no había ningún otro sitio en el pueblo adonde ir.

—En realidad no me lo dijeron Noam y Yochai —dice Avishag—. Fue Dan. Ahora ya me habla. O al menos lo básico para decirme que hay cobertura al lado de la antena.

No la miro mientras me habla. Quiero preguntarle si Dan entró en clase y escribió en mi cuaderno, pero más vale que no lo haga.

La antena. Claro. A veces pienso que si no fuera por gente como Dan el pueblo entero se moriría, de tan imbéciles que somos.

Qué es el amor

Solo una vez en toda mi vida decidí que amaba a un chico, al hermano de Avishag, Dan. Moshe ha sido mi único novio desde los doce años, pero la verdad es que no es justo porque no decidí amarle. Era un amigo de la familia que me tiraba manzanas, así que en realidad no tuve elección. Hace dos semanas rompimos.

También rompimos hace nueve semanas. De todos modos lleva seis meses en el ejército. Dan ya ha terminado con todo eso.

Dan solía hacer una prueba. Por eso decidí que le amaba. Joder, esa prueba lo volvía loco, loco de verdad.

Justo al final de la calle Jerusalén hay una vista preciosa. La mejor vista del pueblo. Una vista del mundo entero y su mundo hermano. En serio. Desde lo alto de ese montículo se ven cuatro montañas cubiertas de bosque mediterráneo, siempre verde. Se ven mantos de anémonas rojas, y cojines de anémonas lilas, y círculos de margaritas amarillas. Y pequeñas cuevas protegidas por los sauces, y bueno, duele con solo mirarlo. Igual que ver a los hijos de los otros al otro lado de la calle.

Y claro, justo al final de la calle Jerusalén hay unos bancos, así que lo lógico es que uno pudiera ir allí a sentarse y contemplar la vista. Pues no. Porque si se sentara estaría de espaldas al paisaje mirando de frente la casa de la calle Jerusalén número 24, y quizá vería la ropa interior tendida a secar, o una correa de perro huérfana sobre la hierba amarillenta, o el cubo del reciclaje fuera, en el porche.

Y la cuestión es que Dan llevaba allí a la gente y preguntaba *qué es lo que no encaja en la imagen, qué es lo que no encaja, vamos, qué es lo que no encaja*, y como nadie se lo decía, se volvía loco, empezaba a gritar y decía que si no fuera por gente como él, el puto pueblo se moriría de tan estúpidos que somos todos. A veces es arrogante. Y entonces la persona del pueblo a la que hubiera llevado, una compañera de clase, la amiga de su madre, su hermana, su otra hermana, se quedaba allí sentada mirando la hierba amarillenta hasta que al final decía: «Me habías dicho que íbamos a dar una vuelta. No lo entiendo».

Yo lo entendí.

En séptimo, un día al irme de la casa de Avishag, Dan apareció por detrás de un olivo. Las copas de los sicomoros importados y unos pájaros invisibles revoloteando a toda velocidad en lo alto proyectaban a su alrededor un baile de luces, como en una discoteca. Dio un paso hacia mí. Luego otro. Estaba tan cerca que vi dos pestañas caídas en su mejilla izquierda. Bajé la mirada por timidez y me di cuenta de que iba descalzo y de que tenía unos pies muy largos. Con los nervios empecé a chasquear los dedos debajo del cuello. Era muy alto, igual que Avishag. O quizá yo era baja.

—¿Quieres ir a dar una vuelta? —me preguntó.

Al principio, cuando me senté en el banco, solo me sentí cansada. Me daba la vuelta a cada momento y apartaba la vista para que Dan no viera lo emocionada que estaba y así quedarme con otra cosa bonita en la que pensar. Y entonces me di cuenta.

—O sea que alguien viene aquí, le dan dos bancos y le dicen: «Planta estos bancos en el suelo con cemento». Y, bueno... —dije. Solo quería hablar de cualquier cosa, pero los ojos verdes de Dan brillaban y no paraba de enarcar las cejas.

Luego nos sentamos un rato en el suelo a mirar los mantos rojos y las cuevas a lo lejos, y le conté todos mis secretos. Creo que esa noche le quise un poco, pero no sé si fue amor de verdad o fue porque me di cuenta de que yo, o algo que dije, le

gustaba. Se sabía por el modo en que se mecía de atrás hacia delante, y también porque cuando le enseñé el cuaderno prometió que algún día escribiría en él, algo que fuera la hostia de inteligente.

No volví a hablar con él nunca más después de aquella noche. Dos meses después le contó a Avishag uno de mis secretos. Al cabo de dos años se marchó al ejército y cuando volvió al pueblo, en lugar de ponerse a trabajar en la fábrica de componentes para las máquinas con las que se hacen las máquinas que sirven para hacer aviones, se quedó en casa dibujando botas militares. Lo sé porque mi hermana fue la semana pasada a jugar con su hermana pequeña y al volver dijo que había dibujos y dibujos de botas. Toda la pared de la cocina parecía empapelada de negro, con todas aquellas botas pesadas.

—Dan me ha dicho que te echa de menos —dijo mi hermana—. Dice que ya no vas nunca con él a dar una vuelta —añadió, y empezó a lanzar besos al aire. Luego subió el volumen de sus dibujos animados de *Bully, el muñeco de nieve* para que no le gritara.

No hay ninguna casa libre

Si escribes en el cuaderno de alguien, también irías a su fiesta si te invitara.

Cuando llegamos a la antena estoy casi segura de que ha sido Dan quien ha escrito en el cuaderno. Ha escrito entre mis definiciones de «hijos de los RPG» y «FAI». Supongo que aún me importa. Supongo que a él todavía debe de importarle.

Entiendo que no parezca muy verosímil, pero sé que ha entrado tan campante en la clase igual que Superman, ha escrito en el cuaderno mientras yo estaba en el lavabo y luego ha salido como si nada por la puerta del colegio. Le preguntaría a Avishag si su hermano ha venido mientras yo no estaba, y no entiendo por qué no me lo dice ella misma, pero también sé que debe de tener sus razones: la gente con hermanos tiene sus razones. Además solo estoy casi segura, y eso es mejor que arriesgarse a saber algo que no se quiere saber.

No puedo creer que no se nos haya ocurrido buscar cobertura al lado de la antena de telefonía móvil. Estamos tan cerca que el poste nos protege del sol desde lo alto del peñasco, y gritamos, porque la señal es tan débil que a la gente le cuesta oírnos bien.

Muchas cosas son difíciles de encontrar en este pueblo. La intimidad, el transporte público, la leche entera. Y la más difícil de todas es una casa libre. De vez en cuando los padres de alguien se retiran a descansar al pueblo de al lado por cortesía de la fábrica, se dan masajes y nadan en la piscina del hostel, pero a mi familia no le ha tocado nunca, ni a la mayoría de gente a la que conocemos. En general los padres van a tomar el café a casa de otros padres y acceden a no volver hasta después de las once, y los hermanos latosos acceden a que se queden amigos a

dormir. Así es como se crea una casa libre donde tomarse unas cervezas y fumar y besuquearse sin pasar vergüenza.

Por lo visto no hay ninguna casa libre para montar una fiesta con los de nuestra clase esta noche. Ni una sola.

Ya hemos llamado a doce personas y tenemos cercos de sudor debajo de las axilas, pero no nos podemos ir a casa, porque en mi casa está mi hermana y en casa de Avishag está su hermana, y no podemos dejar que nos oigan planeándolo todo, igual que dentro de dos años ellas tampoco nos dejarán oír las cuando planeen sus fiestas. Además, desde que Dan ha vuelto no voy nunca a casa de Avishag. Ella no me deja.

Si fuéramos a mi casa mi hermana se enteraría, y ella es lo peor. Con los teléfonos fijos se oye todo. Cuando mi madre habla por el fijo, aunque sean las tantas de la noche, oigo todo lo que dice, incluso cuando susurra, y también si llora.

—¿ESTÁS SEGURA? —hablamos a gritos por el móvil.

Sí, Tali Feldman está segura. Su madre no quiere dejarla hacer una fiesta cuando no hay nadie en casa porque le preocupa que los amigos de su hija rompan más piezas de su juego de té rumano, y la madre de Noam no quiere que su hija haga una fiesta cuando no hay nadie en casa porque le preocupa que su hija traicione su confianza, y la madre de Nina no quiere que su hija haga una fiesta cuando no hay nadie en casa porque le preocupa que los amigos le rompan el himen a su hija, porque tira un poco hacia el lado religioso.

También nos enteramos de que Lea va a hacer una fiesta, de que tiene la casa libre porque su madre y su padre van a darse un masaje al pueblo de al lado, pero que su madre dice que no estoy invitada porque la última vez rompí una vasija de castaño y Lea le contó que fui yo. La verdadera razón es que Avishag y yo somos las únicas que no estamos superacojonadas de Lea porque jugábamos con ella antes de que fuera de superjefa, cuando todavía jugaba con la gente en lugar de manipularla.

Aquella noche en el banco le conté a Dan todos mis secretos. Uno de ellos era que Avishag y yo todavía jugábamos con muñecas. Era algo que manteníamos en secreto desde quinto, no se lo contábamos ni a Lea. En realidad era mejor jugar a muñecas cuando estábamos en séptimo, porque pensábamos en cosas que no se nos ocurrían de pequeñas. Las muñecas podían vomitar helados amarillos encima de otra muñeca antes de quemarla. Podían inventar una cura para el cáncer, o empezar a fumar, o ir a la facultad de Derecho. Era muy divertido.

Cuando Avishag descubrió que le había contado a su hermano a qué jugábamos, entró en clase a las ocho de la mañana y fue directa a mi mochila, tiró mi sándwich al suelo para que todo el mundo lo viera y lo pisoteó sin dejar de chillar. Los tomates embadurnaron el suelo de un jugo amarillo y rojo después de que saltara sobre ellos.

—¡Asquerosa! —gritó—. Es mi hermano, tarada. ¡Putas, tienes novio! ¿Quién te crees que eres? Ni siquiera te conozco —entonces también fue raro que dijera palabrotas.

Durante un tiempo actuamos como si no nos conociéramos, porque era verdad, eso no iba a discutirlo, aunque había llegado un punto en que ya no sabía si conocía a alguien. Emuna ocupó el asiento de Avishag a mi lado en clase. Avishag se puso al lado de Noam.

Luego Dan se fue al ejército. Era normal, porque tenía dieciocho años, igual que fue normal que Avishag y yo olvidáramos lo que había dicho de él. Pero ahora sé que Avishag cree que ni siquiera me conoce. Siempre lo sabré.

—¿Los hijos de los RPG son aquellos proyectiles pequeños que no necesitan lanzador? —me pregunta antes de alejarnos de la antena.

—No —le contesto—. Tú hablas de unas granadas de mano soviéticas que también se llaman RPG, pero ya nadie las usaba en la guerra de la Paz de Galilea. Hablas del pasado. Luego te dejo copiar las definiciones.

Dentro de mi habitación

A eso de las cuatro de la tarde bajamos de la colina de la antena y nos vamos a casa sin haber podido encontrar un lugar para hacer una fiesta. Mi madre suele volver del trabajo a las cinco. Hasta que llega veo el canal infantil nacional. *Chiquititas*, *Franny y los zapatos mágicos* y *El jardín de las sorpresas*. Programas para los que incluso Avishag me vería mayor. Al oír el coche de mi madre voy corriendo a mi habitación, me tumbo en la cama y me quedo mirando el techo. No llama para preguntarme qué tal estoy, y me alegro, porque lo único que quiero es un poco de tranquilidad.

La oigo susurrando al teléfono. Me paso una hora mirando el techo, quizá dos, intentando imaginar cómo sería que me obligaran a mirar este techo toda la vida. ¿Qué clase de detalles percibiría?, me pregunto, y de pronto la voz de mi cabeza suena igual que la voz de Mira, la profesora de historia, la madre de Avishag, y luego resulta que es mi madre, y está en mi habitación. Tiene los dientes manchados de nicotina y la espalda encorvada.

—No puedo seguir así —me dice—. Necesito un poco de ayuda.

No le contesto. Yo sí que necesito ayuda. Si quisiera sabría que necesito una casa libre para hacer una fiesta y poder invitar a Dan esta noche, pero solo sabe lo que a ella le da la gana.

El lunes pasado me preguntó si estaba segura de que no quería probar el sándwich con un poco de pavo.

—Llevo cinco minutos llamándote a gritos para que cojas el teléfono —dice, y me lo da—. No puedo seguir viviendo en una casa donde se me trata como a una criada.

—Yael, ¿estás ahí? —me pregunta Avishag por teléfono.

—Qué, ¿al final la madre de Nina le da permiso para hacer una fiesta? —le

pregunto.

—Escucha —dice—. Dan se ha caído y se ha golpeado la cabeza.

Y dicen que a la ruleta rusa

Me pasé toda la noche al teléfono con Avishag. Todas las demás chicas se quedaron en la fiesta de Lea. Hizo que todo el mundo se quedara incluso después de enterarse de que a Dan le había pasado algo. A mí eso me daba igual. Tampoco me importaba que mi madre o mi hermana o mi padre me oyeran hablando por teléfono. Al principio la cosa era que Dan se había dado un golpe en la cabeza y Avishag estaba preocupada, y luego resultó que se había dado un mal golpe en la cabeza y estaba grave en el hospital pero la madre de Avishag le pidió que no fuese, y luego resultó que se había disparado por accidente en la cabeza, y al final resultó que Dan había ido con un par de compañeros de clase a la colina de la antena de telefonía móvil a llamar a tal o cual chica, pero como ninguna contestaba se pusieron a jugar a la ruleta rusa. Claro, solo los del pueblo tenían cobertura y casi todo el mundo estaba en la fiesta de Lea, fue por eso. A las seis de la mañana resultó que Dan había muerto.

Pero yo no me creo ninguno de esos rumores. Yo creo que subió a la montaña y se voló los putos sesos allí solo. Sin más.

Madres desaparecidas

A las siete de la mañana voy a casa de Avishag. Vive en el número 3 de la calle Jerusalén y yo vivo en el 12, y por eso nos hicimos amigas. Paso por delante de casas idénticas, una tras otra. Paso la casa de Lea, el olivar, luego la casa de los Miller, la familia británica. Todas parecen exactamente iguales, salvo porque la de Avishag tiene el tejado rojo y el de las otras es verde. Además, cuando entras en su casa hay siete estanterías de libros, porque su madre, Mira, es una intelectual, tal vez porque es profesora o porque es originaria de Jerusalén ciudad, no de la calle.

Como Avishag tiene los ojos cerrados, le tapo la nariz para despertarla. Siempre la despertaba así cuando éramos pequeñas, pero de pronto me doy cuenta de que ya no puedo seguir haciéndolo. Ni ahora ni nunca. No me grita cuando se despierta; no dice nada.

Le quito la almohada de debajo de su pelo negro, mojado. La pongo en el suelo, apoyo la cabeza y cierro los ojos.

Me despierto al cabo de una hora. Mientras bajo las escaleras hasta la cocina espero encontrar mi vaso de leche con cacao y cereales preparados en la mesa, pero en la mesa no hay nada. Ni siquiera la leche con cacao y el pan untado con chocolate que Mira le pone por las mañanas a su hija pequeña.

Esperaba encontrarlo. Juro que, de todas las cosas, esta es la que más me

sorprende.

En casa mi madre prepara por la mañana tomate y té para mí, y pan, tomate y té para mi hermana. Cuando nos levantamos mi madre ya se ha ido, porque empieza a trabajar a las siete. Antes entraba a las ocho y nos podía llevar en coche al colegio, pero cuando empecé la secundaria el pueblo inauguró un servicio de autobús para descongestionar el tráfico matutino y adelantaron una hora el horario de las madres. Ahora siempre encontramos la misma nota. *Lavad los platos después de almorzar.* Deja la comida en la nevera, dos platos tapados con otros platos, arroz con cordero de domingo a martes, y arroz con oca el resto de la semana. Todo sabe a recién hecho aunque tengamos que calentarlo en el microondas.

Vuelvo a la habitación de Avishag.

—Avishag —la sacudo con fuerza—. ¿Dónde está tu madre?

Avishag sigue con los ojos cerrados. Aún medio dormida, arquea la espalda y se ajusta el sujetador. Pasa sus largos dedos por la cadena de oro, y se la ve tan morena entre las sábanas blancas que casi parece demasiado presente. Entonces de pronto abre los ojos.

—Creo que ha decidido volver a su casa. Dijo que lo haría incluso antes de que nos enteráramos de que Dan... antes de saberlo todo.

—¿Volver a su casa? —le pregunto—. Pero es tu madre.

—Dijo que iba a volver a vivir con mi abuela en Jerusalén. Dijo que no va a seguir criando hijos ella sola para que luego cojan y se peguen un tiro, y dijo que no me ofrezco nunca a lavar los platos, y que ya soy una mujer y que ella...

—Cómo va a irse, no puede ser —le digo—. Vamos, levanta.

Pero Avishag cierra los ojos y me da la espalda, tapándose la cabeza con la sábana, como si fuera una cueva.

Judaizar Galilea

Voy al colegio sola. No sé adónde más podría ir y no quiero seguir viendo cómo duerme Avishag. En la clase hay solo tres chicos, sentados encima del pupitre mientras ven una revista de coches japoneses. Una de las sillas está caída de lado y, como alguien ha derribado la papelera, hay pieles de naranja y hojas de papel por el suelo.

—La madre de Lea también se ha ido —dice uno de los chicos—. Le ha dicho a Lea que ha decidido quedarse para siempre en ese pueblo de los masajes —añade, y se muerde un dedo—. Pero no creo que vaya en serio. Y seguro que Mira, la profesora, también volverá pronto.

—Este es un pueblo de locas de mierda —añade otro. Luego me dan la espalda y se apiñan alrededor de la revista.

Salgo afuera y miro al suelo intentando contener la respiración, pero los cuervos y

los sicomoros y los pájaros que vuelan en círculos por debajo del sol dibujan puntos en el asfalto bajo mis pies, que me hacen guiños primero aquí, luego allá, y abro la boca y vomito hasta que consigo levantar de nuevo la cabeza y mantenerla en alto.

No veo un alma en las calles. Cuando construyeron este pueblo hace menos de treinta años, fue porque a alguien se le ocurrió la brillante idea de que había que judaizar Galilea, y en particular la frontera con el Líbano. El gobierno dijo que la región no era más que una sucesión de montañas de arenisca desiertas, y si somos un país no podemos vivir todos en una única zona. Así que cedieron parcelas de tierra casi regaladas a parejas que se comprometieran a trabajar en la fábrica que construyeron en el pueblo, de manera que las parejas tendrían dinero y hogar, y luego tendrían niños.

Lo único en lo que no pensaron fue en que el dinero y las casas crean niños, y que los niños, entre otras cosas, necesitan autobuses. La única manera de salir de aquí hoy por hoy es haciendo autoestop.

Me pongo al lado de la vieja cabina de teléfono a las afueras del pueblo y hago dedo. Primero pienso en llamar a alguien, pero no tengo monedas para usar la cabina.

Cuando para un Subaru rojo, me acerco y huelo el aftershave del conductor, un tipo con barba que está escuchando «Macarena». En serio.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

En el suelo, un caracol avanza lentamente hacia mí, dejando un rastro de baba. Pronto llegará la primera lluvia del año. Pronto Avishag y yo terminaremos el instituto. Iremos al ejército. Todos. Incluso la princesa Lea tendrá que ir al ejército. Todo el mundo va.

Y me doy cuenta de que no conozco a nadie fuera de las mil casas del pueblo, de que estoy aquí sola en el asfalto tibio.

Le digo al conductor que mejor me quedo donde estoy.

No subo a la montaña

Y es que ya no quiero volver a subir a buscar cobertura junto a la antena de telefonía móvil solo para hablar con alguien. Bajo por el camino de losas de barro, cruzo las rejas de las bicicletas y el basurero hasta el cajero de cintas de vídeo, y uso un billete de veinte siclos para alquilar *Chicas malas*, porque es la única película que queda en el cajero que solo he visto una vez.

Ahora que tengo cambio, vuelvo al final del pueblo. El auricular de la cabina está tan polvoriento que brilla, y al descolgarlo me sorprende que tenga línea. Puede que sea la última cabina de todo Israel. Hace unos años el gobierno las arrancó una por una y se las llevó en un camión.

Quiero oír la voz de mi madre para asegurarme de que ella no se ha ido también.

Pero no la llamo a ella.

Avishag no contesta hasta que llamo por tercera vez. Mi madre no es la primera a la que llamo, no porque prefiera hablar primero con Avishag, sino porque saber algo casi seguro es mejor que arriesgarse a saber algo que no quieres saber.

—Tu madre va a volver, ¿lo sabes, no? —le digo.

Cuando lo digo sé que quizá no vuelva. Cuando lo digo sé que fue Avishag la que escribió en el cuaderno aquella mañana, no Dan.

—Siempre estoy sola, Yael —contesta Avishag, con voz ensopada—. Incluso ahora.

Que nadie nos llame

Espero mucho rato a que Avishag venga a buscarme. Me siento a esperarla en el suelo al lado de la cabina. Noto el sabor del sudor, la sal y el maquillaje que me chorrea de la nariz a los labios. Ha dicho que vendría.

Y viene. Viene, pero no viene a buscarme. No vamos a casa. No decimos nada. Se acerca caminando hasta mí y entonces cambia de dirección. Sabe que hoy la seguiré adonde vaya.

Subimos la pendiente interminable de la colina. Espero que no lleguemos nunca arriba, aunque sé que lo haremos.

No hay sangre en el suelo al lado de la antena. Ni siquiera un trozo de ropa. Ni siquiera una bota.

A Avishag le cuesta creer que no haya nada. Quiere ver, por lo menos algo. Mueve desesperadamente la cabeza de un lado a otro. A la sombra de la antena no deja de buscar con la mirada, como hacía de pequeña mientras intentaba encontrar la última palabra de una sopa de letras.

Entonces es como si la antena fuera esa palabra. Como si de pronto se diera cuenta de que está ahí, después de mirarla fijamente varios minutos. Apoya las manos en la antena y la empuja y le da patadas.

Voy con ella, me pongo a escarbar en la tierra alrededor de los postes metálicos clavados en el suelo, y arremeto contra la antena con todo el peso de mi cuerpo.

Intentamos derribar la antena hasta que oscurece. No dejamos de intentarlo una y otra vez.

No hablamos. No vamos a hablar. Hemos hablado suficiente.

Aquí no necesitamos una antena de telefonía móvil.

Los hijos de los RPG

Los hijos de los RPG eran niños de nueve o diez años, así que eran muy pequeños y, claro, eran niños. Y el RPG es un arma muy, muy pesada, de modo que un solo niño no puede con ella, tienen que ser dos, y los niños levantaban las armas y las

sostenían entre dos, uno por delante y otro por detrás. Cuando disparas un RPG, por delante lanza un misil tan potente que podría llegar a atravesar un tanque israelí. En cambio, por detrás despide fuego; no es que sea una gran llamarada, ni que sea necesaria, solo forma parte del funcionamiento del arma que despida fuego por detrás. Así que uno de los hijos del RPG aguantaba el lanzamisiles sobre el hombro, y detrás se ponía el otro, de puntillas, sosteniendo la parte posterior. Y entonces cuando disparaban el misil, al niño de atrás se le prendía fuego en la cabeza, y en los hombros, y enseguida el fuego le llegaba a las sandalias, si las tenía. Nadie advertía a los hijos de los RPG.

Nadie hablaba con ellos, nadie les decía nada, ni a los niños que aguantaban delante ni a los que aguantaban detrás, pero una cosa muy interesante es que muchas veces el niño de delante saltaba encima de su amigo y lo abrazaba, y eso aumentaba significativamente el número de víctimas, que aquel niño no se quemara solo.

Todas las chicas gritando a la vez

Las reclutas del campamento militar formamos en un cuadrado perfecto al que le falta uno de los lados. La comandante está frente a nosotras, de cara al sol de mediodía. Entrecierra los ojos. Grita.

—Levantad la mano si lleváis lentes de contacto.

Dos chicas levantan la mano. La comandante dobla el brazo para mirar el reloj. Las dos chicas hacen lo mismo.

—Quiero que vayáis a vuestra tienda y estéis de vuelta en menos de dos minutos treinta segundos. Sin las lentes de contacto. ¿Entendido? —chilla la comandante.

—Sí, comandante —chillan las chicas, y activan los relojes con un pitido. Echan a correr. Nubes de polvo siguen el trote de sus botas.

—Levantad la mano si sois asmáticas —grita la comandante del campamento militar.

Ninguna de las chicas levanta la mano.

—¿Sois asmáticas? —repite la comandante con un alarido.

—No, comandante —gritan todas las chicas.

Yo no grito. Pensaba que no hacía falta, porque no había levantado la mano.

—¿Eres asmática, Avishag? —aúlla la comandante, mirándome.

—No, comandante —grito.

—Entonces la próxima vez contesta —dice la comandante—. Bien alto, para que pueda oírte, igual que a todo el mundo.

En el campamento militar para reclutas de las FDI, el único campamento de infantería de combate para mujeres, no sabemos lo que será de nosotras si levantamos la mano y preguntamos según qué. Yo sé menos todavía, porque fui la primera de las chicas de mi clase a la que reclutaron y no tuve amigas que me informaran, y mi hermano Dan tampoco me contó nunca nada del ejército, ni cuando estaba vivo. Cuando murió, me molestó tanto que la gente me preguntara si pensaba hacer el servicio militar que me alisté voluntaria en las fuerzas de combate solo para que se dejaran de suposiciones. Quise hacer algo para que la gente no volviera a dar nada por supuesto nunca más.

En mi campamento militar nunca puedes hacer suposiciones. Hace una semana nos pidieron que levantáramos la mano si pesábamos menos de cincuenta kilos. Luego nos pidieron que levantáramos la mano si habíamos compartido agujas o mantenido relaciones sexuales sin protección poco antes de que nos reclutaran. Era

difícil hacerse suposiciones con eso. El ejército quería nuestra sangre. Dos litros, pero te daban Kool-Aid y pan blanco mientras tenías la aguja dentro. Las zorras y las drogatas declaradas se lo servían a las chicas que abrían y cerraban los puños para bombear la sangre.

—Más rápido —gritaba la comandante.

—Siento como si tuviera la mano cubierta de hielo —dijo otra de las reclutas—. Como si la tuviera congelada —estaba estirada en el catre de campaña enfrente del mío. Quise alargar el brazo y darle la mano para que no sintiera tanto el frío, para sentirme menos sola. No pude. Porque llevaba una aguja clavada en el brazo, porque habría sido un error. Mi madre me dijo que si quería un buen destino después del campamento militar debía aprender a controlar mi boca. Mi madre en otros tiempos fue oficial, y ahora también es profesora de historia y todo. Se marchó a Jerusalén unas cuantas semanas cuando Dan murió, pero al final tuvo que volver y me ayudó a prepararme para el servicio militar. Las madres sin marido siempre vuelven.

La chica del catre de campaña al lado del mío se acojonó. Apartaba el brazo con la aguja de su cuerpo, como si estuviera poseído. Se le puso la cara roja.

—Creo que me están sacando demasiada sangre. ¿Alguien puede comprobarlo? ¿Alguien puede venir y comprobar que no me estén sacando demasiada sangre?

Yo sabía que no debía decir nada.

—Quiero irme a casa —dijo la chica—. Esto no me gusta.

Parecía muy joven. Y al final hablé.

—No pasa nada —fue lo que dije.

Ahí fue cuando intervino la comandante.

—Nadie te ha dicho que puedas hablar —gritó.

Solo me castigaron a mí. Durante la hora de la ducha tuve que cavar un hoyo en la arena donde cupiera una roca del tamaño de cinco cabezas. La comandante dijo que la roca representaba mi «vergüenza». Sonreía mientras lo explicaba. Ninguna de las chicas me ayudó. Se quedaron en fila sobre la arena esperando su turno para las duchas, mirándome.

Ahora el ejército quiere que sepamos lo que es la asfixia. Por eso nos preguntan por las lentes de contacto y el asma. Hoy es el día del ABC. Atómico, biológico, químico. Nos dijeron que cualquier soldado debe pasar esta prueba, no solo las chicas de las fuerzas de combate, pero para nosotras es especialmente importante, porque tendremos que mantenernos en activo en caso de un ataque no convencional.

Formamos en dos filas en lo alto de una duna. Nos ayudamos unas a otras a colocarnos las máscaras.

—Lo estás haciendo todo mal, Avishag —me chilla la comandante—. Todo mal.

Al ajustarme una de las gomas elásticas negras siento el pelo tan tirante como si quisieran arrancarme un mechón de cuajo. Solo que no me sueltan. La máscara va a quedarse donde está.

Con las máscaras parecemos cuerpos de soldados con cabeza de perro robótico.

El filtro gris y grande sobresale como un hocico. El sol calienta el plástico negro de la máscara y el calor irradia hacia dentro. El plástico transparente del visor está manchado y, adondequiera que mire, el mundo parece encapsulado y distante, un cuadro barato y sucio de arena, y más arena desde otro ángulo.

La comandante recorre la fila, y a su paso va rompiendo unos platanitos de plástico.

—En vuestros kits de supervivencia hay varios platanitos de estos. Si rompéis uno y seguís oliendo a plátano, es que vuestra máscara no está bien sellada.

Siento que la goma me aprieta tanto que me corta la circulación de las venas en la parte posterior de la cabeza. Cuando la comandante pasa a mi lado sacudiendo el platanito, noto el olor. A plátano. Plátano y arena.

—Huelo a plátano y... —digo. Mi voz retumba en el interior de la máscara. Las palabras me fallan. Quiero hablar. Sin parar. Sobre Dan. Sobre las cosas que Yael dijo y que aún no entiendo. Sobre cuando se queman las plantaciones de plátanos que hay al lado de nuestro pueblo. Todo. Soy una idiota. Como si lo que yo pienso importara.

—Nadie te ha dado permiso para hablar —grita mi comandante—. Búscate a alguna de tus amigas para que te lo arregle —dice. Cuando dice «tus amigas» se refiere a las otras reclutas. Eso lo odio. Son otras reclutas. No son mis amigas. Incluso mi madre me dijo que al ejército no se va a hacer amigos. No te engañes, me dijo. Mira lo que le pasó a Dan.

La comandante nos hace entrar de dos en dos en la tienda de campaña. Mi compañera es una chica alta que se llama Gali. Vemos a una de las chicas que iban delante de nosotras salir corriendo de la tienda como si se quemara viva, babeando, con los ojos cerrados y llorosos, y de la nariz le mana una sustancia verdiamarillenta. Corre con la boca abierta y los brazos en cruz. Corre sin parar hasta que su pequeño cuerpo caqui se convierte en una mota en el horizonte desierto.

Gali se ríe, y yo también. Por Sarit, la hermana mayor de Lea, me enteré de que la tienda del gas lacrimógeno es el primer lugar donde las comandantes pueden mantener trato personal con sus reclutas. Les hacen cuatro preguntas, siempre las mismas:

¿Amas el ejército?

¿Amas tu país?

¿A quién quieres más, a tu madre o a tu padre?

¿Te da miedo morir?

Las comandantes se lo pasan de miedo, porque primero hacen estas preguntas cuando la soldado lleva la máscara puesta, pero luego se las vuelven a hacer cuando la soldado está en la tienda del gas lacrimógeno, sin la máscara, y ven cómo le entra el pánico. Ese es el objetivo del ejercicio. Entrenarte para que no te dejes llevar por el pánico en caso de un ataque atómico, biológico o químico. No le veo mucho sentido. Se lo dije a Sarit. Le dije, «En ese caso, ¿por qué no nos pegan un tiro para que sepamos lo que se siente?». «No te pases de lista», me contestó. Podemos salir de la

tienda cuando creamos que nos estamos asfixiando. Sarit dijo que esperan que te quedes todo lo que puedas. «¿Cuánto es todo lo que puedas?», le pregunté. «¿Cuánto aguantas sin respirar bajo el agua?», me preguntó ella.

Nos toca a nosotras.

Gali y yo nos agachamos para pasar por debajo de los pliegues de lona. Dentro está oscuro y hace tanto calor que me da la sensación de que los botones del uniforme me quemaran las muñecas. Puedo notarlo. Puedo verlo. La tienda está llena de veneno. Lo sé, pero la máscara evita que me haga daño. Me siento una impostora.

Curiosamente, a la comandante se la reconoce a la primera con la máscara. Por la postura, con las manos a la espalda, sujetando la culata de su pistola. Mantiene la barbilla en alto. Empieza con Gali. Gali se yergue, y es aún más alta con la barbilla levantada.

—¿Qué tal te sientes con la máscara, soldado?

—Bien.

—¿Amas el ejército?

—Sí. Es duro, pero es una experiencia gratificante y aprendo mucho.

—¿Amas tu país?

—Sí.

—¿A quién quieres más, a tu madre o a tu padre?

—No puedo contestar a eso. Creo que los quiero a los dos por igual, pero de maneras distintas.

—¿Te da miedo morir?

—No.

—Quítate la máscara. Puedes salir cuando lo consideres necesario.

Miro a Gali mientras se desabrocha a tientas la banda elástica de la máscara y se la quita. Inmediatamente se le hunden las mejillas, como si aspirara por una pajita pinchada.

—¿Amas el ejército?

Gali abre la boca para hablar, pero al momento la cierra. Ya está babeando. Abre la boca de nuevo, esta vez menos, y emite un gruñido.

—Sí.

—¿Amas tu país?

Gali aletea con los brazos cerca de la garganta, como un pez.

—Aj —farfulla, mientras el moco de la nariz le cae hasta la boca. Sale corriendo como una cigüeña.

Ahora me toca a mí.

—¿Amas el ejército? —pregunta mi comandante.

—Sí y no. Quiero decir que sí creo que es importante servir en el ejército en un país como el nuestro, pero yo aspiro a la paz, y personalmente la verdad es que en el campamento militar se pasan muchas dificultades, y además...

—Basta. ¿Te da miedo morir? —pregunta. Se salta dos preguntas. Sabe que soy

problemática, aunque apenas he causado problemas. Quizá no cuentan los problemas que provocas, sino los que llevas dentro. Creo que Dan me dijo eso una vez, pero qué sé yo de lo que decía o quería decir.

—No, no me da miedo morir —digo. Breve y conciso. Es lo que quiere oír, y también la verdad.

—Quítate la máscara. Puedes salir cuando lo consideres necesario —dice mi comandante. Suena diferente de como se lo ha dicho a Gali. Más contenido.

Me quito la máscara y al principio no siento nada más que el dolor del cuero cabelludo. Luego siento el fuego, el escozor. No puedo abrir los ojos. Dejo de respirar por la nariz. Pero abro la boca.

Y hablo. Llevo tanto tiempo esperando... Esta es mi oportunidad. Mientras me asfixie, tengo permiso. Yael y Lea no están aquí para ahogar mis palabras con su cháchara. No hay nadie de mi familia cerca para ignorarme. Que yo hable sirve a un objetivo. Que yo hable, que llore, es una cuestión de seguridad nacional. Una parte de nuestro entrenamiento. Estaré preparada para un ataque con armas no convencionales. Podría salvar a todo el país, así de preparada voy a estar. Me arde toda la cabeza, pero mi boca no para de largar palabras; saben a plátano y no se acaban, siguen sin cesar.

A mi comandante se le agotan las cuatro preguntas originales. Tiene que recurrir a otra.

—¿Cuál es tu recuerdo más temprano? —me dice. Era lo que se preguntaba antes de que a alguien se le ocurriera la brillante pregunta del padre y la madre.

No me voy por iniciativa propia. Ella me pide que me vaya.

Hablo y hablo y hablo.

Creo que estuve en la tienda de gas lacrimógeno más tiempo del que había estado nunca antes ningún soldado.

Es afuera donde no puedo respirar. No puedo abrir los ojos, y mis pies empiezan a correr por su cuenta, contra mi voluntad, cada vez más rápido. En la boca noto el sabor de la sangre que me baja de la nariz y me arde la garganta como si me hubieran echado aceite hirviendo. Siento como si me hubieran frotado la piel de la cara con papel de lija. Corro sin parar hasta que unos brazos me agarran en el aire y no me sueltan durante un buen rato. Cuando por fin recupero la visión, a través de las lágrimas me doy cuenta de que iba corriendo directa al precipicio. Fue mi comandante la que me agarró. Me sujetó, antes de que cayera. Ese era el trabajo de mi comandante.

Están convencidos de que hice trampas, aunque no se explican cómo. Por lo visto estuve en una tienda llena de gas lacrimógeno más de dos minutos y medio, y dicen que eso no es posible, sencillamente, que seguro que pasó algo raro. Yo hubiera dicho que estuve más tiempo hablando. Me dio la impresión de que en aquel rato conseguí contarle todo, casi.

Después de cambiarme el uniforme, tengo que ir a ver al comandante de la base.

Entro en la habitación, saludo con mi arma y lo miro de frente.

Veo que alarga el brazo y durante un segundo creo que va a sacar un arma. Que el comandante de la base va a matarme. A veces pienso cosas que sé que no son verdad. Solo ha sacado el paquete de cigarrillos. Se le ensancha la nariz al inhalar el humo. Me hace un gesto para que me siente frente a él, y cuando me dejo caer en la silla de despacho veo que tiene los pelos de la nariz blancos y parecen hilos de telaraña. Aplasta el cigarrillo en el cenicero, que es el casquillo verde de una granada de mano, y enseguida saca otro.

Parece que solo quiere matarse a sí mismo, y lentamente. No tiene ningún interés en matarme a mí. Me pone triste que se interese más por sí mismo que por mí. Ya sé que no soy realista, pero de todos modos me pone triste que la gente sea así. La mayoría de la gente es así. Dan era así, al final. Solo le interesaba matarse.

El comandante de la base dice que tengo que hacer las cosas como es debido. Que si no sé que muere gente. Espera que trate de pensar un poco en cómo ser mejor soldado.

—Y además hay una cuestión general. Tu comandante dice que sigues hablando sin permiso. ¿Por qué lo haces? —pregunta.

—No lo sé. Supongo que se me ocurren muchas cosas —le digo.

—Pues pronto tendrás que abrir los ojos y darte cuenta de que las cosas que a ti se te ocurren son una interrupción para los demás.

Mi castigo consiste en dormir toda la noche con la máscara de gas puesta. Creativo y humillante a la vez. En cierto modo me impresiona.

Ojalá fuera mejor soldado. Por la noche pienso en cualquier cosa menos en eso, aunque lo intente con todas mis fuerzas. Dan, mi madre, Yael. Gente que ni soy yo, ni son soldados. Incluso en mi padre; cosas de cuando era pequeña y no era soldado.

Paso la noche mirando el techo de la tienda de campaña a través del visor de plástico; encuadra la gruesa lona verde, todo ese verde, como una pintura impresionista. Los cierres de la máscara se me clavan en el cuero cabelludo, por encima de la nuca.

Si lloro no es porque espere que una de las chicas de la tienda me oiga y se despierte. Solo tenemos cinco horas de sueño por la noche. Y no somos amigas.

No puedo dormir, así que imagino que podría suceder una de estas dos cosas.

Que me levantara después de llevar toda la noche la máscara antigás y que Irán hubiera bombardeado Israel y yo fuera la última persona viva en todo el país, que la máscara me hubiera salvado. Las otras chicas de la tienda habrían muerto, tendrían la cara amoratada, así que cruzaría las puertas de la base y me adentraría en el desierto del Néguev, donde podría morir deshidratada, o envenenada por las sustancias que me penetraran en la piel, pero no es eso lo que me mata. Me mata no tener a nadie con quien hablar.

Otra cosa que podría pasar es que Irán no bombardeara Israel, al menos ese día, y que llego a ese sitio donde Yael dice que está el fin del mundo. Acabo mi

entrenamiento en el campamento militar. Acabo el servicio militar. Voy a Panamá, Guatemala, Argentina. En todas partes hay enjambres de israelíes, claro, pero al final todos se marchan y soy la última turista israelí que queda en Ushuaia, Argentina, la ciudad más próxima a la Antártida, el fin del mundo. Todas las librerías son en español. Los lagos son demasiado fríos para nadar. En los bares, todos los clientes son franceses de mediana edad, y estoy sola.

Mi recuerdo más temprano. Abro los ojos y veo la pequeña habitación a través del plástico. Mi padre lleva puesta su máscara, y mi hermana está en la alfombra metida en una incubadora que la protege de los gases tóxicos, porque es demasiado pequeña para llevar máscara. Dan no para de quitarse la suya, hasta que mi padre le suelta una bofetada. Mi padre también se quita la máscara a cada rato para tomar un trago de su botella de Araq. Es 1991 y caen misiles iraquíes. Por la radio dicen que no hay que ir a los refugios subterráneos. Dicen que hay que sellar una habitación de la casa con cinta aislante, ponerse las máscaras, beber mucha agua y esperar que no pase lo peor. Por la radio dicen que están cayendo misiles en la región M, la nuestra. En esa época vivíamos en otra ciudad, no en el pueblo. No sé dónde. Mis padres discuten. «¿Cinta aislante? —pregunta mi madre—. Qué tontería».

No conozco todos los detalles; es algo que me cuentan tiempo después y se convierte en un recuerdo. Esa noche aún no dispongo de suficientes palabras para formar una frase. Tan solo recuerdo a mi madre, a cara descubierta, morena, que me agarra en brazos y sube corriendo la escalera de madera que lleva a la azotea. Lluve sobre las palmeras, pero mi madre me quita la máscara y me levanta la barbilla para que mire el cielo. Una bola de luz rasga la noche y deja una estela rosada de fulgor incandescente. Mi madre hunde la cara en mi pelo. Miramos el cielo, y si estoy sola aún no lo sé.

A través del plástico transparente contemplo el techo de la tienda y veo la noche. Los cierres de la máscara todavía se me clavan en el cuero cabelludo. Lloro, y no porque espere que una de las chicas de la tienda se despierte.

Y sin embargo, una se despierta. La que se asustó porque creía que le sacaban demasiada sangre. Está despierta, pero no se da cuenta de que soy una persona, otra recluta tendida en su catre de campaña que llora dentro de una máscara antigás. Mis gemidos ahogados le parecen los sonidos de un animal.

—¿Es un gato? —susurra, un sonido tan cortante como una hoja que se hiende en el aire, las tiendas, los oídos—. ¡Chicas! Ha entrado un gato en la tienda.

—¿Un gato? —pregunta Gali. No se molesta en bajar la voz.

—Ayudadme. Soy alérgica. Me puedo morir —la chica de la sangre espera las palabras de otra persona.

La máscara me protege. No pueden verme la cara. No pueden verme la boca. No saben que he sido yo la que he hecho el ruido. Si grito, si grito ahora mismo, si suelto un grito tremendo y ahogado, hay una posibilidad, siempre hay una pequeña posibilidad de que nadie sepa nunca que he sido yo. Será un grito como si todas las

chicas gritaran a la vez.

Y entonces.

Grito. Grito como si fuera la última vez en la vida que pudiera dejar oír mi voz. Y quizá lo sea. Como si ahora mismo no me oyera nadie.

Grito el miedo de la sangre y el fulgor incandescente. Grito el terror de los cronómetros y las botas hollando la arena, y el pánico que desata un tufo que podría pasar por olor a plátano. El sonido de las palabras que grito es el gemido de mi vergüenza, pero una vergüenza que no es una piedra, una vergüenza que yo no accedí a enterrar.

Si de verdad lo quieres, te contaré qué es lo que grito, te diré todos los sonidos y las palabras y las letras. Pero primero tienes que jurarlo, tienes que jurar que de verdad quieres que te lo cuente.

Chicos

Estiro los brazos, como si quisiera apartar la oscuridad que se extiende más allá de la barricada de cemento. Me hago una trenza en el pelo, y luego me la vuelvo a hacer más prieta, aunque sé que nadie me verá en varias horas.

Al final dejo escapar un bostezo y miro el búnker de municiones oculto bajo el montículo donde hago guardia. El turno de ocho horas y la noche se ensanchan formando una espiral delante de mí, como toda la vida que tengo por delante. Cuando la espera se hace casi insoportable, escribo con piedras mi nombre en el suelo.

Yael.

Odio hasta mi nombre cuando estoy esperando, por lo menos después de mirarnos uno al otro un buen rato, y más cuando lo veo escrito con piedras. Así que lo destruyo a patadas.

Hago esto desde que me destinaron a esta base de instrucción cerca de Hidna, después del campamento para reclutas. Al principio escribía otras palabras pero luego me sabía mal destruirlas a patadas, aunque las odiara y odiara darme cuenta de que odiaba todos los nombres y todas las palabras.

Cuando me canso de patear piedras voy a recoger el casco, donde he dejado un bote de plástico lleno de crema de cacao. He clavado un cuchillo de plástico en la crema para chuparlo cuando se me empiece a caer encima la noche. Lo he dejado a unos metros de la barricada para tener que saltarla y pisar la hierba amarillenta y el polvo de la montaña. Así el tiempo pasa más deprisa.

Pero el casco y la crema de cacao han desaparecido. Hay una huella con la forma del casco en la hierba, conteniendo su ausencia. Zumban en la noche el silencio y el frío. Coloco la mano en la culata de mi M-16 y aprieto el seguro una vez, luego otra, y otra.

Tendría que haber llevado el casco puesto, pero ninguna chica se lo pone. El bote de crema de cacao tiene que quedarse abierto al otro lado de la barrera para hacer la vida interesante, y a los bichos les cuesta más meterse si lo pongo dentro del casco.

Saco una linterna del chaleco portamuniciones. La luz se proyecta en un triángulo gigante, exponiendo arbustos verdes y moscas de la fruta. Creo distinguir movimiento en la montaña de enfrente, un movimiento metódico y zigzagueante, como si hubiera un ratón gigantesco.

Cierro los ojos y oigo risas, o quizá solo sea la radio de las casas del pueblo palestino cercano, o un coche que pasa por la ruta 433.

Abro los ojos. Saco la mano de mi fusil. Apago la linterna. Entonces veo un destello blanco en el suelo, justo delante de mí.

Quienquiera que me ha robado el casco y el chocolate ha subido toda la colina reptando hasta la barricada del puesto de vigilancia. Y luego, antes de irse con el botín, se ha detenido un momento, agazapado en el suelo sin hacer ruido, a sacar el cuchillo de plástico del bote, chuparlo hasta que quedara limpio y dejarlo al pie de la barricada, para que yo lo encontrara. Ese cuchillo. Como un guiño: ¡te tengo!

Sé que voy a meterme en líos por perder el casco, pero no puedo evitarlo. Siento que la risa me sube desde el estómago, me atraviesa los pulmones y de pronto me estoy riendo con tantas ganas que me lloran los ojos y me quedo sin respiración.

No hay ninguna duda. El robo ha sido la obra genial de un chico. Uno de los chicos de Hidna. Y qué le voy a hacer. A mí los chicos me encantan.

Vuelvo a mi puesto alucinada, confundida y cómplice. Creo que después de cada guardia aprendo algo nuevo. La tela metálica que rodea la base engulle mi cuerpo. Los carteles pegados a la valla, donde se lee RECINTO MILITAR PROHIBIDO EL PASO, se me desdibujan. Están colgados de tal manera que se alterna uno rojo, otro negro, uno rojo, otro negro, uno rojo. Pero con cada paso que doy acaban siendo nada más que letras de todos los colores que existen.

De vuelta en el barracón después de ocho horas riéndome sola y mirando al infinito, llamo en plena noche a mi novio, Moshe, al pueblo. Hace un año que acabó el servicio militar. Llamo al cobijo de una manta de campaña.

—Quiero que lo dejemos —le digo.

—¿Es por mí? —pregunta.

—Sí —le digo—. Es por ti.

—Pero si acabo de conseguir un trabajo en el pueblo de al lado. No es gran cosa, pero para cuando vuelvas del ejército tendremos algo con lo que empezar —me cuenta—. ¿Cómo va a ser por mí?

—Es por ti, no te quepa duda.

Las aldeas alrededor de Hebrón e incluso los jóvenes de la propia ciudad de Hebrón están nerviosos y empiezan a provocar disturbios. Han llamado al frente a la unidad de los chicos de infantería a los que entrenamos la semana pasada, y solo nos han dejado a cuatro o cinco para ayudarnos a proteger la base de instrucción. La carga de proteger la base recayó sobre nosotras, las instructoras de armamento. Tuvimos que doblar turnos. Ocho horas de pie en la oscuridad sin nada más que tus pensamientos y el equipo completo, con el arma cargada. Esperar mientras los minutos pasan lentamente, como serpientes lisiadas, esperar, esperar, esperar. Y luego ocho horas de sueños angustiosos en el barracón, donde me pregunto qué demonios era lo que estaba esperando todas esas horas. Y vuelta a empezar.

—Anoche uno de los chicos de Hidna me robó el casco —le digo a Dana por la

mañana. Duerme en la cama delante de la mía.

—Ni siquiera entiendo para qué hacemos guardia —dice Dana. Se prepara para su turno, metiendo el pulgar en los cinco cargadores del chaleco para asegurarse de que hay veinte balas en cada uno—. Esos chicos son como ratas —dice—. Te juro que robarían la base entera, si pudieran.

—Ya lo sé —digo—. Pero bueno, son críos. ¿Qué vamos a hacer, arrestarlos?

Dana se acerca una cantimplora al oído y la mueve para asegurarse de que está llena y no hace ruido.

—Ahora tendrás problemas —dice, después de comprobar que no suena—. Eso seguro.

La puerta del barracón de las chicas molonas está abierta, y desde allí ven sin obstáculos nuestro barracón, porque también tenemos la puerta abierta. La rubia que dirige el cotarro, Hagar, nos mira sin disimulo. Tiene una cara europea que me recuerda a la de Lea. Y encima es igual de mala que ella.

—Ah —dice—. ¿Qué ha hecho la nueva? —pregunta, sonriendo.

Las otras dos chicas se echan a reír, y me gustaría que la broma no fuera a mi costa, para poder reírme también. Las chicas de mi barracón no se ríen nunca.

Mi problema tiene un nombre: Boris. Y Boris es genial. Genial. Bueno, no es que sea genial en todo. Los de su unidad lo dejaron en la base de instrucción porque no sabe disparar; no tiene ni idea. Cuando le conté a mi oficial que se me cayó el casco en la colina y no pude encontrarlo, me preguntó por qué no lo llevaba puesto. Le dije que lo llevaba puesto y se me cayó. Entonces me preguntó por qué no lo llevaba atado como es debido. Me dieron ganas de gritarle que no lo llevaba atado como es debido porque no hay nada que temer, porque los únicos que nos asaltan son críos que robarían hasta el envoltorio de una piruleta solo para chuparlo, pero en lugar de eso me quedé mirando el suelo y esperé a oír mi castigo.

Mi castigo consiste en hacer de Boris un tirador competente. Boris tiene el pelo cortado al rape, tan rubio que es casi blanco. Es exactamente de mi estatura, muy bajo para ser un tío, pero también es corpulento y firme y real. Sus ojos azules se esconden tras unas pestañas largas. No se atreve a mirarme.

—Esto es una humillación, comandante —me dice mientras caminamos por la arena hacia el campo de tiro. Lleva una mochila gigantesca con una radio del ejército, un contenedor metálico de balas en la mano derecha y diez litros de agua en la izquierda. Yo llevo el arma colgada a la espalda y un abrigo, además de las dianas de cartulina y palos de madera. Siento el roce de las astillas en las palmas, como un estremecimiento. El frío me pellizca la nariz, y caminando al lado de Boris me siento ligera. Más ligera. Eufórica.

—Puedes llamarme Yael —le digo—. Somos de la misma edad.

—Yo tengo dieciocho —dice.

Yo tengo diecinueve y dos meses. Me reclutaron tarde. Se me ocurre que dentro

de unos años ya no se aceptará ni siquiera que sueñe con el cuerpo de un chico de dieciocho. Ni con el de ningún chico, en realidad. Solo se me permitirá soñar con un hombre. Algunos con diecinueve siguen siendo chicos. Incluso con veinte. Creo que fue después de que cumpliera los veintiuno cuando empecé a darme cuenta de que Moshe ya no era un chico.

Llegamos al campo de tiro que he reservado con los de operaciones. El campo consta de un pequeño espacio techado y una superficie de cemento. Boris deja el equipo en el suelo. Rota la articulación de los hombros, y por un instante es como si al liberarse de la carga que llevaba volviera a ser un niño, a pesar de la vergüenza. Hablo por radio con operaciones, para que sepan que habrá disparos en el campo 11. Cuando me vuelvo, veo a Boris en el suelo, con el fusil a punto. Tiene el cuerpo fatal. Por lo menos para disparar un fusil. Ni siquiera apoya la culata en el hueco entre el hombro y el pecho. Se sostiene en el aire, más arriba.

—Boris, ¿te parezco un océano? —le pregunto.

Baja el arma y se sienta en el cemento.

—No —dice.

—Entonces, ¿por qué te dejas llevar? No hace falta empezar desde el suelo. Estoy segura de que tan malo no eres.

Boris se ríe. Se ríe mucho rato, y al reír enseña los dientes y le tiembla la nariz.

—Que sí, de verdad, soy malísimo —dice.

De todos modos nos separamos unos pasos del cemento para meternos en la arena pedregosa del campo de tiro.

—No me gusta practicar sobre el cemento —le digo—. No es realista. Las guerras no se hacen sobre el cemento.

Le digo a Boris que primero me demuestre lo que es capaz de hacer. A cincuenta metros planto un palo en el suelo y cuelgo una diana de cartulina con la silueta caqui de un soldado. Empiezo por un detalle pequeño. De cara frente a él, le agarro la mano y se la pongo en el hueco entre el hombro y el pecho.

—Aprieta aquí y da brazadas, como si nadaras —le digo. Hace lo que se le dice sin rechistar. Siento en los dedos la humedad del sudor de su cuerpo. Mantengo la mano encima de la suya—. Ahora, para cuando sientas un hueco o una hendidura —le digo.

Nuestras manos se mueven a la par hasta que dice:

—Sí, lo noto.

—Ahí es donde deberías apoyar la culata cuando disparas. Es el mejor lugar para que el cuerpo absorba el retroceso.

Pasamos un minuto despejando con los pies los casquillos de cobre que hay por todas partes.

Se tumba en el suelo. Entusiasmado.

—Voy a dar todo lo que tengo, comandante —dice con una voz que no se parece en nada a la que ponía antes. Así de rápido cambian los chicos, incluso físicamente.

—¿Qué tal si para empezar le metes cinco balas en el corazón? —le digo, mientras me coloco los tapones de los oídos.

Pum, pum, pum. Pum. Pum.

Le digo que se quede donde está mientras voy a examinar la diana. Corro deprisa, consciente de que me está mirando, de que está esperando pero también me ve correr.

No hay impactos en el corazón. Compruebo toda la zona central del cuerpo, pero tampoco hay ningún impacto. Nada en la cabeza. Nada en las piernas.

Vuelvo corriendo e intento ocultar mi sorpresa.

—Tu arma no está bien calibrada —le digo.

Boris está sentado en la arena, con la mejilla apoyada en su mano, una mano grande.

—Sí, seguro que está calibrada —dice confiado, con una confianza encantadora, aunque sin alegría.

Me agacho y levanto su fusil. No me pongo cuerpo a tierra. Apoyo el arma en el hueco del hombro, de pie. Le digo a Boris que dé un paso atrás y vuelva a ponerse los tapones de los oídos.

Pumpumpumpumpum.

Voy corriendo a revisar la diana. Aunque es difícil afinar cuando se dispara un M-16 de pie, todas las balas han impactado en el corazón. No hay más de diez centímetros entre una y otra. Me planteo llamar a Boris para que vea lo que he hecho, para impresionarlo, pero enseguida cambio de idea. No le ayudaría nada.

Corro hasta él y me mira, dándome a entender que ya lo sabía, aunque con un atisbo de esperanza.

—La verdad es que eres mucho más listo que yo —le digo—. He cambiado de opinión. Un buen entrenador sabe que para llegar a la perfección hay que empezar por el principio.

—¿Cemento?

—Cemento y sin balas. Vamos a hacer manitas un rato.

Así es como solemos referirnos a disparar un arma sin balas, pero también lo digo para ver si se pone nervioso. No se inmuta. No me mira. Tiene los ojos puestos en la diana, y es lo único que ve. Mientras le descargo el arma, me doy cuenta de que está practicando las brazadas, con la vista al frente, buscando otra vez el hueco, tomando nota mental en su cabeza. En este momento ni siquiera me ve, ni ve la arena o las montañas; sus ojos —fijos, fantásticos, irreales— no son para mí.

Por la noche, al volver al barracón antes de una nueva guardia de ocho horas, llamo otra vez a Moshe. Lo llamo en cuanto me despierto, al cobijo de una manta de campaña.

—Volvemos a estar juntos —digo.

—¿Es por mí?

—No —le digo—. Por nosotros. ¿Me estás escuchando?

—Bien —dice—. Porque ya he empezado a buscar un apartamento para cuando vuelvas. Tal y como está el mercado se tarda una eternidad.

Hubo una vez en que él tenía catorce años y yo doce. Hubo una vez en que yo tenía miedo. Él no. Ahora los dos tenemos miedo.

Paso las dos primeras horas de la guardia pensando en Moshe, en que ya es un hombre, en que la naturaleza es así, o el tiempo es así, o la naturaleza y el tiempo, y pronto mis pensamientos entran en un bucle.

La naturaleza y él, él y la naturaleza, y. En la tercera hora de la guardia me parece ver a unos chicos corriendo en medio de un resplandor rojizo, en lo alto de la colina. Figuras pequeñas con unos cuadrados grandes a cuestras. Pestañeo y ya no están.

Cuando vuelvo al barracón, dejo caer mi chaleco portamuniciones en el suelo y el ruido sordo despierta a Dana.

—¿No te has enterado? —pregunta.

—¿De qué? —digo.

—Hagar ha ido contando a todo el mundo que los chavales del pueblo han arrancado de la valla los carteles de RECINTO MILITAR PROHIBIDO EL PASO.

—¿Para qué los quieren?

—La oficial ha dicho que venden el metal. A las fundiciones. Pero escucha esto: solo se han llevado los de color rojo. ¿No es curioso?

No puedo evitar que se me escape la risa. Esos criajos rastreros no tienen escrúpulos. No tienen miedo. Y ahora han empezado a robar cosas de nuestra base.

—¡No es gracioso! —dice Dana, en un susurro más alto que un grito.

—Un poco sí —le digo—. Apuesto a que los chicos robaron solo los rojos por hacer la gracia.

Dana no lo entiende. Su novio tiene veintisiete años. Se conocieron cuando ella estaba en el último año del instituto. No lo conoció como yo conocí a Moshe; no lo conoció de niño. Se está frotando aceite de vainilla detrás de las orejas, en las muñecas y el cuello. A su novio le gusta la vainilla, por eso lo hace. Una vez se lo dijo. Así que ella se lo frota en la piel dos veces al día, aunque él esté tan lejos y no pueda olerla.

—¿Por qué iban a querer hacer la gracia? —pregunta.

Ni siquiera trato de explicárselo. Me quito las botas y me subo al catre de campaña sin quitarme el uniforme, para poder dormir más antes de levantarme a entrenar a Boris. ¿Cómo voy a explicarle que los chicos no quieren ser graciosos, que simplemente lo son?

En lugar de intentar explicárselo, me levanto cuando está aún dormida, le quito la botellita de aceite de vainilla y me la guardo en el bolsillo de los pantalones.

Boris espera que esta vez empecemos el entrenamiento con balas de verdad, pero

cuando nos instalamos le descargo el arma sin decir palabra. Se estira sobre el cemento y yo, desde arriba, le corrijo la postura.

Quiero asegurarme de que coloca la mano izquierda en un ángulo de noventa grados y de que el arma descansa encima sin tensión.

—Se trata de trabajar el hueso —le digo—. Si haces que trabajen los músculos, te temblarán.

Al ajustarle el ángulo de la mano, siento su pulso y un olor a detergente industrial.

—¡No dobles la muñeca! —le grito enderezándole la mano derecha, con la que sujeta la culata—. Ya lo hablamos ayer.

Le pateo las piernas hasta que la izquierda queda exactamente alineada con el cañón del arma y la derecha separada en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Cada vez que le doy una patada, aprieta el culo.

Cuando me inclino a enseñarle a arrimar la mejilla a la culata, de arriba abajo hasta ver el blanco, siento su suavidad, los poros de su cara imberbe.

Coloco una moneda en la punta del cañón del fusil y me estiro en el suelo justo delante, sujetando la cabeza entre las manos.

Le pido que me mire.

—Apúntame al ojo —le digo.

Lentamente, suelta el seguro y aprieta el gatillo.

La moneda cae sobre el cemento con un pequeño tintineo.

—Otra vez —digo—. Vamos a hacer esto hasta que domines el equilibrio.

Vuelvo a colocar la moneda en la punta del cañón. Me estiro de nuevo en el suelo. Cierra el ojo izquierdo. A través del punto de mira, me escruta con el ojo derecho, redondo, decidido y azul. Aprieta el gatillo.

La moneda cae.

—Otra vez —digo.

—Otra vez —digo.

—Otra vez.

Voy a pasarme el día haciendo lo mismo. Lo haré hasta que me toque empezar la guardia. Lo haré hasta que haga falta. Al diablo la guardia. Al diablo con todo. Otra vez, otra vez, otra vez, y entonces...

Aprieta el gatillo y la moneda no se cae del cañón. La única parte de su cuerpo que se mueve es el párpado del ojo izquierdo. Nos miramos en silencio.

—Otra vez —dice él sin apenas mover los labios, agrietados por el frío.

La moneda cae, luego se aguanta, cae, se aguanta, se aguanta, se aguanta.

En todo momento lo miro a los ojos, pero en cuanto dejo vagar la mirada veo la mancha húmeda de su camisa: le sangra el codo izquierdo de sostener el arma.

—Estás listo para disparar —digo.

Meto cinco balas en el cargador. Disparamos estirados en el suelo.

¡Tres de cinco! ¡Lo juro! Dos en las piernas, pero aun así ¡lo juro!

Vuelvo corriendo hasta el cemento tras comprobar la diana y meto cinco balas

más en el cargador.

—¿Qué tal lo he hecho? —me pregunta.

—Otra vez —digo, procurando mantener la calma, aunque casi puedo sentir la alegría que me enciende las mejillas y se mete por sus ojos azules.

Pumpumpum.

—¡Alto!

Pum.

—¡Alto! —le doy una patada.

Cuatro chicos se han metido en el campo de tiro y reptan bajo los disparos de Boris. Son oscuros, pequeños y elásticos, y se mueven cada vez más deprisa sobre el suelo, como lagartos, recogiendo los casquillos de bala en bolsas de plástico; rápidos, encendidos, con movimientos tan exactos como los de los acróbatas.

—¿Qué es eso? —pregunta Boris, aún boca abajo en el suelo.

—Chicos —digo—. Han venido a robar los casquillos de las balas. Como lo oyes, a robar los casquillos de las balas —los casquillos de las balas ni siquiera son de metal de verdad. Incluso en Israel, probablemente no los venderían por más de cinco ciclos el kilo. No puedo ni imaginarlo. Es genial. Es una locura.

Sé que no debería sonreír, pero no puedo evitarlo, y al sonreír cierro los ojos, y al volver a abrirlos los chavales se han ido.

—¿Chicos palestinos? —pregunta Boris—. ¿Por qué los hemos dejado irse sin más?

—Son solo chicos —digo—. Nos roban cosas en la base constantemente.

Boris se levanta del cemento y, por un instante, estamos muy cerca uno del otro. Huelo el cobre de su sangre y su cuero cabelludo sucio.

—Mañana te enseñaré más cosas —digo—. Secretos. Trucos.

Boris endereza la espalda y asiente, como un caballero, irguiéndose todo lo que puede, a pesar de que los músculos del cuello le tiemblan, sueltos.

Por la noche, antes de empezar una nueva guardia de ocho horas, llamo a Moshe desde la caravana.

—Hemos terminado —le digo.

—Bueno, sé que esta vez no es por mí —dice.

—No —le digo—. Es por ti. ¿Es que no me escuchas?

—Vale —dice—. Si es por mí, no hay problema. No me preocupa. Me preocupas tú.

Moshe es el único chico al que he besado. Nos besamos desde que él era un niño, y yo era aún más niña.

Boris y yo pasamos a disparar desde la arena y las rocas, una superficie irregular. Antes de empezar, le pido que me dé la mano. La mía es más áspera. Aunque soy de su misma estatura, mi mano sobre la suya parece infinitamente más pequeña. Le cojo

el índice derecho y explico.

—Al tercio inferior de tu dedo se le llama «Indiferente». No tiene la sensibilidad necesaria para apretar el gatillo con precisión. A la punta de tu dedo se le llama «Sensible». Es demasiado vulnerable para mantenerse firme cuando aprietas el gatillo —suelto vaharadas blancas en el aire frío. Cae de mi nariz una gotita que aterriza en nuestras manos, y al levantar la vista, la sonrisa blanca de Boris me golpea los ojos.

Vuelvo a bajar la mirada.

—Y esta parte —digo, y le pellizco en medio del dedo— se llama «Martillo», y es con la que deberías apretar el gatillo. Esta parte es perfecta.

—No sabía que tuviera ninguna parte perfecta —dice Boris. Los ojos le centellean con las cosas que digo, igual que a Dan aquella vez, cuando yo era una cría y estábamos al lado de aquel banco de la calle Jerusalén. Su mano se mueve sobre la mía, y no sé si es por el frío o lo hace a propósito. Titubeo.

—Bueno —le digo—. Pues ahora ya lo sabes.

Nos quedamos en silencio unos momentos, hasta que nos separamos a la vez. Las montañas de Hebrón se ciernen sobre nosotros como monstruos y el cielo parece más vasto, más lejano cuando lo miro, como si estuviéramos en el fondo de un océano.

—Eh, Boris —le digo—. ¿Te has enterado de lo que están haciendo detrás del nuevo centro comercial de Jerusalén?

—¿Qué están haciendo?

—Tirándose a tu madre —y con eso le doy una patada en la pierna y lo derribo; se echa a reír antes incluso de caerse al suelo. Una carcajada preciosa, profunda e incontrolable.

Dispara y acierta dos de cinco. Vuelvo corriendo después de marcar la diana, y sin una palabra saco el cargador de su fusil y me aseguro de que no tiene balas.

—En pie —le grito—. Quítate los tapones.

Estoy segura de que los dos impactos son los de las dos primeras balas. Luego no ha parado de moverse y descuadrar la postura.

Apunto con el fusil al cielo y se lo pongo cerca del oído. Tiene motas amarillas de polvo en el interior de la oreja, y eso me hace quererle. Quererle más.

Aprieto el gatillo, sin soltarlo. Un segundo, dos segundos, tres.

Clic.

—Después de cada bala que dispires, quiero que cuentes hasta tres. Quiero que oigas siempre este sonido, el clic que hace una bala nueva al entrar en la recámara.

—¿De qué sirve lo que oiga después de haber disparado? —pregunta Boris.

Sirve para engañar a su cerebro. Si sabe que tiene que esperar después de cada bala, hay menos posibilidades de que suelte el gatillo de golpe y altere la postura. De todos modos no se lo digo. A estas alturas sé que solo hay que saber lo que hay que saber para que las cosas vayan bien.

—Sirve porque yo lo digo, y deberías hacer lo que se te ordena.

Esta vez cuatro de cinco dan en el blanco: tres en el corazón y una rozando la

cabeza.

Mientras hago la guardia nocturna empieza siendo una idea, se convierte en un pensamiento, pronto en una sensación y de repente es tan real que casi podría verlo con mis propios ojos, salvo porque no puedo; hay una ausencia terrible. Algo ha desaparecido.

Al llegar a lo alto de la colina desde la que se ve el depósito de municiones, enciendo la linterna y observo desde arriba todo el recinto de la base. Los grillos chirrían lejos, cerca. Parpadeo y abro los ojos.

Es la cosa más absurda y fantástica que he visto nunca.

La valla que rodea la base, junto al depósito de municiones; ha desaparecido. Ya no está. Se ha desvanecido.

Esos chicos. Esos chicos del demonio. La han robado.

El chatarrero que les compra el metal en el pueblo podría estar fundiéndola en estos momentos.

Mi turno de guardia dura ocho horas, igual que todos, pero los segundos, los minutos y las horas se deslizan como un niño en un tobogán. No pienso en mi novio, ni en la naturaleza, ni en el tiempo, ni siquiera en los chicos. Tan solo puedo pensar:

La valla.

La valla.

Se han llevado. La valla.

Cada pocos minutos, sin proponérmelo, me descubro diciéndolo en voz alta, y entonces las montañas que no veo en la oscuridad devuelven el eco de mi risa.

Por la noche, de vuelta en el barracón, después de pasar ocho horas riéndome sola y mirando al vacío, llamo a Moshe. Lo llamo al cobijo de una manta de campaña.

—No puedes seguir haciendo únicamente lo que yo te digo que hagas —le digo.

—Pero me dijiste que lo hiciera —dice—. Pensaba que era lo que querías.

—Sí —le digo—. Exacto.

—Ya ni sé lo que quieres —dice—. ¿Cómo es posible que solo podamos hablar en clave?

Una vez, él tenía catorce años y yo doce. Una vez, yo tenía miedo. Él no. Se trepó a lo alto del manzano de la viuda alemana y empezó a lanzarme una lluvia de manzanas rojas a la cabeza, tan rápida y sin tregua que pensé que me ahogaba. Entrecerrando los ojos, lo único que veía eran sus dientes torcidos entre las ramas más altas, y lo único que oía eran sus gritos: «Toma, más, más, más, más, más».

«¡No quiero más!», le chillé desde el suelo.

«¡Pero si es divertido!», me contestó y, apenas un instante, vi sus ojos mientras alargaba el brazo para coger otra manzana; en ese instante vi el deseo en aquellos ojos, el deseo de querer, querer de verdad, una sola cosa en el mundo.

—Estoy esperando a que me digas qué es lo que tú quieres —le digo ahora—. No

hay ninguna clave.

—Entonces ¿volvemos a estar juntos? —me pregunta.

—¿A ti qué te parece? —le pregunto yo, y espero una voz desaparecida hace mucho aunque me cueste creerlo.

Sentada sobre la espalda de Boris, le explico en qué consiste la Situación Cero.

—Coge aire —le digo, y siento cómo sus pulmones se hinchan bajo mi peso—. Ahora vacía completamente los pulmones.

Le explico que hay cosas que sabemos con seguridad y hay cosas que no. Cuando respiras, por ejemplo, no hay manera de saber cuánto aire tienes en los pulmones. Tan solo podemos recrear la situación en que tienes los pulmones completamente vacíos. Para que todas las balas impacten exactamente en el mismo lugar, hay que cerrar los ojos antes de cada disparo y vaciar completamente los pulmones. Así es como se sabe que tienes el blanco a tiro, que apuntas al mismo lugar exacto donde has disparado la bala anterior. Situación Cero.

El pecho de Boris sube y baja mientras doy la explicación.

—No he dicho que volviera a coger aire, señorita —le digo.

Corta la respiración, e incluso sin mirarlo sé que está enseñando todos los dientes, que sonrío.

—¿Te parezco una batidora? —le pregunto.

—No —dice.

—Entonces ¿por qué estás mezclando las cosas?

Nos reímos y luego se pone a disparar.

Dos de cinco, tres de cinco, tres de cinco, cinco de cinco.

No se desconcentra. Cada vez que vuelvo corriendo de marcar con rotulador los blancos en la diana, se pone en posición.

Ni siquiera decimos «Otra vez».

Dispara mientras yo me quedo sentada a su lado, hasta que el pelo nos huele a pólvora, hasta que nos pitan los oídos a pesar de los tapones, hasta que empieza a caer la noche.

Pronto las dianas son constantes. Una constelación de cinco estrellas alrededor del corazón.

Mientras volvemos, pasando uno tras otro los campos de tiro, le pregunto lo que me ha estado rondando la cabeza.

—Boris, ¿cómo demonios conseguiste pasar la instrucción militar sin aprender a disparar?

Se para en seco, me mira y encoge sus anchos hombros.

Le pongo una mano en un hombro, a distancia.

—Bueno, estoy orgullosa de ti.

Está apenas a un paso de distancia. Podría acercarme y besarlo, pero no lo hago.

Me besa él, luego da un paso atrás y levanta los brazos, interrogante.

Lo miro a los ojos. En ese momento sus ojos para mí son manzanas. Pienso en manzanas, las huelo, y no pienso en Moshe; solo oigo sus gritos. «Más, más, más, más, más.»

Y entonces Boris. Veo en sus ojos deseo, el deseo de querer de verdad una sola cosa.

A mí.

Antes de quitarme el uniforme, saco la botellita de cristal de aceite de vainilla que le quité a Dana y la dejo con cuidado en la arena, para que no se rompa.

No lo hacemos en una de las casetas de tiro. Nos desnudamos en la arena. Los movimientos de Boris son torpes y titubeantes y jóvenes e inexpertos.

Y no tiene miedo.

Nuestros cuerpos se imprimen en el suelo, revuelven y mezclan tanto la arena que cuando acabamos no consigo encontrar la botellita de aceite de vainilla. La verdad es que tampoco me entretengo mucho en buscarla.

Después de ponernos otra vez los uniformes, miro a Boris, enmarcándolo con la arena de fondo. Así es como quiero recordarlo. Joven, ancho de espaldas, victorioso, muy cerca y sin embargo un poco lejano.

Le pongo una mano en el hombro, igual que antes.

De pronto echa a correr y se mete en una de las casetas del campo de tiro. Siento su hombro deslizarse bajo mi mano, y por un momento la dejo allí, suspendida en el aire.

Pum.

Pum.

Pum.

Pum.

Los chicos, pienso. Los chicos. Boris les ha disparado.

Y mi respiración se corta a la entrada de la garganta.

Entonces echo a correr. También yo sé correr.

—Solo son niños —le grito dándole patadas, y acabo saltándole encima sobre el cemento.

—Cuando ves individuos sin uniforme en una base, disparas —dice—. Es el protocolo, ¿no?

Su voz pierde intensidad a medida que mis pasos me alejan de él.

No disparas a unos chicos, ¿es que nadie se lo ha enseñado? Qué se suponía, ¿que debía enseñárselo yo?

Las paredes del estómago se tensan, y me duele el pecho de tanto saltar de un lado a otro en mi carrera errática. Al llegar al pie de una colina me detengo y lo oigo. Una risa ahogada, justo debajo de mis pies. El sonido escurridizo de un humano diminuto. Aprieto un botón de mi reloj y por la arena se esparcen pequeños círculos de neón.

Por el rabillo del ojo veo, en el interior de una grieta en la tierra, al niño más

hermoso que he visto nunca. Está encogido sobre sí mismo, como una sorpresa a punto de estallar.

Aunque finjo que no le veo, me fijo en los detalles.

—¿Hay alguien? —grito al aire.

Advierto que tiene la piel oscura y el pelo revuelto, que sus brazos son más largos de la cuenta. Advierto que es apenas unos años menor que yo. Que aunque se esconda bajo mis pies, está más lejos de mí que cualquier cosa que haya deseado nunca antes. Los chicos, en su mejor versión, son tan simples como la vida misma. Quieren lo que quieren, y van y lo cogen, con paso firme, seguros de sí mismos, adorables, todos igual.

Me quedo allí de pie, estirando los brazos como si buscara a tientas, y el chico cree lo imposible: cree que aún no lo he visto. No se mueve; está esperando a que me vaya. No sabe que estoy ahí observándolo, contenta, con todas mis esperanzas cumplidas de repente.

Los codos del chico asoman entre los tallos espinosos de la pimpinela. Cuando miro hacia arriba, las montañas se funden con el cielo detrás de nosotros, como si se comieran entre sí o se casaran. Quizá he sido yo quien le ha dado a Boris las fuerzas para matar al chico. Mi cuerpo todavía conserva el olor de Boris, y esos pocos minutos en que hemos mezclado la arena debajo de nosotros siguen rondándome como si aún hubieran de desvanecerse. Y a pesar de todo Boris no consiguió matar al chico, no lo ha matado, y el chico ahora es una sorpresa, mi sorpresa muda en el interior de una grieta de la tierra. Si pudiera, lo miraría a los ojos para siempre; pero solo dispongo de una fracción de segundo para advertir su presencia, y por el rabillo del ojo.

Pestañeo.

Cuando abro los ojos, el chico se ha ido. Las montañas me devuelven el eco de su exasperante risa: «Te tengo, te tengo, te la he pegado», imagino que cantan los ecos de sus carcajadas. Respiro hondo llenándome los pulmones de aire, y entonces lo huelo, el rastro del olor de algo que estaba y que desapareció. Vainilla.

Se ha llevado la botellita de cristal. Ese chico. Imagino su asombro: «¿Para qué sirve esto?», le preguntará a su madre, mientras ella corta cebollas, unas cebollas que él ha robado para ella, sobre la encimera de la cocina. Y sostendrá el frasquito abierto para olerlo y pensará unos instantes, hasta que sus ojos sepan el único uso que puede tener el perfume de vainilla en una botella. El chico será el único que lo sepa. No yo. Se ha llevado mi botella de cristal. ¡Se la ha llevado! Contengo la risa, con la esperanza de captar el roce de su cuerpo contra los arbustos, el tintineo de los casquillos de las balas en una bolsa de plástico.

Control

Dije que no. Que estaba cansada. Yaniv me preguntó si quería inspeccionar los coches en lugar de revisar a la gente, pero dije que no. Dijo que estaba harto de agacharse. Dijo:

—Lea, si tuvieras buen corazón, dirías que sí y te compadecerías de mí, porque tengo mal la espalda y problemas en casa.

Pero dije que no. No, y que de todos modos no tenía por qué agacharse y meter la cabeza por la ventanilla de los coches, porque iba contra el reglamento. Entonces me llamó puta rusa, aunque soy medio marroquí, medio alemana.

Eran las cuatro de la mañana, y la cola de obreros de la construcción palestinos delante del control de Hebrón se perdía hasta donde no alcanzaba la vista. Eran centenares, esperando a que los soldados de la unidad de tránsitos abriéramos las puertas metálicas giratorias y les franqueáramos el paso. Todavía faltaba una hora para que pudiéramos empezar. Según el reglamento, abríamos a las cinco. A mediodía cerrábamos. No era algo que decidiéramos nosotros.

Me tenía que tocar a mí que el primer y único año de mi servicio en la unidad de tránsitos fuera justamente uno de los años en que el gobierno cerró la entrada a los obreros temporales filipinos e indios, con lo que Israel volvió a necesitar mano de obra palestina para la construcción. Los necesitábamos, pero también teníamos un poco de miedo de que nos mataran, o, peor aún, de que se quedaran para siempre. A veces a los palestinos les daba por hacer una de esas dos cosas. Y por eso estaba yo ahí. Era responsable de comprobar que los peones llevaran un permiso que aseguraba que no eran de los típicos que se quieren quedar en Israel para siempre o que intentan matarnos. El permiso decía que solo podían permanecer allí durante el día. Por la noche tenían que abandonar Israel y volver a los territorios. Tenían que vernos a diario, si cumplían con lo establecido. Y nosotros teníamos que verlos también.

También me encargaba de comprobar que no llevaran armas, ni el cuerpo cargado de explosivos para inmolarse. Estábamos allí para detectar lo que el gobierno quería que detectáramos, posibles peligros, pero aun así yo solo me fijaba en lo que me fijaba. Y eso era así porque no me daba cuenta de que era una soldado. Pensaba que seguía siendo una persona.

Fadi, la primera persona en la que me fijé aquel día, estaba casi al principio de la fila. Me fijé en él porque, aunque no le veía la cara, aunque todos estaban demasiado lejos para tener cara, supe que me miraba como si yo hubiera tomado una decisión.

Una decisión atroz. Un error futuro que todavía no había cometido, pero que de todos modos ya no podía reparar. Mantenía en alto su barbilla ganchuda, como destinada a no moverse jamás, señalándome de frente, igual que un ojo. A esa distancia no podía verme muy bien la cara, pero juro que entonces supe que ya me había elegido.

En la carretera de asfalto junto al control, los coches hacían cola.

Yo no había decidido estar allí, ni llevar aquella boina azul. Yo no quería esto. Dije que no.

Antes de entrar en el ejército no lo sabía, pero básicamente había tres clases de controles, y el mío pertenecía a la más absurda de las tres. Se ponían controles en mitad de una población palestina, o de una carretera principal, como la ruta 433, que unía una ciudad palestina con otra; ahí los soldados revisaban a la gente en su propia tierra. Aunque pueda parecer una locura, es en esos lugares donde se encontraban la mayor parte de las bombas y las armas. Otros se encargaban de examinar los permisos médicos de la gente que solo podía acceder al tratamiento que necesitaba en nuestros hospitales. Incluso cuando llegaba una ambulancia con la sirena aullando, y la persona enferma aullaba también, la revisaban, por lo que pasó con aquella mujer embarazada cuando yo iba a cuarto de primaria. La que llevaba un feto de nueve meses en el vientre y una bomba de treinta centímetros de diámetro debajo de la camilla. Esos dos tipos de controles eran una prueba de que no pensábamos malbaratar nuestras vidas; mi puesto de control, en cambio, era tan solo una prueba de que no queríamos malbaratar nuestras casas, y de que la rabia de los palestinos podía comprarse, la misma rabia profunda que a veces nos mataba.

Casi todos los días había trabajadores en la cola que no pasaban el control, y los contratistas israelíes que esperaban al otro lado insultaban a los soldados. Y los obreros palestinos nos insultaban también. A mí normalmente me llamaban puta rusa, salvo una vez que alguien me llamó zorra alemana. Eso me hizo sonreír, aunque solo un momento.

La semana antes del día en que vi a Fadi por primera vez, uno de los contratistas israelíes me siguió detrás de las dunas de arena donde acababa de mear y me preguntó por qué había solo cinco soldados revisando a la gente, mientras que para inspeccionar los coches había diez. Dijo que cada vez que uno de nosotros iba a mear la cola se retrasaba y que no era muy profesional, que un hombre de negocios como él no tenía por qué estar sujeto al capricho de la vejiga de una adolescente. No me pilló con los pantalones bajados, pero una mancha de humedad en la arena mediaba entre nosotros. No supe qué responder.

—Yo no trabajo para usted —le dije al contratista. Pensé que me insultaría, pero en lugar de eso me hizo otra pregunta, que fue peor.

—Entonces ¿para quién trabajas?

Cuando bajé la mirada en silencio, vi que había moscas de la fruta revoloteando

alrededor de la mancha de humedad.

Empezaba a acercarse la hora de abrir el paso de los palestinos a Israel. Por los altavoces oí el canto del muecín de Hebrón llamando a la oración, mientras despuntaban los primeros rayos de sol como líneas de tinta. Estaba tan cansada que me tuve que abofetear la cara para no dormirme de pie.

Cuando estaba así de cansada sentía un odio muy grande, sobre todo hacia mí misma. La acidez me daba vueltas en el estómago y me subía por la garganta, notaba la mezcla del aliento apestoso y el olor a dentífrico en mis dientes amarillentos. Odiaba verme tan desaliñada, como una cría ahogándose en un uniforme caqui, jugando a los soldaditos. Odiaba que, aunque llevara un chaleco antibalas y pareciera una niña agarrada a un fusil, tenía los pechos tan grandes que no había manera de disimularlos. Odiaba un montón de las cosas que había dicho, mucho tiempo atrás, mentiras que conté una vez borracha en una fiesta del instituto, una fiesta que hubiera debido parar y no paré cuando estaba en último curso. Y sobre todo odiaba las conversaciones estúpidas con las chicas etíopes y marroquíes de mi unidad, cuando por la noche salíamos de los barracones y nos fumábamos la vida hasta altas horas de la madrugada. Eran aún peores que las chicas del instituto.

Levantarse cada mañana era una tragedia, como matar a tu propia madre, o perder la virginidad con un tío con el que solo te vas a acostar una vez, y darte cuenta de lo que has hecho cuando no te queda más remedio que abrir los ojos. Las paredes me aporreaban los ojos y la cabeza y el cuello como si me despertara dentro de un radiocasete blanco y resplandeciente. Y la música nunca me gustaba. Hubiera dado cualquier cosa por dormir, o eso creía. El problema era que por la noche volvía a olvidarme de cuánto estaba dispuesta a dar, y me asustaba esa cama en la que cada mañana tenía lugar la tragedia. Me iba a dormir solo cuando no me aguantaba despierta.

Si pudiera quemaría la boina azul. Pero la llevaba sobre la cabeza.

Más hombres. Más hombres. Más hombres.

Aquel día quise decir que no daba para más y exigir que me dejaran volver a mis sueños mediocres, pero mi turno acababa de empezar. Las puertas se abrieron y las barras metálicas empezaron a girar a medida que los hombres pasaban por la máquina que accionaba una luz roja o verde, y esperaban luego al otro lado de la barricada de hormigón que nos protegía a mí y a los otros cuatro soldados que comprobaban sus documentos y sus bolsas.

Mi hermana mayor, Sarit, me dijo que si insistía lo suficiente, en la oficina donde asignaban los destinos cederían. Que lo único que tenía que decir era: «No pienso ir, no pienso ir, no pienso ir». Incluso me advirtió expresamente que lo peor era que me colocaran en una unidad de la policía militar y me hicieran llevar la horrible boina azul. Ningún otro soldado querría jamás hablar conmigo, porque lo único que verían

sería mi boina azul y temerían que tuviera la autoridad para denunciarlos y abrirles un expediente por llevar una goma del pelo roja en lugar de una negra o verde oliva, o por llevar la casaca encima del uniforme, o por cruzar la carretera con los auriculares puestos, o por cualquier gilipollez sobre la que los soldados de la policía militar fueran responsables de dar parte acerca de los demás soldados.

Cuando le dije que se callara, mi hermana dijo que para acabar en la policía militar había que ser imbécil. Que no era el único destino que había que evitar, y que por supuesto el mejor cuerpo del ejército era el suyo, paracaidismo, y le dije otra vez que se callara.

—Quizá te digan que te van a meter en la cárcel. Que nadie querrá contratarte después de eso. Que mamá y papá te repudiarán. Que nunca encontrarás el amor. Que nunca tendrás un hogar. Te digan lo que te digan, tú solo di: «No pienso ir, no pienso ir, no pienso ir», y al final verás cómo te destinan a otro puesto y...

—Basta. ¡Cállate! —le dije.

En la oficina de asignación de destinos, el día en que me llamaron a filas, la oficial habló antes de que me sentara.

—Policía militar —fue lo que me dijo, por supuesto. Naturalmente—. Es el único campamento de reclutas que tengo disponible esta semana.

—No pienso ir —dije.

—Eso dice todo el mundo —dijo la oficial, y se cruzó de brazos. Sonreía.

—No pienso ir. Soy inteligente. Tengo buenas notas. Puedo servir de traductora.

—No tengo destinos en los servicios de inteligencia. Solo dispongo de los destinos que me dan, y lo único que me queda es policía militar. Además, están intentando diversificar la unidad, parece que quieren hacerla más diversa desde un punto de vista socioeconómico, y tú tienes unas notas excelentes.

—Quieres decir que ahí no todos saben leer. No pienso ir. No tengo ganas de pasar dos años de mi vida en una estación de autobuses abriendo expedientes a soldados que llevan los calcetines amarillos —dije. Tenía miedo, vergüenza de sentirme tan segura de mí misma. Era mi primer día de soldado. Tenía dieciocho años y estaba llena de rencor. Después de la graduación, cuando ya no hubo chicas con las que ser mala, leía mucho y seguía series estadounidenses sofisticadas: *El ala oeste de la Casa Blanca*, *Sexo en Nueva York*. Qué suerte la mía que me reclutaran la última, al azar.

—Mira, si físicamente lo resistes, tendré que meterte en la cárcel unas cuantas semanas, que no se descontarán del tiempo de servicio obligatorio, y cuando salgas volveré a destinarte a la policía militar.

—No pienso ir. No pienso ir.

—La policía militar no solo consiste en dar parte sobre las faltas de indumentaria. Desempeña un papel muy importante, en serio. Hay distintos tipos de soldado para cada cosa. Te gustará, te lo garantizo.

—Pero es que no pienso ir —repetí. Cuando lo decía, estaba convencida.

—Y tanto que irás —dijo la oficial.

—No.

—Tus padres no volverán a dirigirte la palabra.

—No.

—Nadie querrá contratarte.

—No.

—Lo lamentarás.

—No pienso ir.

Al final fui, porque la oficial lo sabía antes de que yo lo supiera. Y lo había sabido desde el principio.

Fadi, el hombre en el que me fijé aquel día, en realidad no tenía nada de especial, o eso pensé hasta que me detuve a mirarlo y pensé con detenimiento. Hacía varios meses que no pensaba con detenimiento, así que había perdido la práctica.

El suyo fue uno de los primeros documentos de identidad que revisé aquella mañana. Pasó por la máquina con la cabeza gacha y dejó el documento sobre la barricada de hormigón. Era una tarjeta verde que decía que su nombre era Fadi. Dentro del documento de identidad estaba la hoja blanca del permiso. Aunque manchado, estaba en regla, era el permiso para trabajar en la construcción, el único que nos autorizaban a aceptar en aquel control, aparte de los permisos médicos. Señalé la bolsa de plástico que llevaba.

—¿Qué hay ahí? —le pregunté.

—¿Qué hay ahí? ¿Qué va a haber? Comida. Pan de pita —contestó Fadi. Su voz explotaba en las vocales.

—¿Puedo verla? —pregunté, señalándola con la mano. No siempre revisaba todas las bolsas. Se suponía que había que revisarlas al azar, así que por lo común echaba un vistazo cada tres o cinco bolsas, pero de pronto no quise que aquel hombre se alejara de mí. Había algo en él que no acababa de encajar. Llevaba ropa común, una camisa vieja abotonada de arriba abajo que pretendía revestirlo de dignidad pero solo acrecentaba su tristeza, con un cuello que se burlaba de su rostro exhausto y mal afeitado.

Unas ojeras oscuras subrayaban sus ojos y le asomaban pelos por los orificios de la nariz. Olía a sudor y aftershave. Era como los demás, pero no podía ocultar cierta inquietud. No quería estar allí. Aunque casi parecía que no estuviera, estaba. Agarraba la bolsa de plástico y casi parecía no estar allí pero estaba y sentí que mis ojos no paraban de moverse.

—¿Puedo verla? —le pedí de nuevo. Me puse a llorar, pero era un llanto físico, por el agotamiento y el viento que me azotaba la cara. Lloraba constantemente, pero era un llanto físico. El hombre, Fadi, seguía sin querer soltar su bolsa, y en ese momento supe, decidí, que aquella noche dormiría pensando en él. Aquel hombre tenía algo, no sabía qué, que me ayudaría a dormir.

Fadi sacudió la bolsa de plástico y los panes de pita cayeron sobre la arena como si fueran hojas. No era la primera vez que un hombre reaccionaba así, pero entonces fue distinto, vi hasta qué punto le dolía lo que le había pedido. Detrás, Yaniv metió la cabeza por la ventanilla del coche de uno de los palestinos y se puso a charlar. Una charla muy trivial, estaba segura.

—Ten, toma. No necesito comida. Quédatela y que te aproveche —dijo Fadi, antes de recoger su documento de la barricada de hormigón y echar a caminar agitando los brazos.

Por la noche oí a las chicas etíopes y marroquíes que hablaban y fumaban bajo la pérgola de madera fuera de nuestro barracón. Hablaban de si es mejor contarle a una amiga que alguien cuenta chismes de ella, o no contárselo. Eran estúpidas. Todos sus problemas estaban fuera de su cabeza. En la unidad de tránsitos todo el mundo era estúpido. Era una unidad a donde iban a parar los estúpidos, los pobres diablos. Gente a la que el ejército consideraba incapacitada para poco más que revisar documentos de identidad. Nos tocaban destinos igual de peligrosos que a los exaltados de las unidades de infantería, pero cuando un soldado de infantería pasaba por nuestro control con su boina verde, o roja, o marrón, nos señalaba y se reía. Era un héroe, y nosotros no; nosotros solo éramos policías.

Me enterré bajo la manta de lana en mi catre de campaña y pensé en Fadi. Después del campamento para reclutas, que fue mi primera parada, recurría a otras cosas para dormir. Al principio pensaba en mi novio, en cuando nos acostábamos juntos, en uno de los padres de las chicas de mi clase a las que odiaba, en todos los momentos buenos, y en cosas que no habían pasado como las imaginaba pero que ahora podía imaginar como quisiera. En mis pensamientos, mi novio era mucho más duro de lo que le permitía en la vida real, y siempre empezaba empujándome contra una pared, y siempre me sorprendía. En la vida real, cuando acabábamos mi novio decía que tenía que parar de llorar o rompería conmigo, porque le ponía de los nervios. También porque le preocupaba que, si seguía así, un día no sabría distinguir si estaba triste o si quería sexo. Al final rompió conmigo, y también con razón. Siempre me echaba a llorar cuando me acordaba del sexo, así que dejé de pensar en eso por la noche en mi catre de campaña, porque me parecía que ya lloraba bastante durante el día.

Durante una semana pensé en *Dawson crece* y *Ally McBeal* cuando quería dormir. Las series populares antes de que tuviera novio. Recordaba todos los episodios. Recordaba las bromas y el reflejo de la luz en el agua. Pero todo lo que entonces me parecía maravilloso, las cosas que imaginaba que haría si apareciera en la serie, los personajes a los que podría encarnar o conocer, ya no me interesaba. Sabía que ya no volvería a disfrutar viendo esas series.

Entonces pensé en las cosas a las que jugaba con Yael. Cuando hacíamos de reporteras, cuando simulábamos que un ascensor era una nave espacial, cuando

dejábamos que Avishag jugara con nosotras a Cadáver Exquisito. En todas las historias que nos montábamos. Hasta que al cabo de un tiempo me di cuenta de que la mayoría de recuerdos me los inventaba. Mirando fijamente el chaleco antibalas en el suelo, me di cuenta de que no recordaba de verdad lo que sentía al jugar a aquellos juegos. Y supe que seguir inventando recuerdos solo me haría revivir los recuerdos perdidos, de manera que lo dejé.

Así de pequeña era mi vida: después de los juegos, después de mi tercera idea, no tenía nada en lo que pensar.

La noche en que empecé a pensar en Fadi, él se convirtió en mi nueva idea. Lo imaginé hablando con su mujer, Nur, mientras fumaban un narguile de tabaco con aroma a manzana en el porche de su casa. Imaginé que esa había sido la noche en que Nur se plantó y dijo basta. La noche concreta que estaba imaginando, una noche del pasado, Nur le pidió a Fadi que buscara trabajo en la construcción en Israel. Fadi no quería. No quería el dinero de los israelíes. No quería que lo arrancaran de sus sueños para pasarse horas en una cola a esperar a que una cría a la que doblaba en edad le ladrara órdenes. No quería hacerlo. No lo haría.

—No pienso ir —dijo Fadi.

—Tenemos cinco hijos —dijo Nur—. Necesitamos el dinero para la universidad de Nadia. Necesitamos una papilla mejor para el bebé.

—No pienso ir.

—Hace meses que no trabajas. No vas a encontrar nada en Hebrón.

—No pienso ir.

—Si no vas, te dejaré. Te dejaré, y nadie en la familia me culparía por ello, y te morirás solo.

—No pienso ir.

—Y tanto que irás —dijo su mujer, y apartó la vista hacia las luces de la casa de los vecinos. Y, como ella sabía que cedería, él cedió y fue.

Sentí que el sueño me rozaba y se iba, me rozaba y casi se quedaba. Costaba respirar debajo de la manta. Oía a las chicas hablando fuera, olía sus cigarrillos y su champú. Repetían «calorías» un montón de veces, y también «Eso sí que es fatal».

Intenté pensar qué podía estar haciendo Fadi en ese momento, no ya en el pasado, y decidí que estaba discutiendo con Nur. Que le gritaba mientras ella le preparaba unos panes de pita rellenos de oca y hummus para la mañana siguiente. Que seguía diciéndole que no pensaba ir. Que Nur, la bella Nur, ni siquiera lo miraba, pero cuando Fadi le dijo que era el demonio, tiró los panes a la basura y se apartó de la encimera de la cocina, pasando de largo por su lado, y que lo único que Fadi quería era que le pusiera la mano en el hombro un instante, pero Nur pasó de largo y se fue al dormitorio, y Fadi durmió en el suelo de la cocina, con la cabeza apoyada en el abrigo de Nur, que descolgó del perchero al lado de la puerta, al lado de la puerta, la puerta cerrada, esa puerta que está cerrada...

Cuando me levanté a la mañana siguiente estaba cansada, pero menos.

El trayecto hasta el control solía traer consigo toda la tortura inherente al movimiento. Suspiros y gemidos y legañas en los ojos somnolientos de todos nosotros, entremezclados. Me arrancaban del sueño de cuajo e inmediatamente montaba en la furgoneta verde blindada, con sus diminutas ventanas de barrotes y su gruesa piel metálica. La cabeza se me movía con los bandazos y me dolía mientras el vehículo se deslizaba por los territorios que ocupábamos. Cuando el movimiento cesaba, solo me esperaban hombres, una fila de hombres, todos esos hombres, esperándome con la rabia que atravesaba el silencio.

Sin embargo, aquella mañana que estaba menos cansada, la mañana después de pensar en Fadi por primera vez, el trayecto fue casi agradable. Casi, lo juro.

Volví a decir que no cuando Yaniv me pidió que hiciera coches un rato, y entonces me dijo que acabaría tomando de mi propia medicina.

—Cuidado, que al final vas a tomar de tu propia medicina —dijo. Mascaba chicle como una vaca estúpida, aunque era un chico—. ¿Entiendes?

—No —dije—. No lo entiendo.

—¿Sabes lo que significa tomar de tu propia medicina? —preguntó Yaniv—. Significa que si tratas mal a la gente, si la gente no te importa, algún día te pueden pagar con la misma moneda.

Nunca había oído esa expresión. Había muchas expresiones que no había oído antes de entrar en la unidad de tránsitos. Hiperbólicas, marroquíes, un montón de maneras de hablar estúpidas.

—Bueno, la verdad es que no me importas —dije.

Era cierto, lo odiaba. Y en mañanas como aquella, el cansancio me hacía odiarlo aún más de lo que me odiaba a mí misma. Odiaba cómo mascaba chicle mientras chocaba los cinco con la gente de los coches a la que conocía. Odiaba que diera dos besos a las chicas que lo dejaban. Odiaba su colonia y sus cejas depiladas. Odiaba que llevara una Estrella de David de oro gigantesca colgada al cuello y que tarareara música mizrají, que siempre hablara en broma de cuánto odiaba a nuestros oficiales y su boina azul y dijera que debía de ser porque su destino se había torcido. Odiaba que sonriera y sorprenderlo a veces disfrutando, a pesar de sus quejas, ver que le encantaba agacharse y meter el cuello por las ventanillas para charlar con los conductores, y que no entendía la diferencia entre el horror y el honor, o que la entendía pero no le importaba. Retorcía el cuello como si fuera luz.

—Bueno, justamente a eso me refería. Si tratas mal a los demás, puede que tengas que tomar de tu propia medicina —dijo Yaniv.

Cuando más tarde lo vi sonriendo y metiendo el cuello por una ventanilla, pensé en denunciarlo. Sabía que todo el mundo me odiaría por ello, pero me planteé dar parte a mi oficial, que caminaba entre las barricadas de hormigón y debía haber visto a Yaniv metiendo el cuello en los coches, charlando y dando besos a los bebés, y aceptando higos y aceite de oliva envasado en botellas de Coca-Cola reutilizadas. El

oficial lo veía todo, pero si yo daba parte tendría que hacer algo; no le quedaría otra. Si yo fuera una oficial no permitiría que uno de mis soldados infringiera así el reglamento. El reglamento que aprendimos en el campamento para reclutas decía que nuestro fusil debía estar siempre entre nuestro cuerpo y las ventanillas abiertas de los palestinos que pasaban los controles. Que los palestinos tenían que colocar sus documentos de identidad y sus papeles encima del capó de sus vehículos y cerrar la ventanilla cuando el soldado se acercaba a examinarlos. Nadie cumplía el reglamento, pero por lo menos no daban besos a los bebés, y no se andaban con historias de que tenían mal la espalda y...

Creo que hubiera ido a denunciarlo si Fadi no hubiera vuelto. Lo vi llegar al principio de la fila y supe que esperaba que no fuera yo la que lo llamara para acercarse a la barricada. Observé que bajaba la mirada, se rascaba la nariz mientras pisoteaba la arena con la esperanza de que le tocara otro, pero al mismo tiempo no le quitó ojo a los otros soldados, y entretuve más de la cuenta al hombre al que revisaba, repasé su documento de identidad hasta que vi que era el turno de Fadi y que los demás soldados seguían comprobando otros documentos, y entonces lo llamé.

Me miró a los ojos como si no me conociera de nada o quisiera que me muriera, pero yo sí que lo conocía, lo conocía y lo tenía calado.

Así es como lo supe: porque no llevaba ninguna bolsa de plástico. Mi imaginación había acertado en eso. Su mujer no le había preparado pitas la noche anterior. Llevaba la misma camisa abotonada de arriba abajo, y en la cara se le veían los estragos de una mala noche. Apestaba a sudor.

No es que creyera que todas las cosas que imaginaba sucedieran en la vida real; más bien pensé que tal vez fuera mejor creerlas, y de paso no lloraba, y quise seguir sintiéndome menos cansada.

Observé a Fadi mientras se alejaba, después de devolverle el documento de identidad y los papeles. Un contratista con un cigarrillo en la boca le dio una palmada en el hombro al acercarse, y vi que el cuerpo de Fadi se encogía, vi que la palmada era una equivocación, cuánto deseaba Fadi darle un puñetazo al hombre, o escabullirse, o dar un cambio radical a su vida, pero que no podía.

Supe que esa noche me dormiría pensando en que Fadi volvía a casa y daba un puñetazo a su mujer, Nur, un solo puñetazo en la mandíbula, y en la calma de Nur.

Las semanas antes de que me reclutaran anduve persiguiendo a mi madre, que llevaba la lista de cosas que el ejército había mandado e iba comparando los precios de tienda en tienda, en almacenes de saldos a varias horas al norte de nuestro pueblo. Siete pares de calcetines verde caqui. Crema con filtro solar. Pasta de dientes. Compresas para dos meses. Repelente de mosquitos. Veinte gomas elásticas resistentes, para sujetar los bajos de los pantalones.

En mi enorme petate, el que nos regalaban en el instituto al graduarnos, se leía impresa la bendición: «Id en paz, queridos alumnos. Aquí nos tenéis, os queremos

siempre». El petate estaba preparado y listo para la mañana siguiente.

Madre y yo cogimos un autobús hasta el apeadero de Haifa, donde otro autobús esperaba para llevarse a todos los chavales del norte a Tel Aviv, a la base central de reclutamiento, donde nos darían el equipo militar y el destino donde pasaríamos los próximos años.

Había chicas demasiado maquilladas con pancartas de corazones y besos. Las chicas lloraron al abrazar y despedir a gritos a una amiga que se montó en el autobús.

—¡Lee nuestras cartas cuando se ponga en marcha! ¡Te queremos!

Un chico intentaba que su novia dejara de besarlo. Estaba llorosa y moqueando, pero no dejaba de besarlo, no paró ni cuando él tuvo que subir al autobús. Un chico con kipá había traído a toda la familia. En serio, no faltaba nadie. Todos los abuelos. Todas las tías. Todos los tíos. Todos sin excepción. Lloraban, pero también aplaudían. Todos.

Había pensado en decirle a Yael que viniera pero no lo hice, porque más que mi amiga de verdad, era la única a la que no habían reclutado aún. Porque en realidad yo no era de tener amigos. Tenía una manada de retrasadas que me había seguido durante casi todos los años del instituto, pero nunca acabé de ver la necesidad de tener amigos, y lo cierto es que me gustó que aquel día estuviéramos solo mi madre y yo. Era como si se demostrara mi sospecha de que los amigos, a fin de cuentas, son una frivolidad.

Mi madre tarareaba una canción que yo no había oído nunca, mientras esperábamos en el aparcamiento a que dijeran mi nombre.

—¡Basta! —le grité, y entonces madre rompió a llorar. Estaba nerviosa porque soy su hija pequeña; porque soy la más débil.

Mi madre dejó de llorar justo antes de que me llamaran para subir al autobús.

—Todo irá bien —me dijo—. Todo el mundo pasa por esto. Serán los mejores años de tu vida —me susurró. Me sujetó la cara entre las manos.

—Estoy bien. Seguro que vendré de vacaciones antes de que nos demos cuenta —le dije.

—Sí —dijo mi madre—. Sí —decía, y no me soltaba.

—Necesito mi cara, madre —le dije—. La necesito.

Y esa noche, la noche después de que llegara al control sin los panes de pita, Fadi visitó mis pensamientos sin necesidad de invocarlo.

—No pienso ir —dijo Fadi—. No vuelvas a obligarme a ir a trabajar —estaba en el suelo de la cocina de su casa, llorando.

—No eres una adolescente —dijo Nur—. No debes llorar así. Los hombres hechos y derechos no lloran así.

Fadi se levantó. Miró a Nur, que cortaba cebolla para el guiso del domingo.

—No pienso ir —dijo. Se le atascaban las palabras en la garganta—. Mi vida debería ser algo más. Avi, el contratista, ha dicho que le ha comprado a su hijo una

bicicleta nueva esta semana. El niño tiene bicicleta, y yo soy cuatro veces mayor que él. Nunca he tenido una bicicleta. No es justo.

—¿Quién crees que eres? ¿Crees que eres un niño israelí mimado? Eres un hombre palestino y tu vida es esta. Esto es lo que tenemos que hacer —dijo Nur. Se enjugó el cuello con el trapo de cocina, y ese gesto disgustó a Fadi. Advirtió las arrugas que su mujer tenía en el cuello, en la piel flácida e inútil que no existía cuando accedió a casarse con ella, y se disgustó aún más.

—¿Por qué dices «tenemos»? —preguntó—. Se trata solo de mí. Y yo sé quién soy. No pienso ir.

—Y tanto que irás —dijo Nur, tan sabelotodo y tan vieja, cortando cebolla.

Y al ver su risa burlona, Fadi sintió que su puño se cerraba y soltó el golpe: sintió los nudillos rozar el filo del cuchillo y el desgarrar de la carne mientras tenía el puño en alto. Nur levantó el cuchillo, pero Fadi no se detuvo y la golpeó, solo una vez, un puñetazo en la mandíbula.

—Yo no tomo medicinas —le dije a Yaniv a la mañana siguiente. Aún no se veía el sol, y me había levantado menos cansada. Me había levantado con la energía necesaria para ir a mirarme en el espejo descolorido del cuarto de baño del barracón. Hacía meses que no me miraba. Me había acostumbrado a lavarme las manos mirándome los pies.

—¿Qué? —preguntó Yaniv. Rodeaba con un brazo a una de las chicas etíopes que también se dedicaba a la inspección de coches. Se vaciaban sobrecitos de azúcar en la boca y cantaban música mizrají hacia las extensiones indefensas de arena.

—Que como no tomo medicinas, no puedo tomar de mi propia medicina —le dije. Me sentía tan poco cansada que decidí meterme con él por diversión. Sabía que se enfadaría. Me divertía que de verdad creyera que había algo en el mundo que él pudiera entender y yo no.

—Es una expresión —dijo Yaniv—. Es como si no se dijera en serio. Significa que si te portas mal con los demás, puede volverse en tu contra, ¿entiendes?

—No, ¿a qué te refieres? ¿No ves que estoy sana y no tomo medicinas?

—Jo —dijo Yaniv. Tomó aire—. Es... es una expresión. ¿No lo entiendes? —estiró los brazos en un gesto de súplica. Había picado, estaba claro, porque ni se dio cuenta de que le daba un empujón a la chica etíope.

—No lo entiendo —dije—. Hay que ser estúpido para decir algo que no tiene sentido.

—Pero... es una expresión —dijo Yaniv. Por la cara y la rapidez con que mascaba chicle era evidente que buscaba palabras que no había manejado nunca. Palabras como «literal», o «sentido figurado», o incluso «metáfora». Dejé que siguiera buscando donde no había nada hasta que llegó la hora de abrir las puertas.

Fadi no intentó evitarme esta vez. No intentó nada. Ni siquiera lo vi en la fila, hasta que de pronto lo tuve delante de mí, colocando su documento de identidad y los

papeles en el hormigón como si no me hubiera visto nunca. Lo hice esperar antes de revisar la documentación. Fingí que miraba a Yaniv, que charlaba encorvado con un palestino dentro de un coche. Los otros vehículos empezaron a pitar; estaba retrasando toda la cola.

Entonces miré y lo que vi me dio miedo, aunque solo durante un segundo.

A pesar de que lo esperaba, me asusté un momento cuando lo vi. Me asustó como si alguien acabara de convencerme de que era Dios, o de que estaba muerta, o ardiendo.

Fadi se había herido en los nudillos. Con un corte. La sangre se había secado.

—¿Se ha lastimado? —le pregunté.

—Sí —dijo Fadi—. Me he lastimado.

La oficial que me destinó a la policía militar tenía razón. Era falso que todos los soldados de boina azul se pasaran el tiempo de servicio dando parte de los soldados que no llevaban el uniforme según el reglamento al usar el transporte público. A mí me colocaron en la unidad de tránsito de la policía militar, que no tenía nada que ver con la indumentaria militar y sí con los documentos de identidad y los controles. Aun así era una idea muy extendida, ese temor instantáneo a las boinas azules. Cuando en mis raros permisos de fin de semana volvía en tren a casa, los soldados se quedaban callados al ver mi boina azul. Y se largaban. Me sentía un ogro, o un dictador iraquí, o fea. Eso era verdad: estaba fea con aquella boina.

De todos modos también tenía cosas buenas. Siempre había por lo menos un soldado en el tren que se largaba, así que me cedía el asiento, incluso cuando el tren iba lleno. Siempre disponía de la tranquilidad necesaria para leer mi guía de televisión o mis novelas norteamericanas. En las excursiones del colegio nunca tenía esa tranquilidad. Todo el mundo quería saber lo que yo creía que debíamos hacer con una chica que le robaba el novio a otra, o que me ocupara de que Yael dejara copiar sus deberes a los demás, porque antes habíamos sido amigas y yo era la única a quien aún hacía un poco de caso. En el tren, como soldado, no tenía nunca que preocuparme de los problemas de nadie, ni meterme en chismorreos.

Una cosa alucinante que pasó gracias a la boina azul es que una vez un soldado, un chico, se echó a llorar al verme. Debía de tener una falta en el expediente y sabía que llevaba algo mal o que le faltaba alguna cosa, así que lloró y se fue corriendo, lloró y corrió más rápido.

La boina azul tenía algunas cosas buenas, pocas, pero ninguna implicaba tener amigos. No eran cosas que pudiera imaginar dentro de mi cabeza antes de quedarme dormida.

Aquella noche, después de la mañana en que Fadi me dijo que se había lastimado, imaginé que Fadi estaba durmiendo fuera, en la alfombra de esparto junto a la puerta de su casa. Imaginé que su Nur le había cambiado la cerradura y que tenía que mear

en la calle, y que aguantaba despierto hasta las dos de la madrugada porque le daba mucha vergüenza que pudieran verlo los vecinos. Le daba mucha vergüenza el dolor de aquella urgencia humana rutinaria, y el alivio que sentía cuando al fin meaba. Lo vacío que se sentía después. Como si hubiera vaciado todo lo que tenía dentro y tan solo pudiera mostrar un charco de orina y una alfombra por cama y una puerta cerrada con llave. Se despertó cuando un perro de tres patas le meó en la cara. Nada más había dormido una hora, pero tenía que emprender la marcha hacia el control, y así lo hizo, y mientras caminaba pensó que la vida que llevaba era culpa suya, pero yo supe que en realidad era culpa mía, que era yo la que imaginaba aquellas cosas que le pasaban, y me sentí un poco mal por hacerle caer tan bajo, pero me dormí a los pocos minutos de imaginar esas cosas, y eso era una bendición. No había usado nunca la palabra «bendición», ni siquiera en mis pensamientos. La gente como Yaniv la usaba constantemente, pero en ese momento fue la primera palabra que acudió a la mente, y la única.

Y además, todo eso —la alfombra, la puerta cerrada, la orina en la calle, el perro de tres patas— eran cosas que imaginaba para dormirme, porque al día siguiente Fadi llegó al control al volante de un coche.

Esperé y esperé y esperé a que apareciera. Eran más de las nueve, y con cada nuevo obrero prácticamente idéntico que me mostraba el documento de identidad y no era Fadi, más eufórica me sentía. Sabía que no podía ser verdad, pero también estaba convencida de que después de que Fadi se despertara cuando el perro de tres patas le meó en la cara, había echado a andar hacia el control pero lo había pensado mejor y había dado media vuelta. Que había decidido, de verdad, en serio por una vez, que no iría. No estaba segura de adónde habría ido al dar media vuelta, pero pensaba que solo era porque me había dormido antes de imaginarlo. Me había dormido rapidísimo.

Estaba contenta de dormir bien. Me alegré por mí de que Fadi no apareciera, pensando que en mi interior quedaban algunos buenos sentimientos de los que no era consciente. Tan poco cansada estaba que incluso tenía tiempo para creer que era mejor persona de lo que pensaba. Casi me daba la sensación de no estar en el ejército. De no haberme incorporado aún al ejército. Miré a Yaniv y me esforcé por no odiarlo. Solo veía su cuerpo, de pie en el asfalto, porque había metido la cabeza por la ventanilla del coche que inspeccionaba. Evoqué su cara dentro de mi cabeza, la cara que no podía ver, y traté de no odiarlo. Tenía las cejas puntiagudas, pobladas, como flechas peludas.

Entonces oí. El grito.

Cuando vi a Yaniv manchado de rojo y saltando hacia atrás, no entendí que lo que había en su cuello era sangre. Traté de pensar qué era, pero no entendí que era sangre. Más tarde recordaría que, por el modo en que Yaniv agitaba los brazos al dar un paso atrás, y luego otro, me di cuenta de que él sí sabía que era sangre. En ese preciso

momento hubo una cosa en el mundo que Yaniv entendía y yo no.

Yaniv se desplomó en el suelo y dejó de moverse. A mi alrededor había murmullos, pero no capté las palabras. Las voces de los obreros de la construcción palestinos. Las voces de los contratistas israelíes. Las voces de soldados. Sonaban distintas una de otra, pero también como si gritaran las mismas palabras, palabras que se me escapaban. Miré al suelo y vi caer mi boina azul sobre la arena, a plomo, y sin saber por qué fui a recogerla y me quedé paralizada. Me inmovilicé en esa postura, como una niña tratando de impedir su caída de un columpio para siempre.

Hubo un disparo. No vi quién disparaba, o dónde impactaba la bala; solo lo oí, creciendo a medida que recorría la arena, y la cola, y la barricada de hormigón donde yo seguía tratando de impedir una caída inexistente.

El hombre que apuñaló a Yaniv era Fadi. El disparo no lo había alcanzado y, aunque estaba más pálido de lo habitual cuando los oficiales lo sacaron a tirones del coche, supe que era él porque lo conocía muy bien. Me había acompañado durante tres noches de sueño reparador.

No me miró, ni con la barbilla ni con los ojos, cuando se lo llevaron. No sabía que existía, que yo existía en el mundo y veía cosas.

Sus ojos eran los de un hombre en el que la preocupación ha muerto.

Olvidé a Fadi. Lo olvidé. Y a Yaniv. Olvidé durante un tiempo. Volví a recordar hace solo dos días. Recordé el trayecto hasta el control, la mañana después de que degollaran a Yaniv. Mi cabeza. Recordé mi cabeza. La piel metálica del furgón blindado no paraba de golpearla en todo el trayecto hasta el control. Pum, pum, pum. No dejaba de golpearme la cabeza contra el metal, con cada giro de las ruedas, sin aprender. Me empeñaba en no aprender y en querer apoyar la cabeza en mi hombro derecho, y me golpeaba de nuevo.

Solo me acordé, por el furgón, cuando llegué a Tel Aviv hace dos días y me puse a buscar apartamento. Tenía algún dinero ahorrado para empezar, de los nueve meses que serví como oficial y tuve un sueldo. Rellené los formularios para ir a la escuela de oficiales al día siguiente de que Yaniv muriera. No quería seguir siendo una chica retrasada en un control. No podía.

En cualquier caso, desde hace unos meses soy oficial, y ahora empiezo una nueva vida. Evidentemente, primero busqué en los barrios más jóvenes de Tel Aviv, en los que hay ese servicio de taxis grandes. En realidad son furgonetas en las que el taxista puede montar hasta diez pasajeros, y los deja en el lugar de su ruta que le pidan. Qué más da, la cuestión es que cuando iba buscando casa, cogí uno de esos taxis de Tel Aviv, el número 5, y el viaje, bueno, supongo que fue como la seda. En serio, no me golpeé ni un codo.

Pero justo hace una hora he alquilado un apartamento cerca de la plaza Rabin. Evitaré hablar de dinero, que es de mal gusto, pero digamos que con lo que tendré que trabajar para pagar el alquiler, los furgones blindados no pueden alejarse

demasiado de la memoria. Y Fadi. Pago por estar en este barrio, porque aquí los taxis son iguales que en cualquier lugar del mundo. Son amarillos, y son coches. Por aquí no hay de esas furgonetas raras.

Y también sé que recuerdo a Fadi porque, aunque conciliar el sueño ha sido una bendición desde el día que degollaron a Yaniv, por alguna razón últimamente hubo una o dos noches en que tuve que ver la televisión hasta quedarme dormida. Necesité que los colores que irradiaba la caja se me metieran en los ojos para poder cerrarlos.

Aquella noche. Aquella noche oí a las chicas marroquíes y etíopes hablando bajo la pérgola, junto a los barracones.

Fui al cuarto de baño y miré el espejo. Trabé el pomo de la puerta con mi fusil para que nadie pudiera entrar, aunque sabía que todas las chicas estaban fuera fumando, que se pasarían horas así y que me dejarían en paz.

Me quité las botas, luego los calcetines. Eran blancos, y recuerdo que me horroricé al darme cuenta de que había llevado calcetines blancos el día entero, porque cuando estábamos en los controles solo nos permitían llevar calcetines oscuros. Y, aunque era soldado de la unidad de tránsito de la policía militar, no dejaba de ser soldado de la policía militar, que representaba la boina azul y todo eso.

Recuerdo que esa noche lo que me horrorizó fueron aquellos calcetines blancos.

El cinturón, los pantalones caquis, la camisa caqui, la camiseta interior caqui, el sujetador, las bragas que me había puesto del revés porque me había quedado sin ninguna limpia. Me lo quité todo y me miré desnuda en el espejo manchado. Los pechos, demasiado grandes, las líneas que se me marcaban en la comisura de la boca y que antes no estaban.

Entonces vi que era una soldado, y seguí mirando, mirando, mirando y no tuve miedo. Fue pocas semanas antes de cumplir diecinueve años. Fue la noche antes de rellenar los impresos para irme voluntaria a la escuela de oficiales. Entonces vi que era una soldado y supe que sería una oficial, y no tuve miedo.

Aquella noche no me duché. Pensé en Nur; pensé que se habría duchado y que habría empezado ya a moverse para sacar a Fadi de la cárcel israelí, y que era una mujer fuerte. Y entonces recordé que era fruto de mi imaginación, que yo la había creado, que yo era una soldado y Nur no era real.

Aquella noche. Aquella noche oí a las chicas marroquíes y etíopes hablando bajo la pérgola, junto a los barracones.

Metida en la cama, sin duchar, las oí decir que el cuchillo con el que el palestino del coche había matado a Yaniv le cortó el cuello casi en dos. Y habría pensado en la cara de Yaniv, en sus cejas puntiagudas, pobladas. Y me habría preguntado qué querían decir las chicas con «casi en dos», pero me dormí antes de que me diera tiempo. Me dormí sin pensar en nada. Fue fácil. Cualquier cosa es posible si se persevera.

Gente que no existe

Persona A

El cadáver del sudanés sigue atravesado en la alambrada de espino. Nadav habla con los soldados egipcios y nosotros, los soldados israelíes, somos como dos críos en un muelle, a la espera de que el otro niño salte y reclame el cuerpo. Un brazo del sudanés está suspendido por encima de su cabeza, y la lengua le cuelga. Parece un nadador congelado. Nadav dice que soy una chica especial.

—Avishag —me dice—, la única persona en la que piensas eres tú misma.

Yo no estaba de guardia cuando los soldados egipcios han disparado al hombre. Cuando me toca guardia, miro fijamente la alambrada por el monitor azul durante doce horas y pienso en gente que no existe. Nos conocemos bien, la gente inventada y yo, pero Nadav dice que eso es lo contrario de pensar en otra persona. Vamos montados en el *humvee* siguiendo la alambrada, porque Nadav es un oficial y tiene que supervisar a las chicas más mayores, las que hacen guardia en las torres de vigilancia y los controles de carretera. La vigilante de la entrada de la base me pide el pase y le enseño que he firmado un día de permiso. Fue un poco difícil, porque en la base siempre faltan chicas nuevas, chicas que tendrán que hacer de vigilantes durante cuatro meses cuando terminen el campamento de reclutas y no harán otra cosa que mirar fijamente el monitor. Antes de llegar a la estación de autobuses pregunto si es malo pensar solo en mí. Nadav ha olvidado que una vez me lo dijo. Dice que todo el mundo se traga la idea de que si tal o cual persona es diferente, entonces ellos no son quienes son, y que yo soy la única persona en el mundo que no se lo ha tragado porque solo pienso en mí. No sé qué significa eso. No sé si es bueno o malo. Quiero una hamburguesa. Dos.

Persona B

Cuando todo ha terminado, cuando estoy a salvo, abro los ojos y todo el mundo puede ver que estoy viva. Soy la única mujer en una sala de hospital llena de hombres que también son de mi país. Ellos están en silencio, pero yo grito, grito porque puedo, porque quiero agua. La doctora del país pequeño se acerca y hace una pregunta en la lengua del país pequeño, y el traductor traduce. La doctora quiere saber cómo escapé

de Sudán. Quiere saber en qué estaba pensando. Me da un poco de agua en una taza. Quiere decir, aclara el traductor, que en qué estaba pensando cuando me lancé contra la alambrada que estaba hecha de pequeños cuchillos. Quiero decirle a la doctora que no pensé. No fue decisión mía. La sentí. Estaba allí. Mi madre. Mamá. Mamá. Un millón de veces y otra más, y otra vez, y más. Ella era un gigante, y una muchacha, y una uva, y el viento, todo al mismo tiempo. Estaba allí y luego ya no estaba. El guía que nos sacó de Egipto dijo que en Israel, en el país pequeño, no creen en la magia. Creen en la gente. En el país pequeño, creed en lo que ellos crean, haced lo que ellos hagan.

Persona A

En la estación de autobuses, Nadav se pide dos hamburguesas, pero dice que yo debería pedirme solo una. Dice que nunca me acabo dos hamburguesas. Le digo que no es verdad, aunque sí lo es. Le digo que esta vez me las terminaré. Bromeo.

—¿Y si estoy comiendo por dos? —le digo.

Enarca las cejas y me sorprende.

—Pues lo tenemos, Avishag —dice—. Podríamos criarlo en una granja con un campo de pimenteros en el desierto del Néguev y ser felices —de todos modos, Nadav acaba el servicio dentro de un año. Va a ser estupendo. Es estupendo. Es la solución de cualquier cosa, de todo. A Nadav le gusta decirme cosas así, y le dejo, porque es mi primer novio, o porque es un oficial, pero entonces me echo a reír y le digo que estaba bromeando, que jamás le diría algo así en la cola del McDonald's. Le digo que como solo para mí, pero igualmente quiero dos hamburguesas. Y patatas fritas. Como solo para mí, pero es cierto que estoy embarazada. No se lo digo porque la verdad es que no lo siento. Mi cuerpo siente lo mismo que si siguiera siendo solo yo. Hasta el cuerpo me traiciona hoy en día, y yo lo traiciono también. La cuestión es que en este mundo existo solo yo. Hambre, náusea; más hambre, más náusea. Y de todas formas no hablo demasiado. No he intentado nada tan estúpido desde el campamento de reclutas. Aún me queda media hamburguesa, y Nadav dice que espabile. No piensa irse hasta que acabe. Parto en dos el trozo de hamburguesa y me meto una mitad en la boca. Siento el pepinillo atascado en la garganta a la vez que me sube el ácido del ketchup, y luego la carne. Después de vomitar en el suelo del McDonald's de la estación de autobuses, Nadav me dice que ese es un ejemplo perfecto de que solo pienso en mí. Me gustaría decirle que tiene razón, pero he de coger el autobús 72.

Persona B

Te gustaría pensar que no, pero existo. Esto pasó. Esto es lo que pasó. El marido

de mi madre conducía un triciclo con un remolque como un novato, y así era como hacía dinero en los campos. Era el marido de mi madre pero no era mi padre, y en unos meses había ganado el dinero suficiente para pagar al guía que nos llevaría a Egipto, y de ahí al país pequeño. No podíamos decir «Israel», así que la gente lo llamaba el país pequeño. En cualquier lugar de Sudán todo el mundo hablaba en murmullos de eso, del modo de llegar al país pequeño, de que era la solución. Cuando llegaron y empezaron a matar a la gente en el campo, el marido de mi madre me escondió debajo de una manta en el remolque de su triciclo, y nadie me tocó, ni me hizo daño y me mantuve a salvo, aunque solo en cierto sentido, y por un tiempo. Los tres estábamos a salvo y sobrevivimos el primer día. Eso era un problema. El guía dijo que se marchaba a la mañana siguiente y que quería más dinero por cabeza, mucho dinero, si es que aceptaba llevar a alguien. Entonces supe que tendría que matarlo. Al marido de mi madre. Y a partir de ahí era muy fácil saber que tendría que matarla a ella también. Todo el mundo en el campo estaba ahorrando para irse al país pequeño, y ahora todo el mundo necesitaba más dinero, así que en cada tienda los hijos mataban a sus padres por dinero, y los padres a sus hijos y sus mujeres; dependía de quién fuera más fuerte. Mi madre y su marido, en cambio, se fueron a dormir. Se querían. Me querían. Se fueron a dormir, aunque en realidad esperaban la muerte, porque una vez que esa gente llega a un campo ya no se va, vuelve a la mañana siguiente, y la siguiente, y la mañana siempre llega, es un hecho, hasta que pronto la última persona del campo desaparece y se acaba en cuestión de días. La historia acaba en cuestión de días. Les pedí el dinero que teníamos, pero dijeron que no, que no iban a perder la esperanza, que el dinero apenas bastaba para una persona, y que si íbamos, íbamos todos. Hay esperanza; creían que siempre hay esperanza. Creían en la magia. No me temían, porque yo no era un hijo. Era una hija, y muy poquita cosa. Por eso tuve que usar el fuego en lugar de una piedra; por eso tuve que ser rápida, y lo fui. Conseguí el dinero; funcionó. Pronto también empecé a creer en la magia.

Persona A

El conductor del autobús 72 para al lado de una heladería por la sencilla razón de que puede hacerlo, le compra un helado a su hija —sorbete de melocotón, para ser exactos— y mientras los pasajeros tienen que esperar. Un estudiante de secundaria que va sentado detrás de él le grita que no es manera de comportarse, y el conductor del autobús le dice que le chupe la polla, aunque su hija esté ahí y sea pequeña y esté fatal ir así por el mundo. Me dan ganas de decir algo también, porque me preocupa llegar tarde a mi cita con el médico, pero me callo porque si yo condujera un autobús seguro que pararía a comprar un helado cuando quisiera, con la diferencia de que elegiría sorbete de manzana y de que no pararía a por un helado para mi hija, sino

para mí. O sorbete, vaya. Así que entiendo al conductor del autobús. Quizá eso cuenta como pensar en otra persona, y me gustaría explicárselo a Nadav pero no puedo, claro, porque ya ha vuelto a la base, porque estoy sola. En la clínica, el doctor dice que tengo dos opciones, y me encanta porque lo que más me gusta en la vida es poder elegir, y pensaba que en esto no tenía elección; pensaba que era lo que había que hacer, igual que todo en la vida corriente, igual que en el ejército. El doctor dice que pueden aspirarlo y raspar lo que quede, o que puedo tomarme dos pastillas y el feto se caerá solo. Qué dilema. Si lo aspiran para sacarlo, lo harán ahora mismo, y estoy como un poco aburrida y ansiosa por saber lo que es, si sentiré algo distinto o incluso tristeza, que es algo que no he sentido en mucho tiempo. Pero si me tomo la pastilla podría volver a la base enseguida y a lo mejor mi oficial me firmaría solo medio día de permiso y me guardaría el otro medio, porque la oficial de las chicas de vigilancia es muy simpática; es amiga de Nadav. Y además, podría ser interesante hacer mi turno y fumar un cigarrillo en la sala de vigilancia mientras cae un bebé chiquitito, chiquitito, sin que nadie más que yo lo sepa. ¡Ni siquiera sabía que existieran esas pastillas! Maravillas de la ciencia. Me gusta que las dos opciones sean interesantes. Hace que la decisión sea mucho más especial. Pero al final me decido por las pastillas simplemente porque los echo de menos. Echo de menos a la gente inventada del monitor verde.

Persona B

Cuando me fui del campo de refugiados pasaron cosas sobrenaturales muy extrañas; fue mi madre la que hizo que cayeran sobre mí, y no era la clase de magia que cabría esperar. Por lo que voy a contar se podría pensar que tuve mucha suerte, pero no fue así. Hubo gente que tuvo que salir de Darfur y caminar hasta Jartum, pero los de mi grupo fuimos a pie solo unas horas, hasta que nuestro guía nos traspasó al camión de un beduino. Una de las mujeres tuvo que sentarse delante y hacerse pasar por la mujer del beduino, pero los demás nos sentamos en el remolque, entre cajas de madera cargadas de patatas y harina. Fue mientras observaba al beduino dándole la mano a la mujer para ayudarla a subir al camión cuando oí por primera vez, dentro de mis oídos, los chasquidos de reproche que alguien hacía con la lengua, y me pareció que sonaban como los que hacía mi madre. «Mala, mala», oí en un susurro que me retumbó en la frente. La mujer montada en el asiento delantero aparentaba unos dieciocho años, mi misma edad. Tenía una piel extraordinaria, casi como la de los inmigrantes indios. Entonces me di cuenta de que pasara lo que pasara, tanto si vivía como si moría, incluso aunque me convirtiera en una reina, mi piel nunca sería tan bonita como la de aquella mujer. Que yo nunca sería tan hermosa. Se me rompió el corazón; me quedé muy triste. Todo era en vano. Jamás había tenido esa clase de preocupación, ni nada remotamente parecido, pero en ese momento fue lo único en lo

que podía pensar, mi piel. Durante las horas y los días que pasamos en el camión recorriendo las extensiones de arena, lloré tanto que los demás me ofrecieron incluso sus raciones de pan y cecina. No podían imaginar qué era lo que mis ojos habían visto para estar más triste que ellos, porque ellos habían visto lo peor, y eso enternecía incluso el corazón de los hijos que habían machacado el cráneo de sus padres con piedras. Y sin embargo yo lloraba porque el movimiento de las ruedas me ofendía. Seguía pensando que no importaba si llegábamos, ni adónde. Mi madre y su marido seguirían muertos, y yo los habría matado. Peor aún, seguiría siendo siempre la misma, y no tenía nada en ningún sitio, y no sería nada en ningún sitio. Cuando llegamos a Egipto, nuestro guía estaba muerto de miedo, porque habían descubierto dos camiones que pretendían meter a ilegales en el país y no solo mataron a los ilegales; también mataron a los guías beduinos. Pero nos dejaron pasar sin contratiempos. Fue entonces cuando todo se volvió más negro, y luego más negro aún.

Persona A

Cuatro horas después de tomar la segunda pastilla creo que voy a morir, aunque sé que no. Me duele la barriga por fuera, como si la aporrearan con las manos igual que un tambor. Me encojo hacia delante, pero levantando el cuello, porque sé que gritarán si aparto la vista del monitor. En mis dieciocho años de vida ha habido momentos en que creí que me moriría, y en cambio viví. Y seguí viviendo. Cuando hace dos meses me destinaron aquí e hice mi primera guardia delante de la pantalla verde, llegué hasta la cuarta hora, pero entonces creí que me moría. A mi alrededor había chicas que también miraban fijamente su franja de la alambrada, y no me cabía en la cabeza que aguantaran así doce horas, y luego otra vez, y otra, y otra más. No podía dejar de pensar que esa era la vida que me esperaba los próximos cuatro meses, hasta que me dejaran hacer controles de carretera y guardias en las torres de vigilancia, hasta que me «metieran a saco en la unidad», como decía Nadav, aunque entonces ni siquiera podía imaginar cómo sobrevivir a la hora siguiente. Los píxeles verdes desembocaban unos en otros. Me estaba quedando bizca. Conté hasta mil dentro de mi cabeza, y otra vez, y otra. Entonces decidí morirme, o por lo menos dispararme en un pie después de la guardia, para que me sacaran del ejército. Pensé si era mejor dispararme en el pie derecho o en el izquierdo, y así encontré una especie de diversión que me ayudó a pasar el rato. Y justo cuando se me escapó una sonrisa, los vi. Entre los píxeles, unas franjas blancas de interferencias formaban las siluetas de cientos de personas en miniatura: mi gente, la gente que no existe. No era la primera vez que las veía, pero de eso hacía seis años, cuando yo tenía doce, la última vez que tuve piojos. La primera vez que tuve piojos fue con ocho años, y creí que me moría pero no fue así. Me rascaba muy fuerte la cabeza con un lápiz, me arañaba el

cuero cabelludo y sacaba el lápiz con piojos y sangre pegada. No creía que me fuera a morir por eso. Aun así se lo conté a mi madre, y entonces con un cepillo me roció gasolina por todo el pelo y me puso a ver la televisión con un pañuelo enrollado en la cabeza. Los piojos se escapaban como si estuvieran en una cámara de gas. Los sentía despegarse y los veía arrastrándose por mi cuello, un riachuelo de patitas minúsculas y cuerpos redondos. Tampoco creí que me fuera a morir por eso. Me pareció alucinante. Pero entonces mi madre dijo que también había que sacar los huevos. Tuve que pasarme horas de pie en la ducha mientras ella me pasaba la lendreras por el pelo. Y encima me hablaba, y eso era lo que menos soportaba, porque en ese momento ella andaba muy ocupada criando a tres hijos y dando clases de historia en el instituto, y sin marido, así que imaginó que podía aprovechar para sermonearme por no dejar nunca los platos en el fregadero, por tirar siempre la mochila al lado de la puerta, por traer barro a casa, porque todas esas cosas la estaban matando y solo esperaba que cuando yo fuera mayor me tocara una hija igual que yo, para entender de una vez por todas qué mierda de hija era. No hubiera pensado que nada de eso podía matarme de no ser porque odio las palabrotas, las odio ahora y las odiaba de pequeña, y empezaba a sentir nudos en la garganta siempre que mi madre soltaba alguna, y soltaba muchas cuando quitaba liendres. Tardó cuatro años en deshacerse de los piojos para siempre, así que al principio, siempre que me ponía de pie en el cuarto de baño, pensaba que me moría cada vez que mi madre soltaba una palabrota; hasta que inventé a la gente que no existe. Eran personas hechas a base de puntos marrones sobre las baldosas blancas del suelo del cuarto de baño.

Persona B

Crecí oyendo historias de personas a las que los guías abandonaban o violaban y las dejaban morir a medio camino, pero en Egipto, a las veinte personas de mi grupo nos invitaron a quedarnos unos días con la mujer del beduino, la de verdad, en un viñedo. La mujer tenía muchas arrugas, pero sabía leer y leía su Corán cada noche. Yo no sabía leer y me asaltó la idea de que nunca aprendería, y pensé que, aunque aprendiera a leer, nunca lo haría bien, porque ya había desperdiciado dieciocho años, así que ¿para qué? Una vez más, oí los chasquidos de reproche que mi madre hacía con la lengua, los susurros de «mala, mala». Antes, nunca había pensado esas cosas; esos pensamientos estaban en mi cabeza, pero no eran míos. Me di cuenta de que eran fruto de la magia, y que la magia existe, y que es mala. La magia era cada vez más poderosa. El beduino y su mujer se portaron muy bien con nosotros, sobre todo conmigo; sonreían como niños por la mañana, y la mujer incluso me llevó a dar un paseo por el viñedo, y entonces me asaltó la idea de que yo nunca sería tan amable, ni con desconocidos ni con nadie, que mi corazón era negro como el carbón, como el de una bruja, y ¿no era una lástima que no hubiera nada en el mundo que pudiera

remediarlo? Caminamos por el viñedo y, por un instante, por primera vez desde que había abandonado el campo de refugiados, todo era un poco bueno, todo era real y no había magia. Nunca antes había visto uvas. Me agaché entre las hojas verdes y miré fijamente una uva, una sola. Era perfectamente redonda, verde, y había en ella tanta paz que me sentí celosa. Tenía la piel suave y brillaba al sol, de modo que se veían las líneas que la recorrían por dentro, líneas de misterio y carne y dignidad. La rocé con los dedos. Y entonces oí otra vez los chasquidos, el susurro de «mala». Ahí supe que estaba perdida, cuando me asaltó ese pensamiento; que, pase lo que pase, que hiciese lo que hiciese, todo sería en vano: nunca, jamás, ni en un millón de años, podría convertirme en una uva.

Persona A

Empecé a jugar con la gente que no existe cuando tenía ocho años y tuve piojos; jugaba a que la gente eran los puntos sobre las baldosas del suelo del cuarto de baño. Ahora juego a que veo a la gente entre los píxeles del monitor durante toda la guardia. Ni me entero de que pasan doce horas. Cuando termina mi turno, incluso echo de menos a esa gente. El juego va así: hago ver que un grupo de píxeles del monitor es en realidad un grupo de gente. A veces están en un país. A veces están en el espacio. Otras veces simplemente están en una habitación gigantesca. Da igual. Entonces hago ver que soy su gobernante y anuncio algo extraordinario, anuncio que entre ellos hay alguien muy especial, la persona más especial de todas. A veces esa persona es muy buena cantando, otras es la más inteligente que ha nacido jamás y otras es la persona más buena del mundo. Pero esa persona, que siempre es una chica, no sabe que es tan especial. Cree que no es nadie. Normalmente es el píxel más diminuto, el que hay en el borde de la pantalla, y cuando le digo lo que es de verdad se emociona tanto que siente el sabor de su corazón en la boca, aunque parezca increíble. Nunca se lo hubiera imaginado. Entonces el juego vuelve a empezar con otro grupo de píxeles, que tal vez son los que hay debajo del sauce roto, o los de abajo del todo. Nunca me canso ni me aburro, porque creo que a estas alturas tengo la memoria tan hecha puré que en cuanto se acaba una ronda del juego, lo olvido todo sobre esa gente. También olvido las cosas reales, como todos los juegos que inventábamos en el colegio con Yael, o mis programas favoritos, o el sonido de la voz de Dan, o el cumpleaños de mi madre, o quién soy. Nadav dice que eso les pasa mucho a los soldados de vigilancia, que es por el tipo de trabajo. Nadav cree que me he vuelto loca, porque me ve demasiado tranquila, complaciente. Me preguntó qué pensaba de todos esos sudaneses que saltan la frontera egipcio-israelí, y le dije que solo me distraen de mis juegos con la gente inventada, porque si saltan por mi franja de la alambrada tengo que informar por radio, y cuando les disparan, aunque no se mueran, me distraigo mucho. Nadav se enfadó con esa respuesta, y pensé que quizá

sonaba antisionista, así que añadí:

—Aunque claro, también pienso que los egipcios son unos animales.

Entonces Nadav me dijo que era una ingenua. Dijo que no podemos disparar a los sudaneses porque quedaríamos mal, pero tampoco los queremos aquí, porque entonces tendríamos que darles trabajo, y traerían enfermedades, y bajarían el porcentaje de judíos. Así que dejamos que sean los egipcios los que disparan, porque a ellos no les importa quedar mal, porque el mundo ya piensa que son malos, pero los perdona porque son árabes. No acababa de seguir su explicación, así que miré fijamente el blanco de sus ojos e imaginé una habitación llena de gente inventada. Entonces fue cuando me dijo que solo pensaba en mí misma. Ya no tenía remedio, pero entonces no me importó gran cosa. Ahora me arrepiento. La barriga se me acalambra como si quisiera expulsar el estómago entre mis piernas, y los ojos me tiemblan tanto que toda la gente inventada ha desaparecido, y lo único que puedo ver es una alambrada a través del monitor verde y ese árbol roto, y aún me quedan ocho horas de guardia. El cadáver del hombre sudanés sigue ahí atravesado, justo en el borde, difuso en los ángulos del monitor.

Persona B

Caminamos hacia la alambrada de la frontera entre Israel y Egipto en fila india y en completa oscuridad, con la mano en el hombro del de delante. El guía nos había dejado una hora antes y nos dijo que siguiéramos caminando en línea recta y rezáramos a Dios. Yo no sabía por qué caminaba, pero tampoco sabía qué hacer si no lo hacía, así que seguí adelante. Frente a nosotros había un sauce; estaba roto, pero las ramas, esparcidas por el suelo, todavía conservaban hojas verdes. Los pensamientos mágicos, los susurros empeoraban a cada paso, «mala». Me esforcé para convencer a mis piernas de que llegaran al árbol, y que allí ya veríamos. Nunca podría volar como un pájaro, así que ¿para qué? Un paso. Chasquidos de reproche. «Mala.» Nunca podría ser un hombre, así que ¿para qué? Un paso. Chasquidos de reproche. «Mala, mala.» Nunca volvería a ser una niña, así que ¿para qué? Un paso. Chasquidos de reproche. «Mala, qué mala.» Al llegar al árbol roto, les dije a mis piernas que ya solo tenían que trepar la alambrada que había delante, dar solo unos pasos más. Pero era demasiado tarde. Los susurros me recorrieron el cuerpo hasta las sandalias, que se quedaron clavadas en la arena. Me detuve. La mujer de atrás y el hombre de delante se volvieron a mirarme, pero lo único que pudieron ver fueron mis ojos, y como nos habían dicho que no hiciéramos ruido porque había torres de vigilancia, se alejaron de mí rápidamente. Nunca podría detener la magia, los pensamientos, así que «para qué», pensé, y fue entonces cuando se encendieron las luces de las atalayas egipcias, unas torres que no habíamos visto pero que estaban tan cerca que alcancé a distinguir la pintura desconchada a través de los haces de los

focos, la pintura desconchada y los disparos y los gritos y la alambrada más allá; estábamos muy cerca y todos corrían, pero yo me quedé inmóvil hasta que algo me empujó desde atrás, un disparo, y mi cabeza cayó y quedó enterrada en las ramas del árbol roto, y entonces los pensamientos y el mundo se sumieron en el silencio y el frío, aunque solo por un momento.

Persona A

Cada seis horas nos dan un descanso de diez minutos para ir al baño, y eso está bien porque tengo que cambiarme la compresa, y además porque justo entonces, en ese mismo momento, decido que voy a cambiar mi manera de ser. Y no es por lo que dice Nadav. No me importa lo que diga Nadav, nunca me ha importado, porque diga lo que diga sigue pidiéndome que vaya cada noche a su tienda. Es porque ahora que el dolor ha hecho desaparecer del monitor a la gente que no existe, me doy cuenta de que no puedo seguir contando con ellos para siempre. De que ha llegado el momento de empezar a preocuparme por alguien que no sea yo. Me quedan apenas unos minutos de descanso para empezar a hacerlo, así que me concentro con todas mis fuerzas. Cierro los ojos y empiezo con el bebé. En ningún momento me planteé tenerlo, y la doctora ni siquiera me lo preguntó. Lo dio por supuesto. Siempre dan todo por supuesto con los soldados. Intento imaginar que hacemos las cosas que hacía de pequeña, pero después de cinco meses de guardias delante del monitor verde tengo la memoria tan hecha puré que no consigo recordar muy bien lo que era ser niña, no tan bien como para recrearlo, no tan bien como para recordar el olor. Ahora solo huelo a sangre y sudor. Nada más me acuerdo de los piojos. Así que intento imaginarme peinando a mi niña con la lendrera, pero no funciona, porque cuando se da la vuelta no tiene cara, no hay más que un círculo en blanco del color de la piel. Y pienso que eso es lo contrario de pensar en alguien, darle a mi hija una cabeza sin cara, así que dejo de imaginarme cómo sería y empiezo a imaginar cómo es de verdad, y lo intento con todas mis ganas para sentirme mal. Incluso me froto los ojos y trato de llorar. Imagino al bebé igual que esos embriones que se ven en los folletos del aborto, tan pequeños como una uña y bonitos como un alienígena enroscado; lo imagino nadando tan contento dentro de la sangre y el tejido, hasta que de pronto lo empujan hacia una luz inmensa, escalofriante, y sabe que va a morir. Pero eso es más bien un experimento mental interesante que tristeza, porque sé que en realidad el bebé no sabe que va a morir. Entonces me pongo a pensar en todos esos sudaneses que caen a tiros cada noche junto a la alambrada, pienso que salen del infierno y caminan y caminan con llagas en los pies solo para morir aquí, pero ya solo me quedan dos minutos de descanso y además, hay que entenderlo, es difícil sentirse mal por ellos, porque la pura verdad es que parecen africanos y son distintos de cualquier persona con la que he hablado en mi vida y son muchos, muchísimos, y siempre

mueren, y además empiezo a sentirme un poco mejor de la barriga, y decido que quizá cambiar mi manera de ser va a ser muy duro.

Persona B

Chasquido de reproche, susurro «mala, mala», y qué sentido tiene nada si nunca voy a... si nunca voy a ser todos esos millones de cosas. La magia había vencido. Los pensamientos lo eran todo; pronto yo habría desaparecido. Sentí el hombro tibio y húmedo por el disparo, cada vez se oían menos gritos de los demás, y veía la alambrada. Tenía arena en la boca y esperaba a que todo terminara. No estaba triste; sentía alivio, me sentía salvada. Me di la vuelta sobre el costado no porque quisiera respirar, sino porque mi cuerpo me obligó a hacerlo. Encogí las piernas y abracé las ramas rotas del árbol con los brazos. Metí la barbilla entre las manos. Una criatura encogida. Sentí el hombro más caliente. Entonces noté una tibieza en el otro hombro, pero era un calor distinto, un roce. La tibieza del perdón, la tibieza de una madre.

Persona A

La gente que no existe, sigo sin encontrarla en el monitor verde cuando vuelvo del cuarto de baño. Las otras chicas de la guardia están exaltadas. Gali, que estuvo conmigo en el campamento de reclutas, me dice que están así porque otra vez varios sudaneses han intentado saltar la alambrada, pero que los egipcios les han disparado a casi todos antes de que los sudaneses se hubieran dado cuenta de lo cerca que estaban. Cuántas cosas pueden pasar en diez minutos. Parpadeo para ahuyentar las lágrimas antes de que caigan. Lloro solo porque en este preciso momento un pinchazo me atraviesa el estómago, un dolor distinto del de antes, un dolor como ningún otro, y pienso que ahora seguro que el bebé se ha ido. Cierro los ojos apenas un segundo, y al abrirlos sigo sin ver a la gente que no existe en la pantalla, solo está ese árbol roto, pero también, a su lado, una persona en el suelo. La persona es mucho más grande de lo que la gente inventada suele aparecer en la pantalla; es tan grande como los sudaneses que a veces se ven. Es del tamaño de una uña y preciosa, encogida como un alienígena. Veo que respira en el lecho de arena. Nos metemos en un lío si tocamos la pantalla, porque se raya, pero no me importa. Estoy pensando en alguien que no soy yo. Toco el monitor verde con la mano: es frío, y lejano, y real. Hago ver que toco a la niña que nunca conoceré. Hago ver que no existo. En ese momento nada más solo es ella.

Persona B

Estirada en la arena junto al árbol caído, veía la alambrada y sentía que alguien me tocaba. Sentí la mano de alguien sobre mi hombro, mucho rato. No era una rama rota. Era un roce. Un roce vidrioso, eterno. «Mamá», pensé. Un millón de veces y otras tantas y más. «Mamá, mamá, mamá.» Una vez, después de que mi padre se marchara, ella me enseñó a preparar el arroz. Me sujetó la mano; removimos juntas. Fue hace mucho. Me sujetó la mano, pero yo era pequeña, y el arroz quedó duro. Ella dijo que era por culpa del agua. Dijo que el agua era mala. Mala, mala. Pero esa noche dejó de trenzarme el pelo. No lo trenzó aquella noche, ni la siguiente, o quizá esa fue la noche en que dejé de pedírselo. Nos comimos el arroz de todos modos, y nos fuimos a dormir, y al día siguiente nos levantamos. La noche que mi madre me sujetó la mano y removimos juntas podría haber durado para siempre, pero no fue así. Aquella otra noche, junto a la alambrada, junto al árbol caído, tampoco duró para siempre. Mientras yacía en la arena, puedo jurar que alguien me tocó. Sin embargo, por más que me esforzaba en oírla, la voz de mi madre se apagaba. El susurro fue desvaneciéndose hasta extinguirse. La magia negra había desaparecido. Y aun así. La mano de alguien, no podía verla, pero la seguía sintiendo sobre mi hombro. Quien me tocó no era mi madre. En la cama del hospital del país pequeño supe, supe de verdad que no podía ser ella quien me tocó al lado de aquella alambrada. Que me tocaran así, a esa distancia, era como ser la uva que jamás podría ser: yo la veía, pero ella no podía verme a mí. Cuando toqué la uva, mi dedo dio unos leves golpecitos en la superficie verde y la sentí fría, y lejana, y real. Así que sé que allí había alguien pero luego ya no estaba, y entonces me levanté y corrí hasta la alambrada hecha de pequeños cuchillos y la salté. Solo yo.

Una ametralladora automática que dispara granadas

Un día, trece años antes de la guerra, me volví guapa. Fue lo máximo. No consentas que nadie te diga que a una mujer puede pasarle nada mejor.

El día empezó en el campo de tiro más alejado, donde hay mangas de protección para jugar con el LLR. Era una mañana estupenda, parecía una mañana de playa; olía a protector solar.

—Yael —me dijo Hagar esa mañana—, hoy va a ser un buen día.

Me había dicho lo mismo todas las mañanas desde que nos hicimos amigas. Fue unos meses después de que Dana me acusara de robar sus cosas y me dijera que si no me mudaba a otro barracón me delataría. El barracón de Hagar era el único donde había una cama libre. Las chicas no se alegraron mucho al verme llegar. Al principio me ignoraron, pero desde el primer día ya les gusté. Desde aquel día tuve amigas.

Así que el día del LLR tenía que ser algo más que un buen día, porque para entonces ya me había hecho amiga de las chicas del nuevo barracón, las primeras amigas de verdad que hacía en el ejército. Aunque el LLR fuera la sigla de «lanzagranadas ligero de repetición», pesaba igual que un niño de segundo de primaria, y cavamos con desgana un agujero hasta la altura de la rodilla en la arena para enterrar el pie del arma. El ejército israelí no usaba el LLR desde hacía diez años y, aparte de instructores de armamento como nosotras, solo se adiestraba a un soldado de cada sección en el montaje y el funcionamiento del arma. Montarlo era complicado; había que colar unas perillas hasta el punto justo y alinear varias piezas con el ángulo preciso. Pero una vez el arma con forma de rana quedaba plantada en la arena y se cargaba la hilera de granadas, disparar era fácil. Estirabas con todas tus fuerzas hacia la derecha. Y apretabas el gatillo con los dos pulgares.

Hagar volatilizó un Subaru abandonado en el campo de tiro con su quinta granada. En apenas unos segundos, disparó diez más.

—Una automática ametralladora que dispara granadas —dijo Hagar, y se quitó las gafas de protección y el casco—. Joder, seguro que algo así solo se le podía ocurrir a un tío.

Examiné los restos del Subaru con los prismáticos, a un kilómetro y medio de distancia. Flotaba sobre ellos un remolino de polvo, las ruedas eran manchones negros. Cada granada abarcaba un radio letal de quinientos metros.

—Me parece que se dice «ametralladora automática» —le dije—. Al revés.

Hagar me ignoró. Se levantó de la arena y agarró los prismáticos.

—Casi puedo imaginar lo que hablaron cuando se les ocurrió: «Eh, tío, ¿sabes lo que sería la hostia? Tener una automática ametralladora que disparara granadas, ¡ya te cagas!» —Hagar puso voz grave y se agarró la entrepierna. Neta y Amit se rieron, y yo solo sonreí.

No era tan buena con las imitaciones, y su melena larga rubia me deslumbraba con el reflejo de los rayos del sol de junio que irradiaba la duna. Se veía a la legua que era una chica, y la idea de matar el rato con el LLR esa mañana había sido suya, aunque no era un tío.

Fui yo quien les propuso a las chicas conseguir un turno con el LLR. Recordaba el retroceso del arma de cuando hice la instrucción básica, de cómo me electrizó la cavidad torácica, y estaba contenta, tan contenta, de estar solas las tres chicas y yo... Era una mañana bonita, y cuando Hagar me sonrió vi que tenía los dientes manchados de pintalabios melocotón, y era imposible no quererla.

—Deja de pensar guarradas —me dijo.

—No puedo evitarlo —le dije—. Aún me cuesta creer que voy a estar una semana entera con el Americano.

Hagar conocía a Ari, el Americano, mejor que cualquiera de nosotras, porque la asignaron para entrenar a sus reclutas rastreadores durante la semana en que aprendieron a manejar los M-16, hacía tres meses. Al margen de las misiones más importantes, nuestra base acogía el entrenamiento para los reclutas de la unidad de rastreadores beduinos. Habían destinado a Ari y otro chico, Gil, de la unidad de infantería a nuestra base como comandantes de los rastreadores, porque los rastreadores beduinos eran retrasados y no sabían poner orden en sus propios campamentos militares. Al día siguiente me tocaba empezar una semana de entrenamiento con los M-16 para Ari y sus soldados nuevos, y lo esperaba con ganas, porque así tendría algo que hacer. Lo esperaba con ganas porque, aunque tenía novio, desde que le había engañado con Boris no había pasado una sola hora en que no pensara en hacerlo con alguien más. Con Ari, concretamente.

Durante la guerra intenté recordar lo que hacíamos el día entero, pero no pude. Cada día era distinto de los demás. Los meses antes de la guerra fueron lentos. Los jóvenes de Hebrón se habían calmado, y dos de los chicos del pueblo de Hidna se llevaron tal paliza cuando los atraparon después de robar la alambrada, que ningún otro volvió por allí. En nuestra pequeña base se llevaban a cabo entrenamientos cinco días al mes para la unidad de reemplazo que controlaba los alrededores de Hebrón y la ruta 433. Poníamos al día a los tiradores de precisión, y el resto del mes no teníamos que hacer guardias, porque en las unidades sobraba gente y podían destinar a unos cuantos soldados a vigilar la base. En aquella época era un destino estupendo para un adolescente. Hacíamos lo que nos daba la gana; Neta, Amit y yo solíamos hacer lo que a Hagar le daba la gana. A veces le apetecía disparar algún arma que hubiéramos aprendido a usar en los entrenamientos («Tengo una sensación rara —

decía—. Creo que es nostalgia»), y la oficial del depósito de armas nos dejaba sacarla, porque técnicamente era responsabilidad de las instructoras de armamento asegurarse de que todo el equipo de guerra funcionaba. No jugábamos nunca dos veces con la misma arma, porque después nos daba mucha pereza apartarla y limpiarle el alquitrán por dentro con un trapo empapado en gasolina, para que no se oxidara y funcionara una segunda vez.

Aquella mañana llamamos al chófer del furgón blindado alrededor de las diez para que nos recogiera en el campo de tiro. Nos montamos las cuatro en el asiento de atrás. Neta y yo íbamos con piruletas de fresa en la boca, y me notaba los dedos pegajosos. A Neta se le balanceaba la coleta; Amit tenía la cabeza en el regazo de Neta, y puso sus botas polvorientas encima de mis piernas. Hagar, sentada a mi derecha, empezó a hacerme un peinado. Me gustaba porque me rascaba la cabeza con sus uñas largas; el olor de la nicotina mezclado con su perfume de pepino me relajaba.

—Así que le pregunté qué le gustaba de mí, por qué quería ser mi novio, ¿y sabes lo que dijo? —le preguntó Dana a Tamara. Hablaban del novio de veintisiete años de Dana. Iban hablando como loros en el asiento de dos plazas, delante de nosotras. El furgón las había recogido en el surtidor de gasolina al lado del depósito de armas, donde acababan de limpiar sus fusiles M-4 de uso personal. Los limpiaban cada semana. Como si creyeran que iban a mandarlas a Irán o a saber qué gilipollez. Cualquier día.

Recogimos a Ari y Gil cerca de un contenedor metálico grande, del tamaño de una clase. Era un contenedor de almacenamiento de emergencia. La palabra VERDES estaba pintada con espray en la parte delantera. Corría el rumor de que las balas verdes solo ocupaban la mitad del contenedor, que había espacio libre, y que una vez Gil coló a su novia a escondidas en la base y se metió con ella en ese contenedor.

Aunque no le veía la cara a Hagar, porque seguía tocándome el pelo, sabía que estaba haciendo muecas para burlarse de Dana. Solo había dieciséis mujeres en nuestra base, y todas éramos instructoras de armamento. El barracón de la zona de mujeres tenía cuatro habitaciones, así que cada grupo de cuatro disponía de la suya, pero aun así Hagar no soportaba que tuviéramos que escuchar a las demás en los trayectos con el furgón blindado.

—¡Pues me dijo que le gustaba porque soy normal! ¿Qué quiere decir eso, vamos a ver? —preguntó Dana.

Dana y Tamara ocupaban mi antigua habitación, la 2, la habitación que Hagar llamaba «la habitación de la familia: el futuro», porque las chicas ahí solo hablaban de sus novios y sus futuras familias. La habitación 4 era «la habitación de la familia: el pasado», porque las chicas que vivían ahí se pasaban el día hablando de sus padres y sus hermanos. La habitación 1 era «la habitación de los muertos», porque siempre hablaban de los muertos, aunque no hubiéramos entrado en acción desde que nos

reclutaron. Eran muertos que conocían de oídas, gente del instituto, por ejemplo, pero de todos modos hablaban de ellos.

Así era como funcionaba el ejército. Todas matábamos el tiempo como podíamos, y al final del día a cada una le gustaba hablar de un único tema. En mi nueva habitación, el tema era el sexo.

—Me explicó que antes de conocerme, todas las chicas de Haifa que había conocido eran raras, así que supongo que era un cumplido, ¡pero vaya! A ver, Tamara, ya me dirás si no es curioso que precisamente eligiera el adjetivo «normal». Qué pasa, ¿que por eso me quiere? —continuó Dana.

Hagar decía que en la vida solo había tres cosas que la hacían feliz: el olor de las gasolineras, los Marlboro light y el sexo, y que era una lástima no poder nunca disfrutar de las tres al mismo tiempo, porque la gasolina era inflamable.

Terminó de peinarme y me hizo un recogido rápido y tirante. Entonces le tiró a Dana de la coleta, y cuando se dio la vuelta Hagar preguntó en voz alta, para que Ari y Gil la oyeran desde el asiento de delante de la furgoneta:

—Eh, Dana, ¿se te dan bien las mamadas?

Dana se puso colorada. Neta empezó a meter y sacar la piruleta de la boca. No era ninguna lumbreira, pero era mi amiga, así que empecé a hacer lo mismo, y era un día tan de verano, e hicimos reír a Amit.

—Oye, que solo intento ayudarte —dijo Hagar—. Quería ahorrarte tiempo y decirte que por eso te quiere. Seguro que la chupas de maravilla.

Entonces fue cuando él se dio la vuelta. Ari.

—Va, jugad limpio —dijo.

Tenía los ojos verdes, iguales que los de Dan, un chico al que amé cuando era muy poquita cosa y todavía estaba en el colegio. Pero Ari me miró en ese momento como si fuera de todo menos poquita cosa.

¡Me miró, lo juro!

Bajé la vista.

Y entonces dijo:

—Eh, qué guapa eres.

Y yo no lo vi, pero Hagar, Amit y Neta me juraron que siguió mirándome.

Al volver al barracón me ardía la cara. Era mediodía. Estaba segura de que alguna de las chicas se había ido de la lengua.

Hagar, Amit y Neta estuvieron dos semanas sin dirigirme la palabra cuando me colocaron en su habitación. Antes de conocer a Hagar, pensaba que Lea era insuperable controlando a un rebaño de chicas. Durante aquellas dos primeras semanas, las tres hablaban y contaban los chicos con los que decían que se habían acostado en cifras de dos dígitos, mientras que yo tenía el mismo novio desde hacía siete años y solo le había engañado una vez, con un soldado ruso y bajo. Odiaban la idea de que yo o cualquiera tuviera un novio. En cambio yo odiaba a Moshe, mi novio de verdad.

Cuando empecé a odiarlo, no fue por culpa suya. Fue el primer Pésaj que pasé en su casa. Yo tenía dieciséis años. Era apasionada. Sí, era apasionada. Era apasionada con el tema de los inmigrantes, es cierto, con los derechos de inmigración y todo eso. Era joven. Me puse a hablar muy rápido. Era más de medianoche. Habíamos acabado de comer y dijimos nuestras últimas oraciones. El mantel blanco estaba manchado de rojo, de amarillo. Botellas de vino vacías, servilletas sucias, palillos de dientes, huesos de pollo. La prima de Moshe tenía doce años. Ceceaba. Estaba escuchándome.

—¡No puedo creer que tratemos así a la gente que construye nuestras casas! —dijo.

La prima sabía muy poco del trato que reciben en nuestro país los inmigrantes que vienen a trabajar, y quería saber más. Hablé más rápido aún. Seguí hablando. Tenía dieciséis años. Ni siquiera supe si fue por cuánto hablaba o simplemente por mi aspecto. No era una chica guapa, y lo sabía.

Recuerdo el peso de los dedos de su padre en mis hombros. El tufo acre del vino cuando abrió la boca. Me cortó en mitad de la frase.

—Déjame decirte, hijo mío, que espero por tu bien que esta chica por lo menos tenga un buen polvo.

Los demás fingieron que no lo oían. Es lo que se hace cuando alguien va borracho. No culpé a mi novio. Le odié. Yo ni siquiera quería demostrar que su padre se equivocaba. Era lo que pasaba. Cuando dormíamos juntos, me ponía a hacer mentalmente ecuaciones cuadráticas.

La última vez que estuvimos en la cama antes de la guerra le pregunté:

—¿Por qué tu madre siempre le pone tahína a la ensalada de berenjena?

Él siguió a lo suyo. En el ventilador del techo vi la pegatina de una naranja que yo había puesto allí en mi permiso del mes anterior, para tener algo que mirar cuando volviera.

—Odio la tahína —le dije—. Las berenjenas están mucho más ricas con mayonesa.

—¿Qué? —dijo. Jadeaba. Era viernes por la noche. Acabábamos de terminar la cena del sábat. Las berenjenas eran mi verdura favorita. Su madre lo sabía. Odiaba la tahína. Eso también lo sabía. Moshe me estaba aplastando, en la habitación hacía demasiado calor; me enfadé muy rápido.

—Es una tacaña, por eso —dije—. Sabe que la tahína dura más que la mayonesa.

—Chst. Van a oírnos.

¿Oírnos hablando de berenjenas? Volví a seguir con la mirada la pegatina de la naranja, dando vueltas y vueltas, y...

Y cuando Hagar por fin me dirigió la palabra, tarde, a oscuras, cuando las cuatro estábamos en los catres de campaña, contestar su pregunta fue facilísimo.

—Claro que pienso en acostarme con tíos que no son mi novio. Y una vez lo hice con un soldado al que instruí. Y pienso en Ari, el Americano. A todas horas. Ahora mismo estoy pensando en él.

Contestar las preguntas de las demás chicas fue igual de fácil.

—¡Claro que Ari y yo lo haríamos al aire libre!

—Creo que, por su altura, la debe de tener al menos así de larga.

Pronto las tres fueron la audiencia nocturna de mis fantasías. Tenía amigas. Por fin. Se nos pasaban las horas y nunca me quedaba sin repertorio. Hagar siempre pedía más cosas sobre Ari. Más guarras, más pausadas, a todo color. Como las películas. Como América. No sabía de dónde era Ari, pero tenía ese acento que la gente denomina anglosajón.

Las chicas juraron que no le habían pedido a Ari que me dijera que era guapa en el furgón. Así que dije que entonces intentaba lamerme el culo para que al día siguiente no me pasara con él y sus soldados beduinos en su semana de entrenamientos con M-16.

—¿Has pensado en la otra opción? —preguntó Hagar, mientras me pasaba su espejo de mano—. Estás que te sales —dijo.

En el furgón Hagar me había hecho dos trenzas y me las había enrollado en la cabeza, tensándome la piel del contorno de los ojos. Mi nariz se veía alargada pero noble, se me marcaban los pómulos, me brillaban los ojos. Debía de ser algo más que el peinado: había perdido peso desde que estaba en la habitación 3, la habitación del sexo, porque las chicas se pasaban el día fumando y tomando Coca-Cola light. El acné que me había acompañado durante años había desaparecido, pero hasta ese día, en el espejo de Hagar, no me había dado cuenta. Por las mañanas, a veces Hagar se aburría y me despertaba depilándome las cejas, y solo entonces me fijé en cómo resaltaba mi mirada. Después de intentarlo durante años, ese día me volví guapa sin querer, y me sorprendió.

Creo que en ese momento quise a Hagar más que nunca, cuando después de verme en el espejo la miré y me di cuenta de que ella y el mundo debían de ver lo mismo: una chica guapa.

—Tenemos que enfriarnos —dijo Hagar—. Vamos a meternos agua helada en las venas.

Meternos agua helada en las venas era nuestro pasatiempo favorito entonces, aquel mes, después de las armas. Era una de las ideas raras de Hagar. Decía que meternos agua helada en las venas quizá sería como sentir el invierno dentro del verano, y que debíamos probarlo.

Conseguir las bolsas de suero intravenoso congelado era toda una película. El sargento de cocina dejaba que nosotras cuatro usáramos el congelador industrial para guardar nuestras bolsas de suero intravenoso porque estaba enamorado de Neta. Uno de los médicos de la clínica nos daba bolsas nuevas de suero fisiológico porque creía que estaba enamorado de Neta, hasta que empezó a acostarse con Hagar y entonces creyó que estaba más enamorado de ella.

Éramos invencibles.

Hagar me pellizó con fuerza la vena por la cara interna del codo.

—Au —dije, pero sonriendo.

—¿Me dejas que sea yo quien te clave la aguja esta vez? —me preguntó Hagar.

—Me encanta lo que me has hecho con el pelo —le dije—. Puedes clavarme lo que quieras, bonita.

—Esa es mi nena —dijo Hagar.

Las cuatro salimos del barracón en bragas y sujetador, sin hacer caso de las miradas de las chicas que fumaban fuera.

Usando los dientes, Hagar me ató una goma verde por encima del codo, y empecé a abrir y cerrar el puño. Entonces me clavó la aguja, rápido. Se levantó y colgó la bolsa del suero fisiológico en una rama del cedro.

Cuando terminó con las venas de Neta y Amit, Hagar se clavó su aguja y se estiró en el suelo de cemento, sonriendo.

—¡Dios, refréscame! —gritó.

Estábamos tumbadas en el suelo en ropa interior. El frío nadaba cerca de mi cabeza. El agua helada era un fantasma que me corría por las venas, lamiéndome por dentro. Aceleré el gota a gota y noté un temblor en los ojos. Era una de las ideas raras de Hagar, pero no la más rara. Tenía tantas. Preguntó qué pasaría si poníamos Coca-Cola light en las bolsas de suero, y tuve que decirle que eso sería meter oxígeno en nuestro sistema circulatorio. Que nos mataría. No sé por qué lo sabía. Neta y Amit dijeron que no se les había ocurrido. Hagar dijo que a ella tampoco. Y entonces dijo:

—Pero pensadlo, ¡vaya manera de largarse!

Estirada en el cemento, Hagar dijo:

—Así que. Tú. Ari. Instrucción básica a los beduinos. Emocionante. Emocionante.

No dije nada. Dejé que esperaran.

—He oído un rumor interesante —dijo Amit—. He oído que ahora igual empiezan dándoles a los beduinos los M-4, en lugar de los M-16 —supe que intentaba sacar a Ari de la conversación, porque a todas les gustaba fingir que no les interesaban las fantasías que les contaba, sobre todo en los momentos en que más ganas tenían.

—Como si fueran a malgastar balas verdes con esos retrasados —dijo Hagar, despacio.

Un M-16 tiene un alcance de cien metros y lleva balas normales. Un M-4 tiene una precisión diez veces superior, un alcance de doscientos cincuenta metros y lleva balas verdes. Las balas verdes contienen una masa en su interior que pesa 0,008 kilos. Van más lejos y son más precisas porque pesan más, así que los espirales metálicos que hay dentro del cañón del M-4 están más comprimidos, para darles a las balas más efecto, más impulso. El M-4 es el fusil que realmente te puede ayudar si has de disparar a alguien y el impacto ha de ser rápido. Pero si usaras una bala normal con

un M-4, no iría más allá de setenta y cinco metros. Jamás daría en el blanco.

Estuvimos un rato en silencio, pero al final no pude contenerme y tampoco podía tenerlas más tiempo esperando a que hablara, a que contara las historias que me parecían guarras.

—Hagar —dije—. Voy a ir a por Ari.

—Hace meses que lo dices —dijo Amit. Tenía la cabeza apoyada en el estómago de Neta. Neta y Amit eran superamigas antes de entrar en el ejército, y tuvieron la suerte de que las destinaran juntas. Y si antes eran superamigas, ahora eran hermana, madre, padre la una para la otra, todo. Cuando fumamos con narguile y jugamos a verdad, acción o beso con Ari y Gil, no se quejaron cuando les tocó besarse. «Es como si me besara a mí misma —dijo Amit—. ¡Es un subidón!».

—Espera y verás. Esta vez va en serio —les dije. Abrí la boca para notar el sabor del sol. Estaba congelada por dentro; era guapa; el sol no me asustaba—. Va a hacérmelo en los campos de tiro. En la clínica. Encima de una mesa de café.

—¿Una mesa de café? —preguntó Neta.

—Es eso que tienen en Estados Unidos —dije—. Dejaos llevar, va.

—Pero yo había oído que Ari era canadiense —dijo Neta.

—Es australiano —dijo Amit. Fue una de las únicas cosas en que las oí discrepar.

—Sí, de Nueva Zelanda, de Australia —confirmó Hagar.

—Sea lo que sea, es mío —dije.

Habíamos mantenido esa misma conversación un montón de veces.

—Escuchad, chicas —dijo Hagar—. Yael —me llamó Hagar. Me llamó igual que yo llamaba a Avishag una de esas raras veces en que la necesitaba más que ella a mí, apenas un segundo—. ¿Creéis que lo están torturando?

Hagar llevaba cinco días haciéndonos hablar del soldado apresado en Gaza. Hagar vivía en el mismo distrito escolar que él y sabíamos que lo conocía, aunque dijera que no, que solo estaba interesada en el tema de la tortura.

—No lo sé, Hagar —le dije. Era la verdad.

—No, no lo están torturando; le dan chocolatinas y lo llevan al parque —dijo Dana. Olí la vainilla y el sudor sobre su piel. Era ella la que me había hecho cambiarme de habitación, pero ahora estaba celosa de que las chicas del nuevo barracón me hubieran aceptado. La vimos aparecer imponente desde el suelo de cemento—. Vosotras qué —dijo—. Nada de cerebro, nada de preocupaciones, ¿eh? Probablemente lo estén moliendo a palos ahora mismo.

Guardamos silencio un momento. Entonces, con cuidado de que no se le moviera la aguja de la vena, Amit se quitó el sujetador. Neta hizo lo mismo. Era lo que hacían para ahuyentar a Dana. La desnudez la incomodaba. Hagar siguió sin moverse.

—Así que primero Ari me pondrá a cuatro patas —proseguí mi relato, ignorando a Dana. Al cabo de un momento se fue corriendo, gritando que éramos asquerosas. En algún punto en medio de mi fantasía, las cuatro nos quedamos dormidas, con las bolsas de suero intravenoso vacías. En mis sueños atormentados por el sol, helada por

dentro, visité Las Vegas, luego Bel Air, luego el puente por el que conducían las chicas de *Padres forzosos*. Al abrir los ojos era la única que seguía tendida en el cemento, y Ari estaba junto a la puerta de la residencia de mujeres.

Estaba allí. ¡Lo juro!

—Necesito ayuda —dijo.

Ari tenía un temor. Le daba miedo hacer la serie de blancos móviles con sus soldados.

A mí, como instructora de armamento, naturalmente me encantaba el ejercicio con blancos móviles. Sonaba peor de lo que era. Los soldados del otro lado de la línea de tiro caminaban en círculos dentro de una zanja aguantando la diana, que iba sujeta a dos palos, con lo que alcanzaba la altura suficiente para que no dejaran los brazos expuestos. Llevarían gafas protectoras, cascos y chalecos antibalas. Ari y yo hablaríamos por radio y acordaríamos una palabra en clave para que él y sus soldados en la zanja salieran y cambiaran posiciones con los tiradores sin que hubiera peligro. Habían hecho la zanja el año anterior, así que Ari nunca la había probado, pero yo estaba segura de que lo haría bien. Como instructora de armamento creía en ese ejercicio, porque si vas a disparar a alguien, lo más probable es que se esté moviendo; era importante practicar. Pero a Ari no le faltaba razón. Era un poco descabellado, o por lo menos a mí me habría parecido una locura si no hubiera hecho el entrenamiento básico como instructora de armamento y no me hubieran dicho que a mí, como instructora, me tenía que encantar.

—Qué, ¿va en serio? Con todo el dinero que el ejército se gasta en refrescos y piruletas, ¿de verdad se supone que voy a entrenar a mis soldados con blancos móviles dándoles a la mitad un palo con una diana de cartón atada y mandándolos detrás de la línea de fuego? —dijo Ari.

Así que le propuse que practicáramos primero los dos solos.

Pensé que practicar los dos solos era una buena idea. La mayoría de los rastreadores beduinos hablaban poco hebreo y solían meterse en peleas en las que intentaban arrancarse los tobillos a mordiscos, así que siempre era bueno practicar por ellos.

Ari y yo fuimos por el camino de grava que llevaba al campo de tiro donde estaba la zanja. Mientras caminábamos me contó que lo habían sacado de su unidad profesional para que convirtiera en soldados a los rastreadores beduinos, y que le parecía una buena razón para emigrar a Israel. Dijo que los rastreadores van a la vanguardia del ejército, en busca de huellas, y que en situaciones de guerra son rápidos, los más rápidos. Dijo que aquellos tipos tenían que aprender a luchar y si no lo conseguían sería culpa suya.

—¿Crees que de verdad pueden saber lo que ha pasado en una duna de arena con solo mirarla? —le pregunté.

Esa parte no era responsabilidad suya, dijo. Contó que los beduinos saben encontrar huellas desde que nacen. Los ancianos hacen de instructores profesionales

para perfeccionar esa técnica.

—Pero sí creo que son buenos —dijo—. Dicen que si mañana subieras a una montaña, dentro de dos años un buen rastreador sabría que has estado allí, y cuándo.

Al llegar al campo, antes de que Ari traspasara la línea de fuego, me puso una mano en el hombro. Luego se metió en la zanja con casco, gafas de protección, radio y todo lo demás. Llevaba una diana sujeta a un palo largo, y la diana era lo único visible para mí. Observé bien hasta asegurarme de que no asomaba de la zanja ninguna parte de su cuerpo. Me coloqué tras la línea de fuego.

Disparé al blanco. Y otra vez.

Pero Ari caminaba demasiado lento. Aunque abandoné la posición varias veces para gritarle por radio, «Rápido, mucho más rápido», no sirvió de mucho. Las primeras ocho balas dibujaron medio corazón en el lugar donde habría estado el corazón de la silueta del soldado en la diana. Entonces lo pensé mejor. Me pregunté por qué todas las dianas que usábamos tenían el dibujo de un soldado con uniforme caqui, por qué siempre nos disparábamos a nosotros mismos. La próxima bala fue a la cabeza. La nariz. Luego una al ojo derecho. Después de cada bala, cerraba los ojos, vaciaba los pulmones, apuntaba de nuevo. Cuando abrí el ojo derecho, la diana había desaparecido. Ari había salido de la zanja. Lo vi más allá tumbado en el suelo, inmóvil.

Me acerqué hasta él caminando con dificultad y sintiendo que el miedo me atenazaba el corazón.

Ari todavía llevaba las gafas de seguridad y el casco. Cuando mi sombra se proyectó sobre su cabeza, abrió los ojos.

—Me has matado —dijo.

—No te he matado —le contesté—, pero podría haberlo hecho. ¿Por qué no me has avisado antes de salir? —el corazón gritaba dentro de mí.

—Me has matado. Era tan joven. Debería haber follado más. Debería haberme pedido aquella segunda hamburguesa —dijo.

Intenté seguir furiosa con él, pero no pude.

—Te he matado.

—Ven aquí —dijo. Levantó las manos, manteniendo la espalda rígida.

Me senté encima de él, con una pierna a cada lado de su estómago. Me agarró las manos. Dejé mi pelo caer sobre su cuello.

Hagar habría manejado la situación de otra manera; pero yo había sido una chica que no llegaba a ser guapa durante diecinueve años y medio antes de ese día, y llevaba tres meses pensando en Ari, y de alguna manera sabía que cuando los sueños se hacen realidad hay que guiarlos. Curioso, pero me entraron unas ganas locas de hablar con él y ver qué pasaba por su cerebro. Me parecía que sabía tanto... Quería hablar de las cosas que decía Hagar. Hacerle preguntas. Saber, todo, allí mismo.

—¿Crees que los que inventaron los LLR eran un puñado de tíos?

—Creo que fueron los americanos los que inventaron los LLR.

—¿Eres americano?

—Soy de Nueva Zelanda, pero digo que soy australiano.

—¿Crees que lo torturan? ¿Al soldado que apresaron en Gaza?

—No.

—¿Me estás mintiendo porque soy una chica?

—No. No era más que un chico que iba en un tanque. Saben que no tiene información confidencial.

—¿Me estás mintiendo porque soy una chica y estoy encima de ti?

—No. El sentido común dice que ese chaval solo sirve para negociar, y en una negociación, cuanto más sano lo tengan, mejor. Nadie tortura si no tiene necesidad. Así es el mundo real.

Ari apartó sus manos de las mías para agarrarme por los brazos y sostenerme en equilibrio. Era como jugar al balancín.

—¿Cuál fue el momento más feliz de tu vida? —me preguntó. Era una frase hecha. No me importó. Me incliné hasta besarle. Quise decir: «Ahora mismo», pero eso era fácil. Quise decir: «Ahora mismo», pero no era verdad.

Ari me llevó a dar un paseo desde el campo de tiro. Acabamos en aquel contenedor de almacenamiento de emergencia. El que tenía la palabra VERDES pintada con espray en la parte delantera. Era un barracón tan ancho como las aulas del colegio al que iba de pequeña, y tan alto como para que Ari no llegara al techo ni saltando todo lo que daban sus largas piernas. Dentro no había balas verdes. Había dos mesas, que reconocí del barracón donde daban clase los rastreadores reclutas. Delante de las mesas había una radio vieja sobre unos bloques de hormigón. Un lugar donde vivir, casi, una sala de estar, aunque se tratara de un contenedor.

Nos sentamos en las mesas, delante de la radio.

—¿Cómo es que no hay balas aquí dentro?

—A los oficiales de suministros les da pereza. Siempre se olvidan de pedir nueva munición para las rondas de instrucción, y las verdes tardan meses en llegar, así que simplemente vaciaron el suministro de emergencia.

—¿Y si hay una emergencia?

—¿Qué emergencia va a haber?

—No sé, ¿una guerra?

—No va a haber ninguna guerra —dijo. Y yo le creí.

Empezaba a oscurecer afuera, pero en el interior del contenedor de balas verdes Ari encendió cuatro bengalas del ejército, con filtros rojos. Estirada sobre las sábanas moradas que cubrían las mesas, le puse la mano bajo la nuca y noté que sus músculos se tensaban. Durante un rato nos amamos.

—Seguro que siempre traes chicas aquí —le dije después.

—No te creas —me dijo—. Tú eres la primera que me importaba —dijo. Y yo le creí. Aún sigo creyéndole. A veces creo cosas que sé que no son verdad.

Esto es verdad, no hay vuelta de hoja: con lo de la guerra se equivocó, porque sí hubo una. Se puede comprobar. La Segunda Guerra del Líbano. 12 de julio de 2006. Tan cierto como la historia; muchas cosas que podían no haber pasado, pero ocurrieron de verdad.

Dicen que en dos minutos los LLR que los soldados llevaron desde nuestra base a la frontera derribaron un edificio de once plantas durante aquella guerra. Funcionaron perfectamente, aunque no los limpiamos después de usarlos. Derribaron una escuela. Setenta y tres personas. Si buscas información, puede que incluso encuentres los nombres. También el nombre del soldado que apresaron antes de la guerra, en Gaza. El que iba a la escuela de Hagar.

Cuando por fin tuve tiempo para volver a mirarme en un espejo era sábado, dos semanas después de que empezara la guerra, y ya no era guapa. Era yo. Intenté recogerme el pelo, dejándolo tan tirante que me doliera, pero aquella chica ya no estaba. Le devolví a Hagar el espejo que me había prestado. Habíamos dormido en los campos de tiro, una hora aquí, otra allá, sobre el asfalto, durante una semana, y nos estábamos duchando por primera vez en el barracón, el primer descanso que hacíamos en la instrucción de los reservistas. La noche antes nos habíamos quedado sin balas verdes.

Hacía ya cinco días que Ari había muerto. A Gil y a él los reclutaron de la base para luchar en el Líbano el día en que estalló la guerra. Nuestro oficial nos informó de que Ari había muerto siete horas después.

Al cabo de dos semanas de guerra, a las siete de la mañana, la remesa de reservistas que llegaron ese fin de semana, más de un centenar, irrumpió en el barracón del oficial de las instructoras de armamento. Nos mantuvimos a su lado mientras intentaba echar a gritos a la muchedumbre. Los reservistas recibían tres días de instrucción en nuestros campos de tiro; había reservistas en todas las bases del país preparándose para ir al Líbano. Llevaban uniforme caqui y el fusil colgado a la espalda, pero no eran soldados. Tenían barba, pelo largo, trabajos en fábricas o a saber dónde, hipotecas, mujeres, hijos.

Los reservistas se iban rápido en esa guerra; no eran los que más, pero sí se iban rápido. Llegaban sin parar a nuestra base y enseguida se marchaban.

—Hemos practicado solo con balas normales, en todo este tiempo aquí —gritó uno de ellos—. Nos vamos al frente esta noche. Es de locos.

—Te garantizo que nadie va a mandaros al frente sin balas verdes —dijo nuestro oficial. Tenía miedo—. En este mismo momento hay gente trabajando para abrir nuestro contenedor de emergencia de balas verdes.

Salvo por una cosa. No había balas verdes en nuestra base. Solo un contenedor vacío donde Ari recibía a las chicas. Un lugar donde vivir, casi, una sala de estar, aunque se tratara de un contenedor.

Miré a los hombres. Todos esos hombres; yo sabía algo terrible que esos hombres desconocían. Algunos de esos hombres hoy están muertos, y ese día, antes de que

murieran, yo sabía algo terrible que ellos desconocían.

Las balas verdes van más lejos y son más precisas porque pesan más, así que los espirales metálicos que hay dentro del cañón del M-4 están más comprimidos, para darles a las balas más efecto, más impulso. El M-4 es el fusil que realmente te puede ayudar si has de disparar a alguien y el impacto ha de ser rápido. Pero si no usaras una bala verde con un M-4, no iría más allá de setenta y cinco metros. Jamás daría en el blanco.

Al principio pensé que era la única que sabía que en el contenedor de emergencia no había balas verdes, pero entonces miré a mi derecha, a Hagar.

Aparté la mirada rápidamente y volví a mirarla. Tenía los ojos cerrados y la respiración agitada. No la había visto nunca asustada hasta ese momento. Quizá nunca antes había tenido miedo. Su cara parecía otra, era más hermosa, ida de este mundo.

Ella también lo sabía. Sabía lo que no había en aquel contenedor. Había estado allí. Había estado allí con él. Tal vez sobre las mismas sábanas moradas.

Sabía que los hombres tendrían que marcharse de todos modos, con los M-4 sin balas verdes. Esos reservistas, que podían haber sido nuestros maridos si hubiéramos nacido diez años antes y que quizá no habrían muerto si el color de sus balas hubiera sido distinto. Es un hecho histórico. El gobierno lo reconoció más tarde en el informe, el informe donde se decía que no estábamos preparados para esa guerra.

Al principio, durante un segundo, estuve a punto de gritarle a Hagar por mentirosa, por no decirme que había estado con Ari, porque era una locura que hubiera alentado mi atracción por él. Casi podía verlo; la mano de Hagar en su nuca, sus músculos al tensarse. Ari.

Pero entonces, durante un segundo pensé solo en Ari, en cuando salió de aquella zanja.

«Me has matado», bromeó. Creyó que era muy gracioso.

Y entonces volví a ver el miedo de Hagar, sus ojos cerrados. Vi a una chica que tenía miedo por primera vez en su vida, quizá solo un poco, y quizá por última vez.

Inspiré el olor de la pólvora que todos llevábamos en los dedos y flotaba en los cedros de la base. Y de pronto comprendí que hay quien vive para la lucha; para los momentos antes de perder o ganar. Gente para la que este mundo no basta; quieren que les corra agua helada por las venas, la belleza a toda costa, salir de las zanjás en medio de los disparos, hacer estallar collares de granadas. Gente fascinante para quien la tortura no se halla siquiera en el reino de la imaginación. Y miré a todos aquellos hombres sobre la arena. Tenían los hombros mucho más anchos que los míos que probablemente les servirían de poco para lo que se avecinaba. Y entonces supe que nunca sería una de aquellas personas fascinantes.

II

El incidente diplomático

Antes de nada hay que saber que, cuando ocurrió el incidente diplomático, Yael estaba destinada en una base de instrucción cerca de Hebrón. Lea estaba en la escuela de capacitación para oficiales. Ellas no tuvieron nada que ver. Avishag estaba en la frontera con Egipto cuando tuvo lugar el incidente, en las torres de vigilancia y los controles. Superó perfectamente los meses de guardias delante de un monitor. Cuando ocurrió, era soldado raso en la única unidad de infantería dominada por mujeres que había en el ejército, junto a la frontera, pero Avishag no tenía poder para escribir el guión de lo que pasó aquel día. Podríamos culpar a Avishag, o a Israel, o a Egipto, o incluso a Estados Unidos si quisiéramos, pero ¿de qué serviría?

En segundo lugar debe quedar claro que el oficial de infantería Nadav no tiene queja de nosotras. Ninguna. No señala a ninguno de sus amigos de la escuela, ni a su padre, ni al gobierno israelí, ni a ningún gobierno, la verdad, y no piensa culpar a «la guerra». Si Nadav tiene un problema con alguien, es con Dios. Ya con siete años, incluso con seis, a menudo dejaba de hacer los deberes o de ver las Tortugas Ninja, apoyaba su barbilla en miniatura en sus manos rollizas y decía: «Si tengo un problema con alguien, es con Dios».

Era lo que decía. ¡Con seis años! Era muy maduro para su edad, nuestro Nadav, y adorable a más no poder, incluso antes de que su madre muriera en el atentado suicida del autobús de la línea cinco (el de 1991, junto a la estación central de Afula; no el primero, sino el que hubo en primavera). Y era por las cosas pequeñas por las que Nadav habría querido quejarse. Como cuando celebras tu cumpleaños en el jardín de infancia y te hacen llevar a tus padres y el pastel a la escuela. Nadav solo tenía a su padre, y el pastel era de supermercado. Le hicieron sentarse en una silla rodeado de globos delante de toda la clase y mirar el pastel sobre la mesa en miniatura. Cuando sopló las velas, el olor a fuego extinguido se mezcló con el de la goma de los globos y del baño de chocolate barato del pastel. A su derecha, su padre intentaba encogerse para caber en la silla de madera hecha a la medida de los niños. A su izquierda no se sentó nadie.

Lo único que dice Nadav es que si diseñas un plan para que un niño tenga padre y madre, y luego haces un mundo en el que allá donde vayas un chaval tiene un lado derecho y un lado izquierdo, un lado malo y uno bueno, uno blanco y uno negro, una silla y otra silla, un padre y una madre, ¿eh?, una madre, entonces no es justo que de repente le digas a una persona concreta: «Lo siento, pero no encajas en el plan».

Nadav solo dice que si eres un Dios no deberías ir por ahí haciendo putadas de esas. Es una mierda, eso es lo que es.

Eso es todo lo que el oficial Nadav tiene que decir. No le apetece seguir hablando.

Podría pensarse que Tom tenía el trabajo más fácil de las Fuerzas de Defensa de Israel, pero él sabía que en realidad tenía el trabajo más duro del mundo entero. Sí, se pasó todo el servicio militar en Tel Aviv, apenas a cinco minutos andando del Azrieli, el centro comercial más grande y resplandeciente del país: a fin de cuentas, ahí es donde se ubica el cuartel general del ejército, y el despacho del jefe del estado mayor; y hasta podía irse cada noche a las ocho y dormir en casa de sus padres; y lo único que tenía que hacer durante las once horas que estaba de servicio era sentarse detrás de un escritorio de madera y mirar un teléfono rojo. Pero un momento: ¿de verdad sabemos lo difícil que es mirar fijamente un teléfono rojo que nunca suena? ¿Cada día, de ocho a ocho, con solo dos pausas de treinta minutos para comer y mear? ¿Durante tres años? Prueba a no tener nada más que un teléfono en tu escritorio y mirarlo fijamente. No durarás más de quince minutos.

Hay treinta y cuatro cubículos en la oficina de Tom, y tiene la suerte de estar ubicado de tal manera que si estira el cuello puede ver las dos hojas de un ficus y el reloj de la pared. Ha hecho un pacto consigo mismo de no empezar a pensar en Gali hasta que solo le queden quince minutos. Antes hace todo lo demás. Se arranca pelos de las cejas con los dedos. Se cuenta los dientes con el piercing lila de la lengua. Piensa en Katie Holmes, en Shakira, pero Tom no fantasea con Gali hasta que solo faltan quince minutos para acabar su turno. No puede; de lo contrario, es demasiado doloroso.

Va a ver a Gali esta noche por primera vez en dos meses, así que eso podría explicar que se le ponga dura en cuanto permite que el olor al champú de granada de Herbal Essences aflore en su mente, pero sabemos que en realidad le pasa cada vez que se permite pensar en ella. Lo peor es cuando se le pone dura en mitad de un turno. Puede ser simplemente porque haya una partícula de polvo en el aire estancado de la oficina, y al estornudar recuerde el estornudo de Gali la última vez que la vio, su pelo cobrizo recogido en una cola de caballo tirante balanceándose con el impulso, y no hace falta más: está condenado para el resto del turno, y eso duele.

¿Alguien sabe cómo se dice «No lo hagas» en ucraniano? Deberíamos haber aprendido ucraniano. No todo el idioma, habría bastado con saber decir «No lo hagas». Cualquiera cosa podría haber detenido a Masha aquel día. En realidad no era una chica tan mala.

Aunque Berezhan, Ucrania, es una localidad pequeña, Masha pasaba todo el tiempo sola, por su trabajo. Era responsable de numerar y clasificar los pedidos de zapatos que se hacían en la fábrica en un día cualquiera, así que en realidad solo tenía

que trabajar después de que otra gente ya hubiera trabajado varias horas haciendo los zapatos. No tenía que estar en el despacho hasta mediodía, e incluso si a veces llegaba a la una Julian no le ponía reparos. Solía almorzar con su madre, una mujer ya mayor que la besaba en la frente en el umbral de la puerta antes de irse. Cuando atravesaba el mercado, camino del trabajo, se paraba en el puesto de los tomates y observaba al tendero recolocándolos uno por uno en un triángulo perfecto, antes de suspirar y empezar de nuevo. Todos los niños estaban en la escuela, sus padres estaban todos trabajando, y los únicos que andaban por allí eran los viejos y los parados, que deambulaban por las calles con andar paciente, delicado. Todo era corriente, pero más ligero: como ver una grabación en vídeo de tu habitación cuando no estás.

Al principio le gustaba estar en la oficina y anotar los pedidos cuando todo el mundo ya se había ido a casa a cenar en familia. Todos los cubículos de alrededor estaban a oscuras, y Masha cerraba los ojos e imaginaba que si alguien mirara la oficina desde el cielo, solo vería dos puntos de luz brillando en la oscuridad: la de su cubículo y la del despacho de Julian, el jefe.

Luego empezó a aburrirse. Llevaba dos años saliendo con Phillip y, cuando miraba el cubículo de su derecha, veía la fotografía enmarcada de la familia de un desconocido junto a un árbol de Navidad, se imaginaba en el lugar de la mujer con el niño pequeño en brazos señalando la estrella de Belén. Y cuando miraba el cubículo de su izquierda veía otra fotografía enmarcada, y ella también sería la esposa, un poco más gorda y pelirroja esta vez, rodeada de cuatro niños con demasiadas pecas.

La primera cosa que cogió del escritorio de uno de los cubículos fue un bolígrafo. Era rojo, estaba mordisqueado, y lo dejó dos cubículos más allá de donde lo había encontrado. De ese otro cubículo cogió una grapadora y la dejó cuatro cubículos a la izquierda. Pero nadie se dio cuenta, aunque esperó toda una semana, y luego dos días más. En el fondo sabía que tarde o temprano iba a llegar a las fotografías. Le encantaba imaginar cómo sería levantar un día la vista en tu cubículo y ver que tu mujer no era tu mujer, que tus hijos no eran tus hijos. O mejor aún, cómo sería tener la fotografía de otra familia en tu escritorio y no darte cuenta nunca.

Y nadie se dio cuenta. Y pasó una semana, y dos días más, y luego un mes. Pronto ninguna de las fotografías enmarcadas de los escritorios pertenecía a su legítimo dueño. Había empezado a rotarlas, a pasarse la noche entera ordenando a las esposas en una serie de rubia, morena, rubia, cuando...

—Así que eres una chica mala, ¿eh? —oyó que Julian susurraba a sus espaldas. La fotografía de su mujer era la única que Masha no podía tocar, porque el jefe se pasaba las noches encerrado en el despacho. Y además algo le decía que no debía hacerlo. Ese algo le decía que de entrada no debía haber empezado a trabajar allí, que nada bueno saldría de un trabajo que te exige quedarte en la oficina hasta medianoche con tu jefe casado. Masha siempre había sido una chica lista, observadora.

No lo hagas, Masha.

Julian la agarró con suavidad de la muñeca huesuda, pero ella agarró con fuerza el marco de la foto que tenía en la mano y lo miró a los ojos. Respiró una vez. Respiró una segunda vez. Respiraba.

Y eso fue todo.

Cuando Tom y Gali se besaron por primera vez en el instituto, él juró que nunca dejaría escapar a una chica como ella. Y nunca la dejó escapar, hasta que llegó el servicio militar. Entonces Gali y Tom quisieron cosas distintas; entonces ellos fueron cosas distintas; entonces pareció que estuvieran en lugares distintos a todas horas. Tom tenía claro desde los diez años que nunca entraría en combate. El informe del médico oficial que lo libró de ir al frente citaba migrañas crónicas, y la verdad era que el problema tenía algo que ver con su cabeza: pagaba ciento veinte ciclos al mes para hacerse reflejos caoba en el pelo, y preferiría morir antes de someterse a llevar casco. Sus ojos eran de ese tono de verde que se realza con un toquecito de perfilador cada mañana. Sabía que si combatía a terroristas eso se acabaría.

Pero Gali también tenía claro desde los diez años que quería disparar armas de fuego, provocar explosiones y perseguir terroristas suicidas por las montañas. Gali sabía que sus padres habían creado sus brazos y sus piernas de la nada, y siempre había tenido la esperanza de que esos brazos y piernas cumplieran un propósito. Por suerte para ella, cuando tuvo la edad reglamentaria para alistarse en el ejército ya existía la primera unidad de infantería en la que predominaban las mujeres, y era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. A pesar de la opinión que se pueda tener de ella, lo cierto es que Gali disfrutaba de la compañía de las demás chicas y siempre gozó de popularidad en la escuela a pesar de su aspecto. Pero cómo iba a saber que pondrían esa unidad piloto de mujeres en la frontera con Egipto, una frontera que llevaba treinta años en paz. Ahora se pasaba el día encerrada en torres de vigilancia donde nunca pasaba nada y al frente de controles de carreteras donde como máximo pillaban a alguien que hacía contrabando de DVD o personas o alimentos o droga. Casi siempre estaba atada de manos; un superior tenía que dar la orden para que cualquiera de esas cosas entrara en Israel. Solo volvía a casa a ver a su novio una vez cada dos meses.

Y hoy es viernes. Tom tiene el fin de semana libre, Gali también tiene el fin de semana libre: es su fin de semana juntos. Ella debe de estar llegando a la estación central de autobuses de Tel Aviv en este momento, o quizá ya esté en un taxi compartido camino a casa de Tom. Tom tiene libres todos los fines de semana pero, que quede claro, eso no significa que su trabajo sea fácil. Mirar fijamente un teléfono que sabe que no va a sonar no es fácil. Cuando se enteró de que lo destinaban a esas oficinas, a solo veinte minutos de su casa, le dio las gracias efusivamente a su madre por tirar de todos los contactos que mantenía con la mujer del asistente personal del jefe del estado mayor. Lo trataban como a un rey, en cierto sentido, y su superior

directo incluso dijo que podía escoger junto a qué teléfono quería sentarse. Cada teléfono debía ser un canal de comunicación disponible a todas horas entre el ejército de Israel y los ejércitos de otros países, y a Tom se le ofreció incluso la posibilidad de escoger el teléfono destinado al ejército libanés, que había sonado muchas veces durante aquella desagradable guerra reciente.

Sabía que el teléfono conectado al ejército egipcio probablemente nunca sonaría. Y sabía que, aunque sonara, la llamada no tendría nada que ver con Gali. Y sabía que incluso si la llamada tenía algo que ver con Gali, la posibilidad de que ella estuviera al otro lado de la línea era de una entre un millón. Y aun así eligió Egipto, porque si tenía que pasarse tres años esperando a que sonara un teléfono, quería mantener viva la posibilidad de que tal vez, de algún modo, por rocambolesco e increíble que fuera, esa llamada fuera la de ella.

—Un día cebolla; al otro miel —musitó el tío de Hamody, levantando y dándole la vuelta a la taza blanca de porcelana para indicarle a su mujer que le sirviera más café.

—Pero, tío... —dijo Hamody. Quiso decir: «Pero, tío, la amo», aunque no lo hizo, porque no quería que sonara a cliché.

—Ya se te pasará —continuó su tío—. Los moa'alems no se casan con cristianas.

Por lo general Hamody estaba encantado con que su tío fuera el imán en jefe de toda la región occidental de Egipto. Por lo general quería a su tío más que a nada en este mundo.

—Y ella tampoco se casaría contigo —dijo su tío. A Hamody se le metió en los ojos el humo que flotaba en la habitación: no estaba llorando—. Más vale pájaro en mano que dos pájaros en el árbol —dijo su tío, y se echó a reír.

Sin embargo, Hamody quería a la chica precisamente por eso. No porque fuera cristiana, porque en realidad no lo era, al menos a ojos de Hamody. Tampoco es que creyera que era musulmana, sencillamente no la veía como una chica. Era un pájaro que esperaba en un árbol a que Hamody trepara a buscarla, pues era demasiado testaruda para usar las alas y volar hasta él. Durante el tercer año del instituto, los viernes la veía siempre caminando hacia la verdulería, con su hermano bebé bajo un brazo oscuro y el coro de los otros hermanos pequeños zumbando a su alrededor. Llevaba en equilibrio el carro de la compra con el otro brazo oscuro. Cuando los jóvenes se ofrecían a ayudarla con las compras, como a menudo hacían, ella les ponía el bebé en los brazos y seguía tirando del carro de la compra. «Vaya, pues gracias por ayudarme», oyó Hamody que una vez le dijo a uno de los muchos pretendientes desprevenidos que de pronto se veían acunando a un bebé revoltoso, sin dejar de correr tras la chica morena, mudos de incredulidad. Y Hamody se echó a reír, y el chico también.

—¿Por qué poner una cabeza sana en un lecho de enfermo? —preguntó el tío de Hamody. Hamody sintió el río espumoso de café solo corriendo por sus venas,

anegándole el cerebro. Se había preguntado antes por qué nunca le había hablado de sus sentimientos a su tío, y entonces recordó que aquella otra semana no fue él quien habló, sino el café.

—Oh, Hamody. Dios entrega sus tesoros por igual a cada persona en este mundo; solo que hay quien elige no disfrutar de los tesoros que le tocan en suerte —dijo su tío—. No podemos desear todo lo que vemos, solo lo que podemos tener.

—¿Qué haces aquí tan pronto, colega? —le preguntó Tom a Oleg, el ruso que cubría el turno de noche en el teléfono que conectaba al ejército egipcio con el jefe del estado mayor de las fuerzas israelíes.

—Bah, el bus llegó pronto, así que pensé en ahorrarte los últimos cinco minutos —contestó Oleg.

Tom se asombró realmente del gran corazón que tienen a veces los rusos. A él no se le ocurriría sumar ni un minuto más al tiempo que pasaba allí. Se levantó, con cuidado de taparse la entrepierna con la mochila JanSport, y recorrió el camino a través de las oficinas y las alambradas de espino de la base militar hasta cruzar las puertas que desembocaban en el corazón de las calles bulliciosas y estridentes de Tel Aviv. La torre del centro comercial Azrieli se levantaba imponente, brillando como una boca llena de diamantes. Los coches de colores se perseguían por la autopista a toda velocidad. Al detenerse junto a un puesto callejero de zumos orgánicos a base de naranjas y germen de trigo, Tom sintió que algo vibraba en el interior del pantalón de su uniforme caqui. Se bajó un poco el M-16 de la espalda para sacar el teléfono del bolsillo trasero y leyó el mensaje de Gali.

x fvr no t kedes encerrado n la base hasta dentro de 2 fines d
smana x fvr contesta x fvr no t nfads t echo de mnos

Tom volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo. Ya empezaba a resultarle doloroso. Y sabemos, que quede claro que lo sabemos, que es imposible pasarse once horas mirando fijamente un teléfono. Sí, un teléfono. Así que la verdad es que tampoco podemos culpar a Tom por no mandarle un mensaje a Gali, y sinceramente tampoco podemos culparlo porque sus piernas lo llevaran adonde lo llevaron a continuación.

Eran ya las diez de la noche y Tom todavía no había contestado a Gali por SMS. Ella lo sabía porque aunque técnicamente no le permitían llevar encima el móvil en el control fronterizo, se lo había escondido entre el corazón y el chaleco antibalas con barras de cemento que llevaba puesto. De lejos casi se podía pensar que era un hombre, o una rana, o un hombre rana, con el chaleco caqui lleno de balas y bombas de humo por fuera y el casco caqui en la cabeza. Cuando se llevaron a Jenna, la rusa, al hospital por deshidratación, porque aquella vaca estúpida se dejaba la piel, Gali se ofreció a quedarse en la base, aunque era el fin de semana libre que tenía para ir a

casa.

—Eh, Gali. ¿Puedes echar un vistazo a este documento de identidad? —preguntó Avishag, la otra cabo de servicio aquella noche con Gali en el paso de camiones. Por el casco le asomaban las puntas del pelo corto, como si se le estuviera asfixiando desde las raíces. El oficial Nadav las supervisaba, sentado en una silla blanca de plástico, crujéndose los dedos y observando a su antojo cada movimiento de Avishag.

En el documento de identidad que Avishag le mostró a Gali se leía «Mustafa Al-Zain». Según el documento, que a primera vista parecía en regla, era un árabe israelí. En la foto sonreía tanto que la nariz enrojecida se le curvaba hacia dentro, y aunque según el documento tenía cuarenta y dos años, no aparentaba más de veinte, y se lo veía bastante majo.

—Hola, Mustafa —dijo Gali, inclinándose con cuidado y apuntando hacia la ventanilla del asiento del conductor con su M-16, como exigía el protocolo—. Según tu documento de identidad vives en una de las aldeas del norte. ¿Qué te ha traído tan al sur?

—Venga, colega, no me lo pongas difícil. Solo he ido a ver las bellezas de Egipto. ¿Es que un hombre no puede ir a ver tranquilamente las bellezas de Egipto? —contestó Mustafa. Tras él no había más que montañas de arenisca, que parecían gigantescas cucharas de decantar cerveza, puestas boca abajo sobre una mesa beis.

—Ya, pero ¿en un camión? —intervino Avishag con fingida curiosidad, enarcando las cejas.

—Sí, ¿es que un hombre no puede ir a ver las bellezas de Egipto en camión? —dijo Mustafa probando suerte, aunque ya era demasiado tarde y lo sabía. Mientras hablaba accionó el botón que abría el remolque del camión.

El remolque iba casi vacío, salvo por tres cajas pequeñas de cartón. Además estaba bastante limpio, y olía a Febreze. Gali se arrodilló a revisar una de las cajas, mientras Avishag le alumbraba con la luz de su linterna, enorme, tan brillante que hacía daño. Por un momento las dos parecieron piratas exploradores, o princesas piratas exploradoras, o por lo menos eso pensaron ellas.

Arriba había naranjas, aunque no era una cantidad tan grande como para tener que pagar aduanas y no había problema, pero en el fondo de la caja de cartón había cientos de DVD de contrabando. *Shrek 2*, *Love Actually*, *Dos colgaos muy fumaos*; también *Paseando a miss Daisy* o *Gánsters de Nueva York*.

—¡Oficial Nadav! ¡Nadav! —gritaron las chicas saltando del camión.

Nadav se levantó y se acercó lentamente acariciándose la mejilla con la palma de la mano. Solo era un poco más alto que Gali, y unos treinta centímetros más que Avishag. Le puso delicadamente una mano en el hombro y le dio un apretón. Habló con una voz que sonó como si también lo estrujaran a él.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Nadav.

—Películas —dijo Gali.

—¿Cuántas? —preguntó Nadav.

—Calculo que alrededor de mil —dijo Gali.

—Entonces no hay problema —dijo Nadav.

—Pero... —probó Avishag.

—Nada de peros. Si lo detenemos, tardaremos días en conseguir que alguien del juzgado presente cargos y se lleve las películas. Lo soltarán enseguida y solo servirá para que la próxima vez las esconda mejor —dijo Nadav. Mientras hablaba no miraba a las chicas, sino su propia mano apoyada en el hombro de Avishag.

—Entonces ¿esta vez tampoco hacemos nada? —preguntó Avishag. Nadav se limitó a acariciarla detrás de la oreja con el dedo índice y sonrió.

—Gracias por darme el coñazo —gritó Mustafa mientras se alejaba en el camión, levantando una nube de polvo que penetró en las fosas nasales, las orejas, la boca y los poros de las caras de Avishag y Gali.

De las veinticuatro horas de un día cualquiera, Gali y Avishag hacían un turno de seis horas en un control fronterizo, un turno de ocho horas en una torre de vigilancia, y las diez horas restantes las dedicaban a lo que querían. Naturalmente sabemos que todos los días hay que ducharse (lo controlan), hay que comer en el entoldado de la cantina (no lo controlan), hay que mantener limpia el arma y el chaleco bien equipado (dicen que hacen controles aleatorios, pero en realidad no los hacen).

Y dormir. Hay que dormir.

A pesar de todo a las chicas aún les quedaba algo de tiempo. Aún quedaba tiempo, mucho tiempo, planeando sobre ellas.

—Dices que me quieres, pero nunca escuchas ni una palabra de lo que digo —dijo Avishag.

Le gustaba estar en aquella habitación. Aparte del barracón de madera donde estaban las duchas, el despacho de aquel oficial era uno de los únicos espacios de toda la base que no era una tienda de campaña. Y tampoco era de madera; era un cubículo de cartón blanco que un tractor había depositado en medio de aquella nada. Incluso había una planta verde, un escritorio y un sofá. Y se cerraba con llave por dentro.

—Claro que te escucho —contestó Nadav. Dejó su M-4 debajo de una silla y se sentó para quitarse las botas militares.

—Ni siquiera sé para qué estamos aquí, si nunca podemos hacer nada —dijo Avishag—. Y yo pensaba que entrar en combate significaba algo. Pensaba que cuando acabara con los monitores podría hacer algo de verdad que no fuera vigilar.

—Ya sé que es duro, cielo —dijo Nadav. Echó un vistazo a su Swatch negro y empezó a desabrocharse la camisa caqui del uniforme.

—Es duro porque eres un mamón. Nunca nos dejas arrestar a nadie. Solo te importa ir descontando los días que te quedan de servicio. ¿Y si las chicas de la torre

de vigilancia te llaman por radio ahora mismo? Ni siquiera tienes la radio encendida. ¿Y si nos pillan? Y cuando estoy de guardia nunca vienes a ver cómo me va ni nada, y eres, eres... —Avishag no terminó la frase. Pareció que hacía siglos que no hablaba tanto.

Trató de continuar, pero Nadav se acercó al sofá. Se echó encima de ella y le agarró los brazos flacos.

—Shhh, escucha —dijo, y le besó la oreja.

—No es justo —dijo Avishag, pero la voz volvió a fallarle.

—Tampoco es justo que yo tenga que mimar a todas las chicas de la base —dijo Nadav. Le tapó la boca con una mano—. ¿Crees que me gusta ser el oficial de este «experimento de infantería femenina»? ¿Que yo lo escogí? Hay días en que la única razón que me da fuerzas para ponerme el uniforme eres tú.

Siguió tapándole la boca, aunque no hacía falta. Avishag no iba a hablar. Echada en el sofá se preguntó por qué este mundo nos da palabras.

La primera vez que Tom estuvo en el número 52 de la calle Allenby fue con Oleg y sus dos primos. De eso hacía tres meses, el día en que Tom cumplió diecinueve años. Oleg y él tenían el fin de semana libre, cosa que no se daba casi nunca porque normalmente se alternaban en sus turnos frente al teléfono, y Gali no iba a tener ningún permiso al menos durante un mes más. Tom estaba tan deprimido y ensimismado que aquella semana Oleg a veces tuvo que avisarle a gritos de que su turno había terminado. Trató de animarlo regalándole una botella entera de vodka ruso barato, pero no sirvió de nada.

Tom incluso sospechaba que Oleg había cambiado su turno con alguien para poder sacarlo por ahí aquel fin de semana, pero al principio no le apetecía.

—Es que no me apetece ir de fiesta este fin de semana, tío —dijo Tom, pero Oleg no era de los que aceptaban un no por respuesta.

—En Rusia decimos «Ninguna zorra merece que se llore como un lobo por ella». ¿Entiendes? —dijo Oleg.

Tom no estaba convencido.

—¿No te pusiste hecho una furia una vez porque decías que eres de Bielorrusia, no de Rusia? —le preguntó. Echó un vistazo a la calle que pasaba por delante de la entrada de la base con la esperanza de coger un taxi compartido que lo llevase a casa enseguida.

—Como quieras, tío. Lo que te digo, colega, es que en el sitio al que te voy a llevar pasaremos una noche que no olvidarás —dijo Oleg. Puso su sonrisa de cachorro ruso triste y juntó las palmas de las manos, suplicando.

El taxi los dejó en el barrio de las tiendas de ropa, justo delante del número 52 de la calle Allenby. Desde fuera el edificio parecía una tienda corriente de ropa, pero cuando golpearon la puerta metálica, les abrió un chaval ruso delgado con pantalones de chándal.

—¿Queréis naranjas? —preguntó con un acento muy marcado—. Tenemos un árbol justo detrás de la tienda. Os aseguro que en este país hay buenas naranjas. Paga la casa.

En la sala había dos sofás y una mesa de comedor enorme, pero solo dos sillas de plástico. De la pared blanca colgaba un póster amarillo en el que habían escrito los precios con rotulador negro grueso. Habían escrito mal «Todo incluído».

—Oleg, ¿qué es esto? Supongo que estás de broma. ¿Una casa de putas? —susurró Tom, pero el ruso de las naranjas lo oyó igualmente y se echó a reír.

—Vigila tu lenguaje, ¿eh? —le dijo Naranjas.

Aunque la verdad es que a Tom le sorprendió no estar horrorizado. Se excitó. ¿Las chicas estarían buenas? ¿Podría pedirles que hicieran cualquier cosa? Desde aquel día en la clase de gimnasia del instituto ni siquiera había besado a otra chica que no fuera Gali.

Antes de que se diera cuenta, Oleg y sus primos habían pagado y apareció una mujer de mediana edad que los acompañó arriba.

—¿Tú qué quieres? —preguntó Naranjas.

—Lo más barato —dijo Tom al fin—. La verdad es que yo no... Ya me entiendes, la verdad es que no hago estas cosas.

—Entonces tendrá que ser solo una mamada. Doscientos siclos. Podemos cargártelo en la tarjeta de crédito como un masaje.

Arriba, el pasillo era igual que el de la residencia universitaria donde vivía el hermano de Tom. Se veía una habitación al lado de otra a lo largo del pasillo enmoquetado de verde, pero la mujer de mediana edad le dijo que entrara en la segunda habitación a la derecha. Cuando se arrimó a indicarle notó el olor a ajo de su aliento.

La habitación era pequeña y el único mobiliario consistía en una cama doble blanca, cubierta con un chal con un estampado de Oriente Medio. Las paredes eran blancas y olían pintura reciente. No tenían ningún adorno.

La chica estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas. Aunque llevaba el pelo teñido de un tono rubio industrial y le asomaban las raíces castañas, y aunque tenía los labios pintados de un rosa brillante y los párpados con sombra lila, no aparentaba mucho más de diecisiete años. Era flaca. Se ahogaba en unos pantalones de chándal y el tirante de la camiseta le había resbalado por el hombro hasta rozarle el codo puntiagudo. Tenía una piel tan blanca que con la pared de fondo daba la impresión de que algunos trozos de su cuerpo no estuvieran.

Cuando levantó la mirada, Tom solo pudo fijarse en sus ojos. Eran tan grandes, tan saltones y azules, que parecían flotar en medio de la nada.

La chica volvió a bajar la vista y se levantó a apagar la luz. A oscuras, Tom sintió que una mano fría cogía la suya y lo guiaba hacia la cama. Antes de que la chica pudiera desabrocharle el cinturón, Tom se levantó y fue de nuevo hasta la pared a encender la luz. El silencio zumbaba en la habitación.

—Qué te parece si solo te miro —le dijo—. La verdad es que no voy... —y se quedó de pie junto a la pared.

La chica no contestó. Se quedó sentada en la cama mirando el suelo. De vez en cuando levantaba la vista, y Tom la miraba y la miraba y la miraba. En cierto modo era hermosa, y toda ojos.

Eso fue entonces, en el cumpleaños de Tom.

Avishag se tapa la cara con las manos, pero enseguida le cuesta respirar porque las manos le apestan a óxido de haber trepado por la escalerilla metálica hasta la torre de vigilancia. Es mediodía, y el pelo debajo del casco le pica por el sudor, aunque le da pereza tocárselo. Además, está prohibido quitarse el casco durante las guardias.

Gali asoma el torso por la baranda de la torre para mirar el móvil. A Avishag le dan ganas de decirle que es estúpida, que tienen prohibido llevar el móvil durante las guardias, que podrían pillarlas, pero no dice nada, porque sabe que allí arriba nadie va a pillarlas. Que en realidad a nadie le importa que estén allí.

Avishag mira a lo lejos con los prismáticos y ve a dos guardias egipcios. Técnicamente se supone que las chicas han de mirar por los prismáticos cada diez minutos, pero en realidad a veces ni siquiera echan un vistazo, ¿quién va a enterarse? En ese momento los egipcios no están mirando con los prismáticos, y a Avishag le gusta, le hace sentirse superior. Cree que uno de ellos lleva bigote, pero no lo distingue del todo, y solo de pensarlo le da risa.

Los egipcios son chicos, pero no tienen que llevar nada. Ni chaleco, ni balas de repuesto, ni casco. Solo su fino uniforme pardo y sus M-16. Ni siquiera tienen rifles con mira telescópica, como la de los M-4 de las chicas. Avishag está empezando a odiar al enemigo, y eso la sorprende y le hace gracia. No por las tres guerras y los muertos y las minas antipersona y las mentiras y todo lo demás, sino porque ni siquiera los obligan a llevar un maldito casco.

Los largos dedos de Gali se mueven con rapidez sobre el teclado del móvil, mientras escriben y borran y están a punto de mandar pero al final borran. El sudor se le mete en los ojos, se le posa una mosca en la nariz, y Gali asiente con la cabeza y entonces la sacude para negar la idea que hace un momento le parecía bien.

Pero Avishag no se fija en nada de eso. Está mirando por los prismáticos, pensando en sí misma, pensando en el enemigo, y en un bigote, y en que quizá ha perdido la cabeza pero es curioso porque de todas formas se siente exactamente la misma.

Gali es la única que sabe lo que nosotros sabemos, porque puede mirar la hora en su teléfono móvil. A las chicas les quedan todavía exactamente siete horas por delante.

Samir mira las manos fuertes y oscuras de Hamody mientras recoge el termo de café y el cenicero del suelo de la torre de vigilancia y los vuelve a guardar en su

mochila. Observa a Hamody colgándose sin esfuerzo la mochila a la espalda, una espalda ancha, y lo observa bajando por la escalerilla, y lo observa cuando salta ágilmente y cae en la arena doblando apenas las rodillas.

—¡Hemos liquidado nuestras cuatro horas de guardia! —exclama Hamody sonriendo generosamente—. Oye, Samir, tú no hablas mucho, ¿eh?

Samir agradece que esa tarde solo haya otros seis soldados en las duchas. No se desviste todavía, pero observa de reojo a Hamody quitándose el uniforme. Procura no levantar la mirada y, cuando Hamody se quita los calcetines, ve que le quedan partículas de algodón blanco pegadas entre los dedos de los pies, unos dedos largos.

Solo cuando Hamody está debajo del chorro de agua, Samir empieza a desvestirse, despacio. Primero se quita la camisa marrón, con cuidado de no tocar los cercos de sudor de las sobaqueras al doblarla y dejarla sobre el banco metálico. Después de quitarse los pantalones y la ropa interior, se mete rápidamente en la última ducha de la caseta, y mueve los brazos en un gesto extraño para distraer la atención.

Baja la palanca y se pone de cara a la pared, y luego da un paso adelante. Con cuidado de que nadie vea nada.

—Eh, Avishag, ¿quieres darles un segundo vistazo a estos documentos de identidad? —dijo Gali.

El camión era negro, cosa rara, y más grande que los que las chicas solían ver en el control fronterizo. El oficial Nadav las supervisaba sentado en una silla blanca de plástico, crujiéndose los dedos.

En el documento de identidad que Gali le mostró a Avishag se leía «Momo Levin». Según el documento, que a primera vista parecía en regla, el hombre era de un suburbio de Tel Aviv. A su lado, en el asiento del pasajero, había un hombre egipcio. En su pasaporte ponía «Nadim Al-Hamid», y a Avishag también le pareció en regla.

—Hola, Momo —dijo Avishag, inclinándose con cuidado y apuntando hacia la ventanilla del asiento del conductor con su M-16, como exigía el protocolo—. Tu documento de identidad dice que vives en los alrededores de Tel Aviv. ¿Qué haces tan al sur?

—Venga, colega, no nos lo pongas difícil —contestó Momo.

Avishag se preguntó si no la estaría tomando por un hombre desde ese ángulo, con el arma apuntando hacia delante y el pelo completamente recogido bajo el casco. O quizá en algún momento, en alguna parte, se había dado por hecho que todo el mundo era una especie de colega, y ella era la única que no se había enterado.

—Lo siento —dijo Avishag—. Vais a tener que abrir el remolque del camión.

Siempre había un momento en que Avishag y Gali no tenían más remedio que usar un váter químico que nadie había limpiado en más de dos semanas. Las dos conocían el olor de una camisa con los codos empapados de sangre después de reptar en los entrenamientos, y las dos sabían cómo olía cuando tenían que volver a

ponérsela al día siguiente. Avishag también conocía el olor del pecho de un hombre que no se había duchado hacía días, y el olor de su pelo sucio. Incluso conocía el olor del cuerpo de su hermano muerto, y cómo se mezclaba con el aroma del barro fresco.

Pero incluso antes de que el remolque del camión se abriera del todo, las dos chicas supieron que nunca en la vida habían olido algo tan terrible. El olor era tan fuerte que Avishag se sacó como pudo un mechón de pelo del casco y se lo prendió debajo de la nariz. Ni siquiera se dio cuenta de que lo hacía hasta que sintió el dolor punzante del cuero cabelludo, de tanto que le tiraba el pelo.

El camión tenía tres pasos de ancho, y en el suelo del remolque había doce mujeres jóvenes amontonadas de mala manera. Una de ellas era una chiquilla con la cara redonda y una camiseta de Coca-Cola, pero sin ropa interior ni pantalones. Los pocos trozos visibles del suelo del camión estaban embarrados por una sustancia marrón y roja.

Avishag cerró los ojos.

Gali cerró los ojos.

Gali abrió los ojos. Avishag también lo hizo.

Había doce pares de ojos mirándolas, a la espera, respirando, silenciosos.

—¡Nadav! —gritó Gali, solo Gali—. ¡Nadav!

Nadav, el oficial, se levantó y fue lentamente hacia las chicas. Intentó apoyar una mano en el hombro de Avishag, pero apenas la rozó con un dedo, ella se encorvó y cayó a cuatro patas, inspirando, exhalando, cada vez más deprisa.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Nadav.

—Mujeres —dijo Gali.

—¿Cuántas? —preguntó Nadav.

—Mujeres, una niña pequeña. Nadav, son... —dijo Gali, y señaló el remolque del camión.

Momo y Nadim bajaron de la cabina. Momo pasó un brazo por los hombros de Nadim y, más que cualquier otra cosa que hubiera visto esa noche, la imagen a Avishag le dio náuseas. Al final se quedó en el suelo a cuatro patas, oliendo su propio vómito.

—Todas tienen pasaporte —le dijo Momo a Nadav.

—Y tienen los visados con los sellos por el otro lado y todo como esto —añadió Nadim en hebreo chapurreado. Le entregó a Nadav una pila de pasaportes rojos.

Nadav miró los pasaportes.

—No —gritó Gali—. No, ni los mires. Sabes que quieren irse, Nadav, lo sabes muy bien —chilló Gali.

Nadav miró a Gali con sus ojos serenos.

—¿Y cómo sabes eso, cabo Geva? —le preguntó—. ¿Hablas ucraniano?

En ese momento Gali ya ni siquiera estaba segura de si aún sabía hablar hebreo.

—No más peros, o te las haré pasar canutas con el comandante de la base. Soy el oficial de guardia, y digo que si tienen pasaportes y visados, tienen pasaportes y

visados —zanjó Nadav.

Mientras cerraba la puerta del remolque del camión, una de las mujeres asomó tanto el cuello hacia fuera que Gali creyó oír el crujido de los huesos.

—Adiós, colegas —gritó Momo al alejarse en el camión, levantando una nube de polvo que penetró en las fosas nasales, las orejas, la boca, los poros de la piel de la cara de Gali, y que quedó en suspenso sobre Avishag, a gatas en el suelo, arrojándola poco a poco como una manta de verano manchada.

Solo cuando acabó el turno en el control, dos horas después, vimos a Avishag ponerse de pie. Cuando Nadav le puso una mano en la cabeza, se levantó de un salto, rápido.

Le dio un empujón. Y luego otro. Al tercero, Nadav la agarró y la retuvo en un abrazo durante un minuto entero.

—Vamos a descansar —dijo—. Todo se ve mejor por la mañana.

En todo el pueblo de Berezhany, y puede que incluso en todo el territorio de Ucrania, no había nadie con un pelo tan precioso como el de Masha. No por el color, aunque estaba vetado de oro. No exactamente por la forma, aunque caía sobre sus esbeltos hombros en ondas como el agua de un manantial. Tampoco era precisamente por su longitud, aunque se lo había dejado crecer hasta el nacimiento de la espalda desde los doce años, y le permitían llevarlo suelto, porque las normas de la enseñanza media en esa época eran menos estrictas que las de la escuela primaria. El pelo de Masha llamaba la atención por el modo en que se estructuraba y reestructuraba alrededor de su cara. Era como si tuviera vida propia. Siempre sabía exactamente cómo enmarcarle la cara para darle a sus mejillas redondas la luz más favorecedora, sin importar dónde estuviera Masha. En la escuela, y también después, cuando iba a pie hasta la fábrica a mediodía, e incluso cuando paseaba los fines de semana de la mano de Phillip, era como si la siguiera a todas horas su propio equipo de iluminación para asegurarse de que siempre estuviera radiante, siempre magnífica.

Por eso cuando se cortó el pelo, justo por encima del hombro, empezaron a correr rumores en el pueblo. Jakub, el peluquero, pensó que la razón era la de siempre: el dinero. Pensó que lo más seguro es que lo hubiera vendido en uno de esos sitios donde fabricaban postizos porque pasaba algún apuro económico. Kalyna, la anciana propietaria de la casa contigua a la pequeña sala de conciertos, pensó que la razón era la de siempre: el amor. Pensó que Masha se había enamorado de un nuevo muchacho y quería ponerlo a prueba cortándose el pelo. Mousia, la niña de ocho años de la que Masha solía cuidar los sábados por la noche, pensó que la única explicación posible era que Masha se hubiera vuelto loca. La primera vez que la vio con sus propios ojos, cruzando el mercado con el pelo corto, Mousia no pudo contener un chillido y se fue corriendo a casa a llorar en su cuarto. Incluso faltó al concurso de vocabulario que los alumnos de segundo tenían a la mañana siguiente.

Al final quien acertó fue Jakub, porque resultó ser una cuestión de dinero, aunque Kalyna también tenía parte de razón, porque quién sabe, a lo mejor Masha estaba enamorada. De todos modos no era exactamente como ellos pensaban. Resulta que habían echado a Masha de la fábrica de zapatos en la que trabajaba por culpa de los celos de la mujer de su jefe. Porque Masha se acostaba con su jefe. ¿Muchas veces? Y el jefe estaba casado. En el pueblo no había ningún sitio donde encontrar trabajo sin experiencia ni formación, y Masha había querido estudiar, pero primero tenía que llevar dinero a casa para ayudar a su madre, y bueno, en fin. Era como dar dos pasos adelante para que esta porquería de vida la empujara hacia atrás allá donde iba.

Pero un momento. Podía irse al extranjero, ponerse a cuidar niños ricos, cortarse el pelo (porque la verdad, ninguna mujer querría que su marido revoloteara alrededor de Masha ni de su melena), ganar el dinero suficiente para que su madre pudiera incluso comprarle la maldita casa al dueño, ganar el dinero suficiente para estudiar contabilidad, para hacer de todo.

Pero el trabajo no fue exactamente como pensaba Masha.

Empezó como una idea, algo que existía exclusivamente en la mente de Avishag, pero que cuando las dos chicas acabaron la larga caminata a la torre de vigilancia era ya una sensación.

Gali y Avishag escalaron hasta arriba y se sentaron sin decir palabra. Y al cabo de una hora ya era más que una sensación.

Era una quemazón, como si a Avishag le comieran por dentro hormigas de fuego. Al principio no lo entendió, porque se había duchado la noche antes, después de dejar a Nadav, y fue una buena ducha, larga, de esas en que parece que te ahogas y que te acaricia el olor del jabón.

Y no tenía sentido. No lo tenía.

Y Avishag se sentó, y pensó, y no lo entendía.

Hasta que de pronto cayó en la cuenta.

Era el uniforme. Debajo del M-16, del chaleco portamuniones y del chaleco antibalas, seguía estando el estúpido uniforme caqui.

Avishag llevaba puesto el uniforme, pero también lo llevaba la noche antes, cuando se marchó de la oficina de Nadav y fue a las duchas. Y ahora lo sentía: la noche antes el uniforme estaba en contacto con los lugares que él había besado; aquí, allá, luego más abajo, luego en el otro lado. Y ahora el mismo uniforme volvía a estar en contacto con su piel, y de repente, de la nada, se dio cuenta de que no podía soportarlo ni un minuto más. Pero darse cuenta no bastaba, seguía sintiéndolo; no estaba solo en su cabeza. Podía sentir la saliva seca de Nadav sobre su cuerpo, era real y tan a flor de piel, y estaba ahí.

No había escapatoria.

O sí.

Se desabrochó el casco y lo tiró al suelo.

—¿Avishag? —la llamó Gali.

Avishag se desembarazó del M-16. Luego se quitó el chaleco portamuniones, el chaleco antibalas y la placa de identificación. Se sentó encima, casi dejándose caer, se desató las botas polvorientas, y por último se quitó los calcetines.

—Avishag, ¿qué pasa? —preguntó Gali.

Avishag se desabotonó la camisa del uniforme con dedos rápidos y luego se desabrochó el grueso cinturón marrón. Se quitó la camiseta de tirantes caqui, luego el sujetador deportivo rojo de Mickey Mouse, luego las bragas.

Finalmente, cuando estuvo completamente desnuda, se tendió en el suelo de la torre de vigilancia y cerró los ojos. El sol empezó a abrasarle la piel a ráfagas, como un niño soplando por una hierba cana.

Gali pensó en gritar, o en abofetear a Avishag, o incluso en pedir ayuda por radio; pero entonces pensó algo rarísimo.

Pensó que la primera vez en realidad iba completamente vestida.

Solo después de experimentar su segundo orgasmo, Gali se dio cuenta de que era el segundo, de que había tenido otro antes.

El primero se lo dio el río Jordán. Cada Pascua, en el kibutz, los chavales saltaban desde el puente para celebrar el final del largo Séder de Pésaj que se hacía en el refectorio de la colonia. Sin embargo, a pesar de lo alta que era, a Gali le daban miedo las alturas. Nunca consiguió armarse de valor para saltar.

En su último año en el kibutz, sabiendo ya que se iría a vivir a Tel Aviv, Gali volvió a subir al muro de cemento del puente con su vestido amarillo de Pésaj y miró abajo. Esperó y esperó. Todos los demás se habían ido ya a casa. Los pinos derramaban sus agujas anaranjadas sobre el agua, y las ondas brotaban más cerca de la vera del río y los arbustos de lilas de la orilla.

Una paloma pasó volando en lo alto. Gali se tapó los ojos con el pelo. Olía a champú; dio un paso adelante y saltó.

Durante un segundo fue como andar por los aires, y le pareció tan antinatural que Gali creyó que algo había salido mal y que ya no tenía remedio. Sintió en la piel una succión hacia arriba, hacia el sol.

Cayó en el agua a plomo. Una caricia tibia de hadas leves como plumas recorrió su cuerpo en ese instante. Los dedos de los pies se le encogieron. Los hombros se le encorvaron. El hueso de la risa se rio. Se dio impulso para emerger de las aguas verdosas con la boca abierta, jadeando para recuperar el aire.

Pero la segunda vez que tuvo un orgasmo fue en el primer año del instituto, el día que quedó con Tom en su casa, después de la clase de geografía.

Y entonces estaba completamente desnuda, y fuera todavía hacía sol.

Y era en Tom en quien quería pensar ahora.

«Eres tan fuerte», le dijo Tom en su habitación, aquella tarde cuando iban a primero.

«¿Tú crees?», preguntó ella. Le preocupaba que le entraran ganas de vomitar. Le preocupaba que Tom la besara, o que no la besara, le preocupaba que le quedaran restos de comida en los dientes, le preocupaba parecerle demasiado alta, le preocupaban los peligros de la ciudad, lo ruidosa que era la ciudad incluso en ese mismo momento, en el cuarto de Tom.

«Pareces tan fuerte —dijo Tom, y se acercó a ella, hasta que las puntas de la nariz se tocaron—. Mira —dijo, señalando hacia el espejo de la pared—. Pareces tan fuerte...».

En el espejo, Gali solo vio a la chica que siempre había sido. Pero entonces vio a Tom en el espejo, mirándola.

Quiso que sus ojos lavaran hasta el último rincón de su cuerpo.

Avishag respiraba tan profundamente, desnuda en el suelo de la torre de vigilancia, que parecía que se hubiera quedado dormida. Nadie iría hasta allí a ver cómo estaban las chicas. Nadie había pasado nunca a ver cómo estaban.

Si pudiéramos mirar el interior de la séptima torre de vigilancia por la derecha del lado israelí en la frontera con Egipto el 7 de agosto del año 2007, lo que veríamos sería a dos soldados israelíes con los ojos cerrados. Yacerían en el suelo. Desnudas.

Samir seguía sin decir gran cosa, y Hamody se había fumado ya siete cigarrillos y preparado dos pucheros de café negro, así que por puro aburrimiento decidió intentar cumplir con lo que supuestamente había ido a hacer a la torre. Levantó los prismáticos y miró hacia el lado israelí.

Al principio pensó que era cosa de su imaginación, que quizá la mezcla de café que le había dado su tío era un poco fuerte para él, pero siguió mirando, incapaz de apartar la vista. Se bañó los ojos con aquella visión, que era real y distante.

Al otro lado de la frontera, dos soldados israelíes yacían en el suelo, desnudas.

La primera chica judía era larga, de pechos pequeños y firmes. El pelo castaño claro le caía sobre los hombros. Toda una gacela, el tipo de chica que te haría sudar si alguna vez tenías que perseguirla.

La segunda chica judía era suave, de pechos grandes, y absolutamente perfecta. Con los ojos cerrados y el pelo rojizo que le rodeaba la cara como si fueran alas, casi parecía el pájaro cristiano del pueblo de Hamody, la chica con la que sabía que nunca podría casarse.

Hamody bajó los prismáticos y observó a Samir, sentado en una silla blanca de plástico de espaldas a él, mirando hacia la base en silencio. Hamody pensó en decirle algo, en estallar en aullidos de alegría, en compartir unas risas con todo aquello, pero enseguida se dio cuenta de que no podía, o no quería, o por lo menos no con Samir. Hamody comprendió que quería guardárselo solo para él. Y de pronto dejó de importarle. Su tío le había dicho siempre, desde que era niño, que Dios entrega sus tesoros por igual a cada persona en este mundo; solo que hay quien elige no disfrutar

de los tesoros que le tocan en suerte.

Samir seguía con la mirada perdida en la distancia y, antes de que se percatara, Hamody se había bajado los pantalones y sujetaba los prismáticos solo con la mano izquierda.

Cuando Samir se volvió, apenas podía creerlo. Al principio pensó que era cosa de su imaginación, que quizá la mezcla de café que le había dado a Hamody su tío era un poco fuerte para él, pero siguió mirando, incapaz de apartar la vista. Se bañó los ojos con aquella visión, que era real y sumamente próxima.

Allí estaba Hamody, de pie frente a él. Hamody, radiante y atractivo, al descubierto, acariciándose.

Y entonces fue como si las manos de Samir cobraran conciencia propia.

Cuando el oficial Tariq escaló la torre de vigilancia, sigiloso como un puma, Samir trató de contenerse. De verdad. Oyó gritar a Tariq, y vio que agarraba a Hamody del cuello de la camisa, y vio que entonces Hamody le tendía a Tariq los prismáticos, mientras gritaba que todo era culpa de los judíos, que lo hacían adrede, una nueva estrategia perversa israelí.

Samir oyó y vio esas cosas, pero no entendió nada. También vio la cara de asombro de Hamody al mirar hacia abajo y darse cuenta de que Samir tenía los pantalones bajados, y que seguía tocándose.

Y a pesar de que todo eso estaba pasando, y a pesar de que creía que su cerebro le había dado a su mano la orden de parar, y a pesar de que sabía que Tariq y Hamody lo estaban mirando en ese momento, y lo sabrían, y lo verían, a pesar de eso Samir no pudo evitarlo. Iba a pasar, ya casi había pasado, y entonces...

Pasó.

Tariq tardó dos minutos en recobrar la calma, enderezarse la boina y comunicarse por radio con el comandante de la base. El comandante de la base tardó cinco minutos en entender lo que le contaba Tariq y dos minutos en ponerse en contacto con Abou Kir, el comandante del cuartel militar de la zona norte. Abou Kir tardó siete minutos en comprender y trece minutos hasta que el secretario del jefe del estado mayor egipcio creyó que el asunto era tan urgente que justificaba una llamada urgente al oficial de mayor rango de todo el ejército egipcio.

Cuarenta y dos minutos después de que Tariq viera a las chicas judías desnudas con sus propios ojos a través de los prismáticos, en algún lugar del corazón de Tel Aviv, un teléfono rojo concreto sonó por primera vez en seis años, y fue Oleg el ruso quien levantó el auricular.

La prensa israelí tardaría dos meses en hacerse con la historia, la prensa egipcia dos meses y medio, la BBC siete años. Pero cuando al fin la prensa se hizo eco, resumirían toda la situación en un titular: «Un incidente diplomático».

Justo después de que el comandante de la base encontrara a Nadav en el despacho de los suboficiales donde pasaba el rato con la cabo Rona Mizrahi, Nadav finalmente hizo el trayecto de veinte minutos a pie para ir a echar una ojeada a las chicas de la torre siete, para decirles a gritos el alcance del daño que habían causado. Nadav caminaba a paso rápido por la arena, con determinación, pero cuando trepó por la escalerilla de la torre tan solo encontró a las chicas del turno siguiente al de Gali y Avishag. Ilana Rotem y la pequeña Shonit Miller estaban de pie en la atalaya, mordiendo las uñas, completamente vestidas, y armadas.

Era martes, y pasarían dos semanas hasta que juzgaran a Gali y Avishag y las condenaran a siete semanas de prisión militar, el castigo más severo que una mujer en acto de combate había recibido hasta la fecha por parte de las indulgentes cortes militares. Yael, la amiga de Avishag, al enterarse pensó que era para morirse de risa que fuera Avishag la que había acabado en la cárcel, y no ella. Todo el mundo se sorprendió, pero las chicas estaban encantadas de ausentarse por un tiempo de la base. Pasarían siete semanas durmiendo en su celda y jugando a las cartas con antiguas compañeras que cumplían penas por tráfico de marihuana.

Hasta entonces, sin embargo, los días seguían teniendo veinticuatro horas, y las chicas pasaban ocho de ellas en la torre, con la mano izquierda en el mango del fusil, dejándose los ojos al mirar por los prismáticos, a la espera del desfile de suboficiales que a cada hora subían a echarles una ojeada, siguiendo las nuevas órdenes del comandante de la base.

Y aquella noche, a Tom ya empezaba a resultarle doloroso. Y desde luego sabemos, o eso pensamos, que es imposible pasarse once horas mirando fijamente un teléfono, así que la verdad es que tampoco podemos culpar a Tom por volver a la calle Allenby número 52.

Esta vez la chica, cuando lo miró, no apartó la vista. Fue él quien apagó la luz. Los dos sabían que Tom iba a llevarse lo que había pagado, y en todo caso después la miraría a los ojos. Mantuvo los ojos cerrados hasta el final.

Durante seis horas al día las chicas siguieron ocupándose del control fronterizo.

Era martes, y había caído la noche, tarde y con calor. En el remolque de un camión rojo, cuatro mujeres rubias miraban a Gali y Avishag; esperando, respirando, fijamente, sin llorar.

—Venga, colega —el conductor salió del vehículo y le suplicó a Avishag, poniéndole una mano en el hombro—. Todo está aprobado y en regla. Me esperan en otros sitios —dijo el conductor.

Avishag escrutó sus ojos azules. Eran tan grandes que le ocupaban media cara. Gali escrutó los ojos de las mujeres, y no apartó la mirada, aunque tuvo que parpadear. El camión era tan pequeño que una de las mujeres, una de pelo rubio recién cortado, estaba sentada con las piernas dobladas como un pretzel, una postura

tan dolorosa que parecía que los huesos le atravesarían la piel si seguía sentada de ese modo un minuto más.

—No soy tu colega —le dijo Avishag al conductor, y al quitarse el casco su pelo oscuro cayó por debajo de los hombros—. No lo soy —dijo. Y mientras lo decía, pensó en el bebé que no tenía y se dio cuenta de que nadie podría negar que fuera verdad.

Nadav se levantó de su silla con paso lento y se colocó entre las chicas y la puerta abierta del remolque.

—Avishag —dijo—, ¿y si te pones el casco antes de que todos nos metamos en líos?

—No voy a dejar que me hagas esto —dijo Avishag, y agarró a Nadav del brazo—. No sabes quién soy. Yo no soy así.

—Tú —dijo Nadav, y se echó a reír—. Solo sabes quejarte. Tú, tú, tú... —lo repitió una y otra vez. Apartó a Avishag, empujándola en el hombro. Se rio. Repitió la palabra hasta que perdió todo significado, hasta que su voz fue un gruñido, una lengua extranjera.

Las puertas del camión están abiertas, y el hombre que se quedó con el pasaporte de Masha en Francia está fuera hablando con los tres soldados armados. Uno de los soldados entona una especie de salmodia, que a oídos de Masha se convierte en una canción como las que los niños de la escuela primaria cantan para fin de curso en la pequeña sala de conciertos de su pueblo. Y pronto la canción se desprende de toda voz humana; es una mera melodía, y luego un grito de guerra apenas audible, pero a Masha le basta y salta del camión y empieza a correr hacia el sur, tan lejos como la lleven sus pies.

Cuando sus pies retumban sobre la arena mandan una onda que le recorre el estómago y hace eco en sus pulmones. Las piernas flacas de Masha se encogen bajo la falda sucia, y con cada zancada Masha puede oír el crujir y la risa de sus huesos. Siente como si sus piernas corrieran tan deprisa que el corazón no alcanza a bombearles vida, tan deprisa que el viento es una cortina suave que ella atraviesa una y otra vez.

Veamos, hay muchas cosas que sabemos. Masha va corriendo hacia el sur, hacia la alambrada por el lado egipcio, y se dirige hacia un lugar donde hay minas enterradas a gran profundidad. Sabemos que, mientras que Samir está en la cárcel, a Hamody lo sacó su tío sin que le pasara nada y ya está de vuelta en la torre de vigilancia, y la figura que se acerca hacia su alambrada en la oscuridad está lo bastante cerca para que la vea sin necesidad de prismáticos. Hamody tiene ya una bala en el cañón del fusil, y veintiocho más en la recámara, y sabemos que a esa distancia puede apañárselas incluso sin mira telescópica.

Y sabemos que no va a sonar ningún otro teléfono rojo para pedir detalles sobre

esta figura que viene del lado israelí. Sabemos que Tom va a seguir mirando el teléfono rojo, como siempre. Y sabemos que Gali va a gritar, «Nadav», pero no servirá de nada, y que Avishag no va a gritar su nombre, porque ya ha aprendido, y sabemos que Nadav no va a mirar justo por debajo de las cejas de Avishag y hacer lo que ella quiere que haga, porque sabemos que Nadav no tiene queja de nadie más que de Dios.

Hamody cierra el ojo izquierdo y apunta a la figura. Está a cuatrocientos metros de la zona minada; ahora a trescientos. Corre deprisa. Hamody suelta el seguro y respira hondo. Los dedos le tiemblan un poco por el café, pero sabe cómo calmar los nervios. No habrá sorpresas.

Y aun así, mientras contemplamos el pelo de Masha jadeando arriba y abajo en el viento, iluminándola desde arriba como una lámpara tenue, no podemos evitar decir:

Corre, chica, corre.

Más deprisa.

El revés de la memoria

Espero a que pase el autobús que tengo que coger.

Me quito la camisa del uniforme y me quedo en camiseta de tirantes. Me suelto el pelo, dejo caer en picado las horquillas sobre la arena, dejo caer los rizos sobre mis hombros; y luego me tapo los ojos con el pelo. Por el sol. Hace tanto calor que el cuello no me sostiene la cabeza erguida.

Espero en el arcén de la autovía. Siento el sol en la cabeza, pum, pum, pum. No hay banco, solo un poste con el símbolo del autobús y el asfalto. No pasa nadie en coche, no hay nadie más a la vista.

Me han dado permiso para salir de la base de instrucción durante el fin de semana porque dije que mi madre estaba muy enferma. Fue fácil conseguir que me dejaran salir. Dana, Amit, Neta y Hagar ya se habían licenciado, así que me daba un estatus especial ser la última instructora de armamento que había estado allí durante la guerra, que había estado allí cuando las cosas se desquiciaron de verdad y luego se quedó. A lo mejor tenían miedo de que me volviera loca si no me dejaban hacer lo que quería. Dije que tenía que dejar el arma antes de salir de la base, porque iba a dormir en el hospital.

La verdad es que tengo que coger el autobús para ir al centro comercial a celebrar el compromiso de Noam. Será la primera chica de la clase en casarse. Me llamó Avishag; acababa de estar en la cárcel, me suplicó que fuera. Dijo que hasta Emuna vendría, la había convencido, igual que a todas las demás, así que ¿quién soy yo para no ir también? Y sí, ¿quién soy? Cuando hablamos por teléfono el fin de semana pasado, como todas las semanas, le dije: «Emuna, quiero verte». «Yael, tú quieres muchas cosas», me contestó. Pero me dijo que vendría. Normalmente la veo cada mes durante mi permiso, y le dije que ya hacía un mes y casi una semana de la última vez.

Mentí con lo de que mi madre estaba enferma, y no tengo problema en estar aquí sin la camisa de mi uniforme, sobre todo porque no hay ni un alma. Meto a presión la camisa y la boina y el galón caqui de oficial dentro de la mochila JanSport sin doblar nada.

Me siento en la arena y agacho la cabeza; cierro los ojos y espero a que la espera termine. Noto que el sol y el pum, pum, pum del día me dan una tregua, como si un árbol invisible, o probablemente una nube, se detuviera sin prisas justo encima de mí.

Pero al levantar la cabeza veo que no se trata de una nube, sino que hay una persona ahí delante, un oficial de la policía militar. Lleva la boina azul de la policía militar y sostiene un cuaderno de bolsillo. No está descansando. Me mira sin pestañear para que me dé cuenta de que me he metido en un lío.

Dejo caer la cabeza, cierro los ojos y espero a que se acabe la espera.

Recuerdo momentos que son lo peor, pero también momentos que pasan a todas horas.

Cuando estaba en séptimo, mi madre nos llevó a mi hermana y a mí al colegio, y nuestro coche iba justo detrás del coche de Emuna. Detrás de nosotras iba el coche de la madre de Avishag. Al volverme vi a Dan sentado delante. Recuerdo despertarme aquella mañana pensando que el sueño me había dolido, pero aun así quería regresar a él y decir algo más. Tenía los ojos agotados y llenos de rabia. Me puse las Dr. Martens y los vaqueros de campana. Todas llevábamos Dr. Martens y campana aquel año. Mis botas eran azules. Las de Emuna también.

Delante veía el pelo rubio de la madre de Emuna recogido en un moño, y a Emuna mordeándose la manga de su suéter rojo. Aún notaba el sabor del chocolate caliente que me había tomado minutos antes. Fuera caían gotas de lluvia en los campos de plátanos, y por la ventanilla medio bajada miraba los plátanos y el polvo. En la radio había interferencias; sonaba una canción antigua, una canción sobre una chica con un pelo como el oro negro.

—Está lloviendo —dijo mi madre—. Cierra la ventanilla.

Aunque nuestro pueblo esté en medio de la nada, a esa hora siempre había atascos en la carretera que llevaba a la escuela. Eso fue antes de que pusieran las furgonetas de pasajeros. A mí me gustaba más entonces. Me gustaba mirar los coches de delante, sobre todo si conocía a la gente que iba dentro, y pensar que yo era una parte de aquella cadena, una nota de aquel ritmo.

—Cierra la ventanilla —dijo mi madre. Se volvió y me miró a los ojos—. Está lloviendo.

En el colegio, Emuna y yo cruzamos juntas la verja rota y nos metimos de lleno en la fluorescencia y la cháchara y los suelos de linóleo. Cuando me senté, todas las chicas se abalanzaron hacia mi silla, así que saqué los deberes sobre la Biblia de la mochila JanSport. Ese año todas teníamos mochilas JanSport. La mía era negra; la de Emuna de cuadros lilas y amarillos. Fue la única chica que accedió a sentarse a mi lado ese año, cuando Avishag y yo dejamos de hablarnos después de pelearnos porque me gustaba su hermano Dan.

Era el segundo año que estudiábamos a Jonás. Vino una profesora nueva que no sabía que ya habíamos dado Jonás el año anterior.

Los deberes eran más insultantes aún cuando los hacías por segunda vez. Aquella noche tuve un sueño en que Jonás me decía: «¿Pensabas que ibas a algún sitio? Qué estúpida». Me lo decía atrapado en el interior de una ballena, tratando de escapar de

Dios, como si el muy tarado no supiera las leyes de la Biblia y cómo acaban todas las historias.

Teníamos que completar frases, trazando líneas de una columna de preguntas (*Jonás fue a la ciudad de... Dios le dijo a la ballena que se comiera a Jonás para... Dios mató el árbol de Jonás porque...*) a una columna de respuestas.

—Os va a dejar copiar a todas, pero primero voy yo, así que no empujéis —les dijo Emuna a las chicas.

—He pensado en ti todo el fin de semana —le dije luego—. No he parado de pensar en ti. Te echaba de menos.

Ese mismo día, mientras nos comíamos el sándwich (mostaza-tomate-mayonesa para mí, mantequilla y pepino para Emuna), la profesora nueva que nos enseñaba la Biblia no habló de Jonás, sino que dijo que ese fin de semana su novio la había llevado a la azotea del centro comercial Azrieli de Tel Aviv y le había pedido que se casaran. Abajo los coches zumbaban y se perseguían unos a otros, y el mundo entero seguía su curso machaconamente. Menos para nuestra profesora, que dijo que en ese momento el mundo se detuvo.

Entonces Noam dijo que cuando fuera mayor le pedirían matrimonio en la azotea del centro comercial Azrieli, y a todas nos pareció buena idea, excepto a Lea, que puso cara de asco. Lea siempre ponía cara de asco.

El problema es que no pensamos que no seríamos nosotras las que elegiríamos dónde nos pedirían matrimonio, ni siquiera si alguien lo haría. El novio de Noam se lo pidió en el autobús. Acababa de llamarlos el agente de la inmobiliaria, y entonces el novio le preguntó si quería casarse con él.

De todos modos ella quiso que quedáramos en Azrieli para celebrarlo. En honor a un tiempo en que fuimos niñas.

Cuando alzo el cuello y veo al agente de la policía militar, no puedo contener la risa. A veces te tienes que reír. Aquí, sentada en la arena, me tengo que reír. He pasado dos años en el ejército, entrando y saliendo de las tiendas abarrotadas del centro Azrieli con el pelo suelto durante los permisos, montándome en trenes con sombra de ojos azul. Una vez incluso me puse el piercing de la nariz que me hice porque Hagar me convenció, mientras iba de uniforme a coger un autobús en la estación central de Tel Aviv, que siempre está abarrotada de boinas azules ansiosos por denunciarte.

Y aquí, en medio de la nada, dos semanas antes de licenciarme, es donde me van a endosar la denuncia. Precisamente ahora.

—Tu número de identificación, soldado —dice el agente sin mirarme. Está concentrado en las líneas de su cuaderno, agarrando con fuerza el bolígrafo. ¿De dónde demonios ha salido?

Bajo la cabeza de nuevo. Cierro los ojos.

—Tu número de identificación, soldado —dice el agente.

No contesto. Levanto la cabeza y lo miro, tranquila. Se mueve un poco, de modo que el sol vuelve a explotarme encima. Entorno los ojos, sin dejar de mirar. No me puede hacer hablar. No puede accionar mi boca con sus manos, ni hacer que el aire y el sonido salgan de mi garganta. No hay fuerza en este mundo capaz de eso.

—Tu número de identificación, soldado —dice el agente—. Voy a preguntar una vez más, y después vas a tener problemas.

Sé que no va a ser para tanto. Pasarán unos cuantos días hasta que la denuncia haga el recorrido desde la policía militar hasta mi base. Para entonces me quedarán solo unos días de servicio. Como mucho me pondrían a limpiar letrinas, pero ni siquiera llegarían a eso. Mis comandantes me adoran. Soy la instructora más antigua de la base. Hagar y las otras dos ya están recorriendo Europa. La base está tranquila desde la guerra, hace un año. Nadie va a ir a por mí ahora. Incluso creo que mi nuevo oficial, Shai, está enamorado de mí. Después de todo, he sido una buena soldado. He enseñado a un montón de chicos a disparar.

—No soy soldado —digo.

—Llevas pantalones de uniforme y botas militares. Eres soldado, y ¿tienes la cara dura de pasearte por ahí con medio uniforme puesto? —dice el agente.

—No soy soldado —digo—. En serio.

Imagínate que sabes que alguien es algo, estás seguro, pero esa persona no deja de decir que no es lo que tú sabes que es, lo niega rotundamente. ¿Puedes hacer algo? No, no puedes hacer nada. Si soy civil, no tiene autoridad sobre mí. Ni siquiera hay una ley que diga que los civiles deben llevar encima un documento de identidad.

El oficial se cruza de brazos, y sonrío. No me hace falta decir nada más, pero hablo.

—Son los pantalones de mi hermana —le digo—. Soy estudiante de grado medio. Y tú eres un hombretón armado que me está hostigando. De hecho debería ponerme a gritar.

—¿Tu hermana es soldado? ¿Cómo se llama? Se puede meter en un buen lío por dejarte el uniforme.

—Tiene diez años —le digo—. Es una niña de diez años muy alta. No sé de dónde sacó estos pantalones.

—¿Y las botas?

—Las compré en Zara.

—No fastidies.

—En el Zara de Londres, lo juro. Soy una estudiante de grado medio muy viajada.

—Venga ya —dice el agente de la policía militar. Patea el suelo con las botas, casi como haría una mujer, aunque es un hombre de pelo en pecho. Parece a punto de darle un berrinche.

—No soy soldado —le digo—. No soy soldado.

Sigo negándolo hasta que, pasados unos minutos, llega el autobús.

A veces se me ocurren cosas y me pregunto por qué no se me habían ocurrido nunca antes. A veces recuerdo cosas y pido compasión.

Subo al autobús y hago ver que busco dinero en el monedero. Solo cuando la puerta se cierra, saco la camisa del uniforme y me la pongo sin abrochar, y le enseño al conductor mi carné militar, con el que puedo circular en transporte público gratis cuando voy de uniforme.

Al conductor no le importan la camisa, ni los botones, ni siquiera la carretera. Habla por el móvil y con un gesto me indica que pase. Mientras nos alejamos intento saludar al oficial, pero ha desaparecido de mi vista.

Me siento al lado de la ventana, dos asientos por detrás del conductor. Asoma la espuma por las juntas del linóleo rojo, y la ventanilla está cubierta de polvo. Bajo la cabeza y cierro los ojos y espero a que el autobús llegue a Azrieli. Espero a que se acabe la espera.

Lucho siempre, a todas horas. ¿Por qué? Me hubiera dado igual que me llegara un parte por indumentaria inadecuada en público, o como se llame. No cambiaría nada. Todo —Emuna, yo misma, el autobús, Jonás— habría seguido su curso, machaconamente.

En la siguiente parada sube un terrorista suicida y se sienta justo a mi lado. No tengo pruebas de que lo sea, pero me he convencido de que lo es, así que trato de asegurarme. Lo último que quiero es crear un elefante a base de miedo. Diría que ronda los cincuenta años y, por su andar, se ve que está cansado de la mundanalidad del autobús y de esta tierra nueva.

Al sentarse empieza a mecerse mecánicamente, con la cadencia de quien ha renunciado a este mundo y aun así, por alguna razón, sigue nervioso. Está tan cargado que hasta en su hastío encuentra un motivo de preocupación. Espera a que pase algo grande, algo que lo cambie todo para siempre.

Pone dos grandes bolsas negras de plástico debajo de su asiento. Veo que sobresale un envase de plástico con galletas integrales de la bolsa que tengo más cerca, pero podría ser para despistar. ¿Un hombre así con galletas caseras?

Si no sospechara que es un terrorista suicida, creería que es ruso. Por lo juntos que tiene los ojos, y por ese extraño gorro gris, un gorro que no es de por aquí. Pero estoy casi segura de que es árabe: el acento del gruñido que ha hecho al sentarse, el modo en que se le hundan los ojos en las cuencas, su piel cetrina. Y parece un terrorista suicida.

Aunque es verano, lleva una chaqueta bonita y pantalón de sport, con un abultado suéter debajo. Seguro que en otro tiempo era ropa buena, pero ahora está muy vieja.

Me levanto de golpe. Miro alrededor, pero no quedan asientos libres en el autobús y ninguno de los otros pasajeros parece alarmado. Recuestan la cabeza en las ventanillas polvorientas, mandan mensajes por el móvil o miran hacia delante al unísono.

Cuando el bus entra en un túnel, el hombre empieza a entonar salmodias. Ya sé lo que pasará. He oído las historias en las noticias muchas veces. La mujer que lo sabía pero no dijo nada y perdió una oreja. El chico que mandó un mensaje a su madre diciéndole que tenía miedo y acabó muerto. El conductor de autobús que lo supo desde el principio pero pensó que podría parar y llamar a la policía antes de que pasara nada; el conductor de autobús que temía que si hacía algo solo empeoraría las cosas.

El hombre sigue entonando salmodias. Al principio lo único que oigo es «la, la, la», hasta que me doy cuenta de que debe de ser la llamada a la oración, la que entraba por la ventana de mi habitación a las cinco de la madrugada, todas las mañanas, cuando era niña. La llamada, aunque cansada de su viaje desde la frontera libanesa, entraba con fuerza.

—*La ilaha illallah* —canta el hombre. No hay ningún otro Dios.

Me preocupa más no morir que morir. Quedar medio quemada, ciega, convertirme en una carga. No poder volver a caminar o a ir al baño sola. Entonces sí que desearía morir con todas mis fuerzas. Me asusta que sea inminente, que todo vaya a cambiar en cuestión de segundos y no sepa cómo prepararme. ¿Qué quiero recordar del pasado?

La sangre me palpita en las venas del cuello y me tiemblan los dedos como si estuviera escribiendo en un teclado invisible. Pero no grito. No debo montar una escena. Nunca hay que montar una escena.

Le hago una pregunta al terrorista suicida. Quizá me conteste en perfecto hebreo; quizá no vaya a pasar nada.

—¿Va a Tel Aviv?

—Ajá —gruñe. Solo aire, nada de palabras. Y cierra los ojos y sigue meciéndose y cantando *la, la, la*, con labios trémulos.

Cuando el autobús sale del túnel y la luz le golpea de nuevo la cara, veo sus pómulos altos y sus mejillas chupadas, como si fuera un demonio o un hombre tocado por la gracia divina.

No va bien afeitado. No consigo recordar si Dios les pide que se afeiten antes de hacerlo o no. Pienso: *Vale, vale, has de tomar una decisión*. Así que me levanto y tropiezo con él. Sospechará y detonará los explosivos. Va a pasar ahora mismo.

Pero no pasa. Se vuelve a mirarme mientras me alejo por el pasillo del autobús. Otra pasajera hace lo mismo, una mujer etíope que abraza a su bebé como si tuviera miedo de que le vaya a hacer algo.

Estoy tan asustada como para sentarme en las escaleras del fondo del autobús y aguantar los bandazos de los baches de la carretera. Estoy tan asustada como para sentarme al lado de la papelera, llena de helado y pañuelos y cáscaras de pipas de girasol. Incluso tengo estómago para aguantar las miradas de los otros pasajeros, que no entienden por qué me he levantado del asiento, que quizá nunca han sentido el miedo atroz a morir.

No estoy tan asustada como para contárselo a alguien o ponerme a gritar; solo para intentar salvar mi propia vida, quizá. El heroísmo nunca ha sido una de mis virtudes.

En todo momento pienso en ella, en Emuna. Más de lo que pienso nunca en Avishag, a pesar de que hablamos por teléfono cada día. Aun así. Ruego compasión y vacío el cerebro; bajo la cabeza y cierro los ojos. E incluso entonces pienso en Emuna.

Cuando estaba en séptimo, uno de los últimos días del curso, mi madre nos llevó a mi hermana y a mí al colegio, y nuestro coche iba justo detrás del coche de Emuna. Yo tenía los ojos agotados y secos y llenos de rabia.

Delante veía el pelo rubio de la madre de Emuna recogido en un moño, y a Emuna mordiéndose la manga del suéter rojo. Aún notaba el sabor del chocolate caliente que me había tomado minutos antes. Los campos de plátanos eran ocres.

Entonces aún me gustaban los coches y los atascos. Me gustaba mirar los coches de delante, sobre todo si conocía a la gente que iba dentro, y pensar que yo era una parte de aquella cadena, una nota de aquel ritmo. Miré su coche y me gustó que Emuna no pudiera verme.

Entonces fue cuando lo vi. El hombre de la escopeta todavía estaba muy lejos. Probablemente tardaría cinco minutos en caminar desde el campo de plátanos hasta la carretera. Vi cómo se iba acercando, cada vez más. No dije nada.

El coche de la madre de Emuna avanzó, y nuestro coche fue detrás. Emuna seguía mordiéndose el suéter rojo. Tan bien la veía que distinguí sus dientes.

El hombre de la escopeta llevaba kuffiya. Supe, incluso entonces, que era del Líbano. Que era el único infiltrado en la frontera desde la retirada del ejército. Lo supe, no puedo negarlo.

Supe que era una persecución, y yo estaba dentro de un coche parado en un atasco.

El coche de la madre de Emuna avanzó. Nuestro coche avanzó. El hombre de la escopeta siguió andando. Quizá pensé: *No nos hagas daño*. Pero no solo eso. Pensé: *A nosotras no, a ella. Ve ahí, ve ahí*. Y continué en silencio.

Su coche avanzó, nuestro coche avanzó, su coche avanzó. Entonces el hombre encajó el cañón en la ventanilla y disparó a la madre de Emuna. Luego corrió; se fue.

Veo a Emuna toda envuelta en rojo.

Y aun así este recuerdo no es lo peor. Lo que pasó luego fue mucho peor.

Cuando el autobús se para en la acera delante del centro comercial Azrieli, doy unos pasos sin poder creer que sigo viva. Me siento un calco de mí misma, aunque después de todo no ha pasado nada.

La gente se dispersa; el conductor del autobús ayuda a la mujer etíope a sacar el carrito del bebé. El terrorista suicida que resulta no serlo se aleja solo hacia una

cafetería, donde hay gente todavía muy joven fumando con las piernas apoyadas en las mesas de fuera. La gente, toda esta gente, camina como guiada por hilos invisibles, en transversal, en longitudinal, en diagonal, rápido. Oigo el clic-clac de sus pasos. Los coches murmuran como gigantescas moscas de la fruta, la música de la ciudad me envuelve, me toca. Los edificios proyectan su oscuridad y pienso que nada habría cambiado si el autobús hubiera explotado. Todo esto aún existiría.

A menudo pienso que no recuerdo el funeral o los días siguientes, pero sé que estuve allí. Lloré mucho, me abrazaron madres que no eran la mía, y luego en casa mi madre me abrazó.

Sabía que no tendría que ver a Emuna porque en verano siempre se iba. Ese verano podría haber sido distinto, pensé que quizá lo sería, pero al final no lo fue; salvo porque no paré de pensar que era increíble que el pueblo y el país no hubieran explotado aún, que yo no hubiera explotado aún. Esperé una explosión que nunca llegaría y que yo no merecía.

Recuerdo algo que dijo la madre de Emuna el día que Omer rompió con ella y Emuna dijo que quería morir. Su madre le contó que había creído que su vida había empezado cuando el padre de Emuna le pidió que se casaran, y luego había creído que su vida había empezado cuando se casó con él, y luego cuando nació Emuna. ¿O fue mi madre quien me lo contó?

Lo peor vino después.

Cuando iba a octavo, uno de los primeros días del curso mi madre nos llevó a mi hermana y a mí al colegio, y nuestro coche iba justo detrás del coche de tu padre. Yo tenía los ojos agotados y secos y preparados. Llevaba mis Dr. Martens y mis pantalones de campana.

Vi que te mordías la manga del suéter. Aún notaba el sabor del chocolate caliente que me había tomado minutos antes. Fuera caían gotas de lluvia en los campos de plátanos, y por la ventanilla medio bajada miraba los plátanos y el polvo.

—Está lloviendo —dijo mi madre—. Cierra la ventanilla.

Miré los coches de delante y traté de pensar que yo era una parte de aquella cadena, una nota de aquel ritmo.

—Cierra la ventanilla —dijo mi madre. Se volvió y me miró a los ojos—. Está lloviendo.

Entré sola en la escuela, detrás de Emuna, por la verja rota y me metí de lleno en la fluorescencia y la cháchara y los suelos de linóleo. Cuando me senté todas las chicas se abalanzaron hacia mi silla, así que saqué los deberes de la Biblia de la mochila JanSport.

Era el tercer año que estudiábamos a Jonás. Teníamos a la misma profesora, pero se había olvidado de que ya habíamos dado a Jonás el curso anterior. O quizá no le importaba. Estaba casada.

Jonás fue un profeta, pero no quería serlo, así que Dios le hizo ser profeta de

todos modos, por más que intentó esconderse de Él. Después Jonás fue a ese pueblo de gente mala y les dijo que eran malísimos y que Dios iba a matarlos a todos. La gente mala no se enfadó con Jonás, sino que se volvió buena y Dios les perdonó la vida.

Sin embargo, Jonás se quedó muy triste, se sentía estúpido por haber dicho a esa gente que Dios iba a matarlos a todos para que luego Dios cambiara de idea, y además andaba deshidratado por el desierto. Encontró un árbol que lo salvó del calor, y Dios mató el árbol. Jonás se quedó muy triste. Y Dios dijo entonces: «¿Ves, Jonás? Estás triste por la muerte de este árbol, aunque no hiciste nada para criarlo, así que ¿cómo esperas que no cambie yo de idea y decida no matar a toda esa gente a la que creé?».

De todos modos Dios le había prometido a Jonás un desastre. Hizo que Jonás montara una escena para nada. Jonás había creído que el mundo entero iba a acabarse, pero Dios nunca permitiría que eso pasara. Apuesto a que lo supo desde el principio. Alguna gente, y Dios, saben desde el principio que el mundo no se va a acabar. Caminan despreocupados por las aceras a mi alrededor.

Otra vez tuvimos que completar frases uniendo preguntas y respuestas. Las mismas preguntas, las mismas respuestas, aunque esta vez fue más duro.

Dios mató el árbol de Jonás porque...

—Va a dejar copiar a todo el mundo, pero primero voy yo, así que no empujéis — les dijo Avishag a las chicas. Se sentó a mi lado. Me sonrió, como si nunca hubiéramos dejado de hablarnos. Primero me sorprendió, pero enseguida me puse eufórica. No pude decirle que le guardaba el sitio a Emuna. No por nada que tuviera que ver con Avishag. No porque estuviera contenta de que me hubiera perdonado por enamorarme de Dan. Porque no quería que Emuna se sentara a mi lado.

Emuna era real, y era la misma. Me miró, de pie entre las chicas, como un adorno. Todas me miraron.

—He pensado en ti todo el verano —le dije a Avishag en voz alta—. No he parado de pensar en ti. Te he echado de menos.

Ese era el pulso de los peores momentos. El pulso del mundo que no deja de rodar.

Subo en el ascensor, cada vez más arriba, hasta el puente descubierta que lleva a la entrada del centro comercial Azrieli. Abajo, en la avenida, los coches de colores se persiguen unos a otros; rápido, y de nuevo, y más.

En los años desde que terminamos el grado medio, hemos quedado en el centro comercial Azrieli muchas veces. Todas las chicas lo hacen. El hechizo se desvaneció la segunda vez, quizá la tercera.

Sé exactamente lo que va a pasar, así que está de más, pero es inevitable. Cosas que están de más pasan a todas horas. Seguimos haciéndolas de todos modos.

Las siete u ocho que aparezcamos nos abrazaremos. Avishag y yo nos besaremos

en las mejillas. Todas nos probaremos zapatos que nunca nos compraremos y nos compraremos camisetas sin mangas que quizá no lleguemos a ponernos. La conversación será de novios e ingresos en la universidad y trabajos de camareras y lo bueno que es haber acabado el servicio militar. Nos burlaremos de Tali y Lea por haber decidido hacerse oficiales. Repetirán el conocido mantra de lo fácil que es ganar dinero quedándose en el ejército un año más, porque como oficial te pagan mejor de lo que te pagarían fuera, y no tienes gastos. Diré: «Ya, pero ¿tú? ¡Lea!», y ella se encogerá de hombros, o me dará una palmada en la espalda, con movimientos mecánicos que recordarán la autoridad que una vez tuvo, pero sin la fuerza de entonces. Pediremos café en la cafetería Aroma y Lea se echará un sobrecito de azúcar en la boca. Entonces todas nos reiremos. Los lavabos estarán encharcados y una mujer que no tiene casa nos escupirá cuando nos lavemos las manos con jabón industrial. Luego subiremos en ascensor a la azotea, y una chica dirá que desde ahí las personas que caminan por las calles de Tel Aviv parecen hormigas. Incluso puede que sea yo. «Qué genial es estar juntas», dirá alguien. «Me encanta Tel Aviv», añadirá otra chica. Todas desearemos que de mayores no nos toque criar a nuestros hijos en un pueblo de mala muerte.

Noam corre a abrazarme cuando me ve. Luego me enseña su anillo.

—Topacio y oro blanco —dice.

Tardo un par de minutos en darme cuenta de que Emuna no está por ahí. Pienso demasiado, y solo en mí misma.

Al ver que Emuna no está me da un vuelco el corazón.

Y esa puede ser la noticia bomba. A lo mejor Emuna se ha ido a la India. A lo mejor está en la habitación de cuando era niña, destrozada, a fin de cuentas y después de todo destrozada. Y a lo mejor sencillamente ha decidido que no quería vernos, que no va a ser divertido, que ya basta.

Todo esto ya había pasado antes, y volverá a pasar lo mismo, así que la verdad es que el encuentro está de más, y el centro comercial, y nosotras.

Digo que no paro de pensar en Emuna, pero ni siquiera pregunto por ella. No enseguida. Espero.

—No puedo creer que por fin seamos casi adultas —digo, besando a Noam en las mejillas.

Detrás de ella hay otras seis chicas a las que conozco desde que nací. Estamos enfrente de una zapatería en la tercera planta del épico centro comercial, rodeadas de gente que camina a nuestro alrededor, engulléndonos, en medio del zumbido de sus voces.

—Mira que estás loca —dice Noam—. ¿Cómo no llevas la camisa del uniforme? —me pregunta cuando me disculpo por llegar sudada y en pantalones militares porque vengo directamente de la base—. Te vas a meter en un buen lío —añade.

—Si alguien pregunta, solo tengo que decir que no soy soldado —le digo.

—No puedes hacer eso, loca —dice Lea, dándome un puñetazo en el hombro.

—Bueno, acabo de hacerlo, señorita Oficial. Lo he dicho una vez, y puedo volver a decirlo.

Nos echamos a reír.

Aparte de Lea, que también viene directamente de una base militar, todas llevan pantalones de campana. Nunca hemos perdido esa costumbre.

Emuna. Quiero decirte una cosa. Unas cuantas cosas.

¿Te acuerdas de aquella vez, en sexto, cuando vimos la película? Fue la primera vez que veíamos una película en el cine. Ese día nos sentamos en el suelo de la cocina de Lea. Debíamos de ser ocho. Lea llamó a un coche. A mí aquella llamada me olió a perfume robado y a plátanos y a pies.

—Queríamos pedir un taxi. Uno grande. Somos muchas. Y vamos al cine —dijo Lea.

¿Te acuerdas de la furgoneta que vino a recogernos? ¿Del viaje? Intentamos que nuestras caras y nuestras palabras y nuestra alegría se parecieran a las de las chicas mayores en las que creíamos que nos estábamos convirtiendo.

—Tome, una propina —le dijo Lea al taxista cuando llegamos al intento de centro comercial de Nahariya—. Una propina, como es costumbre.

La película pretendía asustarnos. Era *Scream 2*. Gritamos. Justo después de que Neve Campbell disparara a la señora Loomis en la cabeza, justo cuando decía «Por si acaso», se encendieron las luces, se paró la película y un acomodador gritó:

—No se asusten. Se ha encontrado un objeto sospechoso en el centro comercial, y necesitamos que todo el mundo vaya al aparcamiento.

—Qué suerte la nuestra. Qué. Suerte. La. Nuestra —dijo Lea en el aparcamiento. Recordándolo ahora, sé que fueron las palabras más adultas que ninguna de nosotras dijo aquel día, pero entonces no me di cuenta. La función había terminado.

—¿Te acuerdas de aquella vez cuando hacíamos que éramos lobos y fuimos a gatas por toda la calle de Nina? —le pregunté a Lea.

—¿Y? —me preguntó Lea.

—Y nada —dije—. Solo que acabo de recordarlo.

—Siempre estás con lo mismo —dijo Lea—. Te acuerdas de la vez que no sé qué, te acuerdas de la vez que no sé cuántos —imitaba mi voz, hablando como una retrasada. Ese año aún tenía la esperanza de que volviera a ser la misma chica con la que jugaba de pequeña, y cuantas más esperanzas ponía, más se burlaba de mí.

—Sí, siempre estás con lo mismo —dijo Noam—. Qué plomo.

Avishag miró hacia otro lado. No me había dirigido la palabra ni una vez, ahora me doy cuenta. Desde el principio.

En cambio tú.

Y tú dijiste:

—Dejadla. Dejadla en paz.

Y tú. ¿Te acuerdas?

¿Por qué no me dejas nunca?

Solo cuando todas las palabras vacías terminan de caer de nuestras bocas le pregunto a Noam.

—¿Dónde está Emuna? —la miro a la cara—. ¿No viene, verdad?

Emuna. Tardo mucho en preguntar dónde estás. Mucho.

Quería contarte algo. Cuando estoy contigo, cuando respiramos el mismo aire, también me acuerdo de ti; aún y siempre y de repente.

Vale.

—Ah, ¿Emuna? Ha ido al lavabo —dice Noam—. Ahí la tienes, justo detrás de ti —Noam señala con la barbilla.

Puedo olerte, justo detrás de mí, real, antes de darme la vuelta. Huelo el jabón industrial de los servicios del Azrieli con el que te has lavado las manos. Huelo la orina que ha empapado los bajos deshilachados de tus pantalones de campana. Estás aquí mismo.

El olor es el revés del recuerdo. Una dimensión aparte.

Medios para disolver manifestaciones

Fogeo

Lea, la oficial, de repente dejó de sentir su propio cuerpo. Yacía boca arriba encima de una barricada contra francotiradores, tapando las estrellas con una hoja de periódico. Había que estirar los brazos para desplegar completamente la hoja en alto.

—Oh —dijo.

—No ha sido cosa del ejército —dijo Tomer. Lanzó la colilla del cigarro al asfalto de la ruta 433. Hablaba de Huda, la niña palestina de la playa. La fotografía del periódico la mostraba gritando en medio de la arena roja, cerca de los cuerpos desmembrados de personas que eran su familia.

—Ya lo sé —dijo ella—. Está manipulado.

El mundo decía que el ejército israelí lo había hecho en un ataque aéreo, pero el ejército israelí sabía que la familia había sido asesinada por un obús que los militantes palestinos habían dejado junto al mar. Lea miró a Tomer. La luz anaranjada de las farolas de la carretera lo iluminaba desde atrás, con lo que podría haber sido un demonio. Tenía diecinueve años, dos menos que la oficial.

—No sé por qué, de repente no siento el cuerpo —dijo Lea.

—¿Otra vez?

Lea le decía a menudo que no sentía el cuerpo. Que podía moverlo, pero no sentirlo. Que eran cosas aparte. Tomer nunca le hacía preguntas; la empujaba. Era lo que ella quería.

Tomer se descolgó el fusil de la espalda y le aplastó los hombros contra el cemento. Cuando se bajaron los pantalones, le apretó el cuello con las manos, y luego los brazos. De día la llamaba «Lea», porque era su nombre y porque le había dicho que podía llamarla así. De noche, cuando le tiraba del pelo tan fuerte que le retumbaba el cuero cabelludo, la llamaba «oficial», porque ella le decía que tenía que llamarla así en ese momento y porque era lo que era. Quería que la llamara así en ese momento porque sabía que había que mantenerlo a raya cuando más cerca estaba y más brusco era. Al desviar la mirada vio el resplandor cálido que salía de los hogares en aldeas donde vivía otra gente.

Sabía que sus días de servicio se acercaban a la meta, pero no lo sentía. No lograba imaginar ni recordar las cosas que deseaba antes de ser soldado, y se esforzaba pensando en cosas que desear a partir de entonces, para la vida de civil.

Suponía que debía desear una familia o entrar en una buena universidad, pero lo suponía por lo que observaba a su alrededor. Ella no sentía el deseo. Empezó a sentirse así cuando aún no llevaba un año de servicio, después de que degollaran a uno de los soldados del control y casi lo decapitaran, y entonces decidió que el único deseo razonable debía estar dentro del ejército, así que decidió que sería oficial. No quiso seguir siendo un soldado de mierda que se pasa la vida en los controles para que la degüellen a la primera de cambio. Quería ser la que pegaba gritos a los soldados que ponían el cuello donde podían cortárselo. Acabó por aceptar que empezaría y terminaría el servicio militar en la unidad de tránsito, pero, si iba a estar en un control de carretera, al menos sería la oficial al mando.

Tomer hacía casi todo lo que le pedía sin preguntar mucho. Era un chaval de diecinueve años sensato. Y Lea era bella, a su manera. Una belleza fría, hirviente, inmutable, y unos pechos estupendos. Además, era la única chica que animaba la rutina de Tomer. Y también él mataba el tiempo de alguna manera, su tiempo como soldado.

A la mañana siguiente, Lea se despertó sola en su catre de campaña. Tenía una tienda propia porque era la única mujer del puesto.

Era un destino raro. La ruta 433 engendraba rareza a lo largo de todo su trazado. Atravesaba la ribera occidental pero estaba cerrada a los palestinos desde 2002, cuando dispararon a los motoristas. Por lo visto el ejército necesitaba cuatro soldados y un oficial al mando en cada uno de los puestos de control, que se improvisaron más o menos cada cien kilómetros, así que de repente Lea se encontró al mando de cuatro chicos que se repartían los turnos de vigilancia en un control de carretera siempre desierto. Y todo para que alguien tuviera que decir «Lo siento, la carretera está cortada» en caso de que alguien decidiera aparecer, incluso después de tanto tiempo. Apenas tenía nada que ver con la temporada que Lea pasó en un control de carretera gigantesco, y menos aún con su manera de ser. Se habría enfadado con un destino como ese, de no ser porque se licenciaba en unas semanas.

Pasó el día en la cama leyendo un libro de preparación para los exámenes de acceso a la universidad. Esperaba que la nota le diera para estudiar Empresariales. Se suponía que tenía que ir a supervisar al chaval de guardia dos veces por turno, pero ni se molestaba en hacerlo porque allí nunca pasaba nada. Salvo que aquel día sí pasó. Tomer, que cubría el turno de la tarde, la llamó al móvil del ejército para decirle que había tres manifestantes varones en el puesto de control.

—¿Han tirado piedras, o algo? —preguntó Lea.

—No, pero tienen una pancarta. Y no paran de discutir conmigo porque quieren que los disuelva, aunque ya les he explicado que aquí no disponemos de medios para disolver manifestaciones.

—Eso no es cierto.

De pronto sintió una emoción que no sentía desde antes de que la destinaran a la ruta 433. Como oficial, sabía que todo puesto de control disponía de una caja con

material destinado a las manifestaciones. Por fin la instrucción servía para algo, pensó. Y, ya que los manifestantes insistían, debía procurar complacerlos.

Abrió el candado de la taquilla metálica de suministros que había en su tienda de campaña y sacó una caja de madera. Pesaba, así que tardó un rato en trasladarla hasta la barricada contra francotiradores y cruzar la carretera hasta la sombrilla que indicaba el puesto de control.

—Nos dieron una clase sobre manifestaciones y todo eso en el campo de reclutas, pero no me acuerdo —dijo Tomer.

Dos de los tres manifestantes palestinos rondaban los treinta años, y uno era solo un crío, un crío con los dedos en la boca. Tenían una única pancarta, un papel tamaño folio en el que habían escrito con rotulador en inglés: OPEN 433. Uno de los hombres llevaba una camiseta de Guns N' Roses. Levantó la mano, así que Lea le hizo una seña para que se acercara. Cuando estuvo a cuatro pasos de ella, le hizo una seña para que se quedara quieto.

—Oficial, hemos venido a manifestarnos contra la restricción de nuestra movilidad, que es un castigo colectivo y contrario a las leyes internacionales —dijo el manifestante en hebreo, con un acento muy marcado.

Lea puso una mano en la culata de su fusil y la otra en el bolsillo.

—¿Cómo es que sois solo tres? Difícilmente puede considerarse una manifestación.

—Pido disculpas, oficial. Esta semana tenemos una boda en el pueblo, y el resto de la gente es muy poco formal, ya se ve —dijo. Agachó un poco la cabeza al hablar—. ¿Cabría la posibilidad de que nos dispersarais un poco, lo necesario para salir en la prensa, o algo así?

Lea había querido ser cruel, pero el hombre era de lo más agradable. Al hablar entornaba los ojos, y parecía más bien el cliente de un banco pidiendo que le aumentaran el límite de crédito que un manifestante. La hizo sentir un poco como si estuvieran en el mundo real.

—Veremos lo que podemos hacer —le contestó.

Se sentó en el asfalto y abrió la caja de madera. Dentro, en una funda fina de nailon, había instrucciones impresas. Tomer hizo una seña al hombre de que retrocediera y esperara. Se sentó junto a Lea y leyeron juntos.

El objetivo de los «Medios para disolver manifestaciones» es disolver manifestaciones. Tienen como fin intimidar, y a lo sumo herir, pero el objetivo no es matar. Una orientación general:

Empléense de menos a más: fogueo, gas lacrimógeno, goma. Debemos minimizar daños en la medida de lo posible.

La granada 30, una granada de fogueo, estaba diseñada para sorprender y asustar con una detonación fuerte. Según las instrucciones, podía dañar los tímpanos y causar

heridas leves si explotaba en un radio de menos de dos metros, por el plástico, así que Lea les pidió a los manifestantes que retrocedieran un poco. Caminaron hacia atrás sin apartar la mirada de la sombrilla, y al cabo de un rato el niño se sacó los dedos de la boca y levantó los pulgares sin mucho convencimiento. Lea no supo muy bien cómo responder a eso, así que levantó también los pulgares: estaba a una distancia segura. Luego volvió a poner la mano en la culata del fusil.

La granada de fogeo era naranja y en forma de cono. Tenía una cinta roja alrededor. Lea la sostuvo en la mano y se agachó a coger una piedra del suelo. Sintió los dedos rígidos abarcando la dura superficie de la piedra. La dejó caer desde el aire en la mano de Tomer.

—Tú eres el soldado —le dijo—. Y además hace más tiempo desde la última vez que yo toqué cosas de estas. Vamos a practicar.

Simularon que la piedra era una granada. Lea le dio las instrucciones como si se las supiera de memoria, aunque acababa de leerlas hacía un momento. Le recordó que mantuviera la granada en la palma de la mano y asegurara la palanca con el dedo índice. Le explicó cómo pasar el dedo medio de la mano izquierda por el seguro, como si fuera un anillo, y luego tirar con un movimiento seco de muñeca, como si le preguntaran la hora. Lea alzó un poco la voz, porque Tomer levantó el brazo hacia atrás para el lanzamiento de prueba sin acompañarlo con la mirada.

—Las instrucciones dicen que después de quitar el seguro hay que mirar la granada en todo momento, porque solo tendrás tres segundos y medio hasta que explote. ¿Qué pasaría si echaras la mano hacia atrás y golpearas una pared?

—Pero sé que no tengo ninguna pared detrás —dijo Tomer.

—¿Y si de repente la hubiera? ¿Y si viniera un pájaro? No es agradable que te exploten cosas en la mano, aunque sea una granada de fogeo.

Tras un par de simulacros llegó la hora de la verdad. El niño tenía otra vez la mano en la boca, y uno de los hombres se enjugó la frente con el antebrazo. El calor irradiaba del asfalto entre ellos.

—¿Preparados? —les gritó Lea. Entonces ella y Tomer se pusieron los tapones en los oídos.

Lea pensó que cualquier cosa en el mundo de la que uno pudiera protegerse con unos trozos de espuma en los oídos no era para tanto, pero cada vez que explotaba una granada sentía el ruido en los huesos de la cadera, como una sacudida, y en la boca un regusto metálico.

Pensó que los tres hombres aguantarían más, pero después de cuatro granadas la manifestación quedó disuelta. Todo salió según el plan, tal como ella y cualquiera en su posición hubiera previsto.

Cuando iba al colegio siempre había sentido que cada minuto era parte de una carrera. Consigue esa nota. A ese chico. Cómprate esa camiseta. Sé la chica más popular. No permitas que ninguna otra chica te desobedezca. Monta las mejores fiestas. Vamos. Vamos. Vamos, antes de que alguien te pase por delante. El ejército,

en cambio, era una tregua paralizante de aquella carrera sin respiro que había durado dieciocho años. El ejército empezaba y terminaba, y ella lo sabía. Todo quedaba comprendido entre las fechas predeterminadas del comienzo y el final, y nada de lo que ella hiciera en medio importaría. Hiciera lo que hiciera, el ejército acabaría cuando tuviera que acabar. Llegaría al mismo lugar, a la misma estación cerca de la base donde los soldados devolvían sus uniformes al licenciarse. Costaba sentir algo, sabiendo eso. La mayor parte de los días eran protocolos y órdenes, ir de un punto al siguiente en lo que parecía ser la única línea recta posible.

A veces aún intentaba salirse un poco del camino trazado, como cuando en el colegio se le escapaba una raya al apretar el lápiz con el pulgar que sostenía la regla. A veces lo intentaba con el sexo, con el dolor y con artículos de sucesos del periódico, pero sin forzarlo demasiado.

Gas lacrimógeno

La hoja de periódico que Tomer llevó a la barricada esa noche hablaba de una chica asesinada por su madre. La chica era una árabe israelí de una aldea del norte embarazada de uno de sus hermanos, que la habían violado y al parecer recibirían una condena severa. La fotografía mostraba a la chica el día de su graduación en el instituto, sonriente y con vaqueros. Tenía una sonrisa generosa, de buena chica, la sonrisa de esa chica del colegio con la que no podías poner verdes ni siquiera a los personajes de las telenovelas. Se esperaba que la madre recibiera una condena leve, por tratarse de un crimen pasional, necesario para limpiar la honra, y hay que respetar la cultura del otro. La madre había empleado cuchillos y un bastón y una bolsa de plástico, y juró que antes había intentado convencer a la chica de que se quitara la vida. El artículo acababa con el testimonio de un carnicero de la aldea donde vivía la chica, que explicaba que una mujer mancillada es siempre carne corrompida, y a veces no hay elección. Si no cortas inmediatamente, la deshonra se extenderá como la gangrena al resto de la familia.

La oficial daba permiso a los chicos para quedarse el periódico que el camión del reparto traía todas las mañanas, con la promesa de que Tomer le guardaría los sucesos más truculentos para leerlos por la noche. Lea no quería perder tiempo leyendo cosas que la hicieran sentir menos del máximo.

—Pensaba que el niño se iba a echar a llorar —dijo Tomer. Llevaba la camiseta interior y los pantalones del uniforme, aunque ella le había dicho que no le gustaba que saliera de la zona residencial sin el uniforme completo.

—No, no creo —dijo Lea—. Solo ha sido un poco de ruido. Ni siquiera pensé que fuéramos a dispersarlos con eso, pero quizá solo querían algo simbólico —oyó a lo lejos la radio de una casa cantando en un idioma que no era el suyo.

—Y cómo petaban ¡pum! —dijo Tomer. Luego ya no hablaron más.

Lea aquella noche no le dijo que había partes del cuerpo que no sentía, pero sobre el cemento actuaron como si no pudiera sentir nada y todo valiera y fuera necesario siempre y cuando no los oyeran los otros soldados. Las tiendas de campaña estaban apenas a medio kilómetro de la barricada contra francotiradores, y a veces Lea gritaba tan alto que era para preocuparse.

Las horas, la arena. Lea las surcaba como el fantasma de un libro para adolescentes que se compró una vez en el supermercado. El fantasma estaba en una casa, pero no podía abrir cajones o sostener una taza de café. Lea tampoco podía cambiar nada y su existencia no importaba, no se sentía. Vivía envuelta en una niebla de copos de algodón.

Los manifestantes volvieron a la tarde siguiente. Lea pasó la primera mitad del día preguntándose si regresarían. Cometió fallos en uno de los tests de prácticas que hizo, incluso en una pregunta de matemáticas que era poco más que álgebra y sentido común.

Los manifestantes volvieron, esta vez con tapones para los oídos.

Lea no tuvo que cargar la caja de madera hasta el control porque le había pedido al soldado del primer turno que la llevara por si acaso.

—¿Qué se os ofrece ahora? —le preguntó Lea al hombre, cuando se acercó prudentemente a ella. Llevaba la misma camiseta del día anterior. El niño sujetaba la pancarta esta vez, aunque seguía con los dedos metidos en la boca.

—La cuestión es que nadie va a escribir un artículo por unos simples petardos —dijo el hombre—. Esa es la cuestión, oficial —era cauteloso, como un cliente que ha comprado una camisa y exige que le devuelvan el dinero aunque se haya puesto la camisa más de una vez. Pero se mantenía firme, como si estuviera decidido a insistir tanto como pudiera.

—El niño podría resultar herido —dijo Lea. Tomer estaba detrás de ella, tamborileando con los dedos en el hueso de la clavícula.

—Tiene trece años —dijo el hombre—. Para vosotros es un hombre. Eso es lo que significa vuestro Bar Mitzvá.

Parecía más pequeño. Lea recordó que en las instrucciones se decía que debían evitarse a toda costa los medios para disolver manifestaciones cuando hubiera niños. También recordaba una larga charla en la escuela de capacitación para oficiales, en la que se dijo que un niño era cualquiera a quien no pudieras imaginar celebrando su Bar Mitzvá, vestido de traje y leyendo en el templo y demás. Esos manifestantes sabían muy bien lo que se traían entre manos: eran consumidores informados, y a saber qué otras cosas.

La Federal, el arma para lanzar granadas de gas, parecía una pistola de juguete, más que cualquier otra pistola de juguete que Lea hubiera visto. Básicamente era un tubo marrón con dos agarraderas plateadas, una delante y otra detrás. Parecía que la hubieran pintado con aerosol. Tenía un manual de instrucciones largo, y además Lea no quería que el hombre pensara que podía meterle prisa, así que lo ahuyentó sin

prometerle nada y se sentó a leer en la silla de plástico bajo la sombrilla.

Por alguna razón, la mitad de las instrucciones eran datos históricos. Al cabo de unos minutos, Lea sabía que la Federal había sido inventada por la Policía Federal de Nueva York, Estados Unidos, por una empresa llamada Federal, ¡de ahí el nombre! En el ejército, a veces, Lea no tenía más remedio que preguntarse quién redactaba las instrucciones de ciertos protocolos y quién supervisaba los contenidos. Daba la impresión de que cada documento podía tener vida propia. A veces aún había sorpresas y atisbos de vida en el ejército. Contadas veces.

La granada que se usaba como proyectil de la Federal tenía un diámetro de treinta y siete milímetros, y contenía gas del tipo CS. Era plateada, con una franja azul, y se veía muy bonita y tecnológica. La Federal tenía miras, y eso preocupaba a Lea, porque tanto ella como Tomer tenían una puntería pésima, que era el motivo principal de que hubieran acabado en la ruta 433. Pero las instrucciones decían que no se debían usar las miras, porque el tirador no apunta directamente a un objetivo individual, dado que el gas se dispersa. Caramba. Lea se sintió estúpida al leer eso, aunque seguro que no tanto como la persona que había diseñado el arma. Las instrucciones recomendaban expresamente no disparar apuntando por la mira, porque el gas podía filtrarse en los ojos del tirador. Al llevarse la mano a la nariz, olió un poco a gas, que le penetró en los pulmones como si fuera lija.

Las instrucciones decían que el alcance efectivo llegaba hasta ochenta metros, pero no decía cuál era el alcance mínimo de seguridad, de modo que Lea situó a los manifestantes a una distancia que calculó de unos cincuenta metros, pero lo pensó mejor y les dijo que se alejaran todavía unos pasos más.

Se chupó el dedo para comprobar la dirección del viento, pero no sintió nada. Cargó la granada en el arma, apuntando con el cañón al suelo, y la cerró con un chasquido. Esperó que el viento fuera favorable y apuntó con un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto al suelo.

En todo ese tiempo no le había dicho una sola palabra a Tomer, y él tampoco a ella, pero entonces Lea le hizo una señal para que ocupara su lugar sujetando el arma.

—Todo lo que tienes que hacer ahora es, literalmente, apretar el gatillo, pero con fuerza, porque el arma no tiene seguro y los que la diseñaron lo compensaron con un gatillo duro.

Entonces avisó a los manifestantes moviendo los brazos y, aunque Tomer no había hecho cuenta atrás, ni había avisado, se oyó el leve susurro de algo que se desprende, y acto seguido las caras de los manifestantes se pusieron rojas y mojadas, y echaron a correr gritando y desaparecieron.

Goma

No había demasiadas estrellas esa noche, y en la barricada daba la impresión de

que Lea estuviera llorando. Las luces de los hogares se apagaron una tras otra a su alrededor. En la fotografía de la hoja del periódico que Tomer le había traído se veía la imagen de un ave que por lo visto en un par de años se extinguiría. El ave era un águila de cola parda, pero según el periódico se llamaba águila de cola blanca, lo que hizo pensar a Lea que la imagen y la historia podían ser mentiras. Por su mirada parecía que el ave estuviera furiosa, de un modo que nunca había imaginado que pudieran enfurecerse las aves, ni siquiera las que sabían que iban a extinguirse.

—¿Y esto es lo peor que habéis podido encontrar hoy? —preguntó.

—No había ninguna mención a los manifestantes —dijo Tomer. Habían dado parte de los incidentes a la base de operaciones de la ruta 433 por teléfono el primer día, pero por lo visto nadie se preocupaba mucho por ellos.

Tomer también yacía boca arriba esa noche, mirando el periódico y luego a Lea. Con el brazo aplastaba el hombro de Lea.

—Qué, ¿estás llorando? —dijo. No la había visto llorar antes—. ¿O es por el gas lacrimógeno? Si tú misma me dijiste que me lavara las manos dos veces antes de tocarme la cara —dijo.

—No soy tan estúpida —dijo Lea—. Voy a estudiar Empresariales en la Universidad de Tel Aviv, ¿vale? —nunca le había dicho cuándo se marcharía, y no estaba segura de si Tomer sabía que iba a ser pronto.

—Y luego ¿qué?

—Mi hombro. Me haces daño.

Lea sabía que volverían a la mañana siguiente, así que pudo estudiar sin distraerse. Solo cometió cuatro fallos en el examen de prueba, todos en el apartado de inglés. Antes de corregirlo ya sabía que estaban mal, pero ella sola no había podido adivinar las respuestas.

Lea sabía que volverían, así que acompañó a Tomer hasta el puesto de control a la hora en que empezaba su turno. Lo que Lea no sabía era que los manifestantes llegarían con gafas protectoras y mascarillas. Parecían científicos locos, y Lea se preguntó de dónde habrían sacado aquellas cosas en aquel patético pueblucho de la ribera occidental. El niño llevaba unas gafas de sol de plástico cutres encima de las gafas protectoras, y Lea sonrió al verlos, así que el niño le devolvió la sonrisa.

Pero cuando el hombre de la camiseta de Guns N' Roses gritó «¡Hoy tocan balas de goma!», Lea endureció la expresión. Usó solo la barbilla para hacerle una seña. Dejó que se acercara más que los días anteriores.

—No —dijo—. Una bala de goma podría mataros. Esto ya ha durado demasiado.

—Pero, pero... —balbuceó el hombre. Lo pensó mejor y cambió el tono de voz. Se dio cuenta de que no era un cliente, de que tenía razones de sobra para no querer disgustarla—. Precisamente por eso. Seguro que darán parte de las balas de goma. Siempre lo hacen.

Lea negó con la cabeza.

—No pediremos nada más, lo juramos.

Ella no se movió.

—Es la única cosa que queremos, y nos la podéis dar. Solo digo que... —se interrumpió—. Piénselo.

Lea lo pensó y entonces supo que estaba vendida, y que su cara lo delataba. El hombre se alejó unos pasos por su cuenta, levantando apenas los brazos, como dando a entender que le daba todo el tiempo del mundo para que lo pensara.

—El niño tiene que apartarse, porque hay que tener dieciocho años para las balas de goma —dijo Lea. No estaba segura de que fuera una norma, pero creyó que podía serlo.

El niño se sentó en el margen de la carretera y esperó media hora con los dedos en la boca, hasta que se le arrugaron. Todo ese rato tardó Lea en leer las instrucciones. Más incluso. Tomer se quedó de pie a su lado mientras leía.

Las instrucciones advertían que las balas de goma pueden matar. Aparte de eso, todo lo demás parecía diseñado para hacer perder el tiempo y complicarle la vida a un soldado. A Lea se le ocurrió preguntarse cuántos soldados habrían leído aquellas instrucciones últimamente.

El Romay era un cañón de metal que se enroscaba al cañón de un rifle descargado. Luego metías cuatro balas de acero recubiertas de goma por la boca del cañón y las disparabas, de una sola vez, con un casquillo que cargabas en la recámara. Si disparabas menos de cuatro balas de goma de una vez, el casquillo salía con demasiada fuerza, y el efecto sería como abrir fuego de verdad. Las balas se proyectaban en un ángulo de diez grados de arriba abajo, y tenías que asegurarte de dar solo a las piernas del individuo, porque si impactaban en otras partes del cuerpo, el efecto sería como abrir fuego de verdad. Si el objetivo estaba a más de cincuenta metros, quedaba fuera del alcance de las balas de goma. Si estaba a menos de treinta metros, era demasiado cerca, porque las balas de goma tendrían el mismo efecto que si se abriera fuego de verdad.

Las instrucciones estaban redactadas de manera que, si las balas de goma mataban a un hombre, la culpa recayera sobre el dedo que apretaba el gatillo. El culpable sería el dedo, porque las instrucciones advertían de cualquier otra eventualidad. Lea se preguntó cómo sería en la mayoría de los casos, cuando los manifestantes no fueran tres individuos con una pancarta tamaño folio dispuestos a colaborar, sino una multitud furiosa. Tampoco le dio demasiadas vueltas, porque sus manifestantes eran tres individuos dispuestos a colaborar, así que a continuación se dedicó a hacer cálculos.

Les dijo que se alejaran mucho y entonces caminó hacia ellos, contando los pasos, como había aprendido a hacer en la clase de mediciones del campamento militar. Según sus cálculos estaban a un poco menos de cincuenta metros de la sombrilla. Con una señal les pidió que avanzaran unos cuantos pasos, y entonces volvió junto a Tomer.

Los dos hombres se quedaron quietos, posicionados en el lugar exacto donde ella

les dijo que esperaran los disparos. Aguardaban de pie pacientemente, como niños dóciles a la espera de que los dejen ir a jugar al parque.

En el kit había solo unos casquillos, así que Lea metió dos en la recámara del fusil de Tomer. Parecían balas normales, salvo porque no tenían ojivas de cobre.

—Por debajo de las rodillas —le dijo a Tomer—. Cuerpo a tierra y apunta por debajo de las rodillas.

Fue el otro hombre, con quien ella nunca había conversado, el que se llevó el impacto. Se agarró la pierna, estirado en el suelo como un jugador de fútbol lesionado en el campo. Pero antes de que oscureciera se alejó cojeando. Su cojera parecía más grave porque lo sostenían el otro hombre por la izquierda y el niño por la derecha, y el niño era más bajo; era pequeño.

Fuego real

La única cosa que no forma parte de los medios para disolver manifestaciones es abrir fuego real, y Lea sabía que los manifestantes dispuestos a cooperar lo sabían — se sabían todas las normas—, así que supo que no volverían. Esa noche Tomer le llevó el periódico entero por pereza y fue tan brusco que por momentos, tumbada sobre el cemento, Lea imaginó que su columna vertebral era una cuerda, y que alguien se la anudaba y estiraba hasta romperla con un chasquido.

Y sin embargo volvieron. Los dos hombres volvieron, con las piernas protegidas por trozos de espuma de colchón atados con tiras de tela, así que de la cintura para abajo recordaban un poco a los luchadores de sumo. Y el niño de los dedos mojados volvió igual, como un niño.

—No abriremos fuego real —dijo Lea. Era la única opción que quedaba.

—Por favor —dijo el hombre. Se acercó unos pasos. Se acercó sin invitación, y lo mismo hicieron el niño y el otro hombre—. Disparad y fallad, solo disparad y fallad.

—Para que podamos disparar tiene que haber medios de agresión e intención de matarnos —dijo Lea—. Artículo 101 de la guía de la FAI.

—Por favor —dijo el hombre—. Tenemos que salir en el periódico. Aunque sea en la página cinco.

Pero ella dijo medios. Luego dijo intención. Luego dijo medios.

—¿Medios? —preguntó el niño.

—Una pistola —dijo Tomer.

—O un cuchillo —dijo Lea.

—O una piedra —dijo Tomer.

Tomer no sabía lo que decía, porque acto seguido el niño se agachó despacio a coger una piedra del asfalto. Podría no haber estado allí, pero estaba, porque era la piedra con la que Tomer había practicado el lanzamiento de una granada de fogeo.

Lea se apoyó el fusil contra el hombro, cargó el arma y apuntó al niño. Tomer se

apoyó el fusil contra el hombro, cargó el arma y apuntó al niño.

Fue antes de que el niño oyera al hombre susurrarle en árabe que tirara la piedra al suelo, como si lo hubiesen sorprendido robándola en una tienda.

Entonces el niño se llevó los dedos a la boca y bajaron las armas, y Lea pensó que el día y el verano y el lugar casi habían acabado, pero Tomer levantó la voz a sus espaldas.

—Técnicamente podríamos arrestarle por eso —dijo Tomer—. Técnicamente podríamos —repitió, encogiéndose de hombros.

—¿Puedo? —suplicó el niño. No se lo pedía a Lea. Se lo pedía al hombre con el que iba. El arresto de un niño siempre llegaba por lo menos a la página cinco, ella lo sabía. En unos días estaría fuera; seguramente en unos días estaría fuera.

El hombre negó con la cabeza, pero entonces el niño dijo que era todo lo que querían, y ahora podían conseguirlo, y le dijo al hombre que lo pensara, y el hombre supo que estaba vendido.

—Putá —le dijo el hombre a Lea cuando Tomer agarró al niño del brazo. Necesitaba decírselo. Después de todo, era una oficial en un puesto de control, y él hacía el papel del pobre palestino, pero la palabra sonó forzada y Lea sintió vergüenza ajena de él.

Después de que los hombres se marcharan, Tomer y ella fueron hacia la base caminando detrás del niño para comunicar el arresto por teléfono. Los hombres tardaron un rato en irse, así que caía la noche cuando volvieron a pie hasta la barricada, aunque las luces anaranjadas de la carretera no estaban encendidas todavía.

Lea apretó el paso, porque quería caminar a la par del niño. Apretó el paso de pronto y temió que se asustara. Su mano dio un salto y rozó la mano del niño.

Era el niño quien hubiera podido asustarse, pero fue ella la que tuvo miedo, y más, porque lo sintió en ese momento, y con demasiada intensidad: sintió en su mano la humedad de la mano reseca del niño, y las motas de polvo de la piedra que había agarrado, y el viento. Sintió todas esas cosas de repente. Pensó que esa noche Tomer incrustaría todo el peso de su cuerpo en sus huesos, aplastándolos contra la barricada de cemento. Por un instante fugaz se preguntó si mientras lo hiciera la llamaría por su verdadero nombre, en lugar de «oficial». Se preguntó si debía pedírselo, pero entonces recordó que no era un detalle importante. Esas fechas, las fechas a ambos extremos de su servicio militar. Cualquier cosa que sucediera dentro de ellas era adorno y aire y no cambiaría nada, ella acabaría en el mismo sitio.

Decidió que pediría cita con el psiquiatra militar al día siguiente y pediría que la relevaran, a pesar del poco tiempo que le quedaba de servicio.

Unos años más tarde volvieron a abrir la ruta 433, pero eso solo duró unos meses. Todavía había soldados que pasaban tres años de su vida haciendo poco más que decir: «Lo siento, la carretera está cortada» cuando aparecía algún estúpido que intentaba pasar. Cuando Lea se enteró de que reabrían la carretera, y después de que

volvían a cerrarla, sintió en la mano la saliva del niño casi con la misma intensidad que entonces.

A veces, en fiestas oscuras en Tel Aviv y en paseos callejeros y en habitaciones, sentía la saliva en su mano, aunque no necesariamente oyera hablar de la ruta 433. La sentía en fiestas oscuras y en paseos callejeros y en habitaciones donde nunca estaba sola, donde siempre estaba con alguien que no era ella misma, y era cuando esas personas decían su nombre cuando lo sentía. Qué dices, Lea. Muchas gracias, Lea. Me parece bien, Lea. Cada vez que oía su nombre en la oscuridad, sentía en su mano la saliva del niño, como aquella noche mientras caminaban.

Aquella noche Tomer iba apenas un paso más atrás que Lea y el niño. Caminaban pateando piedras, tarareando, mirando las estrellas antes de que las farolas se llevaran algunas. Lea pensó en todo lo que aún no había pasado pero que sabía que pronto pasaría. El cemento. El periódico. La súplica de granadas de fogeo.

—Lea —dijo Tomer justo antes de que llegaran a la base—. Acordémonos de apostar en qué página saldrá la noticia del arresto. ¿Tú qué dices, Lea?

Y otra vez esa pregunta tonta, la que acababa de ahuyentar. Volvió. Lea se preguntó cómo la llamaría aquella noche, aunque sabía que, fuera cual fuera la palabra que escogiera entre todas las palabras de este mundo, no importaría. No cambiaría el ritmo del correr de los días, ni siquiera el ritmo del correr de aquella noche.

Mientras caminaban, el niño volvió a llevarse la mano a la boca, la mano que Lea acababa de rozar.

Aquella noche Lea tenía veintiún años, Tomer diecinueve, el niño trece. Pasaron junto a la barricada de cemento en silencio y con paso sincronizado. Vistos por un aldeano desde uno de los hogares distantes iluminados, podrían haber sido una familia.

Hubo una vez en que podíamos hacernos pasar por cualquier cosa

Tres días antes de irme del pueblo pasó algo que me recordó los buenos tiempos: Lea empezó otra vez a preocuparse por algo que no era del todo verdad.

—Escucha, Yael. Miller mató un olivo —dijo Lea.

—Ajá —le dije.

—Es lo peor del mundo, morir. Si eres un olivo.

—Ajá.

—Fue a propósito. Premeditado.

Lea apartó la vista del olivar que había al lado de su casa y me miró. Era la primera vez en semanas que me miraba de verdad. Dejó el cigarrillo en el cenicero. La noche empezaba a cernirse sobre el patio trasero de su casa, morada, naranja, inmensa. La sombra del enano de jardín amputado se alargaba cada vez más, y la brisa hizo sonar el carillón. Lea entornó los ojos, con aire sugerente. Quería que fuera yo quien dijera en voz alta su última idea descabellada, una idea que aún estaba tomando forma, la primera que se le ocurría en mucho tiempo.

Y lo hice, cómo no.

—Creo que hay un asesino suelto en el pueblo —dije.

Teníamos veintiún años. Habíamos acabado el servicio militar y yo estaba a punto a marcharme del pueblo para empezar a trabajar en el aeropuerto. Llevaba casi un año en casa de mis padres sin hacer nada; Lea había vuelto hacía solo unos meses, después de una temporada extra como oficial. Me había desconectado de casi todo el mundo menos de Lea y Avishag. Así era: al cabo de tantos años acababa con mis mejores amigas de la escuela primaria. No hablaba nunca con Hagar ni con las demás chicas con las que había hecho el servicio militar. Avishag estaba viviendo con su madre y su abuela en Jerusalén. Trabajaba en un despacho, archivando papeles. A veces todavía hablaba con Emuna, pero ya había empezado la universidad, en Estados Unidos. Lea quería estudiar, incluso hizo los exámenes de acceso, pero entonces se dio cuenta de que no sabía qué quería del futuro, así que no sabía cómo estudiar de cara al futuro. Yo tampoco sabía cómo estudiar de cara al futuro, pero quería que llegara. Estaba pensando en ponerme a trabajar.

Hace años que Lea y yo dejamos de fingir. Pero también hace semanas que no hablamos, que no me dice algo de verdad, aunque no sea verdad.

El olivo estaba muy muerto. No era más que un tronco, un tronco corto. Las

ramas se habían puesto negras una por una antes de caer al suelo. No nos enteramos cuando pasó. Estábamos en el ejército. Cuando volvimos ya no había nada que hacer.

La mujer de Miller empezó a gritar, como cada noche después de la cena. Cruzando el olivar hasta el patio trasero de Lea, oímos palabra por palabra lo que dijo. Cerraron un cajón de golpe. Loza rota.

—¡Bajad la voz, salvajes! —grité. Desde que Lea se había quedado callada, me tocaba a mí gritarles a sus vecinos que se callaran siempre que se liaban a voces.

—¡Meshuganas! —oímos que nos chillaba Miller.

—¡Salvaje! —gritó Lea. Fingí que no me inmutaba al oírla gritar de nuevo, aunque se me abrió la boca sin querer.

—¡Crías de mono! —gritó Miller. Nos llamaba crías de mono porque nuestros padres no eran europeos. Igualmente nos gustaba. Al menos a mí. Hubo una vez en que nos encantaba pensar que éramos animales.

Hubo una vez en que fingíamos que éramos lobos. Éramos doce, y estábamos enfadadas porque después del Bar Mitzvá nuestras madres nos decían que ya éramos mujeres. Así que nos mordíamos los tobillos unas a otras. La gente del pueblo nos veía caminando a gatas por las calles y los campos de plátanos. Nuestras madres venían a llamarnos la atención, pero les apresábamos los pantalones con los dientes y no los soltábamos. En la calle le lamíamos los dedos de los pies a una niña que iba en silla de ruedas, y ella se reía. Cuando nos metíamos en el patio de Miller, nos gritaba «Meshuganas», y nos perseguía con una pala cuando le enseñábamos los dientes. Nos aullábamos historias unas a otras y las entendíamos hasta que se nos cansaban los huesos.

Siempre fingíamos que teníamos otra edad, otro nombre. Si nos preguntaban, nunca decíamos nuestro verdadero nombre. Comerciales de venta telefónica, profesores nuevos, niños nuevos, vendedores de caramelos en el mercado árabe: todos querían una parte de nosotras. En realidad no querían saber nuestros nombres; solo era una estrategia para hacernos creer que les caíamos bien. Para que habláramos con ellos. Para convencernos. Queríamos que se interesaran por nosotras, aunque no fuera verdad. Hubo una vez en que nos interesábamos mucho por todo. Queríamos hablar con cualquiera que tuviéramos cerca. Vivíamos tan lejos del mundo. Pero no confesábamos nuestros nombres. Éramos Esther y Cándida y Olga. Nunca nosotras. Nuestro mundo era pequeño entonces, pero más grande que la vida, porque existía solo en nuestra imaginación.

Si eres un chico y vas al ejército, una posibilidad es que acabes muerto. Otra posibilidad es que acabes vivo. Si eres una chica y vas al ejército, probablemente no acabes muerta. Quizá mandes a los reservistas a morir a la guerra. Quizá disuelvas manifestaciones en puestos de control. Pero probablemente no acabes muerta. Luego te pueden pasar un montón de cosas. Podrías conseguir un trabajo. Irte de viaje. Ir a la

universidad. Casarte. Volver a vivir con tus padres. Lea y yo volvimos a vivir con nuestros padres, en el pueblecito junto a la frontera con el Líbano. A esas alturas me esperaba un trabajo en Tel Aviv, como guardia de seguridad aeroportuaria. Me lo consiguió mi tío. Yo sola no lo hubiera conseguido. No en ese momento. Pagaban bien. Todo lo que había que hacer era estar sentada. Estaba bien; hasta yo lo veía. Lea no veía nada. Ni siquiera veía que el cenicero sobre la mesa de madera de su patio rebosaba. Ni siquiera se daba cuenta de que oscurecía, porque normalmente se levantaba después de que se pusiera el sol. Cada vez que iba a visitarla, su madre me saludaba de la misma manera: «Has conseguido trabajo. Has conseguido trabajo, ¿verdad? ¿Oyes eso, Lea? Vaya, ¿no es estupendo?». Y luego se estrujaba las manos y volvía a la cocina, y nosotras nos sentábamos afuera, mirando el olivar, y fumábamos muchísimo, sin hablar. Solo había ochenta y dos casas en nuestro pueblo. Una al lado de la otra, hasta que se acababan. Salvo la casa de Lea. Había un solar sin edificar que separaba su casa de la casa de Miller. Era un olivar. Porque por mucho sentido que tuviera levantar ahí otra casa, no podían hacerlo, por los olivos. Está prohibidísimo matar un olivo. Ni siquiera se pueden trasplantar.

Éramos chicas. Sé que solo éramos chicas. Hicimos lo que hicimos en el ejército, y luego se acabó. Si a Lea le resultaba difícil hablar o marcharse del patio trasero de sus padres cuando teníamos veintiún años, no era por el pasado, lo sé. Lo admito; el problema era el futuro del pasado. Existía fuera de nuestra imaginación, y era demasiado grande.

La noche después de que Lea me contara que Miller era un asesino, volví al patio de su casa y todo siguió prácticamente igual que las semanas anteriores. Lea llevaba su pijama rojo. Estaba sentada en la silla de plástico, mirando el olivar, fumando. La única diferencia es que sostenía un taco de folios en la mano. Me pregunté si iba a pasarse la vida sentada en ese patio, mirando aquel olivo muerto y fumando. Esa noche no parecía imposible. Aspiraba el humo hasta el fondo de los pulmones como si la vida le fuera en ello, hasta que se le surcaba la cara. Yo no sabía qué decir. De pequeñas, cuando éramos amigas, siempre era ella la que hablaba, la que me decía en que íbamos a interesarnos a continuación, quiénes seríamos. Me pasaba días y semanas a su lado, a la espera de que se interesara, cualquier cosa, aunque fuera un poco.

Y de pronto lo hubo.

—Hemos de hacer que todo el mundo sepa que es un asesino —dijo Lea—. Él tiene que saber que es un asesino. No puedes matar un olivo sin más. Tienes que querer matarlo, tienes que asesinarlo.

Los olivos viven miles de años. Siempre me cuesta creerlo, al mirar esos árboles que crecen al lado del patio de Lea. Los troncos se enroscan en sí mismos, como sorprendidos en mitad de una frase, como si alguien acabara de insuflarles vida.

—Estoy de acuerdo —le dije a Lea. Siempre estaba de acuerdo con ella. Siempre

lo estaré, pase lo que pase, lo juro.

—No es cuestión de estar de acuerdo; es un hecho —dijo.

—Estoy de acuerdo, pero Lea, ¿cómo lo has descubierto?

Lea dijo que había investigado un poco. Al parecer, prácticamente no hay nada en este mundo capaz de hacer que un olivo muera. Existen clases concretas de hongos y bacterias que pueden enfermarlos, provocarles tumores, pero no los matan. Hay un bicho que se come la corteza y una oruga que ataca las hojas. Las moscas pueden reducir la calidad de sus frutos. Las heladas y los conejos podían matar a un olivo, pero estábamos en el norte de Israel, y no había heladas ni había conejos. Y los conejos solo podrían matarlo si uno de ellos se colara en el tronco, se quedara atrapado y se muriera, y el cadáver envenenara al árbol desde dentro. En España pasó una vez, según Lea.

—Y luego está la gasolina —dijo Lea—. Si echas gasolina junto a las raíces de un olivo, se muere.

Observé los restos del árbol muerto. Un final oscuro. Un claro comienzo de algo que no tenía centro. El tronco se partía en un lugar tan abrupto que, aunque alguien no supiera que antes había algo más, aunque jamás hubiera visto un olivo o un árbol, de todos modos se daría cuenta de que faltaba algo.

—¡El Bar Mitzvá! —dije—. ¡El asesinato fue entonces!

Lea asintió.

Recordé que cuando volví del ejército, la madre de Lea nos había dicho que en nuestra ausencia los terribles vecinos, los Miller, se pusieron más insoportables todavía. No se conformaron con seguir tirando en el olivar las hojas que rastrillaban de su jardín. Celebraron allí el Bar Mitzvá de su hijo, aunque el olivar no era de su propiedad y no tenían derecho a hacerlo. Metieron allí a todos sus parientes de Inglaterra e hicieron pan de pita en un horno *taboon* de verdad, mientras babeaban hablando de sus vidas bucólicas y holísticas en la frontera de la Tierra Prometida. A voces. «Hay que entender —dijo la madre de Lea— que no son gente de aquí, así que no lo entienden».

—¡El Bar Mitzvá! —dije de nuevo, y al mirar a Lea vi que sonreía. Con una sonrisa malvada, sincera.

—Miller usó gasolina para prender el horno *taboon* —dijo Lea—. Mi madre lo vio. El muy idiota no sabe ni encender un fuego.

—Pero ¿por qué iba a verter gasolina junto al olivo? —pregunté.

—Porque le sobraba. Porque el árbol estaba cerca del horno. ¿Quién puede comprender la mente de un asesino?

Guardamos silencio.

—Un asesino, ojo, no un simple criminal —dijo Lea.

Y entonces me enseñó los carteles que había hecho. Cuarenta carteles, en papel tamaño folio. Los había pintado con lápices de colores. De su hermano pequeño. Al pie se leía: «Se busca vivo o muerto al asesino de un olivo».

Ella misma había dibujado la cara de Miller. Había pintado las entradas de su cabeza con rayajos negros y rojos. Con cada póster, el retrato se volvía más y más siniestro.

—Vale —dije—. Vale —entendía. Siempre entendía su lógica.

Salimos del patio y nos fuimos. Nos fuimos.

Pegamos los carteles en los olivos y en los bancos de la calle y en el coche de Miller, e incluso le pegamos uno a su gato, que andaba siempre por ahí. Lea estiraba la cinta adhesiva y yo me acercaba a cortarla con los dientes, trocito a trocito. Luego golpeábamos fuerte para asegurarnos de que el cartel quedaba bien pegado.

Cuando volvimos a sentarnos a fumar en el patio de Lea, la mujer de Miller ya había empezado a chillar y a dar portazos como de costumbre, pero no le gritamos que se callara. A la de tres gritamos: «¡Asesino! ¡Asesino!». No hubo respuesta.

Aun así, creíamos que cuando Miller se levantara sabría que creíamos lo que era.

Una vez fingí que era capaz de matar a un hombre. Una vez dije que los insumisos merecían la pena de muerte. Mi madre siempre ha pensado que los hijos de los Miller se marcharán a Inglaterra antes de que los recluten, y creo que tiene razón.

Fingí que era capaz de matar a un hombre cuando estuve en el ejército. Eso fue un año después de la guerra, justo antes de acabar el servicio militar. Fue un juego. Le dije a mi oficial, Shai, que un hombre me había guiñado el ojo. Era solo un peón de la construcción, un árabe, y yo solo estaba agobiada y lejos de casa y aburrida. El hombre tenía todos los permisos en regla. Lo traían a la base desde su pueblo para construir una zona nueva de los campos de tiro.

—Es un error; no he hecho nada malo —dijo con su acento—. Tengo todos los permisos —dijo—. Estoy trabajando en vuestra base.

—No te preocupes —dijo Shai—. No te preocupes.

Con uno de los trapos que usábamos para limpiar las armas le tapó los ojos al hombre, que por iniciativa propia se llevó las manos a la espalda, y Shai lo esposó con esposas metálicas de verdad, no las de mentira de plástico negro que tenían los cabos.

—No te preocupes —dijo, y sentó al hombre en el asiento trasero del *humvee*. Yo me monté detrás y me senté frente al hombre. Aquella idea descabellada era mía, prácticamente todo era idea mía, pero fue Shai quien la ejecutó.

Aparcamos detrás de las dunas. Shai, el oficial, silenció el *humvee*. Las vibraciones cesaron. Abrió la puerta trasera del vehículo.

—Camina —dijo—. No te preocupes —dijo. Pero el hombre no veía, y jadeaba rítmicamente.

—Camina —dijo Shai, el oficial—. Vamos, puedes hacerlo —dijo, poniéndole al hombre una mano en el hombro.

Eché a andar delante de nosotros como el hombre de espagueti de los sueños. Se notaba que tenía el corazón atenazado por el miedo.

—Quieto ahí —dijo Shai, el oficial—. Vuélvete.

El hombre se volvió hacia nosotros como si lo impulsara un resorte.

—No te preocupes —dijo el oficial—. Pero —añadió— no puedes ir guiñando el ojo a las chicas. Hay cosas que simplemente no se pueden hacer y punto.

Abrí la boca para respirar. Sin dejar de mirar.

—Así que lo que voy a hacer es darte una oportunidad —dijo Shai el oficial—. Ahora voy a dispararte, eso es lo que va a pasar, y puede que te dé o puede que no, pero si no te doy, y te mueves cuando disparo, entonces te daré seguro. ¿Te parece bien? —preguntó Shai, el oficial—. Asiente si lo has entendido —dijo—. Me sabe mal, pero tienes que asentir.

El hombre asintió.

Vi lo que el hombre con los ojos vendados no podía ver: Shai no le estaba apuntando. Su M-4 apuntaba en un ángulo de sesenta grados con respecto al suelo.

Disparó. El hombre cayó sobre la arena. Cayó con la cara. Gritó mucho rato, pero solo cuando la bala dejó de oírse. Un grito largo, un grito de un minuto, y luego un grito pequeño, y luego respiró.

Fue mala idea fingir con eso. Fue una equivocación. Nunca se me dio bien fingir sin Lea. Esa noche fue cuando dije que los insumisos merecían la pena de muerte. Se lo dije a Lea. Por teléfono.

Una semana después de que volviera del ejército, Lea y yo mantuvimos una conversación. En el patio trasero de su casa.

Mientras hablábamos caían misiles, como pasaba desde siempre en el lugar donde vivíamos. Oíamos las detonaciones y esperábamos las explosiones. Las habíamos oído tantas veces que se nos daba bastante bien adivinar dónde iban a caer. Veíamos el gris denso en el cielo y era como ver el mismo cielo que cuando éramos pequeñas, como si aún fuéramos pequeñas.

—Añoraba tanto estar en casa. Cuánto añorábamos esto, ¿verdad? —le pregunté a Lea.

—Añoraba estar en casa... Era lo único que hacía. Añorar constantemente —dijo.

—Tanto... —dije.

—Pero esos misiles me recuerdan al ejército.

—Bueno, son misiles.

—Exacto.

—Pero son los mismos misiles que oíamos antes de irnos.

—Exacto. Pero no para mí, ¿entiendes?

Se refería a que habíamos añorado estar en casa, y esperábamos el momento en que ya no tuviéramos que seguir añorando. Pero ahora que habíamos vuelto a casa, seguíamos añorando. No se iba.

Creía que se refería a eso, aunque Lea no tenía interés en volver a marcharse de allí y yo sí, así que quizá no entendí nada de nada.

Una vez Lea y yo fingimos que éramos peces, o inválidas, o piedras. Y cuando en la escuela instalaron un ascensor para la única víctima de los misiles que caían a diario —la niña inválida— imprimimos unas normas de uso. Llamamos al ascensor nave espacial y pusimos normas de buena conducta para usarlo: «Normas de uso de la Nave Espacial». No comer en la nave espacial. No lamer en la nave espacial. No mear en la nave espacial. No hablar en rumano en la nave espacial. No saltar más de cuatro veces. El conserje arrancó la hoja en cuanto vio que la colgábamos y quiso saber nuestros nombres. Nos pusimos tan contentas que nos olvidamos completamente de la nave espacial. Los nombres inventados eran nuestro juego favorito.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el conserje con aire amenazador.
Arnilan y Di, le dijimos.

La noche después de que colgáramos los carteles del asesino, cuando llegué al patio trasero de Lea todo estaba igual, salvo que ella se había puesto zapatillas de deporte en lugar de ir solo con calcetines, y había dos contenedores de líquidos que antes no estaban. El primero era un bidón de gasolina amarillo. El segundo era una botella de licor de melocotón que reconocí del mueble-bar de sus padres. La última vez que habíamos tomado unos sorbos de aquel licor teníamos doce años. Habían pasado dos años y medio desde la última vez que bebí.

—Qué, ¿nos vamos a poner a beber? —le pregunté.

—¿Cómo que vamos? Solo yo. Mañana por la mañana tú te vas.

Era lo más cerca que Lea había estado de mostrar su enfado porque me marchara, y no pude evitar pensar que el alcohol debía de tener algo que ver. Yo también quería estar enfadada.

Me senté en una silla a su lado y le quité la botella para tomar un trago. El polen de los cedros estaba por todas partes, se me metía en los ojos, en la garganta, aunque tuviera la boca cerrada; el licor arrasó con todo.

Tamborileé con los dedos en el bidón de gasolina y miré a Lea.

—¿Qué vamos a hacer con Miller? —le pregunté.

—No ha reaccionado a los carteles, ¿sabes? No ha llamado a mi madre, no ha gritado desde el otro lado del olivar: nada.

Miré hacia la casa de Miller y vi las ventanas a oscuras. Aunque era la hora, ni su mujer ni él gritaban o daban portazos. Ni siquiera oía la cháchara de los niños comentando los dibujos animados ni hablando de los juguetes que les mandaban sus parientes de Inglaterra.

—Ya, pero ¿qué es lo que vamos a hacer con Miller? —pregunté—. Y ¿de dónde has sacado la gasolina?

—La encontré. Es fácil de encontrar. Y voy a hacerle a Miller exactamente lo que él le hizo al olivo.

—Querrás decir que vamos a hacerle a Miller exactamente lo que él le hizo al

olivo —dije. Y añadí—: ¿Exactamente?

—Exactamente.

Entendí la lógica de Lea. Su manera de pensar. Cosas que eran reales y cosas que no. Sabía exactamente a qué se refería con «exactamente».

No muy lejos de allí los misiles incendiaron un campo de plátanos y la fruta verde se quemó despacio, y el perfume llenó la noche.

Pensarás que estoy diciendo algo que no es verdad o que creo que lo que digo es verdad y no lo es, pero yo sé que es cierto. Cuando tenía veintiún años había veces en que lo que quería era morir. No sé por qué, pero es verdad. Aunque casi siempre lo que quería era ir a trabajar al aeropuerto porque se ganaba un buen dinero. Eso es aún más cierto.

Solo había estado en el aeropuerto una vez. Fui a visitar a mi tío, que trabaja allí, en seguridad. Fue poco antes de irme al ejército, en las semanas libres que tuve desde que terminé el curso y empecé el campamento para reclutas. Recuerdo que me quedé mirando a una madre que iba a recibir a su hijo. Al reunirse con él no dejó de acariciarle el pelo grasiento con las manos. El hijo parecía cegado por la luz fluorescente. Llevaba ropa sucia, una camisa a rayas y pantalones bombachos rojos. Recuerdo a una pareja joven en la cola de embarque. Hablaban en inglés y no dejaban de mirar sus billetes de avión. El chico arrastraba una maleta rosa con ruedas y le acariciaba el hombro a la chica con la otra mano. Una guardia de seguridad joven que llevaba un uniforme azul y un pañuelo con estampado de leopardo anudado al cuello iba pasando por la cola, preguntando siempre lo mismo: «¿Ha hecho usted mismo el equipaje? ¿Alguien le ha dado algo para llevar en el avión? Lo pregunto solo porque se han dado casos en que a la gente les daban paquetes con aspecto inocente y resultaron ser bombas». Cada vez que se dirigía a alguien parecía sincera, pero nadie confesó.

Yo ni siquiera tendré que hacer preguntas. Según mi tío, el trabajo que me ha conseguido consiste solo en sentarme detrás de una mesa entre los mostradores de facturación y el *duty-free* vigilando que no pase nadie sospechoso. Estaré horas y meses y días viendo a gente que se va. Y todos parecerán sospechosos. Siempre es sospechoso que alguien se vaya. Yo nunca me iré. Cuando acabe mi turno, cogeré el tren a Tel Aviv y dormiré sola. Volveré al día siguiente. Y así haré lo contrario de irme. La gente que me vea en el tren y no reconozca mi uniforme, los recién llegados, los visitantes, quizá piensen que voy al aeropuerto para subirme a un avión y marcharme. Ni siquiera tendré que fingir. Lo pensarán igualmente.

Cruzamos el olivar para llegar a la casa de Miller. Había oscurecido y la única luz era el resplandor anaranjado del fuego a lo lejos, en los campos. Yo llevaba el bidón de gasolina. Los olivos nos rodeaban de vida. Estábamos borrachas, pero nos sentíamos más borrachas de lo que estábamos. No eufóricas exactamente, pero

durante unos minutos sentimos que no nos limitábamos a esperar. Había hojas plateadas por todas partes; las ramas retorcidas se enjambraban alrededor de nuestros cuerpos. Los troncos estaban clavados al suelo por las raíces, pero a cada paso que dábamos los árboles parecían más cercanos, animados, impacientes. Las explosiones de los misiles cesaron.

Lea echó a correr y se tropezó, levantó los brazos para mantener el equilibrio y se detuvo junto a un árbol. No el árbol muerto, sino uno vivo y de poca estatura.

—Piensa en este árbol —me dijo.

Así que lo hice. Me puse delante de Lea y, mirándola a la cara, pensé en aquel olivo.

Lea explicó muchas cosas con frases rápidas, improbables. Dijo que el árbol vive, y vive y vive y vive. Miles de años. Las moscas atacan sus frutos y le mordisquean las ramas y el árbol cree que va a morir, pero no muere. Vive, y luego las bacterias hacen que le crezcan tumores, que crezcan desde dentro, peligrosa y lentamente sin que nadie lo sepa, y el árbol otra vez cree que va a morir, pero no muere; vive y vive. Se queda, se queda para siempre.

—Duele —dijo Lea, pero vi que sonreía. Distinguí sus dientes separados en la oscuridad—. Duele estar en medio de estos árboles. ¿No sientes que desbordan de vida?

Estiré los brazos en el aire intentando sentir sus palabras.

Una vez fingimos que éramos reporteras. Hace diez años, cuando Lea aún no era fría con Avishag y conmigo e íbamos juntas, un día fuimos al mar y fingimos que éramos reporteras y nos pusimos a preguntar qué pasa por la mañana. Estuvimos el día entero preguntando lo mismo. No a una sola persona, sino a un montón de gente. Me estaba chupando la sal de la punta de la trenza cuando Lea se lo preguntó a la primera persona.

—Oiga, señora, la del bañador —gritó Lea. Corríamos detrás de una señora en la playa de Nahariya. Avishag se quedó en la toalla. Cuando jugábamos a fingir cosas en público a ella le daba vergüenza.

—¡Eh, señora, la del bañador! ¡Oiga! —gritó Lea, más fuerte.

La señora se volvió.

Éramos crías y a la señora le dimos pena.

—Perdone. Perdone —dijo Lea. Siempre se disculpaba antes, nunca después—. Pero oiga. Somos reporteras, y queremos saber una cosa: ¿qué pasa por la mañana?

En aquella época Lea me soltaba la mano, rápida y distante, y yo no me daba cuenta hasta más tarde.

—¿Cómo que «qué pasa por la mañana»? ¿Es que mañana es festivo? —dijo la señora. La señora no entendía a qué se refería Lea.

Lea tampoco, pero le hizo la misma pregunta a un hombre que fumaba un cigarrillo. El hombre dijo que por la mañana nos levantamos. Nos lavamos los

dientes. Vamos a trabajar o al colegio.

Yo no sabía qué quería decir Lea, pero le hice la pregunta a una mujer que comía sandía y dijo que quizá la estaba confundiendo con otra persona, porque no sabía de qué le hablaba y no sabía qué esperaba yo que hiciera por la mañana. Le dije que no la estaba confundiendo con nadie, y me insultó porque no era una mujer, sino una chica joven.

¿Qué pasa por la mañana?, preguntamos una y otra vez. A más de treinta personas. A algunos les explicamos que era para el periódico del colegio. A otros les dijimos que era una encuesta para un programa infantil. No nos reímos ni una vez. Recuerdo ese día; fue tan bueno como comer espaguetis después de nadar.

Volvimos tarde al pueblo haciendo dedo, ya de noche. Esperamos en la esquina durante horas, sonriendo sin hablar. Entonces aún no nos asustaba nada. No hubo explicaciones de por qué hicimos a tanta gente aquella pregunta, no esperábamos la respuesta correcta. Dios no planeó aquel día para nosotras. Fue tan al azar que solo Lea pudo haberlo planeado. En el asiento trasero del coche que nos recogió, Avishag se quedó dormida en cuanto nos montamos, pero Lea y yo estábamos tan eufóricas que no podíamos parar de balancear los pies. Lea me hundió los dientes en la mano mucho rato para no ponerse a rugir sin querer. Así de viva la vi aquel día. Me dejó los dientes marcados.

La puerta de la casa de Miller no estaba cerrada con llave. Entramos sigilosamente. Intenté no hacer ruido, pero Lea se puso a recorrer las habitaciones como si la casa fuera suya, sin titubear. Había algunos juguetes desperdigados en la alfombra; juguetes caros, relucientes.

Miller estaba sentado a oscuras junto a la mesa de la cocina. Se pasaba un plátano de una mano a la otra, lo cogía al vuelo y lo volvía a lanzar. No levantó la mirada de la mesa, aunque estábamos tan cerca que debía de habernos visto. Éramos intrusas. En la mesa había varios platos con guisantes, carne rebozada y ensalada; los tenedores estaban a un lado de los platos, pero la comida estaba casi intacta, abandonada a medias.

—Miller —dijo Lea—. Hemos venido a rociarte de gasolina. Igual que le hiciste tú al olivo —hablaba con voz firme y los pies bien plantados en el suelo. No me miraba. Miraba fijamente la cabeza gacha de Miller. La coronilla calva.

Miller continuó lanzando el plátano, sin quitarle ojo. No nos miró.

Cuando habló, su voz me dio miedo. Era una voz irritada, como si viniera de lejos, de un lugar donde yo nunca había estado.

—Ah, estas meshuganas... —dijo—. Estáis más locas de lo que creía. ¿Finalmente, después de todos estos años, venís a prenderme fuego? —preguntó.

—Mataste al olivo —dijo Lea—. Tenía miles de años, y le echaste gasolina después del Bar Mitzvá.

—¿Que hice qué? ¿Por qué iba a echarle gasolina? Si apenas nos alcanzó para

mantener vivo el fuego —dijo Miller.

—Es lo único que puede matar a un olivo. Es lo único.

—Bueno, qué más da, cría de mono. Préndeme fuego. Mi mujer se ha ido. Se ha llevado a los niños —empezó a pasarse el plátano de una mano a la otra más rápido—. De hecho es perfecto, es lo que tenía que pasarle a cualquiera que se quede en este país —dijo—. No me asustáis.

—¿Le ha dejado por los carteles que pusimos? —pregunté antes de poder contenerme. Lea me miró desconcertada. Dio un paso hacia mí. Hablar con Miller de su mujer no formaba parte de su plan, pero yo tenía curiosidad, una curiosidad infantil.

Miller se echó a reír. Su risa sonó muy parecida a los ruidos de un bebé al atragantarse.

—¿Los carteles? ¿Los carteles? Es por los misiles. La guerra. Lo de siempre. Mi mujer ya no aguantaba más la guerra, quería volver a Inglaterra —dijo—. «No podemos consentir que les pase algo a los niños» —añadió en inglés, imitando la voz de su mujer—. «Tú tuviste la descabellada idea de venir a vivir aquí.»

Miller dejó de lanzar el plátano y lo sostuvo en la mano. Entonces hizo una cosa que parecía increíble, pero fue verdad: se tapó la cara con las manos, sin soltar el plátano, y rompió a llorar. Costaba entender lo que decía.

—Tendría que haberme ido con ella —creo que dijo—. ¿Qué hay en un país, si no hay una mujer?

Aún estaba borracha, pero no tanto como para que la escena no me incomodara. Bajé la mirada y solo entonces me di cuenta de que ya no llevaba el bidón de gasolina. Que ahora era Lea quien lo sostenía en una mano.

Por un instante pareció dislocada. Me miró como un gatito enfurruñado.

—¿Qué hacemos hablando de esto? —preguntó, antes de abrir el bidón de gasolina y colocarse justo al lado de la silla de Miller—. Miller, ahora voy a rociarte con gasolina —dijo, y fue lo que hizo.

Alzó el bidón en alto, pero luego lo bajó por debajo de la mesa y la gasolina empapó a borbotones los pantalones y los zapatos de Miller. Sus raíces. El olor estalló; por alguna razón, me costó menos respirar. Miller seguía con la cara oculta entre las manos.

Lea dejó el bidón en el suelo, lo cerró y empezó a alejarse de Miller.

El hombre levantó la vista del suelo.

—¿Adónde vas? —preguntó—. Creí que habías venido a prenderme fuego.

—He venido a hacerte exactamente lo mismo que tú le hiciste al olivo, y ya está hecho —dijo Lea.

—¿Y qué? —preguntó Miller.

—Si fueras un olivo empezarías a morirte ahora mismo, pero no eres un olivo, y esa es la cuestión —dijo Lea—. Lo que hiciste fue verter gasolina.

Miller se echó a llorar otra vez, aunque sin taparse la cara, enrojecida y surcada

por el temblor de las venas y las lágrimas.

—No —dijo—. ¡Pedazo de animal! ¡Dijiste que ibas a quemarme, y eso es lo que vas a hacer!

—No —dijo Lea—. No puedo; eso no es lo que significa «exactamente».

Volvió hasta él, con la barbilla alta, fuerte. Prenderle fuego iría en contra de su lógica. Desde siempre, Lea había hecho única y exactamente lo que en su mundo tenía sentido. Esa era mi Lea. Soberbia, rígida, una creadora de mundos.

—¡Quémame! Hazlo de una vez. No me importa —dijo Miller.

—No —dijo Lea—. Esto es lo que mereces. Quédate aquí. Quédate en esta silla. Esto es lo que mereces... —y habría continuado, pero Miller se levantó de la silla y la agarró, retorciéndole el brazo hasta darle la vuelta. Entonces le metió el plátano sin pelar en la boca y empezó insultarla, primero la llamó mono, y luego una retahíla de maldiciones, maldiciones que yo nunca había oído antes. Lea apretó los labios con la boca cerrada, y la piel del plátano se rasgó, esparciendo la pulpa blanca pastosa por la cara de Lea.

Fui corriendo y me puse a darle patadas a Miller con todas mis fuerzas. Patadas y más patadas, hasta que de pronto Lea me dio la mano y echamos a correr, salimos por la puerta y sin dejar de correr nos adentramos en el olivar.

Cuando Lea estaba en el campamento de reclutas, su unidad tuvo que ayudar en el plan de retirada de Gaza. Necesitaban reclutas para recoger las pertenencias de los colonos que se negaban a marcharse voluntariamente, y eligieron a las chicas que se estaban entrenando en la policía militar. A mí aún no me habían reclutado. Lea me llamaba con historias de una chiquilla que empezó a comer arena cuando le dijo que no podía volver a entrar en su casa, y de cómo los bulldozers redujeron a polvo rojo todo un campus universitario en menos de doce horas. Tenía historias, y volvió a necesitarme como amiga. Una mujer rusa se quemó a lo bonzo justo al lado de la carretera que Lea vigilaba.

—Lo que es raro es lo de los helados —me dijo—. Creo que tienen miedo de que a los soldados les afecte demasiado todo esto, así que el ejército no para de darnos helados. Es como si fuera verano.

—Es verano —le dije por teléfono.

—Ya lo sé —dijo—. Eso es lo raro.

Lea y yo cruzamos el olivar con paso firme al salir de la casa de Miller. Solo faltaban cinco horas para que me fuera en autoestop hasta Nahariya a coger el tren a Tel Aviv. Seguí caminando, intranquila. Un, dos. De pronto perdí el paso, levanté los brazos hacia arriba y me detuve a mitad de zancada.

—Lea —dije—. Hagamos que somos olivos. Finjamos que hemos vivido miles y miles de años y que ahora estamos vivos.

Lea iba delante y dejó de caminar, pero no se volvió a mirarme.

—No —dijo—. No puedo.

—Claro que podemos —dije—. Podemos fingir. Podríamos ser árboles si quisiéramos.

—No —dijo Lea—. De verdad, no puedo. No puedo ser un árbol —miró la tierra seca, amarillenta.

Y siguió caminando, su cuerpo se hizo cada vez más pequeño, hasta que llegó al patio de su casa. No fui tras ella. Me quedé en el olivar. Y al cerrar los ojos y abrirlos de nuevo, completamente inmóvil, ya no la vi, y solo estaba yo, detenida.

Intenté con todas mis fuerzas ser un olivo. Me dije que estaba viva, y viví, e incluso cuando me explotaron tumores bajo los huesos y los depredadores me devoraron los ojos, pensé que me moría pero seguí viva. Me quedé allí plantada, con los ojos abiertos y los brazos contrahechos levantados en el aire; intenté ser un olivo para siempre, lo juro. Pero sin ella no podía fingir. Lo intenté durante horas. Hasta que llegó el momento de irme.

En realidad al árbol lo mató un conejo. Nunca habíamos visto ninguno en el pueblo, pero mi madre me contó que cuando se acercó a ver el árbol unas semanas después de que yo me fuera, vio el cadáver putrefacto de un conejo en el interior del tronco muerto. Se acercó porque la madre de Lea le había dicho que algo olía fatal, pero estaba demasiado asustada y cansada para ir a indagar. El conejo estaba encogido dentro de sí mismo, y prácticamente no quedaba piel. La carne se mezclaba con la corteza y los gusanos. Si Lea y yo hubiéramos ido a echar un vistazo al árbol habríamos visto el conejo, pero no lo hicimos. Al final aquella noche no nos acercamos lo suficiente para verlo, o quizá simplemente no miramos. Jamás hubiéramos podido imaginar a un conejo muerto, porque nunca habíamos visto uno vivo.

Lea se marchó también a Tel Aviv, unas semanas después de que yo me fuera. No me avisó. Me enteré un año más tarde. Mi madre me lo dijo por teléfono. Para entonces yo ya no estaba en Tel Aviv. Lo supe una semana después de salir por primera vez del país, antes de emprender el primero de muchos viajes por el mundo.

Esto es lo que pasó por la mañana, la mañana que me fui. Cogí mi mochila, la grande, la que usaba en el ejército. La había preparado por la tarde, antes de ir a casa de Lea, con toda la ropa que aún me entraba, ropa que hacía dos años que no me ponía. Aparte de la ropa, la única cosa que cogí fueron las Normas. «Normas de uso de la nave espacial», que guardaba desde aquel día que el conserje nos pidió que las quitáramos.

Me puse a hacer dedo en el sitio de siempre y esperé. Esperé más allá de la sombra, junto al asfalto que se extendía delante de mí, de espaldas al pueblo, y solo campos de plátano arrasados por el fuego a mi lado.

Un Fiat verde paró y me llevó hacia el sur, lejos de la frontera, hasta Nahariya, la

parada de tren más al norte del país. Esperé junto a cuatro soldados y una mamá en la estación. Luego subí al tren; subí al tren dormida.

Cuando cogí el tren a Tel Aviv aún no sabía lo del conejo muerto. Y ni siquiera pensé o soñé con el árbol. Dormí, nada más. Me desperté unos minutos antes de llegar. La estación de tren estaba atestada de gente, había mucha gente caminando de un lado a otro. Una mujer me rozó la mochila y me empujaron hacia delante. Al levantar la vista, vi a un hombre. Repartía propaganda de un servicio de telefonía móvil. Me di cuenta porque en su camisa ponía *Connecting People*. Me sonrió y se acercó, con un folleto naranja fosforescente en la mano. Me quedé quieta, completamente inmóvil. El peso de la mochila me irritaba la piel.

—Perdona —dijo el hombre—. ¿Cómo te llamas?

—No, gracias —dije—. No, gracias.

Y el pueblo de la Eternidad no tiene miedo

Por haber nacido en la familia zubarí, la familia iraquí más numerosa de Israel, ni siquiera la historia de Avishag era la suya propia. Pertenecía a las mujeres de su tiempo y a las generaciones de mujeres zubaríes que vivieron antes en Bagdad. Al principio Avishag llamó tristeza a su historia y la alimentó como si fuera su criatura. Una mañana de febrero se despertó sin ganas de nada, sin recordar siquiera lo que era el deseo. Tenía veintiún años, hacía ocho meses que había salido del ejército. Debería haber bajado a tomar el té de la mañana y el bocadillo de aceitunas que su madre le había preparado para su almuerzo en la oficina, pero no pudo, porque no le vio ningún sentido. Se quedó en la cama todo el día hasta que el hambre fue ácido estancado en el fondo del estómago y tuvo que bajar corriendo y engullir pan de pita congelado y beber tragos de agua pegando los labios al grifo de la cocina. Por lo menos mientras bajaba las escaleras corriendo quiso algo, pero en cuanto comió volvió a subir a la cama, porque no quería nada más.

Cuando empezaron las pesadillas, su abuela habló con su madre.

—Tiene historia —le dijo. Y también—: No queremos que se repita lo que le pasó a su hermano Dan.

Avishag y Mira, su madre, vivían en esa época en Jerusalén. La casa donde Avishag perdió las ganas de todo era la de su abuela. Su madre se había ido a vivir allí antes de que reclutaran a Avishag. En la televisión estadounidense, ponerse histérica era empezar a chillar y llorar y ponerse rojo de rabia y romper la porcelana y reírse con crueldad. Sin embargo, esos eran comportamientos cotidianos para las mujeres zubaríes. Cuando de verdad se ponían histéricas, las mujeres zubaríes se quedaban en silencio e inmóviles, porcelana que daban ganas de romper. La historia no duraba siempre, iba y venía; pero había que ocultarla: de los futuros esposos zubaríes, del resto de Israel que no fuera zubarí y mujer.

Cuando su ex mujer le permitió volver a visitar a su hija, que por lo visto llevaba meses sin salir de la cama, Avi no supo muy bien qué iba a hacer, aunque sabía que esta vez tendría que hacer algo. Ya había perdido a un hijo al que apenas conocía. Entonces recordó que justo después de salir del ejército, lo único que apaciguaba los lagartos que correteaban por su cerebro era dar vueltas en coche alrededor de las murallas de Jerusalén durante horas y noches. Así que le compró un coche de segunda mano a su hija, que aún no tenía el permiso de conducir. Un coche que había usado en otros tiempos una persona que ahora estaba desesperada. Seis millones de

judíos murieron en el Holocausto, y el coche que Avi le consiguió a su hija Avishag salió dos mil siclos por debajo del precio de mercado.

—Seis millones de judíos, no es poca cosa —le dijo Avi a Avishag el día que le regaló el coche.

Su hija no estaba segura de qué no era poca cosa. Se quedó mirando a su padre, protegiéndose con la mano los ojos del verano de Jerusalén.

—Dos mil siclos, no es poca cosa —dijo Avi.

Le había comprado el coche a una superviviente.

—Es una belleza —dijo—. De Estados Unidos —el coche. La superviviente era polaca. Sobrevivió a los nazis, pero la muy puta no pudo engañarlo con el precio.

Avi había llegado a Israel procedente de Libia. Estaba harto de oír hablar del Holocausto, porque nunca había estado en Europa, ni siquiera había ido a Turquía en uno de esos viajes organizados con «todo incluido». Y los europeos, los que habían sobrevivido y consiguieron llegar a este país, eran quienes le habían arruinado la vida.

Le contó a Avishag que dar vueltas en coche era lo único que hacía respirables los días cuando salió del ejército. Quería que Avishag aprendiera a conducir.

Seis millones de judíos murieron en el Holocausto, y Avi regateó con la mujer que le vendió el coche hasta sacárselo por dos mil siclos menos de lo que costaba en el mercado. Avishag no había querido montarse en el asiento del conductor ni una sola vez. Al principio, cuando consiguió el coche, Avi la recogía en casa y la llevaba a dar vueltas. Pasaron las semanas. Después no pudo ir tan a menudo porque estaba ocupado con su trabajo de constructor, o con su nueva mujer, sus nuevos hijos. Siempre había alguien enfermo; uno de los obreros palestinos de la obra siempre faltaba al trabajo.

Avi empezó a despertarse en mitad de la noche. Pensar que se había dado por vencido entibiaba sus sudores nocturnos.

—Sonríe —le dijo a Avishag antes de empezar la «clase de conducir» número veinte. Hacía meses que le había comprado el coche. Avishag, con unos pantalones cortos de chico, lo estaba esperando en el aparcamiento delante del edificio de su madre, y lo miró entornando los ojos—. Ahora viene cuando sonrías —dijo Avi. Sacó sus cigarrillos Time del bolsillo de los vaqueros.

Avishag apretó la barbilla contra una clavícula y soltó el aire. Al pasarse la lengua por la parte posterior de los dientes notó el sabor de la mañana. Eran más de las dos de la tarde, pero su madre no había conseguido sacarla de la cama hasta hacía diez minutos. Era el día que antes se había levantado de la cama en un mes. Debía de llevar más de una semana con los pantalones cortos de chico. Hasta su madre se había dado por vencida con ella. «Que tu padre se ocupe un poco de ti —dijo—. A ver cómo se las apaña».

—Vaya familia de lampreas muertas, solo sabéis chupar la sangre —dijo Avi,

dando una palmada en el capó del coche, como si le hablara de hombre a hombre—. Tu madre, y sus hermanas, y la madre de tu madre, y tu hermana, y tú —señaló a Avishag.

Avishag no quería ser una lamprea muerta que solo sabía chupar la sangre, como la llamaba su padre. No quería ser una mujer muerta que solo sabía chupar la sangre. No quería ser una mujer muerta. Aunque tampoco sabía qué era lo que quería.

No era culpa suya, se recordó Avi. Su hija sufría histeria. Era hereditario, un rasgo iraquí. Al principio, de todos modos, intentó preguntarle qué le pasaba, deseando que hubiera un problema concreto. Incluso esperó que se tratara de un novio, quizá un oficial, alguien que le hubiera hecho daño, para poder ir él y devolverle el daño, pero cuando le preguntó qué le pasaba, si había un chico o un hombre en su vida, Avishag dijo que no. Últimamente ya no le hacía muchas preguntas. Solo pedía que su hija mejorara.

—Por favor —dijo Avi, juntando las palmas de las manos, mientras aguantaba en equilibrio el cigarrillo entre sus gruesos labios.

—Gracias por venir, papá —dijo Avishag al fin.

—Ay, cielo —dijo Avi, quitándose la sonrisa manchada de nicotina y las gafas de sol. Le dio unas palmadas a Avishag en la espalda—. Solo deseo que tengas todo lo que quieras —dijo.

Avishag quería subir a casa y volver a dormir. La obligaban a salir un rato de casa. Su madre la había sacado de la cama echándole agua en la cabeza. Tenía los ojos abiertos y aún le escocían un poco, aún recordaban de la impresión.

Avi volvió a ponerse las gafas de sol baratas y lanzó un beso en dirección a Avishag, gesticulando una explosión con la mano en los labios, un gesto más apropiado para un chef italiano alabando la pasta que para un padre libio animando a una hija abatida.

—¡Vamos, nena, a conducir!

Llevaban veinte «clases». Ya basta, pensó. A veces hay que saber que todo tiene un límite.

Hizo girar las llaves en un dedo. El llavero era el escudo del equipo de fútbol de Jerusalén. Avishag no podía apartar la mirada del llavero que daba vueltas entre los nudillos peludos de su padre; era amarillo y negro, de espuma. Avi, a la edad de Avishag, ya estaba casado con su madre.

Cuando Avishag tenía cinco años, su madre sufrió de histeria. Un año entero. Más adelante, después de parir a su tercer hijo, la sufrió otro año más. Avi podía contar con los dedos de una mano las veces que aquel mes vio a su mujer salir de la cama. Un día Avi rompió con una mano una botella casi vacía de Araq contra la encimera de granito de la cocina. El olor anisado le recordó al regaliz negro que su padre le compraba en una tienda de golosinas de Trípoli. Avi entró en la habitación. Su mujer yacía a oscuras, con los ojos cerrados, los labios prietos. Avi estaba muy, muy

borracho. Se dejó caer con todo el peso de su cuerpo sobre su mujer, pero ella no se despertó. Empezó a chillarle.

—¡Despierta! ¡Despierta!

Empezó a cortar. El cristal de la botella era mucho más afilado de lo que jamás hubiera soñado.

Ah, y soñaba. Vaya que si soñaba. Soñó durante años, después de aquello. Una década. O más.

En su sueño sujetaba una esquirla minúscula de cristal reluciente y, al hundirla en la clavícula angulosa de su mujer, una línea roja, una línea geométrica, se proyectaba hasta el techo. Cuando la línea llegaba al techo, se convertía en un charco suspendido en el aire de la habitación, hasta que de repente caía y se vertía sobre la cama salpicándolo todo de rojo. En su sueño se ahogaba en la sangre caliente de su mujer.

En la vida real solo la hirió. Cuando se divorciaron la cicatriz del cuello ya no se distinguía. En la vida real fue la asistente social, la asistente social alemana, la que hizo que su mujer se divorciara de él.

—Hay un aparcamiento abandonado cerca de Motza —dijo Avi el día que llevaban veinte clases de conducir, y giró el volante hacia la derecha. Puso una cinta en el radiocasete, una canción que se sabía ya cuando vivía en Trípoli, donde todas las mujeres eran morenas y jóvenes y no había hijas como la suya—. Es un sitio estupendo para aprender a conducir —dijo.

Avishag abrió la boca, pero solo para meterse un mechón de pelo.

—Di algo, lo que sea —le pidió Avi.

Ella había aprendido la lección.

Antes de que Avishag se citara con el médico militar, el que le firmó los papeles para salir del ejército antes de cumplir los dos años de servicio, Yael le había dicho que, si las cosas de veras estaban tan mal en la frontera con Egipto, bastaba con decir algo, lo que fuera. Cualquier cosa, daba igual. Podía decir que se creía una mariposa, que se meaba en la cama, explicar que era su oso de peluche el que le compraba los cigarrillos. Podía decir que ya se había metido en líos una vez y que si no la sacaban de allí haría algo para volver a la prisión militar, igual que cuando acabó presa por desnudarse en una torre de vigilancia. La cárcel le gustó tanto que fue difícil volver a la rutina. Algo, cualquier cosa que le diera al médico una excusa para decir que estaba loca. Tardó dos semanas en que la derivaran a un psiquiatra militar, pero Yael decía que dejar de ser soldado era fácil. No quieren responsabilidades. En este país hay soldados de sobra.

Y sin embargo, cuando el médico se acodó en el escritorio y le preguntó por qué quería hablar con él, Avishag se quedó en blanco.

Paseó la mirada por la consulta. El cenicero estaba limpio; el mármol relucía. En la pared había un mapa del país, como en el despacho de cualquier otro oficial.

Encima de los cajones de su escritorio había una pecera sucia. Los peces nadaban en círculos, dorados y azul zafiro y con agallas. Avishag no había visto nunca a un médico. Los zubaríes, como buenos iraquíes, no creían en la medicina. Escoger una frase absurda entre los millones de opciones que existían le resultó imposible. No le salió la voz.

El médico carraspeó.

—¿Y bien? —dijo.

Al final optó por decir algo que se acercaba a la verdad.

—Esta pecera me hace pensar en el Holocausto de los peces.

No recordaba de dónde había sacado la idea; la rescató de una masa de agua insondable, aunque tampoco era pura invención. Dos días después la eximieron del servicio militar. Después no habló mucho con Yael porque no soportaba decirle que la habían eximido por una frase absurda que se acercaba a la verdad.

En las montañas que rodean Jerusalén, había una camioneta cubierta de pegatinas fosforescentes parada delante del coche de Avi.

«El pueblo de la Eternidad no tiene miedo», decía una de ellas. «Solo podemos confiar en Nuestro Señor que está en los cielos.»

—No hagas eso, cariño —dijo Avi.

Avishag se había metido en la boca la punta de su coleta negra. Abrió mucho la boca, como una anciana, y la coleta cayó, balanceándose sobre su pecho.

—Así está mejor —dijo Avi.

Después de que los rabinos aprobaran por fin el divorcio, Avishag y su padre solamente se habían podido ver en presencia de la asistente social alemana. Llevaba el pelo teñido de rubio montado sobre la cabeza como un castillo de arena y tenía una naricita rosada, un hocico. Los miraba apoltronada en una butaca de cuero, mientras Avi y Avishag se sentaban en sillas de madera de colores, sillas de niños. A Avi no le cabía el culo en la silla; se retorcía como un gusano frito. Avi iba en coche hasta el norte, adonde Mira se había mudado. En el pupitre diminuto había puzzles de patitos sonrientes y muñecas Barbie y libros. Avishag se metía un mechón de pelo en la boca y lo miraba fijamente. Dan, su hijo, se negaba a verle. La asistente social alemana decía que era mayor para tomar esa decisión. Tenía doce años. Mira dijo que llevaría a la niña más pequeña si las cosas «iban bien» con Avishag.

—Podría leerle un cuento —sugirió la asistente social de cara porcina. Se restregó la nariz con la mano, de piel arrugada.

Era, con mucho, la sugerencia más estúpida que Avi había oído en la vida. Si las cosas hubieran tomado otro rumbo, en aquel momento esa mujer estaría llenándose la boca con una salchicha de cerdo en una cafetería de Berlín, y él estaría montando a caballo con su hija por los mercados de Trípoli, comprándole khol negro para los ojos y pañuelos morados. En Trípoli las chicas empezaban a llevar maquillaje desde los

ocho años, y siempre se cubrían el rostro con un pañuelo. Esa mujer ni siquiera usaba pintalabios, y Avi habría jurado que el nacimiento de su pelo retrocedía a marchas forzadas. Esa mujer no sabía qué era ser mujer.

—Yo no leo —dijo Avi. Quería decir que no sabía leer, o al menos no para atreverse con un libro.

—Ah, entiendo —dijo la alemana. Debió de pensar que se refería a que no leía hebreo, pero la verdad es que apenas sabía leer nada. Con diez años había huido con su familia de Trípoli a los campos de refugiados, y luego olvidó lo poco que había aprendido. Vivió allí, en las tiendas de campaña que más tarde se convirtieron en un pueblo de caravanas al lado del mar, hasta que tuvo edad para alistarse en el ejército. Siempre había ido a la zaga de los otros niños. Las palabras no se le daban muy bien.

Ah, pero hacer hijos sí se le daba bien, aquella era su hija, y aquella hija ya sabía lo que significaba ser una mujer. Apenas tenía ocho años, era más morena de lo que él había sido nunca, y le cogió la cara entre las palmas de sus manitas como una señorita, como una madre, y le dijo:

—Padre, no quiero las historias de los libros. Quiero las tuyas. Cuéntame tus historias.

Avi nunca había contado una historia. La alemana sonrió con disimulo.

Avi sentó a la niña en sus rodillas.

—Tiene que quedarse en su silla —dijo la alemana.

—Ah, bueno —dijo él.

Avishag volvió a su silla. Le dio la mano.

—Había una vez, en este país, una mamá y un papá —empezó.

—Me parece que su mujer agradecería que no entrara usted en cuestiones personales con la criatura —dijo la alemana.

¡Cuestiones personales! «La criatura» era suya, ¿qué podía contarle que no fuera personal? *Estos europeos* —pensó Avi—. *Toda esta formalidad rencorosa. No tienen corazón. Hitler les quemó el corazón.*

—Una vez, en este país —volvió a empezar Avi. Guardó silencio, antes de continuar. Y así empezó el único cuento que contó en su vida.

—Haz algo, lo que sea —dijo Avi cuando llegaron al aparcamiento. Avishag y él estaban apoyados en el morro del coche. Había tardado cinco minutos en convencerla de que saliera del vehículo y del asiento del copiloto, pero ya era más que las otras veces. Era algo, por lo menos. Aún no perdía la esperanza.

Le ofreció uno de sus cigarrillos Time y se quedaron fumando de pie. En el aparcamiento abandonado no había nada más que asfalto, hierbas secas y el remolque de un camión, sin ruedas.

—Ponte al volante un minuto —dijo Avi—. Hazlo por mí —juntó las manos, e incluso dudó si ponerse de rodillas.

—Hace demasiado calor —dijo Avishag—. Vuelvo adentro —quería sentir el aire

acondicionado; era un deseo pequeño, pero por lo menos era algo.

Avi pensó en darse por vencido.

Entonces pensó en la pegatina que había en la parte trasera de la camioneta. Aquella pegatina barata, rosa, idiota, real. «El pueblo de la Eternidad no tiene miedo.»

Avi aprendió a leer por su hija. Al principio tardaba horas en descifrar un artículo de la sección de deportes del periódico. Hasta que años después, un día de pronto se dio cuenta de que leía toda la sección de un tirón, con soltura, durante una visita al cuarto de baño.

Desde entonces pensaba en su hija mediana siempre que la vida era, por un momento, tan sencilla como estar vivo. Cuando jugaba al fútbol con sus hijos pequeños, cuando le compraba a su nueva mujer un buen corte de cordero, cuando regateaba el precio de un coche de segunda mano.

Su hija abrió la puerta del copiloto despacio, con cuidado de no golpear el bordillo. La puerta chirrió.

—Lo siento —dijo. Así que abrió la puerta más rápido y acabó rayándola con el bordillo—. Lo siento mucho —dijo.

Cuando por fin se metió en el coche, cerró la puerta con cuidado, con tanto cuidado que no llegó a cerrarse. Así que al final tuvo que cerrarla de un portazo. Pum.

—Lo siento —dijo. Demasiado fuerte, la cerró demasiado fuerte—. Lo siento, lo siento —dijo.

Dentro del coche, Avishag levantó las manos, como si se defendiera de un oso.

Avi se montó en el asiento del conductor y la miró cruzado de brazos, con las manos encajadas en los sobacos y los codos encima de la barriga.

«Lo siento» un millón de veces al día. «Lo siento» era casi lo único que decía.

—Lo siento.

Era su manera de decir: *Haz algo*.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó Avi—. Lo único que deberías sentir es no poner ni siquiera una mano en el volante.

Era así, su hija mediana. Avi no había hablado con su hija pequeña desde que se fue de casa. No había llegado a ver a Dan con más de diez años, y la madre de su ex mujer le pidió que no asistiera al funeral. La pequeña atendía ahora al absurdo apodo de Tzipi y estaba contenta, según le contó un día Mira, su ex mujer, al dejar a Avishag en casa después de una de sus «clases de conducir». Mira quería decir *contenta de no hablar contigo*. En cambio Avishag se las arreglaba para que él pusiera en su boca palabras que ella no decía. Incluso historias. A veces se pasaba seis horas en el coche a su lado, conduciendo. No intercambiaban una sola frase y, cuando la dejaba en casa, sentía que había aprendido algo, aunque no sabía muy bien qué. Como si hubiera podido hacer algo más.

—Solo una mano —dijo Avi.

Ella siguió largo rato callada. Siempre estaba callada. Pero entonces.

—¿Sabes? —dijo ella—. Una vez en el ejército vi que le pegaban un tiro en la cabeza a una mujer ucraniana.

—¿Una mujer ucraniana?

—Una chica, más bien.

Avishag se metió un mechón de pelo en la boca y luego lo dejó caer.

De acuerdo, pensó Avi. De acuerdo, y también pensó: Al menos ahora lo sé. Y respiró hondo.

—Entonces ¿es por eso?

Avishag frunció el ceño. Incluso estuvo a punto de mirar a su padre. Su expresión decía más de lo que había dicho en mucho tiempo. Estaba confundida.

—¿Qué quieres decir con si es por eso? —preguntó.

—Bueno, ya me entiendes —dijo Avi—. El motivo de que no quieras conducir ni...

—¿Qué motivo? No hay ningún motivo. Solo me da miedo conducir, nada más.

—¿Te da miedo?

—Miedo, sí.

Y entonces Avi supo lo que ya sabía, pero lo supo con más certeza. Avishag era así. No había ningún motivo. Solo que su hija era así.

Avi alargó el brazo para abrir la guantera. Olió el sudor de los pies de su hija. Se preguntó cuándo se habría duchado por última vez. Sacó un pañuelo morado que siempre llevaba con él. De su madre. La única cosa que conservaba de ella.

—Cierra los ojos —dijo Avi, y Avishag lo hizo. Le vendó los ojos con el pañuelo y lo ató bien fuerte. Ella no se movió. Avi hizo amago de soltarle un puñetazo en la cara. Su hija no se inmutó. Quería asegurarse de que no veía nada.

La historia

—Una vez, en este país, vivía gente. Entonces vino un rey que quería el país para él solo, así que mandó a la gente de ese país por el mundo entero. Envió a una hermana a una punta del mundo, y a otra hermana a la otra punta del mundo. A algunos los mandó a Rusia. A otros a África. Incluso a unos pocos los mandó a donde viven los osos polares.

—¿Los osos polares, papi?

—Sí, cielo.

—¿Y entonces?

—Entonces la gente de ese país vivió por el mundo entero. Pasaron muchos años. Millones de años. Pero no podían olvidar que en realidad no eran de Rusia o de África, que eran de aquel país, y nunca perdieron la esperanza de poder volver algún día.

—¿Y volvieron?

—Al principio no, cariño. Querían, pero no sabían cómo. Entonces no había teléfonos, así que la gente de África ni siquiera sabía si la gente de Rusia se acordaba de ellos.

—Entonces ¿volvieron alguna vez?

—Bueno, entonces un año la gente de Rusia y la gente de África y hasta los osos polares, toda la gente y los animales que nunca habían vivido en aquel país, empezaron a matar a toda la gente que antiguamente había vivido en aquel país.

—¿Los ahogaron?

—¿Que si los ahogaron?

—Sí, como a mi pez.

Avi pensó en el cuerpo sanguinolento y amoratado e hinchado de su madre el día que se fueron de Trípoli. De cómo la mataron. Del olor que salía de las acequias que rodeaban las murallas. De niño supo qué era la muerte. Con ocho años, Avishag solo sabía lo de su pez. Se le había muerto cuando tenía cuatro años. Su madre ni siquiera quiso que lo viera. Le dijo que se había ahogado. Fue una buena idea, pero no era verdad, ni mucho menos.

—Sí, cielo, los ahogaron.

—¡Oh, no!

—Pero algunos consiguieron salir del agua.

—¡Bien! Y entonces ¿qué?

—Y entonces los que consiguieron salir del agua decidieron volver al país que habían abandonado hacía un millón de años. Volvieron desde África y Rusia y desde todos los rincones del mundo hasta su país.

—¿Y entonces qué?

—¿Cómo que «y entonces qué»?

—¿Qué hicieron allí?

—Vivir.

—Pero ¿qué hacían?

—Vivir. Vivir igual que nosotros vivimos. Construyeron casas y pavimentaron caminos y plantaron árboles. Trabajaron, ¿sabes?

—¿Y entonces qué?

La asistenta social alemana hizo un gesto señalando el reloj. El tiempo se había terminado.

Avishag debió de repetirle la historia a su madre, o quizá se lo contara la asistenta social. Y a Mira no le gustó. La parte de la matanza. Ganó la custodia. Se llevó a los niños y se puso a dar clases en un pueblecito del norte.

Cuando pudo volver a verla, Avishag tenía diecinueve años. Estaba en el ejército. Se le marcaban los hombros bajo el uniforme. Se encontraron en un McDonald's de una gasolinera próxima a la base donde hacía el servicio militar. Era el único sitio que abría toda la noche, y ella solo tenía un rato libre a las cinco de la mañana. Era soldado de infantería en Egipto, en la única unidad de combate de infantería

femenina, y una de las otras chicas debía de haber accedido a relevarla, porque entró pegando gritos por un grueso teléfono móvil del ejército.

—¿Qué quiere decir que tenías cita con el médico y has perdido el autobús? —soltó fríamente, a la vez que levantaba la mano para indicarle a Avi con los dedos: *Un segundo*. Con la otra mano, una mano pequeña, sujetaba firmemente la culata de su M-16—. Que te jodan, maricona, ¿me oyes? —le dijo su hija a la otra vigilante por teléfono—. No soy tu madre para que me jodas y me entierres en la arena.

Colgó y se sentó delante de Avi. Seguía siendo morena de cara, pero llevaba el pelo tirante, recogido en un moño, y tenía las cejas depiladas de una manera rara que eliminaba de su cara cualquier parecido con él. No quedaba rastro de la niña callada y tímida que recordaba. El helado de un siclo que le había comprado goteaba sobre la mesa roja de plástico. Las únicas mujeres a las que Avi había visto en sus tiempos del servicio militar eran secretarias con faldas verdes que preparaban el café para los oficiales de mayor rango.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres? —preguntó Avishag.

Luego volvió a verla cuando su ex mujer lo llamó para informarle de que su hija mayor llevaba casi dos meses sin salir de la cama, por si le interesaba. La habían licenciado del ejército unas semanas después de estar un tiempo en la prisión militar por no sé qué broma inocente, algo relacionado con desnudarse durante una guardia, pero cuando volvió no era la misma. Estaba un poco ida.

—Voy enseguida —dijo Avi—. Le compraré un coche.

—No sabe conducir —dijo su ex mujer. A pesar del cansancio, seguía teniendo la misma voz, la voz que Avi no había oído en años.

En Trípoli, los hombres disciplinaban a sus mujeres a todas horas. Desde luego su padre lo hacía. Durante años Avi lamentó no haber conocido a su primera mujer en otro tiempo, otro país, donde las cosas no se hubieran descontrolado tanto, donde no hubiera asistentas sociales alemanas. Pero había conocido a su mujer cuando la conoció, allí, en las caravanas de inmigración. Ella venía de Bagdad, donde su padre era joyero. Hablaba cuatro lenguas. Se vieron por primera vez desnudos en la carretera asfaltada que había junto a las caravanas, entre decenas de nuevos refugiados, cubiertos de DDT, el pesticida con el que los aviones los fumigaban desde arriba. Los europeos de la oficina de migraciones pensaban que podían ser portadores de enfermedades. La que sería su mujer estaba desnuda y humillada y rociada de químicos blancuzcos, pero su mirada y su corazón eran oscuros, añorantes del avión que la había llevado hasta allí. Tenía catorce años, cuatro más que él. Avi le prometió que todo iría bien, sin saber aún su nombre.

—Todo va a ir bien —le dijo por teléfono a su ex mujer, Mira, cuando lo llamó al cabo de tantos años—. Le enseñaré a conducir. Le compraré un Subaru.

—¿Un Subaru? —preguntó Mira.

—Soy su padre.

Condujeron largo rato. Más de dos horas. Avi pasó por delante del cementerio militar del Monte Herzl y el hospital del Monte Scouts en el que había nacido Avishag. La familia de Mira se había trasladado a Jerusalén desde el campo de refugiados donde se conocieron, pero Avi nunca perdió el contacto con ella. Mira quiso que Avishag naciera en Jerusalén, aunque en aquellos tiempos solo pudieran permitirse vivir en Bat Yam.

Avishag fue todo el camino con los ojos vendados, pero al bajar la montaña notó que el olor de los pinos y la piedra quedaba atrás, y olió a humedad, a fritanga, a cerveza, a protector solar, a alquitrán, a playa, y al final solo a mar.

Jerusalén está rodeado de tierra por todos lados. Avishag supo que estaban en Tel Aviv antes de quitarse la venda de los ojos.

El coche no estaba adaptado para conducir por la arena, ni para pasar por este tambaleante muelle de pesca, pero a Avi no le importaba. Las ruedas giraron sobre la madera vieja. Hizo el camino sin saber en ningún momento adónde iba. Dejó que el coche lo condujera.

El padre de Avishag posó la mano en la frente de su hija y le quitó el pañuelo. La deslumbró el reflejo anaranjado del sol. Mantuvo los ojos abiertos. El sol caía sobre el agua, y el agua la deslumbraba con el reflejo anaranjado. Y aun así. Mantuvo los ojos abiertos. No había viento, el Mediterráneo parecía una balsa. Nadie alrededor, ni siquiera una gaviota, solo ella y su padre en el coche. Al final de un muelle.

—¿Quieres que intercambiamos los asientos? —preguntó su padre—. Ten clara una cosa —continuó—. Se está poniendo el sol. Solo has de sentarte en el asiento del conductor —dijo su padre—. Lo único que has de hacer es sentarte. El coche no va a ir a ninguna parte.

Quiso zarandearla, pero no lo hizo.

Al cabo de cinco minutos Avishag decidió cambiar de asiento.

Qué perfectos pueden ser a veces algunos lugares de este país, pensó su padre.

Intercambiaron posiciones. Era la primera vez que conseguía ponerla en el asiento del conductor.

Avi observó las pequeñas manos de su hija al agarrar el volante. Eran pequeñas incluso para un cuerpo menudo como el suyo, desproporcionadas. Ya se fijó el día que la vio de uniforme, recordaba lo inesperado que fue ver una mano tan pequeña sujetando la culata de un M-16.

Recordaba la suavidad de las palmas de aquellas manitas cuando su hija tenía ocho años, la primera y única vez que Avi había contado una historia en su vida. Tenía las manos pegajosas, pero su sudor de niña olía a azúcar. Recordaba su voccecita aguda y emocionada al preguntar, una y otra vez, «¿Y entonces qué? ¿Y entonces qué?». Y entonces recordó el instante en que se les agotó el tiempo.

Su hija se agarró al volante con más fuerza. Se estaba poniendo el sol; Avi veía las vetas anaranjadas alargándose en el agua. El momento pronto habría pasado. Volverían a intercambiar los asientos y la llevaría de vuelta, se alejaría de nuevo del

mar para subir las montañas de Jerusalén y dejarla en casa de su madre. Incluso en ese momento, mientras observaba y adoraba en silencio las manitas de su hija, no pudo evitar preocuparse, preguntarse. *¿Y entonces qué?*

Quería más. Sabía que quizá pasaran meses antes de volver a tenerla en el asiento del conductor.

Justo antes de que el sol anaranjado cayera pesadamente en el agua, se oyó a sí mismo murmurando. Sin pensarlo, estaba diciéndole a Avishag que podía poner el coche en marcha y lanzarse al agua. Si no se ahogaban le compraría uno nuevo.

Al principio bromeaba, pero luego ya no.

Avishag giró la llave en el contacto. No sabía qué hacer a continuación. El coche vibraba; notó que le temblaban los muslos bajo los pantalones cortos de chico. Miró a su padre. Puso la mano en la palanca del cambio, era difícil moverla, pensó que no sería capaz, parecía una espada clavada en una roca, pero entonces se movió; se quedaba encallada en un punto, luego en otro; de pronto su mano se quedó sin fuerzas; si alguien le hubiera puesto una pistola en la mano, no hubiera sido capaz ni de cerrar el puño.

Creó que estaba paralizada, así que intentó mover los dedos de los pies, y fue una sorpresa: se movieron, las uñas largas de sus pies se encogieron dentro de las sandalias. También podía girar el cuello. Miró a su padre. Ella no sabía qué hacer. Él no sabía qué hacer. Él pensó que debía hacer algo, pero no sabía qué. Pensó: *Nunca es un mal momento para empezar.*

Movió la palanca por ella y metió una marcha. Antes de que su hija pisara el acelerador, lo sintió. Sintió el pie de su hija, su cuerpo. Era una parte de él, y de la máquina, y del país.

Bajo el agua, cuando consiguió abrir la puerta y salir nadando, Avishag solo vio un verdor almizclado. Recordó su pie, cómo se había movido, cómo había movido todo el coche, con qué potencia. Tocó con el pie el fondo del mar, suave y frío entre los dedos. Su pelo arañó la superficie del agua antes de asomar la cara y sentir el aire cálido y el sol. Dio una bocanada de aire, pero, sin saber qué hacer, volvió a hundirse. Aleteó con el pie de nuevo y sintió que su cuerpo subía hacia la superficie, aunque no lo suficiente. Pensó en su padre, pero no lo vio. Al principio no sabía qué hacer, y entonces dio un manotazo en el agua. Luego pataleó con la pierna. Luego dio un manotazo con la otra mano. Pataleó con la otra pierna. Mano, pierna, mano, pierna, mano, mano, mano, y otra vez, y enseguida, aunque era una chica de Jerusalén, aunque nunca lo había hecho, avanzaba, flotaba, nadaba. Fue muy raro; apenas podía respirar, veía motas cenicientas revolotearle en los ojos, pero con cada gesto violento de su cuerpo los oía, oía cómo golpeaba a los ahogados del Holocausto y de Trípoli y de Bagdad y hasta los del Polo Norte, y ellos no reaccionaban con dolor, sino con preguntas, dos preguntas. *¿Adónde, cielo? ¿Y ahora qué, nena?*

Cuando su padre consiguió salir del coche, nadó hasta la orilla solo y desde allí la vio nadar durante minutos que fueron días, y cada día era un año, los años en que no la había visto crecer. Y allí estaba su hija, nadando, y supo que al final llegaría a la orilla, hasta él. Llegó a la orilla y con la ropa chorreando se sentó en la arena, muy cerca, en silencio. La rodeó con el brazo mojado y sintió el latido de su corazón en la frente, hasta que la respiración agitada de su hija se calmó y se acompasó con la suya como si fueran una sola. Ella olió el sudor de su padre y supo algo nuevo, algo que solo ella conocía y antes no, pero que ahora sabía con tanta certeza que quizá le estallaran los pulmones. Supo que no sufría la histeria pasajera de las zubarías. Que la tristeza no la abandonaría nunca, iría con ella toda la vida que tenía por delante.

Una habitación y media en Tel Aviv

Ron miró a Lea. Parecía la madre del mundo cuando trabajaba. Empuñaba el cuchillo y abría el pan blanco con delicados quiebros de muñeca, como si sintiera en sus carnes cada vez que la hoja se hundía en la masa. Colocó la lechuga romana encima de las porciones de tarta de fresa como si arrojara a unos niños antes de dormir. Se limpió las manos en el delantal negro y sus pechos grandes se mecieron bajo la camisa holgada. Al levantar la vista, sus ojos grises toparon con los de Ron.

—¿Qué? —preguntó Lea. Ron se dio cuenta de que había estado mirándola embobado. Era su nueva empleada. No había clientes esperando. Ron estaba sentado en una silla de plástico bajo el toldo a rayas del quiosco.

—Nada. Solo me preguntaba qué haces con el dinero que ganas —le ardían las orejas por haberse inventado algo sobre la marcha. El sol caía sobre las hojas amarillas desperdigadas por el bulevar y Ron pudo ver las olas del calor.

—Pago el alquiler —dijo ella.

—Ya, pero aparte de eso —dijo Ron. Reconocía en sus ojos un cansancio que no existía en los ojos de las demás aspirantes que llegaban a la ciudad. Aun así, saltaba a la vista que era de fuera. Llevaba todos los cuellos de las camisetas cortados con tijera, y en lugar de bolso usaba mochila. Ron se preguntaba a qué aspiraría en Tel Aviv. ¿A convertirse en actriz? ¿En arquitecto? Nada de lo que se le ocurría encajaba del todo. Ron buscaba una empleada de cierta edad, alguien que ya hubiera cumplido con el instituto, con el ejército, y había tenido la suerte de dar con ella.

—Solo pago el alquiler. Tengo un apartamento de una habitación y media en una calle cara.

Ron se preguntó por qué hablaba de una calle cara, en lugar de nombrar la calle. Se preguntó por qué alguien iba a vivir en Tel Aviv y trabajar doce horas al día solo para pagar el alquiler. Se preguntó, como siempre, qué sería eso de un apartamento de una habitación y media. Así que se lo preguntó a ella.

—¿Una habitación y media? Nunca he entendido qué significa.

—¿Qué es lo que no entiendes? Hay una habitación y luego media habitación —dijo Lea.

Sonrió, pero no le sonreía a Ron. Dos niños de grado medio con un caniche pidieron un sándwich de salami, guindillas en vinagre, albahaca y palomitas de maíz, y Lea los miraba a ellos.

En pleno centro de la ciudad, donde había estado el Japanica, un puesto callejero de sushi, en el cruce de la avenida Rothschild y la calle Allenby, Ron abrió el quiosco de sándwiches Nosotros No Juzgamos. Sus amigos y sus padres se mostraban escépticos. El Japanica había sido popular entre los borrachos que llenaban los antros a ambos lados del puesto callejero, pero el ayuntamiento exigía un alquiler vergonzoso por aquella ubicación. Aunque el cocinero japonés y el cajero israelí no daban abasto y dejaban sin atender a unos ochenta clientes por noche, el negocio nunca dejó de ser una sangría de dinero, y al cabo de cinco años los dueños de la cadena Japanica decidieron recortar pérdidas y cerraron.

A Ron siempre le habían atraído los desafíos. La idea de montar un puesto de sándwiches se le ocurrió un día a las siete de la mañana volviendo a casa, a Ra'anana, en autobús, después de haber pasado la noche bebiendo en Tel Aviv durante un fin de semana de permiso cuando hacía el servicio militar. No había comido en toda la noche, pero era muy maniático con la comida y no encontró nada que acabara de convencerle. Comida india, vegana, de fusión, yemenita, pizza: nada era tan bueno como el desayuno que se prepararía de la nevera de sus padres, en casa. Así que decidió esperar, y con el hambre de la borrachera se le ocurrió la idea de la sandwichería. Si borracho la idea le pareció buena, le gustó aún más cuando, ya sobrio, siguió dándole vueltas en la cabeza, sentado delante de su escritorio en la base militar. Era traductor del árabe en una de las bases de inteligencia militar, y se pasaba el día transcribiendo y traduciendo programas de la radio jordana. El trabajo era aburrido pero cómodo, y le dio tres años para pensar.

Uno de los clientes habituales a la hora del almuerzo, un viejo que escupía al dar sus instrucciones a gritos, estaba poniéndoselo difícil a Lea.

—Veamos, en las tartaletas quiero el pimiento amarillo asado un par de minutos, y el pimiento rojo asado diez minutos, y quiero que le cortes los bordes a la loncha de pavo —dijo el hombre por segunda vez.

—Claro —dijo Lea, sacando la mano por el mostrador y tocándole el brazo al anciano, que tenía la piel manchada por el sol—. Lo de siempre, ¿no? —y le guiñó un ojo.

—Hum —gruñó el viejo—. Juraría que la última vez asaste igual las dos clases de pimiento.

No era verdad. Lea había seguido sus instrucciones al pie de la letra.

—Cuánto lo siento —dijo Lea con solemnidad, muy seria, como si el hombre acabara de contarle que habían asesinado a su nieta mientras ella la cuidaba—. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano por contentarle.

A Ron le gustaba que Lea se tomara el trabajo tan en serio, lo reconfortaba. Había puesto mucha ilusión en aquel quiosco. No quería fracasar, costara lo que costara. Se había dejado un buen pellizco en la peladora de pimientos (de cobre; fabricada en Suecia). Más aún se había dejado en un soplete a butano para la crema flambeada (de

aluminio; Francia). Tardó horas en entender cómo funcionaba el armatoste, pero cuando Lea lo usaba solo necesitaba unos segundos para que saliera la llama amarilla y naranja. La mirada le bailaba en los ojos.

—Eres una vendedora buenísima —dijo Ron cuando el hombre de los pimientos se marchó. Llevaba días intentando decirle algo bonito, y quizá luego invitarla a cenar. Quería esperar a que se presentara una buena ocasión—. ¿Eres rusa, verdad? —preguntó.

—Soy medio alemana —dijo ella—. Y medio marroquí, pero esa mitad no se ve.

Ese día parecía triste, más triste que de costumbre. Varias veces se quedó inmóvil, con la mirada perdida, respirando a pequeñas bocanadas, como un niño al tomar sorbos de sopa.

—Estás haciendo un trabajo magnífico. ¿De verdad es lo primero que haces después del ejército? —preguntó Ron. Lea había ignorado el cumplido y se volvió de espaldas para limpiar de la tabla las tripas de los pimientos.

—Sí —contestó—. Ya te dije en la entrevista que acabo de terminar el servicio militar.

—¿Trabajabas mientras estabas en el ejército? —preguntó Ron. Los hombros se le encorvaron; aunque su intención era hacerle un cumplido, ahí estaba, incordiándola con su interrogatorio. No quería que la conversación tomara ese rumbo.

—No todos tuvimos la suerte de que mamá y papá nos encontraran un trabajo de oficina. Apenas me quedaba tiempo libre —dijo Lea. Echó un puñado de cebolla caramelizada en la trituradora, pero esperó antes de darle al botón.

Se suponía que Ron debía contestar. Él sintió el impulso de decirle que sus padres no tuvieron nada que ver con el puesto al que lo destinaron en el ejército, que sencillamente se había esforzado mucho en el instituto con sus clases de árabe porque sabía que no estaba hecho para el combate, pero se contuvo. Sus instintos no lo habían llevado muy lejos. Era un tipo pragmático en los negocios, y quería ser igual en el amor. Recordó de pronto el eslogan de la campaña de seguridad vial del gobierno: «En carretera no sigas las normas, sigue la lógica».

—¿Adónde te destinaron? —preguntó Ron.

—A la policía militar. Era oficial.

—¿Delatabais a los soldados que tomaban drogas y cosas por el estilo?

—No. Unidad de tránsitos. Controles de carretera. Ribera occidental.

—Caramba —dijo Ron. Buscó en su cabeza algo que decir, como un brazo que se mete en un agujero demasiado pequeño para el resto del cuerpo—. No debió de ser fácil —dijo por fin.

—Tampoco era para tanto —dijo Lea.

—¿Conocías a alguien del control donde apuñalaron a aquel soldado en el cuello? —preguntó Ron. Recordaba haber leído la noticia tiempo atrás. Según el periódico casi lo decapitaron, y en aquel momento se preguntó qué querían decir con «casi».

Ahí fue cuando Lea encendió la trituradora. Las cuchillas giraron, arañando el

plástico, con un chirrido infame.

La verdad es que los padres de Ron no eran ni mucho menos gente de dinero. Al salir del ejército trabajó como una mula en una gasolinera durante dos años, para poder cobrar las prestaciones laborales privilegiadas que el gobierno destinaba a los ciudadanos que habían cumplido con el servicio militar. Sorprendentemente, era un buen dinero. Sus amigos del trabajo se lo fundieron en viajes a Tailandia y Perú, o en los cursos de preparación para los exámenes de acceso a la universidad. Ron, en cambio, jugó con el dinero. Se lo jugó en el sector inmobiliario, con lo que sacó más dinero para seguir jugando. Se lo jugó en bolsa, y luego volvió a jugárselo en el sector inmobiliario. Siempre había sido bueno arriesgando el dinero, incluso cuando tenía doce años y era paseador de perros, pero no hubiera imaginado que sería tan fácil. Con veintisiete años tenía tanto dinero en el banco que le daba vergüenza mirar la cantidad exacta. El extracto del banco le quemaba en el bolsillo de los vaqueros. Tenía pesadillas en que sus padres descubrieran todo el dinero que tenía. Siguió viviendo con ellos un tiempo en el piso de tres habitaciones de Ra'anana. Empezó a buscar pisos de alquiler en Tel Aviv. Al final se quedó con un apartamento de una habitación, porque el precio que pedían en la ciudad por algo más grande era tan escandaloso que su sentido común le impedía pagarlo, por mucho dinero que tuviera. Pero antes de encontrar un sitio, mientras revisaba los anuncios del periódico sentado junto a la mesa de la cocina comiendo su pita de aguacate, limón encurtido y patatas fritas, leyó que el Japanica cerraba y el quiosco quedaba disponible. Su madre le dio un beso en la oreja antes de irse a la fábrica textil donde trabajaba. Entonces lo supo. Había llegado la hora. La vida empezaba, y estaba listo para lanzarse de cabeza.

Una vez, haciendo el turno de noche de la sandwichería, Ron se preguntó si se estaba obsesionando con Lea. Le irritaba no poder quitársela de la cabeza a pesar de lo poco que sabía de ella, a pesar de que sabía que debía estar centrado en el negocio. ¿Y si era una mojigata, o se había criado en una colonia ultrarreligiosa, y todas sus esperanzas acababan por tierra? A saber. Después de todo había muchas chicas, chicas con tacones de plástico, revoloteando en círculos por toda la ciudad. Y él ni siquiera iba buscando. Durante el servicio militar se había acostado con una rubia de Kfar Saba que transcribía informes de los servicios secretos del español. Era una chica dulce, genérica. Al salir del ejército se embarcó en un avión a Tailandia, como todo el mundo. Luego llegó un correo electrónico donde le contaba que había conocido a alguien, alguien específico.

Ron se dijo que no debía descentrarse. Dos estudiantes de la escuela de cine de Tel Aviv seguían hablando sin parar sobre la nueva película de Natalie Portman, aunque hacía rato que les habían servido el sándwich de ternera y aceitunas verdes y era más de medianoche.

—Solo creo que la película sería mucho más interesante si se follara al hermano

cuando pensaba que el marido había muerto, en lugar de que el marido lo sospeche solo porque había quedado tocado en la guerra. Eso sí que sería complejidad —dijo uno de ellos. Tenía los pies demasiado largos para los taburetes del mostrador del quiosco.

—Estoy de acuerdo. Habría sido mucho más creíble. Joder, ella cree que el marido está muerto y su hermano es el tío de *Brokeback Mountain*, que está que se sale —dijo el segundo estudiante de cine. Llevaba unas gafas de sol sujetándole la melena, como si fueran la diadema de una niña—. ¿Tú qué opinas? —le preguntó a Lea.

Lea escuchaba a los dos chavales aguantándose la barbilla entre las manos, con los codos sobre el mostrador. Era un imán.

—No he visto la película —dijo.

—Vaya —dijo el tipo de las gafas de sol—. Te invitaría a ir a verla, pero preferiría llevarte al cine por algo que mereciera la pena de verdad.

—Pero aunque no he visto la película, diría que ante la duda, cuantos más personajes puedan follarse a Natalie Portman, mejor —dijo Lea. No era ninguna mojigata.

—Vaya, una chica lista. Ojalá hubiera más chicas como tú en esta ciudad —dijo el de las gafas de sol. Alargó el brazo por encima del mostrador para acariciar un mechón del pelo de Lea—. Ante la duda —dijo, riéndose.

Era solo porque pasaba mucho tiempo con ella en el quiosco, pensó Ron. No debía descentrarse. No debía obsesionarse. Se levantó de la silla de plástico y se acercó al mostrador. Se puso al lado de Lea. Olía a piel, a carne. Contó hasta tres. Entonces alargó el brazo por encima del mostrador y le soltó un puñetazo en la frente al tipo de las gafas de sol.

Las gafas saltaron sobre la acera gris, sin romperse. Ron quiso abrir el puño, pero no pudo. Miró a los dos tipos, que se habían quedado callados, echando humo. Miró a Lea.

—Anda, marchaos —les dijo Lea a los dos estudiantes de cine—. Hacedlo por mí, ¿vale?

El alto se agachó a recoger las gafas del suelo. Tardó lo suyo; estaba borracho.

—Por ti —dijo, dándole unos golpecitos en el hombro a su amigo y tirando de él. El de las gafas reuló unos pasos, sin apartar la mirada de Ron. Entonces se volvió con un gesto teatral y siguió alejándose.

—Lea... —dijo Ron. Ella lo miraba fijamente; en sus ojos se reflejaban las luces anaranjadas de las farolas. Ron no sabía por qué había hecho lo que había hecho. No sabía qué decir. Antes de tener a Lea, ya la había perdido.

—Eh —dijo Lea—. No pasa nada.

Ron se tapó los ojos con las manos. Lea era un imán. No podía resistir la atracción; y lo peor es que era su jefe.

Pero entonces.

—¿Te gustaría salir conmigo, cuando Vera empiece su turno? —le preguntó Lea. Le puso la palma de la mano en la nuca—. Eh —dijo. Ron acababa de pegar a alguien, y allí estaba Lea tocándolo por primera vez, sin importarle que estuviera tan cerca de ella.

Fue extraño. Después de que retirara la mano despacio para coger un cuchillo de untar, Ron aún sentía sus dedos en la nuca.

Mucha gente piensa que para ser un as de los negocios hay que tener la cabeza fría y observar, pero el negocio de Ron salió directamente de su corazón, sincero y cálido. Tel Aviv estaba lleno de gente cansada, solitaria, gente que al trasladarse a la ciudad sabía lo que quería, pero que enseguida se hartaba de correr, de tener que conseguir siempre todo por su cuenta, de despertar en sus apartamentos diminutos, una mañana tras otra, desnudos, sudorosos y con miedo. Para Ron toda esa gente era igual, y no resultaba difícil entenderla. Lo que toda esa gente quería es que alguien les diera exactamente lo que ellos mismos darían si no estuvieran tan cansados. Alguien que nunca juzgase.

El principio era simple. Cada cliente podía pedir lo que quisiera en su sándwich y que se lo prepararan como quisiera, hasta el último detalle. Ninguna explicación o exigencia era demasiado larga o difícil. ¿Un sándwich de falafel sin falafel? ¿Pan de centeno y pavo espolvoreado con tres cucharaditas de azúcar? ¿Una porción de pizza dentro de un pan de pita con mayonesa? ¿Zumos de naranja calentados doce segundos en el microondas? ¡Ningún problema! Si el cliente quería un ingrediente que no tenían en el quiosco, podía pagar diez sándwiches por adelantado y comprarse una tarjeta rosa y verde lima de la que se los irían descontando, y asegurarse así de que el ingrediente estuviera disponible a partir del día siguiente durante cuatro meses. No se trataba de una treta publicitaria: era una solución.

Lea caminaba delante de Ron por las calles de la ciudad. Cada vez que la alcanzaba, Lea apretaba el paso, hasta que entendió que de alguna manera era lo que quería, que así era como le gustaba. Aceptó, aceptar era parte de su negocio, y siguió caminando a unos pasos de ella. Las calles estaban llenas de gente, de juguetes, de ropa, de folletos tirados. En la ciudad nunca nada acababa de encajar del todo. Incluso a esa hora, las dos de la madrugada, vieron a una niña caminando sola, aunque no parecía pobre (llevaba una sudadera Gap) ni daba la impresión de que se hubiera perdido. Iba tarareando. En un banco, un chaval flaco y un hombre de mediana edad con un acordeón miraban arrimados la sección de deportes del periódico. Las tiendas no seguían una línea recta, a cada momento invadían la acera más de la cuenta. Una tienda de equipos de escalada junto a un bazar judaico; nada tenía sentido. Con Lea caminando delante de él, todo resultaba extraño pero no menos familiar.

En el club LimaLima, después de varias copas, cuando Lea desapareció para pedirse una más, Ron seguía pensando en las calles de la ciudad, y cada vez se le ocurrían ideas más raras. Había algo que no encajaba, o quizá solo fuera que no estaba acostumbrado a beber tanto. Recordó que un amigo de su padre le dijo una vez que al construir la ciudad fueron tan idiotas que trazaron las calles paralelas al mar, de manera que, fueras a donde fueras, siempre veías el porche de alguna casa en lugar de ver el mar. El club estaba a reventar, la música era tan ensordecedora que le retumbaba en la cavidad torácica. En la oscuridad tan solo se veían lenguas. Oía el aliento de las bocas reseca y el sudor y la laca del pelo; pasaban brazos rozándole el estómago, el culo; contempló la posibilidad de que la ciudad fuera la idea de alguien a quien le faltaba un hervor, igual que la sandwichería era idea suya, que nada era lo que se suponía, que quizá la ciudad nunca debió existir sobre la faz de la tierra, pero un raro problema técnico en el cosmos...

Lea le echó los brazos al cuello, con cuidado de no derramar su vodka con Red Bull.

—¡Es el quinto que te tomas! —le gritó Ron al oído. Se recordó que él también estaba borracho, aunque solo se había tomado tres copas.

Cuando Lea le metió la lengua en la boca, Ron seguía apartando la idea persistente de que algo no encajaba, la empujó una y otra vez para apartarla de su mente. Atrajo el cuerpo de Lea hacia el suyo y se dijo que pensaba demasiado, que ser tan pragmático a todas horas tenía sus inconvenientes.

En la pista de baile, Lea le deslizó los dedos por debajo de la camisa. Sintió que lo arañaba con las uñas.

—No soy la niña buena que tú te crees —le gritó Lea al oído—. He hecho cosas bastante malas —gritaba con el volumen perfecto, justo para que oyera todo lo que le decía.

—Sea lo que sea, no me importa —contestó él a voces. La atrajo y le dio un abrazo, la clase de abrazo que se le da a un niño. Su cerebro decidió que Lea era insuperable, un concepto brillante, la única buena idea que a nadie se le había ocurrido, la única cosa que encajaba de verdad.

En realidad lo supo antes de que su cerebro lo supiera. Supo que era estupenda. Los tres primeros meses el quiosco de sándwiches Nosotros No Juzgamos había sido una sangría de dinero. Iba un poco mejor que el Japanica, donde cometieron el tremendo error de pagar un alquiler desorbitado por un puesto que solo atraía clientes de noche. Ningún israelí quiere sushi a precio de oro para desayunar, y casi ningún israelí lo quiere para almorzar, cuando el pescado al sol apesta. El sushi a precio de oro es algo que en Israel te pides por la noche, antes de volver a casa a trompicones o cambiar de club nocturno, cuando ya te da igual, cuando quieres darle a la chica que te has ligado lo que le apetezca y quitarte todo de encima de una vez: esa noche estúpida, tu estúpida vida.

La sandwichería abría las veinticuatro horas, y Ron se pasaba allí metido catorce cada día durante los primeros meses. Contrató a dos de sus primas adolescentes para tomar nota de los pedidos y a un sudanés ilegal para prepararlos (y limpiar), pero en agosto ya sabía que tendría que buscar nuevos empleados, porque sus primas empezaban el curso. Era patético ver cuánta gente había en la ciudad desesperada por un trabajo, cualquier clase de trabajo. El teléfono no dejaba de sonar. Modelos, estudiantes de doctorado, actrices de teatro. Por cada docena de entrevistas telefónicas que hacía, concertaba un turno de prueba con una de las chicas en el quiosco. Sabía que con el señuelo del lema no bastaba, que para que el negocio fuera un éxito tendría que contar con el material humano adecuado. Una chica que no juzgara. Una chica a la que te apeteciera comprarle un sándwich. Lea.

En la entrevista, les pedía a todas las candidatas que describieran el sándwich de sus sueños. Les pedía que no inventaran algo solo por ser originales, sino que fueran sinceras, que dijieran la verdad de sí mismas.

Lea dijo que jamás se le ocurriría decirle la verdad, ni sobre el sándwich de sus sueños ni sobre ella misma. Que temía que fuera demasiado para él. Fue la respuesta más soberbia que le habían dado a su pregunta, pero también la que le pareció más honesta.

No la contrató porque quisiera acostarse con ella. La contrató porque era buena para el negocio, así de simple. Que se enamorara de ella desde el momento en que la vio fue solo una coincidencia. O quizá no: ¿qué más podía pedir un cliente que una chica a la que todo el mundo ama le sirva exactamente lo que quiere?

En cuanto Ron giró la llave de la puerta de su apartamento, Lea se adelantó y pasó. Entró mientras él se guardaba las llaves en el bolsillo y se quitaba los zapatos. Lea estiró el cuello, como si ni siquiera registrara su presencia. Echó un vistazo al salón, cogió el mando a distancia, volvió a lanzarlo sobre el sofá. Asomó la cabeza a la cocina, encendió la luz e inmediatamente la apagó de nuevo. Recorrió el pasillo corto, abrió la puerta del armario de la escoba y lo cerró, fue y abrió la puerta de su cuarto. Oyó su cuerpo aterrizar en la cama.

—¿Y bien? —la oyó decir, plantado en medio del salón. Y se sintió tremendamente estúpido por no estar ya allí con ella.

Se dio cuenta de que no había llegado a fantasear con que se acostaba con ella. No esperaba que se acostara con él esa noche, aunque todo pareciera planeado de antemano, como si el mundo hubiera tejido redes alrededor de su cerebro durante años y por fin las dejara caer en esos momentos precisos, como la primera vez que ves tu película favorita y ya retienes en la cabeza los recuerdos de todas las veces que la verás en el futuro.

Iba borracho, así que solo recordaba que se quedó dormido oyendo su propio gemido. Pero fueron unos gemidos ajenos los que le despertaron. Fuera todavía

estaba oscuro.

La encontró en el cuarto de baño, con la cara colorada. Aunque se veía que había estado llorando, en ese momento solo sostenía la toalla junto a la cara con la mirada inmóvil, sentada en los azulejos del suelo.

Ron encendió la luz y el resplandor amarillento lo cegó.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Te arrepientes de... esto?

—Lo siento —dijo ella—. Soy un desastre.

—Conmigo no tienes que disculparte nunca de nada —dijo, sentándose a su lado en el suelo frío—. Sea lo que sea.

—No sabes con quién tratas —dijo Lea, y sonrió—. Ya te dije que no soy buena persona. He hecho cosas repugnantes.

A pesar de la resaca, de estar adormilado, Ron era un tipo listo. Adivinó de qué iba la cosa.

—¿A la gente en los controles, te refieres? —preguntó.

Lea asintió.

—A todo el mundo que ha estado ahí le pasa lo mismo. No eres tú. Es el puto ejército. Te jode la vida —dijo él.

—No sabes lo que hice —dijo Lea.

—Sea lo que sea, no cambiará nada. Si me contaras que tuviste que darle una patada en los huevos a un abuelo no me inmutaría —Ron estaba furioso, asqueado, con aquella ciudad, con aquel país, con las circunstancias que habían hecho llorar así a Lea. No era justo. Esa guerra que duraba ya setenta años nunca había sido justa. No se había dado cuenta hasta ese momento.

—¿Qué pasa? —dijo Lea, riéndose—. ¿Estás diciendo que somos una especie de parejita, o qué?

—Sí —dijo Ron—. Somos una parejita. Volvamos a la cama.

Entonces decidió que lo arreglaría. Arreglaría lo que hubiera detrás de la mirada insondable que vio en ella la primera vez. Trabajaría en ello y lo conseguiría. Pragmatismo en estado puro.

Iba muy lejos, muy rápido: no podía evitarlo. El primer mes que supo que la sandwichería finalmente había dejado de tener pérdidas, y más aún, que había empezado a dar beneficios cuando todavía no hacía un año de la inauguración, le dijo a Lea:

—En unos años habrá dinero con el que formar una familia.

Era asombroso lo bien que iba. ¿Qué otros establecimientos de comida se habían afianzado tan pronto en Tel Aviv? Su hermano había dicho que por lo menos se pasaría dos años invirtiendo antes de empezar a recoger ganancias.

—Cuidado, tigre —dijo Lea. Limpió el mostrador. Sonrió. Le sonreía a él.

Después de la avalancha del almuerzo, una chica de grado medio con aparatos dentales le estaba dando la lata a Lea.

—El cartel dice que uno puede pedir lo que quiera en el bocadillo, y yo quiero baguette con brownie de marihuana —dijo la chica de grado medio con exigencia.

—Ojalá pudiera prepararlo, pero ni siquiera tenemos permiso para vender bebidas alcohólicas —Lea trataba de razonar con ella.

—Pues es lo que quiero, y punto —contestó la chica. Parecía empeñada en rehuir las miradas amables de Lea, sus esfuerzos por seguirle la corriente.

—Ya, cariño, lo sé, pero tengo las manos atadas.

Antes de salir juntos, de ser una «parejita», como decía ella, Ron se preguntaba de dónde sacaba Lea aquella paciencia sobrenatural con los clientes. Ahora que ya llevaban varios meses juntos lo sabía. Aun así Lea todavía no le había dejado ir a ver su apartamento, ni siquiera había querido compartir un taxi o decirle dónde vivía.

—Sabes cómo son las cosas en esta ciudad —dijo, recurriendo a un cliché cuando Ron sacaba el tema—. Uno solo es su apartamento.

Aun así. Había ido más allá de la Lea que trabajaba en la sandwichería; conocía a otra Lea. Conocía a dos Leas. Tres, de hecho. Estaba la Lea que para ir a bailar se ponía unos vestidos tan cortos que parecían camisas, que lo arrastraba por las calles de la ciudad de un club a otro: el Cat & Dog, el Oman 17, todos los grandes nombres. Esa era la Lea que podía bailar durante horas, la que conocía a la gente de la barra y la que caía bien y a la que coreaban cuando se terminaba la quinta, luego la sexta copa. La Lea que iba a su cama casi cada noche, riéndose a carcajadas, pitorreándose, actuando con la tontería de una cría, y de repente como toda una mujer.

Luego estaba la otra Lea, la que lo despertaba con sus llantos cerca del amanecer, a la que estrechaba entre los brazos cuando intentaba escapar de la cama, la que apenas tenía palabras.

La tercera Lea, la que seguía siendo su favorita, era la Lea de la sandwichería, la empleada estrella. Se comportaba exactamente como el primer día. Era él quien había cambiado. ¿Cómo no iba a ser otro?

—¿Y si te largas de una puta vez? —le gritó Ron a la niñata de grado medio—. No haces gracia. Ni eres precisamente una monada. Con esos hierros en la boca pareces un rottweiler.

—Lo lamentarás —dijo la chica. Se colgó al hombro la mochila de Manga y se alejó de allí.

—No has debido meterte —dijo Lea—. Lo tenía bajo control —se volvió a pelar berenjenas asadas.

Ron intentaba calmarse. La gente de Tel Aviv lo sacaba de quicio. Esta mierda no pasaría en ningún otro sitio, pero en esa ciudad valía cualquier cosa. Uno no podía ni inventarse un señuelo publicitario. Cuando Domino's anunció que entregaban la pizza a domicilio antes de treinta minutos en cualquier parte de la ciudad, o si no corría de su cuenta, el día que cambiaron la hora cientos de personas llamaron y luego dijeron que el repartidor llegaba una hora tarde, exigiendo a gritos la pizza gratis. Ron incluso había empezado a sospechar que la gente de la ciudad robaba cosas cuando

Lea y Vera miraban hacia otra parte. Las cosas tendían a desaparecer —cubiertos, tazas—, ese día ni siquiera encontraba el soplete de butano.

Observó que Lea cascaba las nueces haciéndolas rodar sobre la tabla de madera. Oía el roce de su coleta. Notó algo distinto. Cuando Lea se agachó bajo el fregadero para tirar las cáscaras de las nueces, vio que se movía despacio, metódicamente, doblando las rodillas, manteniendo la espalda erguida.

—¿Te duele la espalda o algo?

—¿No te acabo de decir que tenía las cosas bajo control? —dijo Lea. Se incorporó de nuevo, agarró el cuchillo de untar.

Ron se desconcertó al ver cómo lo miraba.

—Lo siento, lo siento. Es que no quiero que te hagas daño —dijo.

—A ti sí que te van a hacer daño si no cierras la boca —dijo Lea. Lo señaló con el cuchillo de untar. Entonces se acercó, dejó el cuchillo en el mostrador, alargó el brazo. Cogió a Ron de la mano. Su mano era suave, y cuando la vio sonreír Ron olvidó su preocupación, olvidó su pregunta, olvidó que en este mundo pudieran nacer preguntas.

—Me gusta mi trabajo —Lea habló de repente, uno de esos momentos antes del amanecer en que él la abrazaba—. Me gusta poder darle a la gente lo que quiere. En los controles se oían un montón de historias increíbles: todo el mundo tenía una madre no sé dónde a la que le quedaba menos de un día de vida, la boda de un hijo que había sobrevivido a un ataque de lobos malignos. Y lo único que yo podía hacer era decir que tenía las manos atadas porque llevaban un permiso del color equivocado, o porque llegaban cinco minutos tarde.

Ron no supo qué decir. La besó en el hombro.

—Gracias por darme el trabajo —dijo ella.

—¿Alguna vez tuviste ganas de mirar a otro lado, de dejar pasar el control a alguien a quien no debías? —le preguntó Ron al cabo de unos momentos de silencio.

—A veces lo pensé, un poco. Entonces aquel hombre degolló a uno de los nuestros desde la ventanilla de un coche. Se suponía que no debíamos acercarnos tanto a los coches, pero aquel soldado lo hacía. Supongo que el hombre del coche también pretendía tener una historia. Y cuando me convertí en oficial ya no podía dejar pasar a la gente, porque entonces era una oficial.

El cuerpo de Lea era mucho más pequeño que el de Ron; al abrazarla aún parecía más pequeño. Cuando Lea bebía más de la cuenta, a veces tenía que cargar con ella por las escaleras. Y aun así sabía que había hecho cosas de las que él sería incapaz; bueno, quizá hubiera sido capaz, pero de todos modos no las había hecho. Había transcrito programas árabes en un despacho. Saberlo hacía que le resultara más fácil y más difícil estrechar a esa mujer desnuda entre sus brazos. Más fácil porque sabía que ella era más fuerte; no lo necesitaba; simplemente lo quería. Más difícil porque siempre se preguntaba si sus brazos eran lo bastante fuertes.

—No debió de ser fácil —dijo por fin. Las palabras seguían fallándole, pero tenía que decir algo y, abrazándola tan de cerca, esperaba que Lea lo entendiera.

—No lo era —dijo ella—. Aunque Yaniv, el chico al que degollaron, ni siquiera me caía bien. Tenía unas cejas puntiagudas muy pobladas, como flechas peludas.

—¿Por eso no te caía bien? —preguntó Ron.

—Parecían gusanos sorprendidos.

—No pasa nada porque alguien no te caiga bien. No sabías cómo iba a acabar.

—Puede.

La noche después de que aquella chica pidiera brownie de marihuana, vino otro bromista. Era un ruso gordo, borracho.

—Quiero carne tierna de bebé en pan challah —pidió de mala manera.

—¿Carne tierna de cordero? ¿De vaca? —preguntó Lea.

—Carne tierna de bebé, zorra —dijo—. Eso es lo que quiero.

Lea se quedó inmóvil y lo miró.

—Veo en tus ojos que serías capaz de hacerlo —dijo el hombre. Tenía unas ojeras amarillentas, enfermizas—. El cartel dice A SU GUSTO, ¿no? —preguntó—. Veo en tus ojos que serías capaz de hacerlo.

Lea se miró las sandalias. Luego levantó la vista. Miró a un lado, luego al otro. Ron nunca la había visto tan asustada. Era como si el hombre le hubiera puesto una pistola en la cabeza, como si el mundo entero esperara fuera para ir tras ella.

Salió del quiosco y echó a correr.

Ron oyó sus sandalias resonando contra la acera.

—¡Espera! —la llamó.

Sacó un billete de quinientos siclos de la caja y se lo dio al viejo que siempre pedía un sándwich de pimientos rojos y amarillos.

—Si le echas un vistazo al negocio hasta que Vera empiece el turno de la noche, te daré más —le susurró al viejo.

No esperó a que le contestara. Echó a correr.

Ella era rápida, pero él también. Alcanzó a ver que se montaba en un taxi y tuvo la suerte de coger otro enseguida. Quiso decirle al conductor: «¡Siga a ese taxi!», pero se sintió estúpido. Ni siquiera sabía si era legal decir algo así en la vida real. En lugar de eso, se limitó a decirle al taxista que le iría dando instrucciones sobre la marcha. Le dijo que sabía adónde quería ir, solo que no recordaba el nombre de la calle.

Era una calle cara, desde luego. La vio bajarse en la plaza del Rabino y bajar por la calle Zeitlin. Le dio un billete de cincuenta al taxista y, sin esperar el cambio, bajó y la siguió sin apurarse. Entró en el edificio tras ella y esperó al pie de la escalera hasta oír que se cerraba una puerta en el tercer piso. Se preguntó cómo reaccionaría Lea, por qué no la había llamado desde lejos. Se dio cuenta de que tenía curiosidad

por saber dónde vivía; y, por más contento que estuviera de conocer a tres o incluso cuatro Leas, sería completamente feliz con una sola, con ella.

Esperó cinco minutos. Jugueteó con el polvo de las plantas de plástico del vestíbulo.

Llamó a la puerta.

Lea abrió descalza, sin más ropa que una camisa blanca larga.

—No deberías haberme seguido —le dijo.

—Quería ver cómo es un piso de una habitación y media —trató de bromear.

Ella no sonrió. Parecía cansada, más de lo que la había visto nunca.

—Voy a entrar —le dijo.

Lea se hizo a un lado sin decir palabra, franqueándole el paso.

Solo alcanzó a entrever el salón y la cocina antes de que Lea le tirara del brazo. Parecía el apartamento de los padres de alguien. Los cojines del sofá tenían fundas de ganchillo e iban a juego con los cuadros de bodegones y puentes de las paredes. Olía a incienso; madera perfumada ardiendo.

En la habitación todo fue más rápido que en las noches de borrachera en su casa. Ella no le soltó las manos, colocándolas primero ahí, después allá, y luego en otro lugar. Lea lo empujó con fuerza sobre la cama cuando él intentó acariciarle el pelo. Ron cayó de espaldas y se preguntó cuánto costaría un colchón ortopédico como aquel y por qué él aún no tenía uno.

Le preguntó el precio, y ella se echó a reír, enternecida. Ron le puso la mano en la nuca. Su Lea.

Se rindió. Ella, al final, también. Se quedaron dormidos.

Ron se despertó con unos gemidos familiares, y tardó un instante en saber dónde estaba. Lea yacía aún a su lado, y cuando se acercó a ella vio que no lloraba, que dormía profundamente, respirando con un ritmo regular, más tranquila de lo que nunca la había visto.

Lo oyó de nuevo. Un sollozo. Un gemido. Salió de la habitación en boxers y se quedó inmóvil en el pequeño pasillo. Se sintió absurdo, desplazado, frío. El aire acondicionado estaba a tope, pero bajo las gruesas mantas no lo había notado.

Oyó el sonido otra vez. Venía de detrás de una puerta, al lado del dormitorio.

La media habitación, pensó.

Intentó abrirla, pero estaba cerrada. Conocía a Lea, la conocía lo bastante bien para saber dónde escondería una llave. Cuando Vera llegaba tarde a su turno y Lea no podía esperarla, cerraba las persianas del quiosco y escondía la llave debajo de la papelería de la calle. No había ninguna papelería en el pasillo, pero sí una urna sobre la alfombra, llena de cañas decorativas de falso bambú.

La media habitación era exactamente igual que una habitación normal salvo porque era la mitad de grande, y no había una cama, pero sí un soplete de butano en

el suelo (de aluminio, francés; el que había comprado para el quiosco). El aluminio estaba cubierto de pequeñas salpicaduras rojas.

Y estaba el hombre, por supuesto. Era imposible no fijarse en el hombre. Había un árabe de mediana edad en la habitación, en el suelo, atado de manos y pies. Estaba desnudo, y tenía la piel de la espalda quemada. Su cara era un cúmulo de colores y bultos, amarillo, rojo, azul. Levantó la vista y abrió la boca. Le faltaban dos incisivos inferiores, de manera que un diente había quedado solo, como el de un bebé.

Nada tenía sentido; nada parecía encajar. Ron abrió la boca pero no articuló ninguna palabra. Notó la mano de Lea en el hombro.

—No espero que lo entiendas —dijo Lea—. Lo vi borracho tirado en un banco al lado de la obra que hay debajo de mi edificio hace dos días y lo reconocí. Fadi. Así que me lo traje. Mató a un chico de mi unidad. Le cortó el cuello. Lo agarró de la camisa y con el cuchillo...

—¿Nadie te dijo nada al verte llevando a un hombre a cuestas? —preguntó Ron, despacio.

—Esto es Tel Aviv —dijo ella.

—Ayúdame —le dijo el hombre a Ron en árabe. Tenía una voz áspera, aire sin cuerdas vocales.

—Tardé dos horas en subirlo hasta aquí. Estaba tan borracho que ni se resistió, pero me dejé la espalda —dijo Lea. Hablaba con voz somnolienta—. No para de hablarme. Venga y venga y venga. Lo lógico sería que a estas alturas se hubiera dado cuenta de que no entiendo una palabra de árabe. Pensé que dejaría de hablar cuando le salté los dientes a porrazos, pero nada.

—¿Qué he hecho? —le preguntó el hombre a Ron. Lo miraba como si creyera que Ron tenía autoridad, como si fuera un agente de alto rango del Mosad que por fin intervenía para poner orden.

A Ron le retumbaba la cabeza; resaca, aunque la noche antes no había bebido nada. Lea seguía hablando.

—Yo tampoco puedo parar; no puedo dejar que se vaya.

Ron miró al hombre y le hizo un gesto con la mano para que se callara. Miró el reloj. En menos de dos horas empezaba su turno en la sandwichería. Recogió el soplete de butano del suelo.

Ron le asestó al hombre un golpe en la nuca. El hombre se encogió; se dio de cara contra el suelo. Fue un golpe preciso, seco. Ron no pudo evitar preguntarse si el soplete se habría roto con el golpe, si volvería a funcionar.

Atrajo a Lea del cuello con una mano, y ella se acercó y le humedeció el pecho, y luego empezó a besarle, besos pequeños, como un niño tomando sopa a sorbos.

Ron pensó.

Tal vez podrían quedarse unas horas más en la cama antes de ir al quiosco. Poner un poco de música, tomar unas copas. Qué más daba que fueran las cinco de la mañana; el trabajo, la ciudad, no iban a mandar sobre ellos. Desde luego tendría que

ayudar a Lea para que dejara marchar al hombre pronto, y asustarlo para que guardara el secreto. Pero para eso había tiempo.

La mañana era suya.

La ciudad era suya.

Y quizá todo sea fruto de la imaginación de alguien.

Por favor, no juzgues.

III

Después de la guerra

Y cuando los chicos soldado volvieron de la guerra torturaron a las chicas soldado que los esperaban. Les llevó cuatro días. Al final murió gente.

Fue después de la guerra, pero todo el mundo lo sabía antes de que pasara. Todos los reservistas estaban invitados a participar, y muy pocos, quizá solo algunas chicas jóvenes, se sorprendieron.

Ninguna de las mujeres tenía que estar allí. Lea estaba casada, embarazada de tres meses, aunque todavía no se lo había dicho a nadie. Avishag tomaba antidepresivos e iba a un psiquiatra. Yael estaba en Goa, India, en aquel momento, traduciendo los cantos de una comuna de músicos itinerantes. Habían mantenido el contacto de vez en cuando durante aquellos años. No seguían conectadas con nadie más del pueblo, ni siquiera con sus padres.

Avishag tenía el permiso de conducir. Llevó a las chicas a la base de instrucción en un Subaru que no usaba nunca. Las habían destinado juntas porque Shai, el oficial que se follaba a Yael durante el servicio militar, estaba esperando a que volviera de ver mundo y quisiera follar de nuevo.

Volvieron, aunque ya no las necesitaban. Ahora eran mujeres. Las chicas más jóvenes tarareaban canciones como si fueran leche y miel. «Llevo un amor dentro que se elevará y te conquistará» y «No siempre doy con las palabras». Estaban enfrente de sus monitores de vigilancia en las salas de operaciones de guerra, totalmente equipadas en las puertas de acceso; comprobaban la identidad de cualquiera que entrara en la base. Calibraban las armas con el L-beat, un punto de láser rojo que te permitía corregir la puntería sin abrir fuego.

—Eh, ¿dónde podemos instalarnos? —preguntó Yael a las chicas acurrucadas en la arena, junto a la sala de operaciones de guerra. Estaban enfrascadas en un nuevo juego de cartas al que llamaban Mentiras Salvajes. Las reglas cambiaban todos los meses, con cada nueva baraja de cartas.

—Acabáis de llegar —dijo una de las jóvenes de un puesto de control, tirando dos cartas y cogiendo tres—. Ni siquiera os necesitamos, malas putas.

—Has tirado tres cartas, así que tendrás que soltar cuatro en la próxima ronda —dijo Lea—. Y, puesto que soy oficial, te sugiero que vigiles tu lengua.

La chica las acompañó al barracón de almacenaje de metralletas néguév y municiones, donde se alojarían.

Las mujeres les dieron las gracias y la chica se echó a reír como si no hubiera un

mañana.

—No deberíais haber venido. Tenemos esto.

Las néguev, apodadas así por el desierto del mismo nombre, eran unas metralletas automáticas modestas de fabricación israelí. La habitación apestaba a gasolina; habían limpiado las armas, que estaban apiladas contra la pared. Por las grietas del suelo de madera asomaban malas hierbas, algunas hasta la altura de la rodilla. Había cuatro catres de campaña caquis en el rincón del fondo.

—Genial —dijo Avishag.

—Para morir de risa —dijo Lea.

Yael cantó unas estrofas sobre un pato que quería hacer preguntas, una canción de cuando eran pequeñas.

De pronto todas las luces de la base se apagaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Avishag.

Dejó caer al suelo el vestido rojo que llevaba, sus pechos duros se marcaron a contraluz. Lea vació una bolsa verde que había recogido en el barracón de suministros con el uniforme y el equipo.

Las chicas se cambiaron y se contaron chismes.

El letrero de cartón del barracón de suministros decía: SI LO DESEAS, NO NOS QUEDA. Era una broma, y a Lea le hizo gracia.

Estaban en una base abandonada que se había construido en 2012 como centro de entrenamiento de bomberos, que llegaban de ciudades distintas y pasaban un mes al año allí, preparándose para combatir fuegos como el que hubo en los bosques del Carmelo en 2011.

La base era una mole amarilla, enorme, norteamericana.

Shai estaba hablando por el móvil, pero colgó en cuanto vio a Yael y fue hacia ella. Lea y Avishag se detuvieron en seco. Yael siguió andando como si nada.

Shai le puso las manos en las caderas.

—Te estaba esperando, y resulta que mañana tengo que marcharme con mis soldados —le dijo el oficial. Yael y Shai se habían encontrado en el desfile del orgullo gay en Jerusalén, unos meses después de que ella saliera del ejército; él había renovado por cinco años más, con lo que se intuía que sería para siempre. Hacían cola para comprar helados de los colores del arcoíris, y sus sudores se mezclaron cuando una flota de transexuales vestidos de flamencos los obligó a estrujarse. Se habían conocido cuando Yael estaba en la recta final del servicio militar y Shai fue un tiempo su oficial.

Lea y Avishag se cruzaron de brazos y observaron a Yael. Incluso a Avishag le picaba la curiosidad. Querían ver qué hacía; a Yael le daba la sensación de que los demás siempre esperaban a ver qué hacía. Como si ella lo supiera de antemano.

—Enséñame adónde los vas a llevar, y cómo —dijo Yael. Luego le dio un beso. Nunca le gustó besarse. Meter la lengua en la boca de otra persona. Parecía una mala táctica de supervivencia. Notó el sabor del pan que Shai acababa de tragar.

—¿Cómo os ha ido a vosotras? —les preguntó Shai, en lugar de contestar.

Lea se había casado con el tipo que creó la cadena de sandwicherías NNJ. Vivían en Tel Aviv, y Lea se pasaba el día fumando en las cafeterías, escribiendo libros porno sobre nazis que se follaban a los judíos en las duchas hasta matarlos y niñas de siete años que pierden la virginidad a través del incesto y penetraciones dobles. Firmaba con seudónimo y estaba teniendo una buena acogida en todo el mundo. Avishag había dejado a su madre en Jerusalén y vivía con su tío en un pequeño asentamiento del desierto del Néguev, donde trabajaba de monitora juvenil de la tropa de exploradores etíopes e integraba en su programa clases de equitación. Aparte de eso era la dibujante de los tebeos de fanfiction *Emily, la triste*, basados en *Emily The Strange*. Emily, la triste, siempre perdía las llaves o el autobús, pero nadie la ayudaba y se sentaba en un cubo en medio de un campo de amapolas a llorar. Avishag escaneaba las ilustraciones y se las mandaba a Yael por correo electrónico, pero Yael no volvió a abrir los adjuntos después de la primera historieta, donde Emily se olvida de sumar y no sabe si le alcanza el dinero para un cepillo. Entonces Yael estaba recorriendo mundo, una idea que se había prometido a sí misma el día que dejó el trabajo en el aeropuerto después de ahorrar setenta mil siclos, y se dedicaba a traducir obras halladas en China, Rumanía, Zimbabue, India, que luego colgaba en Internet sin ánimo de lucro. Y componía canciones. En todos los idiomas. Canciones que colgaba en Internet y que a la gente le encantaban, aunque nunca supiera que eran suyas.

—Caramba, Yael —dijo Shai, después de hablar de un montón de cosas insignificantes. Él no tenía nada que contar—. ¿Hay algo que no hagas? —preguntó.

—Pues no —dijo Lea, tamborileando con los dedos en la espalda de Yael, que sintió las uñas en la piel como gemidos—. Nuestra pequeña Yael es la puta mujer renacentista.

—Muy bien —dijo Yael.

—Lea, por favor. Estamos en una guerra —dijo Avishag.

—Quiero saber el plan de mañana —dijo Yael. Y miró a Shai. Su mirada era el sedal de un pescador: no lo dejaría escapar.

Shai vació la sala de operaciones militares para hablar a solas con ella. Las paredes estaban llenas de mapas, había cereales por el suelo, y gomas del pelo multicolores y radios desperdigadas por los escritorios.

Yael le pidió a Shai que no se marchara.

Después de que le mostrara los croquis de la escuela que iban a desmantelar, la ubicación de cada francotirador, de cada ventana.

—Vais a morir. No se puede entrar en Siria por tierra —dijo Yael.

—Tengo que ir —dijo Shai—. Soy oficial.

—Haré lo que sea —dijo Yael. Le rascó la nariz y se agachó, como un gato, de rodillas. El suelo estaba lleno de polvo y cereales; células muertas que sentía a través

de las perneras del pantalón.

—Yael. Estás paranoica.

—Daría vueltas alrededor de la base, del mundo, eternamente, a cuatro patas, con tu polla en la boca.

—¿Te casarías conmigo? —preguntó Shai. La miró. Bromeaba, pero los dos sabían que las bromas son sumamente precisas cuando la muerte se siente cercana.

—Necesito viajar. Pero quizás algún día.

—Un día no basta. Lo que sea quiere decir lo que sea.

Yael no estaba dispuesta a decir que no, así que dijo muérete y se rindió. En el fondo sabía que no había una solución real en sus palabras. Al menos, no para Shai. Mientras volvía al barracón, vio los saltamontes reflejados en los charcos de gasolina que se habían formado con la limpieza de todas las armas, antes de zambullirse.

Entró en la caravana sonriendo. Imaginó que era lo que tocaba. Había vuelto a irse la luz.

—¡Estás en casa! —dijo Avishag. Estaba trenzando su pelo fino después de una ducha, llevaba un pijama de verano con pastelitos estampados.

—Juguemos a las historias —dijo Lea. Sacó una vela por el alma de los difuntos de su bolsillo sin fondo y la encendió.

Las chicas sacaron papel y bolígrafos y cada una escribió una frase. No jugaban a ese juego desde que estaban en séptimo. Una versión mejorada de Cadáver Exquisito. Lea podía ver las frases de Yael pero no las de Avishag. Continuaba la frase que veía. Yael continuaba la de Avishag, sin ver la de Lea.

Las historias que escribieron eran en esencia de perros muertos haciendo el amor en un lugar muy parecido a la Antártida, versiones de canciones de *American Idol*, y madrastras tan gordas que vaciaban las piscinas del kibutz cuando se tiraban de cabeza. Las tres páginas iban dando vueltas, siempre con la última frase que leían tapada y la suya a la vista para la que estaba sentada a su derecha, e iban formando un abanico con las palabras que todas llevaban dentro, ahogadas en tinta.

No pusieron despertador. De una cama a otra se susurraron que se despertarían solas. «Despertar natural», era una frase del ejército que ya nadie usaba, en alusión a los raros amaneceres sin alarmas en los que no había razón para madrugar.

Los chicos estaban ya montados en un autobús o en otras tierras cuando las chicas se despertaron; solo quedaban las chicas más jóvenes. Era más de mediodía cuando las mujeres sintieron el impulso de salir a deambular por la base.

Las chicas más guapas y golfas estaban al lado de la bandera, desnudas, echándose hielo por encima y tomando el sol. No quedaba nadie a quien entrenar en la base, no había campos de tiro, ni puertas que vigilar a través de un monitor. Una de las chicas, una guapísima a la que le caía un penacho de pelo fino rubio por el cuello, saltaba entre sus compañeras despatarradas en el suelo. «Pim pom fuera, qué ramera», cantaba mientras saltaba, y las chicas rodaban un poco para dejar más

espacio entre una y otra, porque la rubia siempre conseguía caer en algún hueco, por mucho que se apartaran. «Somos una raza aparte, con mala sangre», repetía machaconamente la chica mientras las mujeres se alejaban.

—¿Vamos a asaltar los barracones de los chicos, o qué? —preguntó Lea—. Sabéis que siempre he querido hacerlo.

Lea dejó de caminar, se acercó a Yael y le dio un beso en la frente. Se comportaba con cierta ternura. Los labios le temblaron sobre la piel de Yael. Quizás era el bebé que llevaba dentro, pero Yael pensó que solo se trataba de la serenidad de la madurez.

Recorrieron la base y encontraron a las chicas menos populares enfundadas en sus bañadores rojos y estampados de leopardo. Formaban un corro y se agarraban de las manos con tanta fuerza que los nudillos se les quedaban blancos. A Avishag le hizo gracia que jugaran a algo que conocía. Era un juego de cumpleaños. La chica que celebraba su día especial se ponía dentro del corro y hacía de gato. Afuera estaba la chica que hacía de ratón. El juego consistía en que las chicas del corro no dejaran salir al gato. Cantaban una antigua canción de las chicas del ejército: «Qué desastre, qué desastre. Las putas se dejan follar por dinero; nosotras lo hacemos gratis».

—Es el día de la nostalgia —le dijo a Avishag una pelirroja alta, la que hacía de ratón fuera del corro. La atravesó con la mirada—. Así que os podéis apuntar, aunque seáis mayores. Luego jugaremos a profesores y colegialas, y a lo mejor podéis darnos unos azotes con las varas de calibrado láser.

—Cada vara cuesta tres mil cuatrocientos siclos. Ni lo sueñes. ¿Quién es la instructora de armamento aquí? —preguntó Yael. Desde que había visto a las chicas jóvenes iba buscando a la chica que ella misma había sido en otros tiempos. La más bajita, la flaca. Pero no la encontraba por ninguna parte. Los cuerpos de aquellas chicas le recordaban a las Amazonas.

—Bah, ya no servirán para nada —dijo una chica de ojeras profundas, tan grandes que se le hundían en las mejillas. Era una instructora de armamento, y se notaba—. Los chicos están entrando en Siria a pie. Estamos todos caput. ¡Me pregunto qué pasará luego!

—Ignoradlas, ignoradlas —dijo Lea, quitándose una araña imaginaria del hombro con un gesto—. Nunca me han gustado los niños. Vamos al castillo de los chicos a por un poco de diversión adulta.

Cuando se acercaban a la zona de los barracones de los chicos, oyeron que la chica-gato se soltaba. Atravesó el corro con el gruñido de un robot amordazado. Ninguna de las mujeres se volvió a ver cómo cazaba al ratón.

La zona de los barracones de los chicos era idéntica estructuralmente al complejo donde Avishag se alojaba cuando hizo el servicio militar, cerca de Egipto. Viendo las habitaciones, se diría que los chicos se hubieran tenido que marchar en mitad de la cena. Los posos oscuros de un termo de café estaban esparcidos sobre un colchón. Había ropa interior amarilla con restos marrones tirada en un umbral. Por el suelo

uniformes, hojas de afeitar, pretzels, incluso dinero.

Yael oyó una voz. Era una voz de mujer, pero sonaba más como el chirrido metálico de la chica-gato al atravesar el corro y liberarse. Los chicos deben de haberse dejado un televisor encendido, pensó. Al final de las dos largas hileras de barracones, la «sala de recreo» estaba abierta. A Yael siempre le había dado rabia que, solo porque hubiera más chicos en todas las bases de instrucción, ellos fueran los únicos que podían recrearse por la noche. Las chicas podían ver la televisión durante el día si entraban acompañadas, pero a ella siempre le tocaba guardia o instrucción. A menos que te follaras a algún tipo importante, te decían: «¡Nada de televisión después de la cena, jovencita!».

Lea entró en uno de los barracones y no había manera de que saliera. Avishag y Yael la veían desde fuera, olisqueando colchones y calcetines roñosos.

—¿Esto es lo que te pone ahora? —le preguntó Yael—. Pensaba que eras una señora casada.

—Ya estamos —dijo Avishag. Rara vez intercedía por Lea, pero la obscenidad hacía que le zumbaran los ojos.

—Más o menos. Me pone bastante —gritó Lea, sin dejar de olisquear—. Pero en realidad trato de detectar sudor ruso... ¡Esperad! —Lea miró debajo de un catre de campaña con unas sábanas rojas que acababa de husmear—. ¡Lo tengo!

Encontró tres botellas de licor de melocotón de un pack de cuatro, todavía unidas por un plástico blanco. Avishag deseó que el ruso no se hubiera llevado la cuarta botella a Siria. Los rusos tenían tendencia a manejar armas automáticas.

—Debe de ser maricón. ¿Qué clase de tío bebe esta mierda? ¡Nuestro licor favorito, Yael! Demasiado bueno para ser verdad.

Las chicas se estiraron en los destartalados sofás de terciopelo de la sala de recreo. Yael tomó un trago largo y sintió que el pulso de su cuerpo se hacía más lento. Lea ya se había bebido un cuarto de su botella. Yael no entendía las imágenes del televisor. Era un videojuego, donde la escena se veía presuntamente a través de la mirada del jugador. Una mujer con voz de máquina recitaba insultos: «Según los resultados del nivel anterior del juego eres un ser humano patético. Ni siquiera era eso lo que comprobábamos», decía la voz. El escenario era una especie de laboratorio de física sin pies ni cabeza. Cemento y lava incandescente. Había robots disparando que hablaban con voz de niños: «¿Adónde has ido? No te odio».

Yael le pasó a Avishag la botella.

—No puedo —dijo Avishag—. Los medicamentos.

—Ya, claro, los supermedicamentos —dijo Lea, pellizcándole la mejilla a Avishag—. Dime, pequeña, ¿el moscardón del doctor Zhivago te sube la dosis antes o después de follarte?

Se arrepintió nada más decirlo. Avishag se miró una uña de la mano, como si estuviera frente a un monitor en la sala de operaciones militares. Lea, curiosamente,

solía ser más agradable borracha que sobria, y se preguntó si la crueldad que destilaban sus palabras era la forma que tenía el bebé de decirle que no le gustaba demasiado el licor de melocotón.

—Voy a una doctora —dijo Avishag. Aunque Yael era la que había estado fuera del país, Avishag y Lea se habían visto menos desde la pelotera que tuvieron cuando Avishag le dijo a Lea que estaba tomando antidepresivos. Volvieron a hacerse amigas al acabar el servicio militar, cuando Avishag necesitaba a Lea, necesitaba que Lea le dijera con aquella vehemencia suya exactamente lo que tenía que hacer para curarse la tristeza. A Lea la desilusionó que al final Avishag encontrara una solución que no tenía nada que ver con ella.

Yael creyó que tenía que decir algo, pero se dio cuenta de que siempre se creía en la obligación de hacerlo, así que no dijo nada. Echó un vistazo por la sala, miró debajo de las cajas de pizza vacías y las revistas porno, hasta que encontró la carátula del videojuego. El juego se llamaba Ingeniería Humana S. A. II. Leyó en el dorso:

Este juego plantea una serie de acertijos matemáticos que deben resolverse para sortear la muerte y el dolor atroz. El jugador, Many, sigue las órdenes de un ciberintelectual llamado GodDos, Supervisor del Genoma y Sistema operativo del dominio, para llevar a cabo los experimentos del Centro de Enriquecimiento de la compañía de Ingeniería Humana, con la promesa de recibir pizza congelada si se llevan a término los experimentos y el sujeto sigue vivo y conserva las papilas gustativas y el rostro.

La voz de la mujer autómatas hablaba en bucles, invisible. Yael cerró los ojos y escuchó. «El Centro de Enriquecimiento lamenta informar de que el próximo desafío es imposible. No trates de resolverlo» y «Sinceramente, esta parte del juego fue un error. En tu lugar, ya nos habríamos matado. Justo lo que, según tu archivo personal 3288, quiso hacer tu madre biológica cuando te dio en adopción dejándote en el Vertedero, la noche después de la Fiesta de la Salchicha.»

Yael pulsó un botón del joystick, y luego empezó a apretarlos todos. Lea bebía cada vez más deprisa. Avishag tenía la mirada perdida. Yael se alegró de tener algo que hacer en un momento tan incómodo. Finalmente, el jugador de la pantalla saltó por encima de la lava. La voz de la mujer se oyó más fuerte: «¡Bien hecho! Mantuviste la esperanza y te entregaste a tus objetivos en un contexto de opresión y negatividad. Deberías hacerte activista y liberar a algunos esclavos».

La siguiente fase del juego se desarrollaba en una cámara de incineración para androides de combate que sufrían cortocircuitos. Se deslizaban por una línea de montaje hasta caer en las llamas, balbuceando: «Mis circuitos están estropeados. Solo ocupo espacio. ¡Gracias por eliminarme y contribuir a la prosperidad del Centro de Enriquecimiento!». Todos, menos un androide, que repetía con voz monótona: «Mis circuitos están bien. Soy diferente», hasta que se quemaba. Yael trató de imaginar la

cara del tarado que había escrito el guión del juego en Estados Unidos. Luego imaginó la clase de gente que jugaba. A todos los que habían visto aquella cámara de incineración.

—Escuchadme, chicas —dijo mirando al sol que entraba en la sala de recreo. «Escuchadme, chicas»: otra vez aquella frase, que tantas veces había usado de niña.

—Huy, no —dijo Lea—. Siempre que dice eso, mala señal.

Avishag se alegró de que Lea volviera a hablar. Sonrió, mostrando los dientes.

—Van a matarnos a todas. Los chicos. A eso es a lo que juegan —dijo Yael, señalando la pantalla.

—¡Oh, no, Avishag! —chilló Lea—. ¡Yael vuelve a creerse Jonás, el profeta! —hablaba de Yael como si no estuviera allí.

Avishag se echó a reír. Cogió la cara de Yael entre las manos.

—Yael, no eres Jonás. Lo repasamos en cuarto. Y luego otra vez en séptimo.

Yael sintió que podía respirar en la voz de Avishag. Había extrañado el sonido de esa voz, la voz real, con su deje de cinismo inmedicable.

—Bah, ya sé que no soy Jonás —dijo Yael. En ese instante, todo empezó a estar bien otra vez.

—Tampoco eres Juana de Arco —dijo Lea.

—Desde luego no eres la doncella de Lorena. Vi esos correos que mandaste desde París. ¿Cuántos fueron, cuatro tíos en un fin de semana? —dijo Avishag, y las tres se echaron a reír tan al unísono que si alguien las hubiera oído pensaría que un tractor se había quedado atascado en alguna parte.

Lea fue la primera en dejar de reír.

—Ahora en serio, si nos olvidamos de la nueva versión de Yael para volver a hacer el *Armageddon* de Bruce Willis, quería decirte que lo siento, Avishag. Tus medicamentos no son cosa mía.

Avishag le quitó la botella a Lea. Tomó el licor y tragó pausadamente. Luego se echó a reír. Una risa que bajaba y subía como un yoyó. Así era como empezaba a llorar.

—Tienes razón, Lea. Querían que fuera al ejército, así que fui al ejército. Luego empecé a pensar todas aquellas cosas y las cosas que pienso interrumpen a todo el mundo, así que quieren que tome medicamentos. Entonces una de las madres de los exploradores descubre que me medico, y ahora quieren echarme. Tendré que volver con mi madre, que todavía vive con su madre. Con esta gente no hay manera.

Nadie la había oído hablar tanto desde la parrafada que le soltó a la comandante el día de los gases lacrimógenos. Habló como si abriera una lata con los dientes.

—¿Quién es «esta gente»? —preguntó Yael.

—Todo el mundo aparte de mí —dijo Avishag.

Lea le dio unas palmaditas en la rodilla. A Yael se le ocurrió que era la única que no había cambiado, que las otras dos sí lo habían hecho, pero ella sentía que seguía siendo ella.

—No eres la única —dijo Lea—. Yo también creo que con esta gente no hay manera. Las sandwicherías de Ron van estupendamente. Pero seguimos sin encontrar una casa espaciosa para criar hijos en Tel Aviv. Hay tanta demanda... Es que no hay nada disponible.

Las dos miraron a Yael. Al principio creyó que buscaban consejo, pero vio una pizca de incomodidad en la comisura de la boca de Lea. Miraban a Yael como si fuera una intrusa.

—No me miréis así. En el mundo las cosas tampoco están mejor. Vayas donde vayas solo hay trenes que nunca pasan, quejas por los ruidos. Coches de policía montados en la acera de calles importantes que te obligan a caminar en medio del tráfico. Es como si quisieran que te atropellen.

Las chicas la miraron como si fuera una aspirante a entrar en su pandilla. La desesperación sonaba falsa en boca de Yael.

—Claro que aún no he estado en todas partes, obviamente —dijo Yael.

Y entonces todas respiraron.

A partir de entonces los días de la guerra fueron agradables para ellas. Veían el canal Yes de la televisión por satélite el día entero. Siempre habían tenido que conformarse con la televisión por cable en casa de sus padres y en los demás sitios donde habían vivido, así que los canales nuevos fueron una bendición. Vieron un maratón de *Las chicas Gilmore* y un programa de Discovery Channel sobre tejones. Vieron un documental titulado *Mi coche es mi amante*, y un maratón de *Juzgado de guardia / ¿Quién es el jefe?* en el canal retro. Por las tardes, Lea y Avishag iban en coche a por comida y alcohol al pueblo árabe de al lado. Lea pagaba; elegían comida de fusión: cebollas fritas y queso muenster y albahaca en todo lo que pudiera comerse con pan.

Yael se quedaba en la base mientras las otras dos iban a buscar comida. Le encantaba. Era como hacer de niñera para la pareja más rica del pueblo después de acostar a los críos. Estiraba las piernas y veía series viejas en el canal seis, el canal de los niños. *Bully*, *el muñeco de nieve* y *Franny y los zapatos mágicos* y *Chiquititas*. Las canciones la cercaban, como si las notas estuvieran pintadas con agua en las paredes. Su favorita era la cortinilla musical que ponían entre programa y programa. «El canal es mi hogar. ¡Este verano el avión embarca en el canal de los niños! ¡Ciencia! ¡Arte! ¡Historias de terror!» Respiraba como si durante aquellas horas no pensara en nada. Era la soberana de un dominio que no le pertenecía. Si cerraba los ojos, oía trompetas. «¡El canal nacional es el sitio más auténtico! ¡Aquí me siento capaz y siempre me acompañará!» Si Yael lloraba era porque solo entonces empezó a entender por qué creía que, a fin de cuentas, estaba bien morir por su país.

Aquellos días las mujeres fueron felices.

Los chicos volvieron a la base al cabo de dos semanas. Shai había muerto.

Algunos otros también. La invasión a pie no había servido para nada y el ejército decidió caer sobre Damasco y Aleppo con ataques aéreos. El día antes se habían marchado las chicas, de vuelta a sus respectivas bases. Se montaron en el autocar riéndose y enseñándoles el dedo a las tres mujeres.

—¡Se acabaron las vacaciones de verano, abuelas! Volvemos con mamá y papá.

La vigilante rubia se rio en sus narices, pegando el cuerpo a la ventanilla, y con la misma apariencia etérea mientras aplastaba los pechos contra el vidrio. Yael pensó en Hagar. El oficial de reserva la llamó por teléfono para charlar del muerto al que ambos conocían, y dijo que, dadas las circunstancias, las mujeres podían irse a casa, porque los chicos solo volvían para hacer el petate, y no podrían hacer instrucción con ellas ni entretenerse en la base. Después les darían una semana de permiso para ir a casa.

Yael pensó que lo correcto era esperar hasta que el autocar trajera a los chicos, aunque las mujeres tenían un coche, pero cuando llegaron las miraron como si no estuvieran allí, como si las hubieran pintado con un aerógrafo.

Diez guardias de un escuadrón de artillería se encargarían de custodiar la base hasta que llegaran los bomberos, un mes más tarde.

Solo cuando todos tuvieron listo el petate y esperaban junto a la alambrada el último autocar, los chicos empezaron a hablar con ellas. Se metían con Yael. Eran doce y esperaban el último autocar del ejército al sol. Los chicos preguntaban si Yael haría una última cosa, una cosa insignificante, para ganarse la paga de reservista: hacérselo con el gordo del grupo. Eso sí que sería sionismo.

—No voy a follarme a Baruch por lástima —dijo Yael—. Es feo de cojones —añadió. Estaba sentada encima de la barricada contra francotiradores junto a la entrada de la base. Habló sin mirar a Baruch ni a Oren, el oficial, al que se le había ocurrido la idea. Sus palabras eran poco más que un murmullo, porque sujetaba en la boca una de las horquillas de Lea. Lea estaba estirada con la cabeza en el regazo de Yael. Yael estaba haciéndole unas trenzas diminutas a Lea a ambos lados del flequillo, como si nada importara más que aquel pelo rojizo. El pelo de Lea olía a champú de lavanda. Al frotarse la nariz, Yael notó el olor a limpio en las yemas de los dedos.

—¿Cómo puedes decir esas cosas? —preguntó Oren, el oficial. Cruzado de brazos, había apartado la vista de la alambrada y de la carretera para mirar a Yael de frente—. Su mejor amigo se le ha muerto en los brazos, mientras vosotras os matabais a pajas aquí en la base.

—Así que su mejor amigo ha muerto. Mi novio ha muerto también. De hecho varios novios míos han muerto. Tienden a eso. El hermano de Avishag una vez se murió, hace mucho tiempo. No veas. Así que tiene que encontrarse las pelotas y seguir adelante —dijo Yael. Le hacía guiños a Lea y ponía caras de asco con el espíritu adolescente que le habían contagiado las chicas jóvenes.

—¿Así que tiene que encontrarse las pelotas y seguir adelante? —dijo Yoav—.

Shai no era tu novio. Al menos eso dijo él. Si lo hubiera sido, habrías conseguido que se quedara.

Yoav. El sargento primero. Se unió a la conversación.

Al principio Yael pensó que los chicos bromeaban, que eran solo unos críos. Llegaron con tres camillas y colocaron encima sin miramientos a las tres chicas. No las ataron por seguridad, ni les dieron cascos. Como instructora de armamento, a Yael le molestaba cualquier omisión del protocolo de seguridad, y su preocupación creció cuando los chicos le encajaron en la espalda varios golpes con la culata del fusil. No podía ver a las otras dos, por las nubes de polvo que levantó la carrera cuesta arriba hasta la zona de la bandera, pero tuvo claro que si el golpe hubiera caído desde otro ángulo podría haberle roto la columna vertebral.

Junto a la bandera, los chicos dejaron caer a las chicas desde las camillas que llevaban al hombro, como si fueran folletos de propaganda. Se apiñaron en un corro, como si el mundo fuera para ellos un partido de fútbol, y susurraron.

—Vais a escribir, bien grande, con piedras, SOMOS PUTAS, o... bueno, o si no os torturaremos —les dijo Yoav a las chicas tendidas en el suelo, al cabo de unos minutos—. No os dejaremos volver a casa.

Yael se incorporó y se quedó sentada sobre el polvo. Miró a Yoav. Tenía los ojos inyectados en sangre. Había estado fumando marihuana. Desde el suelo vio que tenía mocos negros pegados en la nariz, y supo que el miedo le había impedido lavarse la cara y mirarse al espejo desde que había vuelto de la guerra. Yael no podía creer que usara la palabra «tortura». Sonaba a cliché. Como si no hubiera comprado las vocales.

—No vamos a escribir nada —dijo Yael, en voz baja—. *Na, na, na. Come on* —la vieja canción de Rihanna salió de su boca. Se acordaba de la sobredosis de Rihanna del año anterior. De cómo había llorado mientras veía su vuelo retrasado en letras rojas parpadeantes en aquel diminuto aeropuerto rumano. *I like it, like it*, siguió cantando.

—Escuchad, chicas —dijo Avishag. Se apartó las manos de los ojos. Llevaba un rato llorando; el llanto seco se mezcló con el nuevo.

—Calla la boca y déjate de niñerías —dijo Yael. No le había gritado a Avishag desde que iban al instituto. A lo mejor eso era un problema, pensó Yael, y esperó a que hablara Lea.

—Soy escritora profesional y me niego a escribir eso con piedras. Las piedras son demasiado permanentes. Y personalmente me gusta S&M. Incluso en Facebook. *I like it, like it* —dijo Lea, aunque sin cantar la letra.

Así que los chicos no supieron qué hacer. Se miraron indecisos, las encañonaron con los fusiles y las hicieron ir a su barracón, el contenedor de almacenamiento de ametralladoras négev que ya estaba cerrado con llave. Las obligaron a ir hasta allí a gatas.

—¿Y ahora? —preguntó Avishag. Caía la noche y las luces de la base se apagaron, luego volvieron y se apagaron otra vez.

—Ahora nada de asustarse. No hay miedo que valga en este mundo —dijo Yael. Con cada palabra que decía, volvía a ser ella misma—. Tenemos dos botellas de sauvignon blanc, y toneladas de cortezas de pizza, y sobras de pasta, y una botella entera de Coca-Cola light, del día que os equivocasteis y comprasteis light. La traje aquí.

—¿La trajiste aquí desde la zona de los chicos? —preguntó Lea.

—Eso hice. Me pareció prudente.

—Así que ahora a esperar —dijo Lea—. Conque te pareció prudente... —añadió, sonriendo y moviendo la cabeza. Era casi como si se sorprendiera por primera vez; de quién era Yael, de quién era ella misma. En su voz Yael captó que lo comprendía, pero no estaba segura de que lo quisiera.

Las chicas se quedaron sentadas en los colchones mirando la puerta. Sin moverse. Querían recordar todo lo que acababa de pasar.

Y así empezó.

A la mañana siguiente Yoav entró solo y pidió una voluntaria. Yael levantó la mano y lo siguió.

Avishag se echó a llorar.

—Ay, Dios —dijo Lea.

Yael no paró de hablar en todo el camino hasta la bandera, diciendo que haría cualquier cosa si Yoav le prometía no tocar a las otras dos, y luego, ya desnuda, sin dejar de repetir que haría cualquier cosa con mucho gusto si dejaban tranquila a Avishag, perdió la esperanza. Mencionó al hermano muerto, pero al final no sirvió de nada.

Los doce chicos y las tres chicas fueron partícipes activos. Ofrecerse voluntaria no dio resultados.

Nada de lo que hacían dio mucho resultado, pero lo intentaron. Yael intentó hablar. No había manera de que se callara. Decía que había recorrido África en autoestop; que seguramente tenía enfermedades exóticas y que realmente todo aquello no era una jugada muy inteligente. Lea solo hablaba mientras volvía caminando al barracón, decía que todo era bastante interesante, que a lo mejor escribiría sobre ello o se lo contaría a su marido: llevaban un tiempo intentando enriquecer la rutina en la cama. Sermoneaba a los chicos mientras se abrochaba de nuevo el sujetador, con las manos debajo de la camisa del uniforme. Ni siquiera Avishag se escandalizó. Cerraba los ojos y en susurros los disculpaba por la guerra, asentía con la barbilla, compadecida por lo difícil que es ser un chico joven hoy en día.

Los doce chicos se encontraron en un atolladero.

Aquella primera noche las chicas estaban bien. Incluso Avishag hacía planes. Mientras hablaba, las otras dos se miraban, como si ellas mismas y Avishag colgaran del hilo invisible de sus miradas.

—Solo tendremos que drogarnos mucho. Viajaremos a algún sitio y nos drogaremos y seguiremos adelante —dijo Avishag. Apoyó la cabeza en el hombro de Yael, y Yael no la apartó, como solía hacer—. Yael, ¿tomaste muchas drogas en India? ¿Qué droga es la mejor para seguir adelante? —preguntó Avishag.

—Oírte hablar así a veces... —dijo Lea—. No sabes cuánto lo he echado de menos.

—Bueno, yo quería probar toda clase de drogas, pero al final la cosa no fue por ahí. Fumé marihuana una vez y sentí que la ventana me atraía como un imán. Así que decidí que era mejor fumar marihuana en el bosque, y entonces sentí que debía encontrar una ventana para que me atrajera como un imán. Luego una vez tomé éxtasis por accidente en una *rave*, en Goa, y me puse tan paranoica que decidí que las drogas no son para mí —dijo Yael.

—¡Paranoica! Pero si el éxtasis es la droga del amor y la confianza —se rio Lea.

—Quizá deberías hacer terapia con un psiquiatra. Puede que tengas la química alterada —se rio Avishag.

—Parecía completamente real. Un chico persa con las pestañas muy largas corría hacia mí por la carretera. Gritó su nombre, que empezaba con jota, y aunque yo no hablaba farsi sabía que significaba «el mundo». Olía a musgo, y era porque llevaba una trucha de río en la mano, que pensé que venía de los ríos de Babilonia, pero sabía que no porque allí no hay truchas de río, y además, el chico era de Persia —dijo Yael.

Puede que el calor y la sed empezaran a afectar a las chicas, o por lo menos a Yael. Yael no las dejó tomar la Coca-Cola los dos primeros días que estuvieron atrapadas.

—Debía de ser ácido —dijo Avishag—. Debía de ser otra droga. El éxtasis no te da esos viajes. Leí un folleto sobre drogas —dijo Avishag.

—Pero la cuestión es que yo no fui la única que vi al chico. Dos que iban conmigo lo vieron también. Y señalaron al chico y se escondieron detrás de mí, porque les daba miedo que el pescado fuera venenoso y nos matara si lo tocábamos. Yo también estaba asustada, pero sabía que no debía estarlo. El chico dijo que quería ir con su padre, pero no estaba enfadado; más bien parecía preocupado por la fiesta que nos estábamos pegando.

—Qué historia tan rara —dijo Lea.

—Cosas más raras pasan —dijo Yael.

Y entonces un chico que no era Yoav abrió la puerta. Tenía dieciocho años.

Al final del segundo día, los chicos habían desarrollado una rutina. Conocían a cada una de las chicas mejor de lo que ella se conocía a sí misma. Al volver aquella tarde, Yael estaba más callada, y eso dio a las otras el margen que no habían tenido

hasta entonces para hablar.

Avishag contó la historia de un chico de quinto de su tropa de exploradores etíopes que solo pintaba dedos cercenados. Los dedos cercenados tenían un empleo, se casaban e iban al ejército, pero todos eran dedos de los pies ensangrentados. En el consejo escolar estaban indignados, y en una reunión todos los padres decidieron que había que expulsar al crío, porque podía hacerse daño o hacérselo a los demás. Avishag intentó defenderlo, pero no sirvió de nada. Quizá por eso una de las madres la siguió después y se enteró de lo del psiquiatra.

Lea le pidió a Avishag que contara otra historia, para ver si así se daba cuenta de que la primera historia no merecía recordarse, si se arrepentía de no haber tenido fuerzas para escribirla.

Avishag dijo que las gallinas necesitan mucho calcio para fabricar los huevos, así que su tío le pidió que machacara todas las cáscaras de huevo con una piedra y mezclara el polvo con la comida de las gallinas. Pero una vez se le ocurrió comprobar si las gallinas se comían las cáscaras de huevo como si fueran migas. Si picoteaban los tronchos de las lechugas enteros, no veía por qué había que hacer polvo las cáscaras de los huevos. Lo que Avishag no sabía es que cuando una gallina se come algo que parece un huevo, se convierte en comedora de huevos. Por eso había que hacerlas polvo.

—¿Y se comen los huevos de las demás gallinas? —preguntó Lea.

—Al principio —dijo Avishag—. Al principio solo se comen los huevos de las demás gallinas.

Hacia la mitad del tercer día se les acabó la Coca-Cola. Aún les quedaban unas pocas cortezas de pizza. Lea se había tomado casi toda la Coca-Cola, su cuerpo la había obligado a hacerlo, y estaba tan avergonzada que Avishag no paraba de repetir que se la había tomado ella, y que lo sentía mucho.

Cuando las luces se apagaron, Avishag dejó de disculparse y lloró. Le daba mucho miedo la oscuridad, que era aún mayor que la oscuridad que veía cuando cerraba los ojos.

Yael observó su sombra; cuando inclinaba la cabeza, la sombra de su pelo en la pared se fundía con la sombra de una de las metralletas, y parecía que la metralleta intentara convertirse en ella.

Entonces fue cuando Lea propuso su solución.

—Bueno. Tenemos municiones. Y armas automáticas.

—No podemos dispararles. Ni se te ocurra pensarlo —dijo Yael.

—Podemos amenazarlos con hacerlo, putita. Tú no nos controlas —dijo Lea.

—No podemos. Hay futuro en esos cuerpos y esas cabezas —dijo Yael.

—A veces me encantaría que dejaras de hablar así, ¿sabes? —dijo Lea.

—A mí también —dijo Yael.

—Ya somos tres —dijo Avishag.

Las chicas hablaban con sed. Las armas aún estaban húmedas de gasolina. Burlándose de ellas, tan cerca, durmiendo con ellas, como a propósito. Los chicos estaban al mando. No entendían por qué, pero la sensación les calaba hasta los huesos. Había una puerta delante que no les correspondía a ellas abrir.

El sudor de una de las chicas había empezado a oler distinto. Olía a alarma.

Avishag propuso su solución.

—Deberíamos escribirlo y ya está. Son solo unas piedras. Alguien las quitará. Son solo palabras. Podremos devolvérsela a los chicos en cuanto salgamos. Ya lo lamentarán.

—¿Solo palabras? —preguntó Lea—. Quizá.

—¿Solo piedras? —preguntó Yael—. Nada permanece tanto como lo que se escribe en la piedra.

—Yael —dijo Lea.

Y Avishag quería seguir hablando. Yael se preguntó si la habría animado más de la cuenta a que hablara.

—¡No! —gritó Yael, y a las otras dos les entró miedo: de ella, de que la oyeran los chicos—. No somos Harry Potter. Aquí no hay segundas oportunidades. Es lo que hay. No somos Jesús. No vamos a volver. O esto es el estado judío, o no lo es.

—Yael —dijo Lea.

—No sigas, por favor —dijo Avishag.

—Si no afrontamos esto ahora, después haremos daño a otros. Los chicos nunca se lo perdonarán. Lea, tú siempre verás la televisión en lugar de hacer lo que quieres de verdad. Avishag, tú siempre pedirás perdón cuando alguien tropiece contigo. Y yo siempre me odiaré por hablar así —dijo Yael.

—Te veo muy apasionada con este asunto —dijo Lea, y sonrió. Y no lloró.

Esa noche los chicos vinieron solo a por Lea, y luego otra vez.

—Lea, princesa —dijo Yael cuando oyó a los chicos acercarse por tercera vez—. Yo no lo sé todo. No he estado en todas partes, ¿te acuerdas?

—O sí, o no. No queda otra —dijo Lea.

—Que la fuerza te acompañe —dijo Avishag.

Yael sintió el peso de todas las palabras y los sonidos que había compartido desde siempre con sus amigas como una cascada que explotara dentro de su boca, en aquel momento. Tenía que imaginar una escapatoria, y pronto.

La mañana del cuarto día las chicas no intercambiaron una sola palabra. Yael quería decir algo muy potente, susurrar una verdad antigua, pero la sed le impedía formar consonantes en el velo del paladar, y además se daba cuenta de que empezaba a parecer tonta.

Avishag hacía muñecas con las hierbas que crecían entre las grietas del suelo de madera. Corazones, bebés, gatos. Formas simples, caricaturas de los objetos reales. Entretejía, tensaba, rasgaba. Yael no sabía cuándo había empezado a hacerlas, pero

por la mañana había seis muñecas y una a medio hacer entre las manos despellejadas de Avishag.

Cuando Yael se dio cuenta, cogió la caña de bambú que sujetaba una planta de anémonas de oficina que no estaba el primer día que las chicas entraron en el barracón. Le hizo agujeros con los dientes hasta que tuvo una flauta.

Ella tocaría.

—Si vas a tocar para mí, Yael, ahórratelo. Te lo he dicho un millón de veces. Soy como la hija de Shylock, Jessica. No tengo oído para la música —dijo Lea.

—Ahora mismo no estamos haciendo Shakespeare, ¿verdad? —dijo Avishag.

—Lo que digo es que me parece una mariconada, lo admito —dijo Lea.

—Claro. Porque todas sabemos que Hitler era gay —dijo Yael.

Las chicas la miraron. Y tuvieron miedo, sobre todo por ellas, por escucharla.

—Y cuando digo Hitler me refiero a Shakespeare —dijo Yael.

Entonces pidió permiso para dormir.

Yael buceó dentro de su cuerpo en busca del sueño. Imaginó las olas del océano por debajo de ella, exigiendo calma. Entonces pensó en todos los momentos felices, cuando se sentaba en el suelo a ver la televisión y escuchaba con entusiasmo las canciones de sus programas favoritos, y recordó las lágrimas que le caían con la cortinilla musical al final del episodio, mientras pasaban los créditos. Recordó su cuerpo de niña al despertar inundado de una felicidad que le hacía encoger los dedos de los pies y le abría la nariz en medio de todos aquellos sueños en los que otro ser humano se la llevaba para ponerla a salvo. En una habitación con una cama que se cerraba con llave, donde únicamente la alimentaban y la compadecían.

Cuando soñaba despierta, como solía ocurrirle en clase de historia, siempre era una profesora de matemáticas quien se la llevaba y la recluía. La mujer siempre parecía un poco distinta: alta, rubia, morena. En la realidad todos sus profesores de matemáticas eran hombres que no la veían. Después de ver *Chicas malas* en el instituto, la imagen de la profesora de matemáticas se fijó. Era siempre Tina Fey, o la profesora de matemáticas que fingía ser en aquella película. *Qué estúpida era entonces*, pensó Yael. *Qué estúpida sigo siendo*.

Pero luego siguió pensando. Y abrió los ojos.

—Chicas malas —dijo Yael, todavía estirada.

—No hablemos a menos que tenga sentido. Tengo la voz cansada —dijo Avishag.

—Esto tiene sentido. ¿Os acordáis de que las chicas de esa película siempre dicen lo contrario de lo que piensan? —preguntó Yael. Se incorporó.

—Los norteamericanos siempre dicen lo contrario de lo que piensan. Solo hay que ver las películas que hacen. Todos héroes. Porque en la realidad no los tienen —dijo Lea. Ron les tenía bastante odio a los norteamericanos después de haber hecho algunos negocios con ellos, y Lea lo había adoptado.

—Exacto —dijo Yael—. Habremos de ser un poco norteamericanas. Habremos de

ser lo contrario de lo que somos. Eso desmontará a los chicos. Avishag, deja de pedir perdón por todo. No vuelvas a decir «lo siento» ni «gracias». Solo repite una y otra vez, «no merezco esto, soy una buena persona». Y tú, Lea, haz lo contrario. Pide disculpas. Da las gracias. Sonríe —dijo Yael.

—¿No tendrás el síndrome de Estocolmo? —dijo Lea—. Solo es una pregunta —dijo—. Todo esto me parece muy interesante.

—No —dijo Yael, tranquila—. Precisamente intento provocar lo contrario. Que a los chicos les entre el síndrome de Lima. Deben aprender a querernos, un poco.

—Pero si actuamos al revés de como somos, no nos querrán a nosotras —dijo Avishag.

—Y tanto que sí. Querrán lo que somos capaces de ser. Y somos capaces de ser lo que queramos —dijo Yael.

—Ya vuelves a hablar como el canal nacional infantil —dijo Lea.

—Y por eso me quieres —dijo Yael, y miró a Lea.

—Y por eso te quiere —dijo Avishag.

Los chicos no aparecieron hasta la tarde. Un poco antes de que llegaran, Yael se echó a llorar.

—A ver, ¿por qué vosotras no me habéis preguntado cómo he de actuar yo a partir de ahora? —preguntó. Sollozaba y se tiraba del pelo. Avishag y Lea no dijeron nada—. No tengo que emitir ningún sonido. Hacer lo contrario de emitir sonidos —dijo Yael.

—Vale —dijo Lea.

—Y entonces ¿por qué lloras tan fuerte? —preguntó Avishag.

—Y quizá pronto me convierta en una canción —dijo Yael. Y gimió todo su conocimiento en los oídos de las otras dos.

El barracón tenía cinco pasos de ancho y siete de largo y un techo por encima de las tres chicas tendidas en los colchones.

Los chicos llegaron y los chicos conquistaron y los chicos llegaron y las mujeres fueron lo que no eran. Fue muy difícil.

Murió gente después de la guerra: 6442 civiles y combatientes en Siria el mes siguiente.

La cuestión es que la idea de Yael funcionó. Los chicos no volvieron más, después.

Avishag abrió los ojos en mitad de la noche del cuarto día. Y se levantó del colchón. Y abrió la puerta del barracón. Y fue a oscuras hasta la bandera. Y fue a oscuras a la sala de operaciones militares. Primero un paso, luego otro, y otro. Y encontró una linterna. Y funcionaba. Y fue hasta la zona de los chicos. Y alrededor.

En un momento creyó ver otra luz y le entró miedo porque ¿quién la oiría?, ¿quién la ayudaría?, pero al final solo era el reflejo de su propia luz en una pegatina fosforescente que había en una pared. Sintió una punzada en el estómago y recordó la decisión del bebé diminuto.

Por alguna razón, los guardias de la unidad de artillería no aparecieron.

Lea no creyó que hubiese funcionado. Al principio pensó que aunque hubiera funcionado daba igual. No cambiaría nada. Ellas tres eran las únicas que lo sabían.

Aquella noche en el barracón, Avishag volvió. Vio con sus propios ojos que los chicos se habían ido, pero al principio no supo qué significaba.

Yael tuvo que convencerlas.

Antes que nada decidió que no volverían a casa aquella misma noche. Que iban a salvar aquella noche juntas. Y luego estuvo dispuesta a contestar preguntas.

Hablaron durante horas en los colchones. Sobre si lo que les había pasado era o no interesante, sobre si importaba o no que hicieran algo. Sobre si a ellas les importaba o no. Cuando todavía estaba oscuro las luces volvieron a encenderse, y siguieron hablando.

—De todos modos nadie más que nosotras sabrá nada de esto —dijo Avishag.

—Sí lo sabrán. Lea lo escribirá. Y al final la gente lo creerá. Porque esto ha pasado de verdad, y nos ha pasado a nosotras —dijo Yael.

Al final, sin embargo, no fue Lea quien contó la historia. Nadie sabe quién lo hizo, o si lo hizo, o cómo. La verdad es que la presencia de las mujeres en el barracón iluminado aquella noche era tan poderosa que las paredes contemplaron la idea de la muerte.

—Estoy muy cansada —dijo Yael.

—Avishag, ¿quieres que dejemos las luces encendidas esta noche? —preguntó Lea.

—No —dijo Avishag—. No, Lea. No quiero volver a tener miedo.

Todas las luces se apagaron de pronto.

Siete meses después Lea tuvo el bebé.

Operación Visión Nocturna

Cuando tenía dieciocho años, mamá me despertó dándome golpecitos con dos dedos en la mejilla.

—Yael, despierta —dijo.

Cuando mamá tenía dieciocho años, los aviones la llamaban por radio. Pasó tres años esperando las llamadas por radio de los aviones. Cuando llamaban, mi madre daba permiso a los aviones de las fuerzas aéreas para aterrizar. Aterrizaban para repostar. Mi madre estaba en una base de combustible. Era controladora de tráfico aéreo. Esperaban a oír su voz, que empezaba a endurecerse con los primeros cigarrillos y el empeño por ocultar la juventud. Sin su permiso, los aviones no podían aterrizar. La necesitaban cuando estaban en el cielo, mientras ella en la torre de control se dibujaba con un bolígrafo en el brazo caras y pensaba chistes guarros que les contaría a los chicos de la base al acabar el turno.

Una vez secuestraron un avión israelí que hizo escala en Atenas y, aunque no fue mi madre quien rescató a los rehenes (era una chica), de no haber sido por ella los rehenes no hubieran tenido sándwiches cuando el avión rescatado paró a repostar en el viaje de vuelta. Mi madre decía que no hizo nada importante en el ejército, pero yo creo que sí. Un avión sin combustible puede dar vueltas en el cielo durante un tiempo limitado. Mi madre, teóricamente, podría haber dicho que no alguna vez. Siempre podría haber dicho que no, pero nunca lo hizo; nunca en su vida dijo que no. Podría haber muerto mucha gente por su culpa. Mi madre tenía dieciocho años cuando llegó a aquella playa.

Me desperté cuando mamá me dio unos golpecitos con dos dedos en la mejilla.

Yo tenía dieciocho años y dormía en su cama porque me daba miedo el futuro. No había pensado demasiado en el servicio militar, salvo para asegurarme de que tenía la ropa interior adecuada y un reloj nuevo, pero entonces vi una noticia sobre un soldado en un control de carretera al que un terrorista suicida hizo estallar como una sorpresa, y me entró el miedo.

No mucho después de ver la imagen del soldado reventado empecé a chasquear los dedos a todas horas debajo de la mandíbula, para ahuyentar los temores. No era la primera vez, pero hacía años que no me pasaba. Papá estaba cansado de dormir en mi cama. Decía que sus piernas eran demasiado largas, y que no era justo. Mamá decía que era justo porque yo era su hija mayor, y ella me había gestado, y de repente tenía

dieciocho años y pronto me iría al ejército. Entonces papá se rindió, porque la quería, a todas horas. Era un problema.

—Oye, Yael —dijo mi madre cuando estábamos en la cama—. Imagina que vas al ejército del aire.

—No quiero ir al ejército del aire —susurré—. Mamá, no quiero ser soldado de ningún ejército. Creo que me están volviendo los miedos.

—Pongamos que quisieras ser controladora aérea.

—Pero si ya sé que voy a estar en infantería. Era lo que decía la carta de reclutamiento. No puedes ser controlador aéreo en infantería. Ahí no hay control aéreo.

Mi madre no me escuchaba. Nunca sabía si creía de verdad lo que decía.

—Pongamos que quieres ser controladora aérea en Sharm el-Sheij. En el Sinaí, pongamos.

—Pero mamá, no puedo ser controladora aérea. Me pondría de los nervios, todo el día sentada, esperando.

—Deberías pedir un puesto de controladora aérea en Sharm el-Sheij. Allí no hay ninguna base militar. Toda aquella zona se la devolvimos a Egipto.

Mi madre me pasó el dedo por el caballete de la nariz, y luego repitió el gesto.

—Sí. Lo devolvimos antes de que tú nacieras —dijo.

Decía cosas que sabía imposibles como si pensara que no lo eran.

El día en que la reclutaron, mi madre entró directa en el despacho del oficial de alistamiento y pidió que le dieran un puesto de controladora aérea. El oficial de alistamiento se echó a reír. Porque mi madre era morena y tenía un apellido yemenita y la nariz rota. Creció con la nariz rota, como un desastre o el dibujo de colores de un crío que empieza a andar. Se la rompió de pequeña, al caerse una noche de la camioneta de reparto del lechero.

Aquel día no se daba cuenta de que lo que pedía era imposible. Le había preguntado a su hermana mayor qué debía decirle al oficial de alistamiento para que le diera el destino que quería, y su hermana se había echado a reír, porque sabía que el oficial no le haría caso. La hermana mayor se había quedado con ganas de reírse aún más. No era precisamente de las que se reían. Trabajaba de secretaria en el ejército. Así que le había aconsejado a mi madre que pidiera un puesto de controladora aérea.

En aquellos tiempos las bases del ejército del aire eran el no va más y se decía que tenían teatros y boleras dentro del recinto. Sitios que mi madre no había visto en la vida. A las fuerzas aéreas iban las hijas de los políticos y los militares. Las controladoras aéreas eran las hijas de los pilotos de combate que más tarde se convertían en políticos. El padre de mi madre compraba un boleto de lotería cada semana y le prometía a mi abuela que haría de ella una reina, pero entretanto trabajó cuarenta años como mensajero de la única compañía de autobuses de Israel. No era

más que un hombre que aparecía cuando se le esperaba y tenía las aspiraciones que cabía esperar. Murió el año que yo nací, después de enterarse por el periódico de que había perdido todos sus ahorros en la bolsa. No sé si lo hizo él mismo o tuvo un ataque al corazón; en cualquier caso murió como era de esperar.

La reacción del oficial de alistamiento ante la petición de mi madre fue completamente inesperada. Rio una vez. Rio dos. Ella le preguntó por qué se reía y él volvió a reírse.

—¿Quieres ser controladora aérea? —preguntó.

—Sí —dijo mi madre. Por lo visto no tenía muchas luces—. Eso es lo que quiero.

He oído demasiadas versiones del rumbo que tomó la conversación a partir de ahí, y no me apetece contar ninguna. A veces, cuando cuentas una historia que has oído toda la vida, recuerdas todas las veces que la has oído y piensas que quizá no sea muy real, y acabas pensando que quizá tú tampoco seas del todo real. Quizá seas hija de otra mujer. Lo importante es que mamá acabó siendo controladora aérea. Nadie se lo creía, aparte de ella. En la base del ejército del aire donde la destinaron no había teatro, ni bolera, ni piscina. Estaba en una playa. A mi madre le pareció la playa más bonita del mundo. No solo de Israel, dijo. Del mundo. Una vez vimos en una revista la fotografía de una playa desierta en Zanzíbar. Mi madre dijo que la playa del Sinaí donde hizo el servicio militar era así, pero más. Quise saber a qué se refería con más, pero solo me dijo que era más de todo.

Al subir en el autobús desde la base de alistamiento al aeropuerto de Tel Aviv, resultó que el chófer la conocía. Conocía a su padre. Era el precio de que tu padre trabajara para la compañía de autobuses. No podías ir a ninguna parte sin la ayuda de quienes conocían al hombre que te había criado. Nunca podías hacerte pasar por una turista. Pertenecías al país y a sus carreteras.

El chófer le preguntó qué tal estaba su padre y dónde la habían destinado a ella. Se lo preguntó, pero inmediatamente empezó a insultar a una pasajera que le dijo que arrancara de una puta vez. La pasajera también era soldado, pero parecía que llevara mucho más tiempo de servicio que mamá. El uniforme le quedaba a medida.

Mamá no quiso ser maleducada. Se sentó detrás del chófer, mientras el hombre amenazaba a la chica con hacerla bajar del autobús si volvía a insultarlo una sola vez más. Mamá estaba contenta, tan contenta, de poder enseñar el carné militar para subir al autobús, en lugar del carné que había usado toda la vida. El carné naranja donde decía que era hija de un empleado de la empresa. Mamá solo pagó una vez en toda su vida para viajar en autobús, y fue el día en que empecé el servicio militar y no quiso acompañarme en coche por miedo a volver sola conduciendo. Cuando su padre se jubiló, mi madre ya estaba casada con un hombre con coche de empresa, así que nunca más necesitó ir en autobús, gracias al coche de empresa. No un coche de empresa de la compañía de autobuses, sino de una empresa que fabricaba componentes para las máquinas con las que se hacen los aviones.

Pensó que el chófer se había olvidado de ella, pero en cuanto el autobús arrancó

oyó sus risas de cascarrabias. Hasta ese momento, las únicas bromas que mamá les había oído decir a los hombres y los chicos eran bromas de cascarrabias. El tendero del mercado soltaba su risa de cascarrabias cuando le compraba su mejor pescado para la cena del sábat. «¡Ay, puñetera! Te llevas mi mejor pescado, ¿qué van a decir los demás clientes? Qué rabia me da... ja, ja, ja.» El lechero que tenía la furgoneta de la que mi madre se cayó y se partió la nariz: «¡Ay, puñetera! ¿Se puede saber qué hacías aquí subida? Ahora siempre que te pregunten cómo te has roto la nariz, les dirás que te caíste de mi camioneta y pensarán que soy un mal conductor. Mira tú qué rabia...» Mi madre tenía cuatro hermanas, ningún hermano, e iba a un colegio religioso de chicas. No porque fuera religiosa, sino porque su hermana no había querido volver a la escuela pública después de que un chico le gastara una broma cascarrabias y luego le escupiera en el pelo. Así que a partir de ahí mandaron a todas las hermanas a un colegio religioso, porque la hermana mayor siempre es la más fuerte. El padre de mamá no hacía bromas, ni siquiera bromas de cascarrabias, porque toda la vida fue un cascarrabias de verdad.

—¿Y qué? Ahora que eres soldado ¿ya no te dignas a contestar las preguntas de tu tío? —preguntó el chófer. Se reía, pero era risa de cascarrabias. No era su tío, pero se hacía llamar así porque conocía a su padre—. ¿Qué tal tu papá? ¿Dónde te han destinado?

Mi madre notaba que el cuello del uniforme caqui le rozaba la piel bajo la mandíbula. Deseaba más que ninguna otra cosa que dejara de rozarle, pero aunque procuraba alisar la tela, no había manera.

—Papá está contento. Soy controladora aérea en Sharm el-Sheij —dijo. En voz alta sonó muy correcto. Eso era lo que era. Allí era a donde iba. Necesitaba coger el autobús para ir hasta allí. La empresa de autobuses estaba a su servicio. Y el chófer también.

Al oírla el chófer se enfadó de verdad. Por el aplomo con que le contestó. O eso pensó ella, porque dejó de reírse y pareció que ya no hablara en broma, que solo quedara la rabia.

—Dile a tu padre que si sigue bebiendo y faltando al trabajo no podremos seguir encubriéndolo, ¿me oyes? —le dijo el chófer a mamá.

Lo había oído. Pensó que debía de tener la barbilla enrojecida, pero no se la tocó.

—Mira que en una casa llena de mujeres no podáis ocuparos de un hombre tan lento como tu padre —dijo el conductor.

Mamá apoyó la cabeza en la ventanilla. Una señora con una papada que le multiplicaba la barbilla miraba al frente, y estiraba tanto el cuello que parecía que fuera ella quien conducía el autobús. Mamá miró fijamente a la señora, como si creyera que por mirarla con la suficiente intensidad nunca acabaría como ella.

Mamá no había ido nunca en avión, y tenía tantas ganas de ver desde arriba las calles de Tel Aviv y las playas llenas de gente y los hoteles, cada vez más pequeños, que creyó que se pasaría todo el vuelo mirando por la ventanilla, pero se quedó

dormida. Soñó con su padre. La perseguía, igual que en la vida real cuando ella le hizo un corte tan profundo a su hermana mayor con una cuchilla que no hubo más remedio que llevarla al médico, porque no paraba de empapar las gasas con las que intentaban frenar la sangre. De pequeñas, mamá y sus hermanas a menudo se cortaban unas a otras. Era porque no tenían sacapuntas y usaban cuchillas oxidadas para afilar los lápices de la escuela. Se ponían al lado del cubo de la basura y los afilaban, y se peleaban por las mismas cosas que se pelean todas las hermanas. Porque sentían tan cerca las caras y los olores de las otras, se parecían tanto a los suyos, que se les hacían insoportables. La única diferencia es que cuando se peleaban tenían cuchillas en la mano.

En el sueño su padre la persiguió igual que en la vida real, y estaba borracho, igual que en la vida real. La diferencia era que en el sueño era lento. No dejaba de perseguirla y, aunque ella no quería que la alcanzara, tampoco quería ser una de las cinco mujeres que no podía ocuparse de un hombre lento, así que también ella corría más despacio.

Se despertó cuando las ruedas del avión tocaron el asfalto y le sacudieron la cabeza hacia un lado. Por la ventanilla vio extensiones de arena que parecían intactas y a la vez nítidas, y un mar tan en calma que pensó que había dejado de moverse solo para ella.

Mamá llamaba *sulas* a mis problemas más crónicos. En el transcurso de aquellos tres años en la playa, una vez mamá llevó a cabo un acto de compasión tan grande que se convirtió en una costumbre, y fue capaz de vivir el resto de su vida sin desear nunca nada para ella misma. Yo podía contarle problemas para los que ni siquiera había palabras, problemas que jamás podría contarles a mis amigas, ni siquiera a Emuna o Avishag, y ella les ponía palabras para encontrarles una solución. Fue ella la que advirtió mi primera *sula*. Ni siquiera tuve que contarle nada. Fue ella la que me explicó el problema a mí. Me explicó que una *sula* era una mala costumbre, como tocar madera o morderse las uñas. Que era un tipo de costumbre que solo uno mismo conocía y esperaba superar guardándosela dentro, aunque tampoco podía expresarse con palabras a los demás. Su explicación sonó perfecta. Mi madre dijo que era lo peor del mundo.

Había que darse cuenta de que una *sula* era un problema serio. Un problema sin el que no recuerdas haber vivido y sin el que no te imaginas viviendo. Casi como estar embarazada cuando no quieres el bebé o contagiarte de una enfermedad mortal, pero peor, porque nadie sabía nada y porque lo sufrías a cada momento.

Mi primera *sula* tuvo que ver con el cuello. O más bien con la zona inferior de la mandíbula. Cuando tenía cinco años, un día puse una mueca divertida y me dio un tirón en el cuello. A partir de entonces empecé a pensar que lo hacía a todas horas, sin querer, y me miraba en el espejo preocupada por que con tantas muecas me saliera papada. Tenía diez años y me preocupaba que se me viera la cara más gorda, porque

había oído decir a mamá que una vez se gana peso da igual que lo pierdas; seguirás teniendo la cara gorda hasta el día que te mueras. La cosa fue a más. No sé por qué, empecé a creer que si chasqueaba los dedos debajo de la barbilla tres veces, notando el chasquido en la piel, anularía el efecto de las muecas. Era algo sin ningún fundamento, pero estaba tan convencida que no podía parar. Chasqueaba los dedos hasta que me dolían y ni podía agarrar un lápiz. En la escuela engullía los sándwiches de mayonesa-mostaza-tomate para tener las manos libres cuanto antes y volver a chasquear los dedos. Fue el día que mamá quiso hacerme una fotografía, en la víspera de la primera nevada, cuando se percató y gritó:

—¡Sula!

Al día siguiente me dejó quedarme en casa sin ir a la escuela y ver mis telenovelas argentinas, mientras me alimentaba de pita, yogur y mandarinas.

Ojalá pudiera decir que saber que había alguien fuera que me entendía acabó con el problema, pero no fue así. Cuando el problema del cuello pasó, una vez mi madre dijo que al lado del microondas podías quedarte bizco. Se lo dijo a mi hermana, pero yo la oí. Eso llevó a casi medio año de *sula* con los ojos. Empecé a ponerlos en blanco hasta que chillaban, una y otra vez. No podía ver la televisión. Me dolía tanto la cabeza que a veces tenía que sentarme en cuanto me ponía de pie. A oscuras en mi cuarto, de tanto ponerlos en blanco pensaba que la oscuridad era mi propia ceguera.

Los dientes fueron lo último, y también lo peor. Los dientes son peores que los ojos. Durante unas vacaciones de verano me libré de las *sulas* hasta que mordí una panocha de maíz y por accidente rechiné los dientes de abajo contra los de arriba. No sé cómo me las arreglé para que los dientes de abajo se montaran sobre los de arriba y sentí el dolor más grande de mi vida, tanto que pronto me pasaba el día intentando reproducirlo, solo porque la posibilidad de que pasara por accidente era peor que el dolor mismo. Y volvía a hacerlo. Y otra vez. Los escalofríos recorrían mis movimientos y mis pasos. Tenía que llevar suéter en pleno agosto israelí. Cuando llegó septiembre, solo esperaba a que terminara la clase porque no soportaba rechinar así los dientes, y luego en casa a que terminara la comida porque no soportaba rechinar así los dientes, y luego a que terminara el día, y luego a que terminara el sueño. Esperaba, esperaba y esperaba, un alivio que no llegaba nunca.

—He de acabar con esto. No puedo seguir así —le dije a mamá.

Estaba paralizada por un problema que ni siquiera era real. Ni siquiera podía contárselo a Avishag, menos aún a Lea.

Mamá dijo:

—Yael: lo entiendo, lo entiendo, lo entiendo —lo dijo otra vez, y otra más, mirándome a los ojos. Papá estuvo durmiendo durante meses en mi cama, con las piernas encogidas. Mamá me entendía y pasaba la noche conmigo. De no ser porque tenía a alguien que entendía un problema para el que yo misma no tenía palabras, me habría vuelto loca. Los minutos acechaban las horas que acechaban mi sueño.

No recuerdo cuándo ni cómo ni por qué desapareció. Recuerdo que llegó un

punto en que solo podía respirar cuando fantaseaba con el momento en que consiguiera no pensar en los dientes, y que llegó un punto en que fui incapaz incluso de recordar o imaginar cómo sería un momento así.

Y sin embargo se fue. Eso sí lo sé, porque cuando tenía dieciocho años y me volvió la *sula* del cuello, justo después de que Dan muriera, solo pude esperar a que empezaran los dientes.

La base de la playa era pequeña. Es la misma playa de donde huiría el presidente de Egipto, años después, tras tres décadas de gobierno, cuando las calles lo obligaron a darse cuenta de que ya no le querían. Actualmente cuesta más de quinientos dólares conseguir una habitación de hotel junto a esa playa del Sinaí, y está tan abarrotada que los turistas que visitan Egipto pierden mucho tiempo buscando un lugar donde tender la toalla, pero en aquellos tiempos una veintena de soldados tenían esa franja de tierra para ellos solos, porque era un recinto militar de acceso restringido.

Solo había otras dos chicas en la base el día que llegó mi madre. Las dos eran rubias, de pelo corto. Las dos rubias luego tendrían muchos hijos, pero solo varones, y mamá dijo que no hubiera imaginado otra cosa, desde el día que las conoció. Nunca imaginó que fueran a tener hijas. El pelo negro y delicado de mi madre le llegaba hasta el culo huesudo, y seguía teniendo la nariz rota. Las chicas también eran controladoras aéreas. Eran hijas de pilotos. Tenían aún menos luces que mamá. La base no era un destino muy popular entre los controladores aéreos, porque estaba lejos y los soldados solo podían volver a casa una vez al mes, porque el ejército no podía gastar mucho en vuelos internos para ellos. A mamá le daba igual. Hubiera querido quedarse en aquella playa para siempre desde el momento en que llegó.

El trabajo en la torre de control de tráfico aéreo era sencillo. En aquella época los aviones aterrizaban allí solo de vez en cuando, como parte de la instrucción para las remesas de nuevos pilotos. Todo lo que mamá tenía que hacer era asegurarse de que no hubiera otros aviones en la pista y de que no daba permiso de aterrizaje a dos a la vez. Si el teléfono rojo sonaba tenía que contestar, pero nunca sonaba. Aparte de eso, solo debía esperar. El primer día se presentó una hora antes de que empezara su turno de ocho horas, y a partir de entonces siempre lo hizo. Empezó a fumar, y se gastaba toda la paga en cigarrillos, pero siempre se aseguraba de dar más cigarrillos a las otras dos controladoras de los que ella se fumaba al día.

Aparte de las dos rubias había una veintena de soldados en la base. La mayoría eran repostadores de combustible y técnicos de tierra de las fuerzas aéreas. También había un cocinero, el mayor de todos, un hombre de veintisiete años de un kibutz del desierto, que solía gastar bromas cascarrabias a mamá a todas horas y decía que tenía la piel tan oscura como un pastel de chocolate o como la mierda, y que debían prohibirle el acceso a su comedor porque en ambos casos era un riesgo sanitario, y que le daba besos en el cuello y huevos duros que le sobraban.

Mamá me habló de esa playa por primera vez cuando le conté mi problema del cuello y que todo había empezado con mi preocupación por tener papada. Trató de medir sus palabras, porque era ella quien me había contado que, una vez se gana peso, la cara siempre se queda gorda.

—Mira, no tienes papada, pero aunque la tuvieras, cosa que nunca va a pasar, has de saber que no te vas a morir por eso. Mira, si eres simpática, los chicos ni siquiera ven que eres fea. Ser una buena amiga y ser divertida es mucho más importante que ser bonita. A nadie le gustan las chicas agrias. Cuando hice el servicio militar, había dos chicas preciosas y agrias en mi base, y aunque yo era fea, todos los chicos me querían porque siempre sonreía.

—¡No eras fea! ¿Estás diciendo que yo soy fea? —fue antes de que supiera que mamá se había roto la nariz.

—¡No! Eres la chica más preciosa del mundo. Pero es importante reír todo lo posible. Hemos de conseguir que te rías más. ¿Cómo es que Avishag y Lea ya no vienen a casa? Tenemos que ver qué se puede hacer.

Después empecé a salir con Moshe y pensé que había una persona que no me consideraba fea. Más tarde, en el ejército, un día que Hagar me hizo un peinado y llegué a pensar que el mundo entero podía verme guapa.

Mamá se hizo la cirugía plástica en la nariz durante el servicio militar. Suena espantoso, pero es la verdad. Hasta entonces la tenía rota, y luego ya no. No estoy segura de dónde sacó el dinero ni cómo se la hizo, pero la cuestión es que se operó. En la primera fotografía que la vi salía con un bañador amarillo. Dos chicos sin camisa la levantan de los brazos, uno por cada lado, y ella se ríe con tantas ganas que se le ve la campanilla. Tiene una nariz perfecta y larga. La playa donde mamá nadaba con su bañador amarillo, la playa donde los chicos la querían, ya no es la frontera. En la nueva frontera, la que está más cerca hoy en día, diez años después de mi servicio militar, hay campos de tortura donde los beduinos egipcios encierran a los eritreos. Les prometen que los ayudarán a llegar a Israel a través de Egipto. Por dinero. Entonces los persiguen, los encierran, y mandan una oreja o un dedo a sus familias pidiendo más dinero. Pero cuando al final de la playa aún estaba la frontera, los chicos perseguían a mamá por la arena hasta que se le endurecieron las plantas de los pies.

Mi prima llamó una vez y entre susurros y risas preguntó si era verdad lo que había oído, si era verdad que mi madre tenía una nariz postiza. Siempre tuve celos de la nariz de mamá por lo noble que me parecía, y cuando la miraba, mientras ella lavaba los platos con una camiseta rasgada y un turbante en el pelo, cuando miraba a aquella mujer que gastaba cientos de siclos en un buen jabón para el acné de sus hijas pero llevaba años sin cambiarse el cepillo de dientes, no podía creer que fuera de las que se hacen una cirugía plástica.

—Sí, mi madre me dijo que era porque tenía la nariz rota o algo así, pero igualmente ¿no es gracioso? —me susurró mi prima por teléfono. Cuando eran

pequeñas, mi madre le había hecho un corte tan profundo a su madre que empapó de sangre todas las gasas que tenían.

—No —dije—. No es gracioso.

Nunca le pregunté a mi madre nada de su nariz.

El mes antes de que secuestraran un avión y a mamá se le presentara casualmente la ocasión de ejercer la compasión, fue el mes más feliz de su vida. Todos los chicos de la base la querían cuando tenía la nariz rota, porque era fácil quererla, porque así no había riesgo de enamorarse de ella de verdad, y era tan buena amiga, y por la noche los arropaba después de una partida de backgammon y dejaba que le hicieran ahogadillas en el mar y que no se avergonzaran de abrazar a una chica de dieciocho años en bañador. Mamá era más feliz cada día. Desde que llegó a la base no fue a casa ni una vez, no volvió al bloque de pisos de Jerusalén con los bebés y los billetes de lotería desperdiciados y las persecuciones de borracho y las matanzas de pollos y las hermanas sangrantes. El aire salobre le dio cuerpo a su pelo. La espera en la torre de control dilatava sus pensamientos y hacía más interesantes las caras que dibujaba. Era la reina y el solaz de los chicos, y perdió el miedo a los recuerdos que toda la vida había querido ignorar, con lo que no tenía que distraerse a todas horas, con lo que poco a poco dejó de creer que no tenía luces.

Cuando le arreglaron la nariz, a los chicos les pareció un milagro. Como cuando en las telenovelas argentinas la pareja descubre al final que no son hermanos de sangre, después de todo.

Cuando caminaba por las dunas de arena, los chicos aplaudían. Las dos rubias, que con el tiempo solo tendrían hijos varones, dejaron de hablar tanto. Luego la ayudaron a cortarse el pelo por encima del hombro y la seguían a donde iba. De no ser por lo que pasó después, mamá iba camino de convertirse en una dictadora o, por lo menos, la malvada mujer de un político, o incluso en un Dios perverso.

Fue el día en que Ari Milter golpeó a Joseph Gon en la mejilla durante una pelea por los turnos de vigilancia pero que en realidad era por los abdominales de mamá, cuando alemanes y palestinos secuestraron un avión israelí que hacía escala en Atenas. Doscientos sesenta civiles iban a bordo del avión. Fue el secuestro que culminó con la Operación Trueno, u Operación Yonatan, como sé que algunos la llaman, por Yonatan, que murió asesinado.

Los secuestradores aterrizaron en Libia para repostar. Entre los pasajeros había una enfermera que fingió un aborto y fue liberada durante la parada. Tenía pasaporte británico-israelí. Su madre acababa de morir, y tenía a su padre enfermo. Se había casado hacía unas semanas. No estaba embarazada, pero se las arregló para convencer a la única mujer secuestradora de que podía perder el bebé.

Desde Libia, los secuestradores le ordenaron al piloto que volara a Uganda. Aterrizaron en el aeropuerto de Entebbe. Idi Amin, que había empezado de cocinero en el ejército, igual que el hombre que le daba a mamá huevos duros y besos en el

cuello, entonces ya no era cocinero, sino el gobernador de toda Uganda. Cooperó con los secuestradores, así que lo tuvieron fácil para reunir a todos los pasajeros en una de las terminales. Los alemanes empezaron a dar órdenes a gritos, separando a los pasajeros según fueran judíos, israelíes o *goyim*.

El capitán del avión, que era gentil, insistió en quedarse, porque a fin de cuentas era el capitán. Los once miembros de su tripulación también se quedaron. Ninguno de ellos murió, pero Air France suspendió del cargo al capitán por no abandonar el aparato. Al final Isaac Rabin, que entonces era el primer ministro de Israel, le concedió una placa por su papel protector de los judíos, y luego Isaac Rabin volvió a ser primer ministro y fue tiroteado por un judío israelí que lo odiaba.

Importe o no, el capitán se quedó, aunque no está claro qué clase de ayuda prestó en la misión de rescate, si es que llegó a prestarla. Los secuestradores querían que todas aquellas naciones europeas e Israel dejaran en libertad a combatientes y anarquistas encarcelados. Todo el mundo, incluida mi madre, creyó que eso era lo que iba a pasar. Los soldados de aquella playa se preguntaron si el avión de los que luchaban por la libertad pararía a repostar en su base y, en caso de que así fuera, si el cocinero intentaría impedir que el avión despegara de nuevo, porque otro que luchaba por la libertad había hecho estallar un autobús donde iba la madre del cocinero y la mujer había quedado ciega. Desde entonces no había parado de pedirle a su hijo que la matara de una vez. Los secuestradores dijeron que empezarían a matar gente el 1 de julio, pero al final accedieron a esperar al 4 de julio, porque era una fecha simbólica en Estados Unidos. Una mujer de setenta y cinco años llamada Dora empezó a ahogarse con la comida, así que los secuestradores la soltaron para que fuera a un hospital en Uganda, porque aún no era 1 de julio y todavía no la podían matar.

Nadie creyó que habría una misión de rescate, salvo quienes fueron enviados a liberar a los rehenes. Cuando el teléfono rojo de mamá sonó, eran las cinco de la mañana y estaba sola en la torre de control, dibujándose en el tobillo la cara de una niña. No sabía por qué, pero la niña parecía sorprendida o enfadada, y por más que lo intentara, mamá no pudo arreglarle los ojos. Acabó con un borrón de tinta azulada en su piel oscura.

Cuando sonó el teléfono se le escapó un grito. Era porque todo estaba en calma y porque nunca había oído sonar un teléfono. En el piso de Jerusalén donde vivían no tenían teléfono. Había una cabina de pago en la entrada del mercado. Al levantar el auricular, oyó la voz de un hombre al otro lado de la línea. Sonaba distinta de las voces de los pilotos con los que se comunicaba por radio. Sonaba como si el hombre estuviera allí mismo con mamá, susurrándole las palabras al oído.

El hombre le preguntó su nombre, su número de identificación personal y su rango. Mamá tuvo que decir dos veces el apellido, porque era yemenita y al hombre le sorprendió. Entonces el hombre le dijo que si revelaba las órdenes que iba a darle a

cualquier persona de la base o del mundo, sería juzgada en un tribunal militar y pondría en riesgo la vida de más de cien judíos.

Todo el mundo pensaba que los rehenes morirían o serían liberados a cambio de otros rehenes. Nadie creía en la posibilidad del rescate. Aparte de mamá, todo el mundo parecía tener un amigo o una tía o un profesor o un hermano entre los rehenes. Solo hacía falta que un soldado se preocupara, se lo contara a su madre y ella también se preocupara, y el país entero, incluidos los árabes, sabría que los rehenes estaban en el aire. Temían incluso que pudieran derribar el avión en pleno vuelo. Tampoco sabían que Dora ya estaba muerta en un maletero. Pensaban que si lograban mantener la operación en secreto, aún podrían salvarla de ir al hospital.

Pero necesitaban bocadillos. Los rehenes llevaban días sin comer. Esperaban aterrizar con ellos en un hospital de campaña que el ejército había construido en Kenia y darles de comer allí, pero ninguno de los rehenes estaba herido, así que carecía de sentido arriesgarse a tomar tierra allí.

El hombre al teléfono le dijo a mamá que le pidiera al cocinero todos los bocadillos que pudiera preparar.

—¿Qué clase de bocadillos? —preguntó mamá, y el hombre soltó una risita cascarrabias. Cascarrabias pero en realidad de alivio, porque pensó que estaba enviando a hombres a la muerte, además de los cien judíos que morirían de todos modos, y de pronto allí estaba aquella chica encantadora con una voz suavizada por el encuentro con los primeros cigarrillos y el ímpetu de la juventud pidiéndole consejos culinarios.

—Decídale usted —dijo el hombre al teléfono—. Yo soy teniente, y usted, una soldado raso, me pregunta por los bocadillos. Eso es cosa suya.

A mamá le faltaban veinte minutos para terminar el turno. Dibujó dos caritas más, mientras pensaba en su bocadillo favorito. Pastrami con mayonesa y pimientos rojos. No tenían ninguno de esos ingredientes en la base, porque la gracia de todos ellos es que se estropeaban rápido.

Al final resultó que dar las instrucciones para preparar los bocadillos de los rehenes rescatados fue lo más complicado que mamá había hecho en toda su vida. Nunca creyó que pudiera hacer algo así y no lo habría conseguido, porque era tan difícil que, después de hacerlo una vez, supo que podía volver a hacerlo y se convirtió en una costumbre.

Mamá tuvo que apelar a la compasión.

—Va a haber un canje de prisioneros, ¿verdad? Van a traer a nuestra base a presos palestinos para repostar de camino a Uganda, y quieren que yo les prepare bocadillos —le dijo a mamá el cocinero. Ni siquiera intentó besarle el cuello.

—No puedo decirte de qué se trata. Han llamado por el teléfono rojo y tengo órdenes de no contarlo.

—¿El teléfono rojo? Eso solo puede ser un canje de prisioneros. ¿Y quieren que yo les prepare los bocadillos?

—No puedo decirte de qué se trata, pero tienes que preparar bocadillos. Muchos. Todos los que puedas.

—Muy bien, prepararé los bocadillos. Escupiré dentro. Me mearé en ellos. Meteré matarratas.

Mamá no supo qué hacer. Recordó que era la hija de un hombre lento. Recordó la alegría que sintió de niña al notar la hoja de la cuchilla hundiéndose más de la cuenta en el brazo de su hermana. Se acarició el caballete de la nariz y se acordó de que ahora estaba recto, y de que era guapa.

—Por favor, no les hagas nada malo a esos bocadillos.

—¿Por qué no?

—No puedes; no te lo permitiré —dijo mamá. A veces le gustaba decir cosas imposibles como si no lo fueran—. No puedes —repitió.

Si hubiera sido la hija de un piloto, si no hubiera pasado doce años de su vida con la nariz rota, podría haberle repetido al cocinero que no podía hacer algo así las veces que hiciera falta para que surtiera efecto. Pero como ninguna de las dos cosas le había tocado en suerte, tuvo que ir más allá. Tuvo que apelar a la compasión, no porque quisiera sino porque las circunstancias la obligaban.

—¿Y si uno de los presos es inocente?

—Mi madre está ciega —dijo el cocinero—. Mi padre tiene que acompañarla al cuarto de baño y sentarla en el váter. Y lo más seguro es que ninguno sea inocente. El ejército no da abasto para arrestar a todos los culpables.

—¿Y si uno de los presos cometió un único error? Imagínate que hizo algo que no quería, casi sin darse cuenta.

—Entonces lo que voy a hacer es justo. Así sabrán que cometieron un error.

—¿Y si les ha pasado algo?

—¿Como qué?

—No sé, algo. Estaban haciendo otra cosa y les pasó algo. ¿Nunca has hecho una cosa y de repente te ha pasado algo?

—¿Como qué?

—Algo que te pasara. Estabas en un sitio y luego estabas en otro, pongamos que fueras en un autobús y que cuando te hubieras montado no recordaras por qué.

—Yo nunca voy en autobús —dijo el cocinero.

—Por favor, no les hagas nada malo a esos bocadillos.

—Yo no voy en autobuses.

Cuando dijo por segunda vez que no iba en autobuses, mamá supo que la había entendido. Solo se entendía a sí misma palabra por palabra, pero cuando dejó de hablar, otra persona, un cocinero que solía besarla en el cuello incluso cuando tenía la nariz rota, también la entendía.

Después de cumplir sus tres años de servicio militar, mamá sacó los tres mil ciclos que su padre les daba a cada una de sus hijas al licenciarse del ejército. Voló a Francia y trabajó de niñera y conoció a un hombre al que quiso más de la cuenta y

que la hizo desear una vida sin sorpresas cuando le dijo que no podían continuar juntos. Al volver a Israel, el dinero le alcanzó para matricularse en clases de dibujo durante el verano, pero nada más. Sus hermanas mayores ya se habían convertido en maestras de escuela o asistentes sociales o madres de familia. Con el tiempo se avergonzaría de aquellas clases de verano. Fueron el desembarco definitivo de sus tres años de gloria en la playa. Nunca he visto ningún dibujo suyo, nunca la he visto dibujar. Después nació yo.

Nadie creyó que habría una misión de rescate, salvo quienes de hecho liberaron a los rehenes. Solo uno de los que liberaron a los rehenes murió. Se llamaba Yonatan Netanyahu. Con el tiempo su hermano menor fue primer ministro, y luego volvió a serlo. Los aviones no pararon en la base de la playa para repostar de camino a Uganda. Pararon en Nairobi, Kenia. A esas horas, el gobierno todavía barajaba la posibilidad de intervenir por mar para el rescate. Los rescatadores tuvieron permiso para seguir adelante con el plan solo cuando estuvieron en Etiopía. Aterrizaron de noche, el aterrizaje fue como la seda. Había coches esperándolos; uno de ellos era idéntico al Mercedes de Idi Amin. Uno de los patrulleros de seguridad ugandeses, que nunca se había sacado el permiso de conducir pero siempre había tenido interés en los coches, y siempre deseó que su primer coche fuera un Mercedes, sabía que Amin había cambiado de coche la semana anterior. Llamó a su amigo y detuvieron el coche. Entonces un soldado israelí lo mató de un tiro con un arma con silenciador. El coche empezó a alejarse. Un soldado llamado Roy miró por la ventana y vio que el amigo aún se movía. Roy era un sargento de veinte años, y todos los que murieron en el rescate vivirían a partir de entonces sobre sus hombros. Mató al amigo de un tiro de Kalashnikov que disparó por la ventanilla, sin silenciador. Así fue como los secuestradores supieron, tres minutos antes de que los israelíes asaltaran la terminal, que no tenían escapatoria. Se escondieron en los lavabos y la única mujer que había entre los secuestradores rompió a llorar, pero al final murieron todos.

Fueron los soldados israelíes los que dispararon por accidente a Ida, la inmigrante de cincuenta y cuatro años que abandonó Rusia y fue a Israel en busca de una vida más segura. También dispararon a un chico de diecinueve años, que podría haber sido un soldado igual que los soldados israelíes que lo mataron por accidente al asaltar la terminal, pero que había nacido en Francia y estudiaba en la universidad. Uno de los soldados israelíes recibió un disparo de los francotiradores ugandeses en el cuello, y solo pudo mover los párpados hasta el día que murió, treinta y dos años después. Cuarenta y siete soldados ugandeses murieron. Cientos de kenianos murieron dos días después, porque Idi Amin se enfadó al enterarse de que habían suministrado combustible a los israelíes. No suministraron combustible a los israelíes; solo eran personas y kenianos, pero los mataron igual. En 1979, cuando terminó la guerra entre Uganda y Tanzania e Idi Amin se marchó, encontraron el cadáver de Dora, la mujer que se atragantaba con la comida. Y lo mandaron al hospital. Lo encontraron

enterrado en una plantación de caña de azúcar a veinte millas del hospital de Kampala. Soldados ugandeses la habían sacado de la cama del hospital horas después de que la misión de rescate finalizara. El médico y dos enfermeras que la atendían trataron de detenerlos, así que los soldados les dispararon y los dejaron morir en el pasillo. Mataron a Dora después de meterla en el maletero. La mataron justo antes de que sonara el teléfono rojo de mamá.

Yo solía pensar que mi madre vivía para mí.

La Operación Trueno fue la misión de rescate de rehenes más exitosa de la historia. Luego los ejércitos la utilizaron como modelo de sus misiones de rescate, pero fracasaron por razones ajenas a su responsabilidad. El primer intento fallido de imitarla fue la Operación Visión Nocturna, en Irán, diez años antes de que yo naciera. Los estadounidenses nunca tuvieron ninguna posibilidad. Los aviones se quedaban continuamente sin combustible, chocaban unos con otros, se incendiaban, se olvidaban repuestos en tierras demasiado lejanas. Al final, murió gente. Entonces hubo un canje de prisioneros. Ojalá pudiera decir que antes de entrar en el ejército pensaba en la hija de la mujer estadounidense que estaba en una torre de control y tenía que decirle a un cocinero estadounidense que preparara bocadillos para los canjes de prisioneros y no le importaba si los envenenaba o no, pero la verdad es que tenía tanto miedo que solo veía las yemas de mis dedos y pensaba solo en mí misma.

—Mamá, estoy asustada. Me da miedo entrar en el ejército.

—¿A qué viene ese miedo? Tienes dieciocho años, Yael. A tu hermana le fue estupendamente. A todas tus amigas ya las han reclutado.

—De las posibilidades. De todas las cosas que podrían pasar.

—¿Como qué?

—¿Qué te hizo convencer al cocinero de que no envenenara los bocadillos? Cuéntamelo. Cuéntamelo otra vez, como si nunca me lo hubieras contado.

—¿Se puede saber de qué hablas? Simplemente cumplía órdenes —dijo mamá. A veces hablaba como si nunca antes hubiera dicho otras palabras.

—Me da miedo que me pongan en un control, que me hagan estallar con una bomba.

—Eso solo le pasó a aquel soldado porque no cumplía las órdenes. Era uno de esos soldados que no cumplen las órdenes. No tuvo cuidado con aquel palestino al que dejó pasar. Tú cumple las órdenes y todo irá bien.

—¿Cómo sabes que fue así? ¿Cómo sabes que el soldado nunca cumplía las órdenes?

—Dahlia me lo dijo. Aquella mujer rubia con la que hice el servicio militar. Hacía años que no hablaba con ella, pero me llamó para preguntarme qué trabajos hay por aquí. Bueno, la cuestión es que su hija hizo el servicio con aquel chico. Se había vuelto muy descuidado.

Pero antes había dicho. Más de una vez. Que las rubias, las dos, solo tuvieron hijos varones. A veces decía cosas imposibles y yo podía pensar que no lo eran, hasta que ya no pude más.

Yo solía pensar que mi madre no vivía para sí misma, sino para mí, pero cuando me habló de la llamada de Dahlia pensé que lo único que era verdad es que no vivía, ni siquiera para sí misma. Y aunque viviera, no vivía para mí.

Y aun así. Me alegré de que aquel día solo fuéramos ella y yo a la base de reclutamiento. Me alegré de no llevar a ninguna amiga.

—Mamá, estoy asustada —dije—. Estoy tan asustada que no me noto las yemas de los dedos. He empezado otra vez a chasquearlos debajo de la barbilla. Me da miedo que pase algo.

—¿Como qué, Yaeli?

—Un montón de posibilidades.

Esas fueron las palabras que mamá y yo dijimos en el autobús, de camino a la base de reclutamiento. En un momento dado el chófer bromeó con nosotras y, aunque nos dijo que éramos unas escandalosas, la verdad es que quería que nos calláramos.

El cocinero se esmeró con los bocadillos. Pavo, tomate y mostaza. Mamá deseó llegar a ver a los rehenes hincándoles el diente.

Aquel día al principio pensé que quizá pasara algo y podría quedarme en casa con mamá, pero al final no pasó nada. Estuvimos toda la mañana comprando calcetines y betún para los zapatos. Por la tarde cogimos un autobús hasta el autobús que tenía que llevarme a la base de reclutamiento. Discutimos un poco. Luego le dije que me las arreglaría. Ella no dejaba de cepillarme el pelo, y siguió con el cepillo en la mano cuando subí al autobús. Por la ventanilla vi las manos oscuras de mi madre, de pie en la acera, agarrando el cepillo. Entonces el chófer pisó el acelerador y dejé de verla. Y ese fue el comienzo.